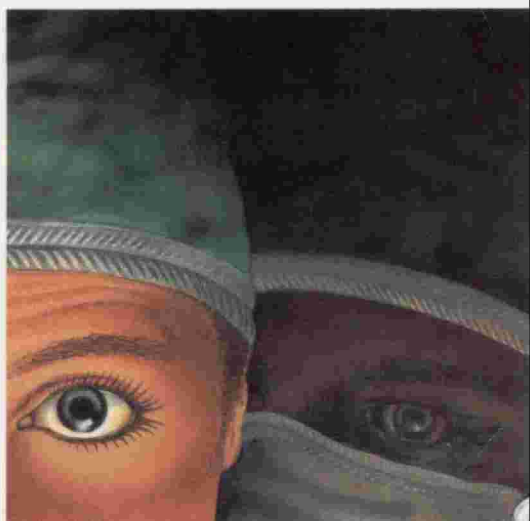


Jet

Un caso
de urgencia

Michael Crichton

PLAZA & JANES



Jet

Michael Crichton

Un caso de urgencia

Traducción de
Margarita García de Miró

PLAZA & JANES EDITORES, S. A.

Título original: *A case of Need*

Diseño de la portada: Virtual Line/Víctor Batallé

Octava edición: julio, 1995

©1968 Jeffery Hudson

© de la traducción, Margarita García de Miró

© 1994, Plaza & Janes Editores, S. A. Enric Granados, 86-88. 08008 Barcelona

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84- 01- 49202- 5 (col. Jet)

ISBN: 84- 01- 49239- 4 (vol. 202/9)

Depósito legal: B. 27.551 - 1995

Fotocomposición: gama, s. l.

Impreso en Litografía Rosés, S. A.

Progrés, 54- 60. Gavá (Barcelona)

L 492394

UN CASO DE URGENCIA:

NUEVA INTRODUCCIÓN

En 1967 cursaba mi segundo año de medicina en Harvard y me pagaba los estudios escribiendo *thrillers* de bolsillo con seudónimo. Mi método consistía en acumular deudas durante el curso hasta que llegaban las vacaciones. Entonces me sentaba, arrinconaba mis libros de texto, y me ponía a escribir frenéticamente ocho horas diarias. Al finalizar las vacaciones, enviaba el manuscrito acabado a mi editor de Nueva York, a la espera de que me pagara enseguida y me evitara las molestias de posibles revisiones. Era esencial que me pagaran enseguida, pues mis deudas ya habían vencido; y era esencial también que no me reclamaran revisiones, pues al día siguiente estaría de vuelta en las clases y no tendría tiempo para hacerlas.

Era un modo demencial y bastante desesperado de ganarse la vida. Pero retrospectivamente me alegro de que mi profesión empezara así, ya que de este modo me libré de las cargas que los escritores noveles suelen soportar.

No me preocupaban problemas tales como si me expresaba a mí mismo o no, o el valor artístico de lo que hacía: firmaba con seudónimo y escribía a gran velocidad. La habitual preocupación sobre la calidad o la originalidad de la propia obra era irrelevante, ya que mi objetivo explícito consistía precisamente en no ser original en absoluto, en escribir algo que encajara perfectamente en el mercado de los libros de bolsillo en que mi editor había de vender mis obras sin darle más vueltas. Así pues, estaba comprometido en una tarea de enorme urgencia en la que la premisa era la falta absoluta de originalidad.

Mis primeras obras eran variaciones de la típica novela de espionaje sobre la guerra fría de los años sesenta que popularizó Ian Flemming. En ellas todas las mujeres eran hermosísimas, todos los hombres llevaban Ferraris, y casi todo el mundo iba armado. Escribir estos libros me divertía mucho, en parte porque no tenían nada que ver con mi vida cotidiana de estudiante de medicina. Con el tiempo, sin embargo, resultó inevitable que la prisa por inventar nuevas historias me llevara a escribir una novela de ambiente médico. Las ventajas eran evidentes: no me hacía falta ninguna clase de documentación, y disponía de un gran número de experiencias para verter. Algunas cuestiones me preocupaban especialmente; en mis tiempos de estudiante sentía a menudo la indignación moral que suele caracterizar a los veinteañeros.

Por otra parte, también es cierto que la medicina en Estados Unidos era muy distinta en los años sesenta a como es hoy en día. Eran los tiempos anteriores a aquellos en que Medicare convertiría a los médicos en personas ricas, a la época en que un tratamiento erróneo los hace sospechosos; los años anteriores a la creación de esos equipos que vuelven intercambiables a los profesionales y la época previa a la proliferación de tests de laboratorio que hacen de ellos unos tecnócratas. En aquellos días, la medicina era entendida como una vocación. Los médicos eran tratados con respeto. La gente los veía sólo un poco por debajo de los miembros de la Corte Suprema.

Quizá no resulte sorprendente afirmar que la medicina en los años sesenta era una profesión que procuraba grandes satisfacciones personales. Los problemas y los abusos no eran muy frecuentes ni serios. Sólo existían vislumbres muy difusos de las cuestiones éticas que pasarían a un orden preeminente en años sucesivos.

Una de las cuestiones que la medicina no tenía en cuenta en mis años de estudiante era el problema del aborto. En Estados Unidos, éste se practicaba de forma ilegal. Cada año, un millón de mujeres estadounidenses volaba fuera del país para abortar legalmente. Las que no podían

permitirse el lujo del viaje solían acabar, sangrando y con infecciones, en las salas de urgencia de los hospitales. En todas las ciudades había personas que practicaban abortos, trastiendas y direcciones murmuradas a mujeres necesitadas y asustadas; todo ello constituía una industria siniestra y peligrosa que la profesión médica fingía no conocer.

Recuerdo que una vez pregunté a un médico de cierta edad por qué los profesionales no corregían las injusticias y las desigualdades a que conducía la necesidad de abortar.

—El aborto es ilegal — contestó.

—Lo sé — dije—. Pero además es médicamente peligroso e injusto.

—Pero es ilegal — dijo, como si fuera todo lo que se podía decir sobre el asunto.

Yo creía que se podían decir más cosas, de modo que proyecté una historia en la que se expresarían mis inquietudes al respecto. Escribí *Un caso de urgencia* en diez días, durante las vacaciones de primavera. Envié el manuscrito a mi editor, que esta vez me respondió con la petición que yo siempre había temido.

—Nos gusta — me dijo—, pero queremos que revises algunas cosas.

—Oh, no — rugí.

—No me has entendido — dijo—. Son buenas noticias. Queremos publicar el libro en tapa dura. Pero creemos que necesita alguna revisión — añadió.

—No. Publicadlo en rústica, como habéis hecho hasta ahora.

Hubo un silencio de desconcierto.

—Normalmente los autores *prefieren* que sus libros se publiquen en tapa dura— dijo.

—Yo no — repuse —. No quiero tener que revisarlo. Estoy estudiando. No tengo tiempo.

Pero al final, me ofreció reescribir la novela durante el verano, y *Un caso de urgencia* se publicó el año siguiente, en 1968. En él no aparecía la foto del autor, Jeffery Hudson, del que sólo se decía que era el «seudónimo de un científico norteamericano que estudió en Boston y normalmente reside en Londres». (Pensé que esto evitaría al autor posibles entrevistas.)

El libro causó cierta conmoción en los círculos médicos de Boston. Todos los estudiantes lo leyeron y se preguntaban: «¿Quién será este tal Hudson que tan bien conoce los entresijos de la escuela de medicina?» Yo me unía a sus conversaciones y a mi vez preguntaba: «Sí, ¿quién será?»

Pero no quería que nadie lo supiera. La medicina era un asunto serio, y estaba claro que un estudiante que se dedicaba a escribir *thrillers* no mostraba excesiva seriedad.

Algunos meses después, cuando me enteré de que el libro había sido nominado para el Edgar como el mejor libro de misterio del año, me asusté. Mi agente, Lynn Nesbit, me llamó para decirme que si ganaba tendría que asistir al banquete de celebración y aceptar el premio. La perspectiva me horrorizaba, ya que tendría que revelar mi identidad. Me consolé con la esperanza de que no ganaría.

Como si la suerte se hubiera confabulado contra mí, gané. Un viernes, a última hora de la tarde, me escapé en secreto del hospital, volé a Nueva York y recibí el premio. Estaba encantado de

recibir un Edgar, pero pronuncié un discurso de aceptación apresurado. No quería que me hicieran fotografías; cada flash me producía un sobresalto. Durante las siguientes semanas, viví en estado de pánico temiendo que el premio llegara a oídos de mis profesores de Boston.

Pero nada de eso ocurrió. Incluso cuando el libro fue adaptado al cine, me las arreglé para mantener mi identidad en secreto. Por otra parte, cada vez se me hacía más difícil ocultar lo que me estaba ocurriendo y el modo en que asimilaba todos esos cambios. Ahora que había conseguido el éxito como escritor, empecé a pensar seriamente en dejar la medicina una vez acabara la carrera. Y eso fue lo que al final ocurrió.

Es por todo esto que, retrospectivamente, siento un gran afecto por este pequeño libro, a pesar de sus evidentes debilidades. Se trata de la obra de un escritor joven, de menos de veinticinco años, escrita con un entusiasmo y una prisa considerables. Ahora que se reedita, un cuarto de siglo después, sólo puedo pedir la indulgencia del lector en nombre de ese escritor joven y de sus esfuerzos.

MICHAEL CRICHTON

Octubre de 1993

Los Angeles

«Prescribiré el régimen que sea bueno para mis pacientes, según mi juicio y mi habilidad, y nunca perjudicaré a ninguno. Ni para complacer a nadie recetaré una droga mortal, ni daré consejo alguno que pueda causar la muerte. Ni tampoco proporcionaré a ninguna mujer los medios para que aborte. Antes bien, preservaré la pureza de mi vida y de mi arte...»

Del juramento de Hipócrates, que se exige de todos los médicos antes de entrar en la práctica de su profesión.

«No hay obligación moral de conservar el DNA.»

GARRET HARDIN

A: 22— 6712

RANDALL, KAREN

SER. MED.

S. U.

(Continuación)

descrita como reacción hipersensible más cuatro (4+), con expiración a las 4.23 de la madrugada. Reconocida la defunción a las 4.34.

Diagnóstico del fallecimiento:

1. Hemorragia debida a aborto espontáneo.
2. Choque anafiláctico después de la administración intramuscular de penicilina G.

DISPOSICIÓN

FALLECIMIENTO EN: Serv. de urg.

Fecha: 10 oc.

Firma: John B. Williamson, Dr. en Medicina

JB/ka

(traducción de esta ficha médica al dorso)

LUNES, 10 DE OCTUBRE

Uno

Todos los cirujanos del corazón son insoportables, y Conway no es una excepción. Entró hecho una furia en el laboratorio de patología a las ocho y media de la mañana, llevando todavía la bata y el gorro verdes del quirófano, y estaba fuera de sí. Cuando Conway está enloquecido, aprieta los dientes y habla a través de ellos con un tono monótono. El rostro se le enrojece y le aparecen unas manchas purpúreas en sus sienes.

—Imbéciles, malditos imbéciles — decía Conway entre dientes. Golpeó la pared con los puños; los frascos de las estanterías temblaron.

Todos sabíamos lo que había sucedido. Conway hace dos intervenciones diarias de corazón, empezando con la primera a las seis y media. Cuando se deja ver en el laboratorio patológico dos horas después, sólo puede ser debido a una causa.

—Estúpidos, malditos bastardos — decía Conway; dio un puntapié a un cubo de desperdicios, que se deslizó ruidosamente rodando por el suelo —. Les aplastaría los sesos; sus malditos sesos — decía Conway, gesticulando y mirando hacia el techo como si se dirigiera a Dios.

Dios, como todos los demás, lo había oído ya otras veces. El mismo enojo, los mismos dientes apretados y los mismos gestos. Conway siempre daba el mismo espectáculo; era como pasar una y otra vez la misma película. A veces su ira iba dirigida contra el especialista torácico, a veces contra las enfermeras, a veces contra los anestesistas. Pero lo raro es que nunca se volvía contra sí mismo.

—Si consiguiera vivir cien años no podría encontrar un solo anestesista decente. Nunca. No existe. ¡Estúpidos, jodidos mal nacidos, todos ellos!

Nos miramos unos a otros: esta vez era Herbie. Unas cuatro veces al año las culpas recaían sobre Herbie. Excepto en estas ocasiones, él y Conway eran buenos amigos. Conway lo ponía por las nubes, decía que era el mejor anestesista del país, mejor que Sonderick, del Brigham, mejor que Lewis, de la Mayo, mejor que nadie.

Pero cuatro veces al año Herbert Landsman era el responsable de una MSM, denominación en la jerga quirúrgica para la muerte en la mesa de operaciones. En la cirugía cardíaca esto sucedía con mucha frecuencia; a la mayoría de los cirujanos en un quince por ciento de los casos; a un hombre como Conway sólo en un ocho por ciento.

Porque Frank Conway era bueno. Sólo tenía un ocho por ciento de bajas; era un hombre con manos afortunadas, un hombre con tacto. Pese a su temperamento, sus berrinches, sus momentos de ira y destructividad. Una vez dio un puntapié a un microscopio y se calcularon los daños en cien dólares, pero nadie abrió la boca, porque Conway era un hombre con sólo un porcentaje de ocho.

Desde luego, en Boston se hablaba de cómo podía mantener este porcentaje, conocido entre los cirujanos como el «porcentaje de mortalidad». Decían que Conway evitaba los casos con complicaciones. Decían también que evitaba los casos «tronados», es decir geriátricos. Decían que Conway no hacía nunca innovaciones, ni pruebas, ni empleaba procedimientos peligrosos. Estos argumentos en el fondo eran del todo falsos. Conway mantenía el porcentaje de mortalidad bajo porque era un cirujano soberbio. Sencillamente por eso.

El hecho de que fuera también una persona como las demás se consideraba superfluo.

—Estúpidos, necios bastardos — decía Conway; echó una furiosa ojeada por la habitación—. ¿Quién está hoy de guardia?

—Yo — dije. Era el patólogo más antiguo del personal del turno de día. Todo tenía que pasar por mí. ¿Quieres una mesa?

—Sí. Mierda.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Era una costumbre de Conway. En los casos de fallecimiento siempre hacía sus autopsias por la noche, a menudo muy tarde. Era como si quisiera contagiarse. Nunca permitía que estuviera nadie presente, ni siquiera sus internos. Algunos decían que lloraba mientras trabajaba. Otros decían que se divertía. El hecho es que nadie lo sabía realmente. Excepto Conway.

—Lo diré a la administración — dije—. Lo tendrán todo a punto.

—Sí. Mierda. — Dio un puñetazo sobre la mesa—. Una madre de cuatro, eso es lo que era.

—Advertiré a la administración para que lo preparen todo.

—Parado antes de llegar al ventrículo. Frío. Dimos masaje durante treinta y cinco minutos, pero nada.

—¿Cómo se llamaba? — pregunté. La administración necesitaría el nombre.

—McPherson — dijo Conway—. Señora McPherson.

Se volvió y se dirigió lentamente hacia la puerta. Pareció vacilar, con el cuerpo encorvado y los hombros abatidos.

—Jesús — dijo—, una madre de cuatro. ¿Cómo demonios se lo diré a él?

Levantó las manos, al estilo quirúrgico, con las palmas ante él, y miró sus dedos acusadoramente, como si lo hubieran traicionado. Supongo que en cierto sentido había sido así.

—Jesús — dijo Conway—. Debí dedicarme a la dermatología. Nadie muere en dermatología.

Abrió la puerta de un puntapié, y abandonó el laboratorio.

Cuando nos quedamos solos, uno de los internos de primer año, muy pálido, me preguntó:

—¿Siempre hace lo mismo?

—Sí — dije—. Siempre.

Me volví, y me quedé mirando el denso tránsito que circulaba lentamente bajo la llovizna de octubre. Habría sido más fácil sentir compasión por Conway si no hubiera sabido que su actuación era algo que hacía para sí mismo, una especie de ritual para desahogar su enojo cada vez que perdía un paciente. Supongo que lo necesitaba, pero, aun así, la mayoría de nosotros hubiera deseado que se pareciera más a DeLong, de Dallas, que se ponía a hacer crucigramas en francés, o a Archer, de Chicago, que se hacía cortar el pelo siempre que se le moría algún paciente.

Conway no sólo interrumpía el trabajo del laboratorio sino que lo retrasaba. Por las mañanas esto era más grave, porque teníamos que examinar las muestras quirúrgicas y generalmente trabajábamos con prisas.

Di la espalda a la ventana y tomé la siguiente muestra. En el laboratorio tenemos una técnica para ir más aprisa: los patólogos, de pie ante unas mesas a la altura de la cintura, examinamos los tejidos destinados a la biopsia. Del techo cuelga un micrófono ante cada uno de nosotros, que se controla con un pedal. Esto nos permite tener libres las manos; cuando hay que hacer alguna observación, se pisa el pedal y se habla al micrófono; los comentarios quedan registrados en una cinta. Las secretarias los pasan después a las gráficas.

Había intentado dejar de fumar durante la semana anterior, y esta biopsia me alentó: era una protuberancia blanca en un pedazo de pulmón. La tarjeta rosa que lo acompañaba llevaba el nombre del paciente, quien ahora se encontraba en el quirófano con el pecho abierto. Los cirujanos esperaban el diagnóstico patológico antes de seguir adelante con la operación. Si se trataba de un tumor benigno, extraerían simplemente un lóbulo del pulmón. Si era maligno, extirparían todo el pulmón y los ganglios linfáticos.

Apreté el pedal.

«Paciente AO—cuatro—cinco—dos—tres—tres—seis. Joseph Magnuson. El tejido es una sección del pulmón derecho, lóbulo superior, que mide... —saqué el pie del pedal y lo medí— cinco centímetros por siete coma cinco centímetros. El tejido pulmonar es de color rosa pálido y crepitante.¹ La superficie pleural es suave y brillante, sin evidencia de material ni adhesiones fibrosas. Presenta un poco de hemorragia. Dentro del parénquima se encuentra una masa irregular, de color blanco, que mide... —medí la protuberancia— dos centímetros de diámetro aproximadamente; en su superficie cortada aparece blancuzca y dura. No hay cápsula fibrosa aparente, y hay algunas deformaciones en la estructura del tejido circundante. Impresión macroscópica... cáncer de pulmón, sugiere malignidad. Firmado, John Berry.»

Corté una parte de la protuberancia blanca y la congelé rápidamente. Sólo hay un medio de tener certeza absoluta sobre la benignidad o malignidad del tejido, y éste es comprobando el resultado de la biopsia bajo el microscopio. La congelación rápida del tejido permite obtener una sección fina, que puede prepararse rápidamente. En cambio, para obtener una sección microscópica, normalmente se ha de pasar el material por seis o siete baños; a veces son necesarias seis horas y hasta días enteros. Los cirujanos no pueden esperar tanto.

Cuando el tejido estuvo congelado seccioné con el micrótomos, teñí la sección y la puse en la platina del microscopio. No fue necesario que la secara: bajo el objetivo se podía distinguir la red de tejido pulmonar formada dentro de los delicados sacos alveolares destinados al intercambio de gases entre la sangre y el aire. La masa blanca era algo distinto.

Pisé de nuevo el pedal.

«Examen microscópico, sección congelada. La masa blancuzca aparece compuesta de células del parénquima indiferenciadas que han invadido el tejido circundante normal. Las células son muy irregulares, con núcleo hipercromático y gran número de mitosis. Hay algunas células gigantes multinucleares. No hay ninguna cápsula claramente definida. Diagnóstico, cáncer maligno primario de pulmón. Observación: grado de antracosis en el tejido circundante.»

¹ «Crepitante» significa que cruje y está lleno de aire. Es lo normal.

La antracosis es la acumulación de partículas de carbón en el pulmón. Cuando una persona traga carbón, ya sea del humo de cigarrillos o de la suciedad de las ciudades, el cuerpo no se libera nunca más de él. Permanece para siempre en los pulmones.

Sonó el teléfono. Sabía que sería Scanlon abajo en el quirófano, meándose de impaciencia porque no le habíamos dado la respuesta en treinta segundos. Scanlon es como todos los cirujanos. Si no corta no es feliz. Odia tener que esperar, con el boquete que ha abierto en el individuo delante, el resultado del laboratorio patológico. Nunca se para a pensar que después de haber seccionado el tejido para una biopsia y haberlo puesto en un recipiente de acero, un ordenanza tiene que traerlo desde el ala quirúrgica del hospital hasta los laboratorios patológicos, antes de que nosotros podamos echarle una mirada. Scanlon tampoco piensa que hay once quirófanos más en el hospital que trabajan incesantemente desde las siete hasta las once de la mañana. Hay cuatro internos y patólogos trabajando durante estas horas, pero las biopsias nos desbordan. No podemos ir más deprisa; nos arriesgaríamos a hacer un diagnóstico erróneo.

Y eso no nos lo permitirían. Sólo quieren fastidiar, como Conway. Así tienen algo que hacer. Después de todo, los cirujanos tienen alguna manía persecutoria. O si no, pregunten a los psiquiatras.

Mientras me dirigía al teléfono, me saqué uno de los guantes de goma. Tenía la mano sudorosa; la sequé con la parte trasera de los pantalones y después cogí el receptor. Somos muy cuidadosos con el teléfono, pero a pesar de ello, al final del día está empapado de alcohol y formalina.

—Berry al habla.

—Berry, ¿qué pasa ahí?

Después de lo de Conway, sentí ganas de contestarle cuatro frescas, pero no lo hice. Dije solamente:

—Tiene usted un caso maligno.

—Me lo figuraba — dijo Scanlon, como si todo el trabajo del laboratorio patológico hubiera sido una pérdida de tiempo.

—Ya — dije y colgué.

Tenía una perentoria necesidad de fumar un cigarrillo. Sólo había fumado uno después del desayuno, y generalmente fumaba dos.

Al volver a mi mesa, vi tres muestras para la biopsia esperando: riñón, vesícula biliar y apéndice. Empezaba a calzarme de nuevo el guante cuando sonó la comunicación interior:

—¿Doctor Berry?

—¿Sí?

La comunicación interior tiene unos potentes receptores. Puede hablarse con un tono de voz normal desde cualquier punto de la habitación y la recepcionista lo oirá perfectamente. Los micrófonos están montados muy arriba, cerca del techo, porque generalmente los nuevos internos tienen la manía de gritar, sin saber lo sensible que llega a ser. Y destrozan los oídos de la recepcionista al otro extremo.

—Doctor Berry, su esposa al teléfono.

Me detuve, Judith y yo hemos llegado a un acuerdo: nada de llamadas por la mañana. Estoy siempre ocupado de las siete hasta las once, seis días a la semana, y a veces siete si alguien se pone enfermo entre el personal. Generalmente, ella cumple lo prometido. Ni siquiera me llamó cuando Johnny chocó con el triciclo contra la parte trasera de un camión y tuvieron que coserle quince puntos en la frente.

—Está bien — dije —, me pongo. — Me miré la mano. Tenía el guante a medio poner. Me lo volví a sacar y fui al teléfono—. ¿Sí?

—¿John? — su voz sonaba temblorosa. Hacía años que no la había oído así. Por lo menos desde que murió su padre.

—¿Qué pasa?

—John, acaba de llamar Arthur Lee. Art Lee era un obstetra amigo nuestro; había sido padrino de nuestra boda.

—¿Ocurre algo?

—Ha llamado preguntando por ti. Se encuentra en un apuro.

—¿Qué clase de apuro?

Mientras hablaba hice una señal con la mano a un interno para que ocupara mi lugar. No podíamos detener el trabajo.

—No lo sé — dijo Judith —. Pero está en la cárcel. Mi primer pensamiento fue que había algún error.

—¿Estás segura?

—Sí. Acaba de llamar, John. ¿Se trata de algo relacionado...?

—No lo sé — dije —. No sé más de lo que tú sabes. — Apoyé el receptor en el hombro y me saqué el otro guante; los tiré en un cubo —. Iré a verlo ahora mismo; tú tranquilízate, y no te preocupes. Es probable que sea algo de poca importancia. Quizá ha estado bebiendo otra vez.

—Está bien — dijo con voz apagada. — No te preocupes — repetí. — Está bien.

—Te llamaré pronto.

Colgué, me desaté el delantal y lo puse en el colgador que hay junto a la puerta. Después me dirigí a las oficinas de Sanderson, el jefe de los laboratorios patológicos. Tenía un aspecto muy respetable; a los cuarenta y ocho años, los cabellos se le empezaban a volver grises en las sienes. Poseía un rostro de aspecto pensativo y mandíbula saliente. Tenía tanto que temer como yo.

—Art está en la cárcel — dije.

Se encontraba a media revisión de un caso de autopsia. Cerró la carpeta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Voy a verlo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No — dije —, es mejor que vaya solo.

—Lláname cuando sepas algo — pidió Sanderson mirándome por encima de sus gafas de medio cristal.

—Lo haré.

Asintió. Cuando lo dejé, había abierto de nuevo la carpeta y estaba leyendo el caso. Si le había afectado la noticia no lo demostró. Pero eso era algo que Sanderson nunca hacía.

En el vestíbulo del hospital me puse la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche y entonces me di cuenta de que no sabía dónde estaba Art, así que me dirigí a información para llamar a Judith y preguntárselo. La recepcionista era Sally Planck, una rubia muy agradable cuyo nombre era motivo de innumerables bromas por parte de los internos.² Llamé a Judith y le pregunté dónde estaba Art; no lo sabía. No había pensado en preguntárselo. Así pues, tuve que llamar a la esposa de Arthur, Betty, una hermosa y eficiente joven que había obtenido el título de doctora en Stanford, y que había trabajado hasta hacía pocos años en investigaciones bioquímicas en Harvard; sólo lo abandonó cuando tuvo su tercer hijo. Generalmente era una muchacha muy tranquila. La única vez que la vi alterada fue cuando George Kovacs se emborrachó y orinó en el patio.

Betty contestó el teléfono en un estado de agudo aturdimiento. Me dijo que Arthur estaba arrestado en la comisaría de la calle Charles. Se lo habían llevado de casa aquella mañana, cuando se disponía a marcharse a su consultorio. Los niños estaban muy excitados, y ella no les había dejado ir a la escuela aquel día, y ahora no sabía qué hacer con ellos. ¿Qué podía decirles, por Dios bendito?

Le sugerí que les dijera que se trataba de un error, y colgué.

Conduje mi Volkswagen fuera del aparcamiento reservado para los médicos, pasando entre brillantes Cadillacs. Los coches grandes eran propiedad de los médicos con consulta privada; los patólogos reciben el sueldo exclusivamente del hospital y no pueden permitirse tales lujos.

Eran las 8.45, la hora de más circulación, lo cual en Boston se traduce en un constante jugarse la vida. Boston tiene el más alto porcentaje de accidentes de los Estados Unidos; más alto incluso que Los Angeles, cosa que puede confirmar cualquier interno del servicio de urgencias. Y también los patólogos; estamos hartos de ver traumas automovilísticos en las autopsias. Conducen como locos; si uno tiene la oportunidad de estar en el servicio de urgencias durante un rato es como para pensar que ha estallado la guerra. Judith dice que es porque se sienten reprimidos. Art dice siempre que es porque son católicos y creen que Dios cuidará de ellos mientras se pasean por la carretera, pero Art es un cínico. Una vez, en una fiesta de médicos, un cirujano dijo que la mayoría de las heridas en los ojos es consecuencia de las figuras de plástico que llevan los coches. Cuando éstos chocan contra algún obstáculo la gente se ve lanzada hacia adelante y sus ojos dan con las vírgenes e imágenes de quince centímetros que llevan pegadas al tablero, lo cual sucede con mucha frecuencia; Art afirmó que era lo más divertido que había oído en su vida. Se rió hasta que le saltaron las lágrimas:

—Cegados por la religión — decía sin cesar, reventando de risa—. Cegados por la religión.

² Planck suena como *Plank* que significa «tabla» o «tablón». (N. de la T.)

El cirujano no le veía la gracia. Supongo que porque había tenido que suturar demasiados párpados. Pero Art no podía contener su hilaridad.

La mayoría de la gente en la fiesta estaba asombrada por sus carcajadas; creyeron que era excesivo y de mal gusto. Supongo que yo era la única persona entre todos los asistentes a la fiesta que comprendía el significado de la risa de Art. Y era también el único que sabía la gran tensión bajo la cual Art trabajaba.

Art es amigo mío, y lo ha sido desde que iniciamos los estudios juntos en la escuela de medicina. Es un muchacho brillante y un médico hábil, y tiene fe en lo que hace. Como la mayoría de los médicos con consulta privada, tiende a ser demasiado autoritario, demasiado autocrático. Siempre cree saber lo que es mejor, y eso no lo sabe nadie en todos los momentos de la vida. Quizá se pasa algo de la raya, pero no puedo acusarle. Cumple una misión importante. Después de todo, alguien tiene que llevar a cabo los abortos.

No sé exactamente cuándo empezó. Creo que fue al terminar su período de interno en el servicio de ginecología. No es ninguna operación especialmente difícil; una enfermera con un buen adiestramiento puede llevarla a cabo sin dificultades. Sólo existe un pequeño problema.

Es ilegal.

Recuerdo muy bien cuando lo averigüé. Entre los internos de patología corrían rumores sobre Lee; habían estado haciendo un montón de pruebas de embarazo positivas. Habían sido pedidas por una serie de dolencias diversas — irregularidad menstrual, dolores, hemorragias periódicas —, pero muy pocos casos presentaban evidencia de embarazo. El asunto me preocupó porque los residentes eran jóvenes y de lengua suelta. Les dije en el mismo laboratorio que aquello no tenía nada de divertido, y que podían perjudicar gravemente la reputación de un médico con tales habladurías. Éstas cesaron rápidamente. Después fui a ver a Arthur. Lo encontré en el café del hospital.

—Art — le dije —, hay algo que me preocupa.

Estaba de buen humor mientras comía una rosca y bebía café.

—Supongo que no se trata de un problema ginecológico — dijo riendo.

—No exactamente. He oído a los residentes comentar que habías llevado a cabo algunos raspados a personas con resultados de embarazo positivo el mes pasado. ¿Te lo han dicho?

El buen humor se disipó.

—Sí — dijo —, lo sé.

—Sólo quería que lo supieras. Puede que te encuentres con dificultades cuando estas cosas salgan a la luz y...

Él movió la cabeza: — No habrá dificultades.

—Bien, ya sabes lo que eso puede parecer.

—Sí — dijo —. Parece que estoy haciendo abortos. Hablaba en voz baja, con una calma casi mortal.

Me miraba de frente. Ello me hizo sentirme incómodo.

—Sería mejor que habláramos un poco sobre ello — dijo—. ¿Te parece bien que nos veamos a las seis esta tarde?

—Supongo que sí.

—Entonces podemos encontrarnos en el aparcamiento. Y si tienes un momento libre esta tarde, ¿por qué no echas un vistazo a un caso mío?

—Está bien — dije, frunciendo el ceño.

—El nombre es Suzanne Black. El número es AO— dos— dos— uno— tres— seis— cinco.

Escribí la referencia en un papel, preguntándome por qué la recordaría. Los médicos recuerdan muchas cosas de sus pacientes, pero es muy raro que memoricen la referencia del hospital.

—Echa una buena ojeada a este caso — dijo Art—, y no hables de él con nadie hasta que lo hayas hecho conmigo.

Confuso, volví a mi trabajo en el laboratorio. Tenía una autopsia aquel día, así que no estuve libre hasta las cuatro de la tarde. Entonces fui a los archivos y busqué las gráficas de Suzanne Black. Leí la historia allí mismo; no era muy larga. Era paciente del doctor Lee, admitida por primera vez a la edad de veinte años. Hacía el primer curso en la Universidad de Boston. Su SP (síntoma principal) era la irregularidad menstrual. En esta primera entrevista dijo que recientemente había sufrido de varicela, después se había sentido muy cansada, y había sido examinada por el médico de su universidad, para comprobar una posible mononucleosis. Hablaba de una pérdida irregular cada siete o diez días, pero no una menstruación normal. Esto había durado un par de meses. Se encontraba todavía cansada y con cierta apatía.

El examen físico era esencialmente normal, excepto por el hecho de que presentaba una fiebre leve. Los análisis de sangre eran normales; si bien el cómputo con el hematocrito³ era algo bajo.

El doctor Lee había ordenado un raspado para corregir la irregularidad. Esto ocurrió en 1956, antes de la terapéutica con estrógeno. La exploración había sido normal, sin evidencia de tumores ni de embarazo. La muchacha pareció responder bien al tratamiento. Durante los tres meses que siguieron presentó las menstruaciones normales.

Parecía un caso normal. Cualquier enfermedad o tensión emocional puede perturbar el curso biológico de una mujer y alterar sus reglas; el raspado lo había restablecido. No comprendía por qué Art me había pedido que me fijara en este caso. Comprobé el informe patológico sobre el tejido. Lo había hecho el doctor Sanderson. Era breve y simple: apariencia microscópica normal, examen microscópico normal.

Volví a guardar la gráfica y regresé al laboratorio. Cuando llegué allí, todavía no había podido adivinar la razón que hacía interesante el caso. Estuve vagando, haciendo conjeturas inútilmente, hasta que al final me puse a trabajar sobre mi autopsia.

No sé lo que me hizo pensar en la muestra.

Como la mayoría de los hospitales, el Lincoln guarda archivadas todas las muestras. Las guardamos todas; es posible reexaminar tantas veces como se quiera una muestra microscópica

³ Sirve para comprobar la cantidad de hemoglobina, o proporción de glóbulos rojos en la sangre.

hecha veinte o treinta años atrás. Se guardan en unas cajas largas, como si fueran fichas de una biblioteca. Tenemos una habitación llena de esas cajas.

Me dirigí a la caja en cuestión y encontré la muestra 1365. La etiqueta llevaba el número del caso y las iniciales del doctor Sanderson. Decía también, en letras grandes, «MU» (muestras uterinas).

Llevé la muestra a la habitación de los microscopios, donde había diez de éstos colocados en hilera. Uno de ellos estaba libre; deslicé la muestra debajo de él y eché una ojeada.

Lo vi inmediatamente.

El tejido provenía de una muestra uterina. Bien. Mostraba un endometrio bastante normal en la fase proliferativa, pero el color me sorprendió. La muestra había sido teñida con Zener— Formalina, dándole un color brillante azul— verde. Era una tinta que se usaba con muy poca frecuencia, y que sólo se empleaba en caso de ciertos problemas especiales de diagnóstico.

Para el trabajo rutinario, se utilizaba la tinta de Hematoxylina— Losin, que daba un color entre rosa y púrpuro. Casi todos los tejidos se teñían con esta tinta, y si no era así, las razones para emplear una tintura especial se anotaban en el sumario patológico.

Pero el doctor Sanderson no había mencionado que la muestra hubiera sido teñida con Zener— Formalina.

La conclusión obvia era que las muestras habían sido cambiadas.

Miré la escritura a mano de la etiqueta. No había duda alguna de que era de Sanderson. ¿Qué había ocurrido?

Casi inmediatamente me imaginé otras posibilidades. Sanderson podía haber olvidado anotar en su informe que había utilizado una tinta que no era corriente. O tal vez se habían hecho dos muestras, una con HE y otra con Zener— Formalina, y solamente esta última se había conservado. O quizá había habido alguna confusión.

Ninguna de estas alternativas me parecía particularmente convincente. Estuve pensando en ello y esperando impacientemente que llegaran las seis, hora en que me encontré con Art en el aparcamiento y subí a su coche. Quería alejarse del hospital e ir a cualquier lugar donde pudiéramos charlar tranquilos. Mientras conducía, preguntó:

—¿Viste el caso?

—Sí — dije—. Muy interesante.

—¿Comprobaste la muestra?

—Sí. ¿Era la original?

—Quieres decir si era la muestra de Suzanne Black, ¿no?

—Tenías que haber sido más cuidadoso. La tinta era distinta. Eso puede crearte problemas. ¿De dónde salió la muestra?

Art sonrió débilmente:

—De un archivo biológico. «Muestra de endometrio normal.»

—¿Y quién hizo el cambio?

—Sanderson. Éramos nuevos en el juego, entonces. Fue idea suya poner una muestra normal. Ahora, desde luego, trabajamos mucho mejor. Cada vez que Sanderson tiene un caso normal, saca algunas muestras de más y las guarda para esos casos.

—No lo comprendo — dije —. ¿Quieres decir que Sanderson está metido en este lío contigo?

—Sí — contestó Art —, lo ha estado durante algunos años.

Sanderson era un hombre muy prudente, muy amable y muy digno.

—Ya ves — dijo Art —, toda la gráfica es una mentira. La muchacha tenía veinte años, es cierto. Y había tenido la varicela. Y también tenía irregularidades menstruales, pero la razón era que estaba embarazada. Fue durante un fin de semana, con un muchacho al que decía amar y con el que pensaba casarse, pero ella quería terminar la universidad y el bebé entorpecía su camino. Además, tuvo la varicela durante el primer trimestre. No era una muchacha muy inteligente, pero era lo suficiente para saber qué ocurre cuando se tiene la varicela en ese estado. Y estaba muy preocupada cuando vino a verme. Estuvo un rato tartamudeando indecisa, y al final estalló y me pidió un aborto.

»Yo me quedé horrorizado. Acababa de terminar mi período de residencia, y todavía conservaba mi idealismo íntegro. Ella estaba obsesionada; se encontraba deshecha y actuaba como si se le hubiera hundido el mundo. Supongo que en cierto modo así era. Todo lo que podía pensar era en su problema como mujer expulsada de la universidad, y madre soltera de un niño posiblemente deforme. Era una joven bastante agradable y me dio pena, pero dije que no. Sentía compasión por ella, me sentí destrozado, pero le expliqué que tenía las manos atadas.

»Entonces me preguntó si era una operación peligrosa, el aborto. Al principio pensé que tenía la intención de provocárselo ella misma, y le dije que sí. Entonces ella dijo que conocía un hombre en North End que se lo haría por doscientos dólares. Había sido ordenanza en la marina, o algo así. Y ella me dijo que si yo no quería hacerlo, le pediría a ese hombre que lo hiciera. Y se marchó de mi oficina.

Suspiró y meneó la cabeza mientras conducía.

—Aquella noche me fui a casa de un humor de perros. La odiaba: la odiaba por entrometerse en mi práctica tan reciente, por entrometerse en mi vida, que tenía planeada de un modo tan ordenado. La odiaba por la presión que había ejercido sobre mí. No podía dormir; estuve toda la noche pensando. No podía apartar de mi imaginación la visión de aquella muchacha acudiendo a una oscura y maloliente habitación, poniéndose en manos de un individuo que la trataría de cualquier manera y que incluso sería capaz de matarla. Pensé en mi propia esposa y en mi hijo de un año, y en lo felices que los demás podrían ser. Estuve pensando en los abortos producidos por «aficionados» que había visto siendo interno, cuando nos llegaban muchachas desangrándose a las tres de la madrugada. Y también pensé, sinceramente, en el temor que había sentido tantas veces en la universidad. Una vez con Betty estuvimos esperando durante seis semanas que tuviera la menstruación. Sé perfectamente que nadie queda embarazado accidentalmente. No es difícil, y no tendría que considerarse un crimen.

Yo fumaba un cigarrillo y callaba.

—Así pues — prosiguió, a media noche me levanté y me encaré con el problema bebiendo una taza de café tras otra hasta llegar a seis y mirando fijamente la pared de la cocina. Por la mañana había decidido que la ley era injusta. Decidí que un médico podía jugar a ser Dios de muchas maneras nada recomendables, pero que ésta era precisamente una de las buenas formas de hacerlo. Había visto una paciente trastornada y había rehusado ayudarla cuando podía haberlo hecho. Esto era lo que me preocupaba: le había negado el tratamiento. Era tan malo como negar la penicilina a un hombre enfermo; era tan cruel como necio. A la mañana siguiente, fui a ver a Sanderson y le dije que quería hacer un raspado. El dijo que se encargaría del examen patológico, y así lo hizo. Así es como empezó todo.

—¿Y desde entonces has estado practicando abortos?

—Sí — dijo Art —. Siempre que he creído que estaba justificado.

Después de esto, llegamos a un bar en North End, un lugar sencillo lleno de trabajadores alemanes e italianos. Art se sentía hablador, casi confidencial.

—A menudo me pregunto — dijo — qué sería la medicina si la religión predominante en este país fuera la Ciencia Cristiana. Para la mayor parte de la historia, desde luego, no hubiera tenido importancia. La medicina era algo muy primitivo e ineficaz. Pero supón que los «científicos cristianos» fueran los fuertes en la época de la penicilina y los antibióticos. Supón que hubiera habido grupos influyentes que presionaran en contra de la administración de estos medicamentos. Supón que hubiera gente enferma en una sociedad semejante que supiera perfectamente que no tenía por qué morir de su enfermedad, pues existía una medicina sencilla que podía curarles. ¿No crees que habría también un mercado negro para tales medicamentos? ¿No moriría también gente por la administración de dosis excesivas de ellos, o por productos impuros o adulterados? ¿No sería, en conjunto, un asunto feo y sucio?

—Veo la analogía. Pero no me sirve.

—Escucha — dijo —. La moralidad debe seguir a la tecnología, porque si una persona se encara con el dilema de ser moral y estar muerto, o inmoral y estar vivo, siempre escogerá la vida. Hoy en día la gente sabe que los abortos son una cosa fácil y sencilla. Sabe que no se trata de una operación larga ni fastidiosa. Sabe que se trata de algo simple, y desea la felicidad que puede obtener de ella. Si la mujer es rica se irá a Japón o a Puerto Rico; si es pobre, acudirá a un ordenanza de la marina. Pero, de una forma u otra, provocará el aborto.

—Art — dije —. Es ilegal.

El sonrió.

—Nunca pensé que sintieras tanto respeto por la ley.

Se refería a mi carrera. Después del bachillerato, entré en una escuela de leyes y estuve estudiando allí durante un año y medio. Después decidí que era algo odioso y probé con la medicina. Entre unos estudios y otros estuve un tiempo en el ejército.

—Pero es distinto — dije —. Si te agarran te meterán en la cárcel y te quitarán la licencia. Lo sabes perfectamente.

—Estoy haciendo lo que debo.

—No seas necio.

—Creo — dijo — que lo que estoy haciendo está bien.

Mirándolo a la cara, vi lo que quería decir con eso.

A medida que pasó el tiempo, me encontré personalmente con algunos casos en los que el aborto era, obviamente, la respuesta más humana. Art los hacía. Yo me uní al doctor Sanderson en su trabajo en el departamento patológico. Arreglamos las cosas para que nadie pudiera averiguarlo jamás. Esto era necesario porque los encargados de controlar los tejidos en el Lincoln eran los jefes de servicio, al mismo tiempo que un grupo variable de seis médicos. La edad media de los hombres que formaban parte de esta comisión era de sesenta y un años, y a veces se daba la coincidencia de que al menos una tercera parte eran católicos.

Desde luego, no era un secreto muy bien guardado. Muchos de los médicos más jóvenes sabían lo que Art hacía, y la mayoría estaba de acuerdo con él, pues demostraba criterio, y decidía y sopesaba cuidadosamente cada caso. La mayoría de ellos también habría practicado abortos si se hubiera atrevido.

Algunos pocos no estaban de acuerdo con Art y habrían disfrutado denunciándolo si hubieran tenido valor. Hombres como Whipple y Gluck, cuyas religiones predicaban la compasión y el sentido común.

Durante largo tiempo, estuve preocupado por los Whipple y los Gluck. Pero más tarde me olvidé de ellos y dejé de hacer el menor caso de sus miradas malintencionadas y de sus rostros desaprobadores. Quizá fue un error.

Porque ahora Art estaba en el patíbulo, y si rodaba su cabeza, rodaría a su vez la de Sanderson. Y también la mía.

No había aparcamiento cerca de la comisaría de policía. Finalmente, encontré un lugar cuatro manzanas más abajo, y regresé caminando para averiguar por qué Arthur Lee estaba en prisión.

Dos

Cuando estaba en el ejército, hace algunos años, fui policía militar en Tokio, y la experiencia me enseñó mucho. Los MP éramos las personas menos populares de la ciudad por aquellos días, durante las últimas fases de la ocupación.

Con nuestros uniformes y nuestros cascos blancos, para los japoneses representábamos los últimos restos de una autoridad militar que había llegado a hastiarlos. Para los norteamericanos de Ginza, borrachos de whisky cuando podían conseguirlo, representábamos toda la frustración y represión de la rígida vida militar. Éramos, por lo tanto, un reto para todos aquellos con quienes nos topábamos, y más de uno entre mis compañeros estuvo en apuros por esta causa. Uno recibió un navajazo en un ojo y se quedó ciego. A otro lo mataron. Desde luego, íbamos armados. Recuerdo que cuando recibimos nuestras pistolas por primera vez, un capitán nos dijo:

—Ya tienen sus armas; ahora, oigan mi consejo: no utilicen nunca su pistola. Se dispara sobre un borracho impertinente, aun en defensa propia, y luego se averigua que su tío es senador o general. Pongan las armas a la vista de todo el mundo, pero no las saquen de sus fundas. Punto final.

Efectivamente, se nos ordenó mantener nuestra superioridad siempre. Aprendimos a hacerlo. Todos los policías terminan aprendiéndolo.

Recordé esto cuando me encontré frente al sargento de policía de la comisaría de la calle Charles. Me miró como deseando poder despellejarme el cráneo.

—Bien. ¿Qué hay?

—He venido a ver al doctor Lee — dije.

Sonrió:

—El chinito está en apuros, ¿no? Malo, malo.

—He venido a verlo — repetí.

—No es posible.

Volvió la mirada al escritorio y ordenó los papeles que había encima, como si diera por terminada la entrevista y estuviera muy ocupado.

—¿Puede explicarme el motivo?

—No — dijo —, no tengo por qué explicar el motivo.

Saqué la pluma y la libreta:

—Deme el número de su placa, por favor.

—Vaya, ¿quiere hacerse el gracioso? Márchese. No puede verlo.

—La ley le obliga a dar el número de su placa cuando se lo requieren.

—Está bien.

Miré su camisa y simulé que copiaba el número. Después me dirigí a la puerta.

—¿Va usted a alguna parte? — dijo él con tono indiferente.

—Hay una cabina de teléfono ahí fuera.

—¿Ah, sí?

—Es vergonzoso. Apuesto a que su esposa se pasa horas para coser esos galones en el hombro. Pero quitarlos se hace en menos de un segundo. Utilizan una hoja de afeitar: ni siquiera se nota en el uniforme.

El policía se levantó rígido detrás del escritorio:

—¿A qué ha venido?

—He venido a ver al doctor Lee.

Me miró con suavidad. Él no sabía si podía gastarle alguna mala pasada. Pero sabía que era posible. — ¿Es su abogado? — Eso es.

—Bien, maldita sea, ¿por qué no lo dijo usted antes? — Sacó unas llaves del cajón de su escritorio—. Venga —dijo sonriéndome; pero sus ojos me demostraban todavía hostilidad.

Lo seguí a través del departamento. No dijo nada, pero le oí gruñir un par de veces. Finalmente dijo por encima del hombro:

—No puede usted acusarme de ser demasiado cuidadoso. Un asesinato es un asesinato, ya sabe.

—Sí — dije.

Art se encontraba dentro de una celda bastante presentable. Estaba limpia y no apestaba. En realidad, Boston posee las cárceles más limpias de Estados Unidos. No — han tenido otro remedio: montones de gente famosa han pasado muchas horas en estas cárceles. Alcaldes y funcionarios importantes, y gente parecida. No puede esperarse que un hombre haga una campaña decente para su reelección si está en una celda sucia y asquerosa, ¿no es así? No parecería correcto.

Art estaba sentado en la cama, mirando un cigarrillo que se consumía entre sus dedos. El suelo estaba lleno de ceniza y de colillas. Levantó la vista cuando nos oyó llegar.

—¡John!

—Pueden hablar durante diez minutos — dijo el sargento.

Entré en la celda. El sargento cerró la puerta tras de mí y se quedó allí de pie, apoyado contra los barrotes.

—Gracias — dije —. Ahora puede usted marcharse. Me echó una mirada hosca y se alejó, haciendo sonar sus llaves.

Cuando estuvimos solos le dije a Art:

—¿Estás bien? — Eso parece.

Art es un hombre pequeño, escrupuloso, y se viste de manera fastidiosa. Proviene de una gran familia de médicos y abogados de San Francisco. Parece ser que su madre era norteamericana: él no tiene un aspecto muy acentuado de chino. Su piel es más aceitunada que amarilla; sus ojos carecen de arrugas y su cabello es castaño claro. Es un hombre muy nervioso, que mueve constantemente las manos, y da la impresión de ser más latino que otra cosa.

Ahora parecía pálido y tenso. Se levantó y empezó a medir la celda con sus pasos. Sus movimientos eran rápidos y bruscos.

—Me alegro de que hayas venido.

—Por si acaso te preguntan, soy el representante de tu abogado. Fue la única manera de entrar. — Saqué mi libreta de notas—. ¿Has llamado a tu abogado? — No, todavía no.

—¿Por qué no?

—No lo sé. — Se frotó la frente y los ojos con los dedos —. No puedo pensar. No hay nada que tenga sentido...

—Dime el nombre de tu abogado.

Me lo dijo y lo escribí en mi agenda. Art tenía un buen abogado. Supongo que siempre había pensado que llegaría un momento en que lo necesitaría.

—Está bien — dije —. Cuando salga de aquí lo llamaré. Ahora, dime: ¿qué pasa?

—Que me han detenido por asesinato — dijo Art.

—Eso es lo que dijeron. ¿Por qué me llamaste?

—Porque conoces el tema.

—¿De asesinatos? No sé absolutamente nada. — Tú fuiste a una escuela de leyes.

—Durante un año — dije —. De eso hace ya diez años. No me acuerdo de nada de lo que aprendí.

—John — repuso—, éste es un problema médico y un problema legal. Todo a la vez. Necesito tu ayuda.

—Sería mejor que empezaras desde el principio. — John. Yo no lo hice. Te juro que no lo hice.

Nunca toqué a esa muchacha.

Cada vez andaba más deprisa. Le agarré del brazo y le hice detenerse.

—Siéntate — dije —, y empieza por el principio. Despacio.

Movió la cabeza y lanzó el cigarrillo lejos. Inmediatamente encendió otro; después dijo:

—Llamaron a casa esta mañana a eso de las siete. Me trajeron aquí y empezaron a interrogarme. Al principio dijeron que era algo rutinario, que no tenía importancia. Después se volvieron cada vez más impertinentes.

—¿Cuántos eran?

—Dos. A veces tres.

—¿Se comportaron con brusquedad? ¿Te golpearon? ¿Utilizaron focos potentes?

—No, nada de eso.

—¿Te dijeron que podías llamar a tu abogado?

—Sí. Pero eso fue después. Cuando me advirtieron sobre mis derechos constitucionales. — Sonrió al decirlo, con su sonrisa triste y cínica —. Al principio, creía que era un interrogatorio de rutina, y no pensé en llamar a ninguno. No había hecho nada malo. Estuvieron hablando una hora antes de que me mencionaran a la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Karen Randall.

—No será la misma Karen...

El asintió:

—La hija de J. D. Randall.

—Dios mío.

—Empezaron preguntándome qué sabía de ella y si alguna vez la había visitado como paciente. Y cosas por el estilo. Dije que sí, que había acudido a mí una semana atrás para hacerme una consulta. Se quejaba de amenorrea.

—¿Desde cuándo?

—Desde hacía cuatro meses.

—¿Les dijiste eso?

—No, no me lo preguntaron.

—Dios mío — dije.

—Querían saber más detalles sobre su visita. Querían saber si era ése su único problema; querían saber cómo se había comportado. Yo no quise decirlo. La paciente me había hablado confidencialmente. Entonces cambiaron de táctica: querían saber dónde me encontraba la noche pasada. Les dije que había hecho mi ronda en el Hospital Lincoln y que había estado paseando por el parque. Me preguntaron si había ido para algo a mi consultorio. Dije que no. Me preguntaron si me había visto alguien en el parque anoche. Dije que no podía recordar a nadie; al menos a nadie conocido.

Art aspiró profundamente su cigarrillo. Sus manos temblaban.

—Entonces empezaron a tirotearme con preguntas. ¿Estaba seguro de no haber vuelto a mi consultorio? ¿Qué había hecho después de mi ronda? ¿Estaba seguro de que no había visto a Karen desde hacía una semana? Yo no podía comprender lo que se proponían.

—¿Y qué se proponían?

—Karen Randall ingresó en el servicio de urgencias del Hospital Memorial a las cuatro de la madrugada en compañía de su madre. Estaba sangrando copiosamente (en realidad estaba casi desangrada), y en estado de choque hemorrágico cuando llegó. No sé qué tratamiento le dieron, pero murió. La policía cree que yo la hice abortar anoche.

Fruncí el entrecejo. No tenía sentido:

—¿Cómo pueden estar seguros?

—No lo dijeron. Lo pregunté muchas veces. Quizá la muchacha deliraba y mencionó mi nombre. No sé.

Meneé la cabeza:

—Art, la policía teme tanto a los falsos arrestos como a la misma plaga. Si te arrestaron y ha sido un error, muchas personas perderán el empleo por ello. Eres un miembro respetable de la profesión, y no un borracho que no tenga un penique ni un amigo en el mundo. Tienes el recurso del asesoramiento legal, y ellos saben que lo buscarás. No te hubieran acusado a no ser que tuvieran fuertes razones para hacerlo.

Art movió sus manos con irritación:

—Quizá es que son estúpidos y nada más.

—Claro que son estúpidos, pero no tanto. — Bien — dijo—, no sé por qué se me han echado encima.

—Debes saberlo.

—Pues no lo sé — dijo, reanudando sus paseos —. No puedo ni siquiera intentar adivinarlo.

Lo miré un momento, dudando en hacerle una pregunta que sabía que tarde o temprano tendría que hacerle. Él se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—No — dijo.

—No ¿qué?

—No, no lo hice. Y deja ya de mirarme de esa forma. — Se volvió a sentar, apoyando los dedos en la litera —. Dios mío, desearía echar un trago.

—Es mejor que lo olvides — dije.

—Oh, Dios mío...

—Sólo bebes en los actos sociales — dije—, y con moderación.

—¿Estoy acusado por mi carácter, por mis hábitos personales o por...?

—No estás acusado de nada — dije—. Ya lo verás.

Él lanzó un gruñido.

—Háblame de la visita de Karen — dije.

—No hay gran cosa que contar. Vino pidiéndome un aborto, pero yo no estaba dispuesto a hacérselo, porque estaba embarazada de cuatro meses. Le expliqué el porqué; le dije que no podía hacérselo ya que estando tan avanzada la gestación sería necesaria una sección abdominal.

—¿Y ella estuvo conforme?

—Eso me pareció.

—¿Qué anotaste en su ficha? — Nada. No le abrí ninguna ficha.

Suspiré:

—Esto puede perjudicarte. ¿Por qué no lo hiciste? — Porque ella no acudió a mi consulta en busca de tratamiento; no iba a ser paciente mía. No iba a verla nunca más; así que no le hice ninguna ficha.

—¿Cómo le vas a explicar eso a la policía?

—Mira — dijo—, si hubiera sabido que ella me ocasionaría este arresto habría hecho muchísimas cosas distintas.

Encendí un cigarrillo y me eché hacia atrás, sintiendo el frío de la piedra en la nuca. Podía darme perfecta cuenta de que todo aquello era un asunto turbio. De ahí que esos detalles sin importancia y completamente inocentes en otro caso adquirieran ahora enormes proporciones.

—¿Quién te la mandó?

—¿A Karen? Supongo que Peter.

—¿Peter Randall?

—Sí. Era su médico de cabecera.

—¿No le preguntaste quién la enviaba? — Art acostumbraba a ser muy cuidadoso sobre esto.

—No. Llegó un día, cuando ya era muy tarde, y estaba cansado. Además, ella fue derecha al grano; era una muchacha muy franca, no mostró timidez ni vergüenza alguna. Cuando oí la historia, supuse que Peter me la mandaba para que ella me explicara la situación, ya que era obvio que era demasiado tarde para un aborto.

—¿Por qué lo creíste así? Art se encogió de hombros:

—No lo sé. Pero lo creí así.

No tenía sentido. Estaba seguro de que no me lo contaba todo.

—¿Habías visitado antes a algún miembro de la familia Randall?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo lo que he dicho.

—No creo que eso tenga importancia — dijo.

—Podría tenerla.

—Te aseguro que no — dijo.

Suspiré y me quedé mirando el cigarrillo. Sabía que Art podía ser muy obstinado si se lo proponía.

—Está bien — dije—. Dime algo más sobre la muchacha.

—¿Qué más quieres saber?

—¿La habías visto con anterioridad? — No.

—¿No habías coincidido con ella en alguna fiesta o reunión?

—No.

—¿Habías asistido a alguna amiga suya? — No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¡Demonios! — dijo —. No puedo estar seguro, pero dudo mucho de que así fuera. Ella tenía solamente dieciocho años.

—Está bien — dije.

Probablemente Art tuviera razón. Él acostumbraba a practicar abortos solamente a mujeres casadas y, a ser posible, pasados los treinta años. A menudo decía que no quería verse comprometido con jóvenes, aunque alguna que otra vez lo hubiera hecho. Las mujeres ya mayores y casadas eran mucho más seguras; mantenían la boca cerrada y eran más realistas. Pero también sabía que recientemente había estado tratando a algunas chicas jóvenes, cuyos casos llamaba «raspados *teen*», porque decía que hacerlo solo por las mujeres casadas era discriminación. Lo decía medio en broma y medio en serio.

—¿Qué impresión te produjo cuando acudió a tu consulta? — pregunté —. ¿Cómo la describirías?

—Parecía una muchacha simpática — dijo Art —. Era bonita, inteligente y bien educada. Muy sincera, como te dije. Entró en mi despacho, se sentó, cruzó las manos en el regazo, y lo soltó. Incluso utilizaba términos médicos, como por ejemplo «amenorrea». Supongo que eso era debido a que pertenecía a una familia de médicos.

—¿Estaba nerviosa?

—Sí — dijo —, pero en esos casos todas lo están. Por eso es tan difícil el diagnóstico.

El diagnóstico de la amenorrea, particularmente en las muchachas jóvenes, debe considerar el nerviosismo como una etiología bastante posible. Los períodos menstruales de las mujeres a menudo se retrasan o no aparecen por razones psicológicas.

—¿Pero con cuatro meses de retraso?

—No era probable. Además, había engordado un poco.

—¿Cuánto?

—Tres kilos y medio.

—No es suficiente para el diagnóstico — dije.

—No — contestó —, pero es bastante indicativo.

—¿La examinaste?

—No. Me ofrecí, pero ella rehusó. Había venido para que le practicase un aborto, y cuando me negué, se marchó.

—¿Dijo qué planes tenía?

—Sí — contestó Art —. Se encogió de hombros y dijo: «Bien, supongo que no tendré más remedio que decírselo y tener el bebé.»

—Así pues, creíste que ella no iría a abortar en ninguna otra parte...

—Exactamente. Parecía muy inteligente y comprensiva, creí que seguía bien la explicación que le di sobre la situación. Es lo que siempre intento en estos casos: explicar a una mujer el porqué de la imposibilidad del aborto, y por qué debe hacerse a la idea de tener el niño.

—Obviamente, ella cambió de opinión.

—Eso parece.

—Me pregunto por qué. Art se rió:

—¿No conoces a sus padres?

—No — dije, y entreví una oportunidad —, ¿y tú?

Pero Art era rápido. Me dirigió una lenta y apreciativa sonrisa, como un saludo amable y sutil, y dijo: — No. Nunca. Pero he oído hablar de ellos.

—¿Qué es lo que has oído?

En aquel momento, el sargento volvió y empezó a introducir la llave en la cerradura. — Se acabó el tiempo.

—Cinco minutos más — dije. — Se acabó el tiempo.

—¿Has hablado con Betty? — me preguntó Art. — Sí — dije—. Está bien. La llamaré en cuanto salga de aquí, y le diré que estás bien.

—Debe de estar preocupada — dijo Art.

—Judith le hará compañía. Todo irá sobre ruedas.

Art sonrió:

—Siento causar todo este trastorno.

—No es ningún trastorno. — Miré al sargento, que esperaba detrás de la puerta abierta—. La policía no puede retenerte. Esta misma tarde tendrán que soltarte.

El sargento escupió en el suelo. Estreché la mano de Art.

—Por cierto — dije—, ¿dónde está ahora el cuerpo?

—Quizá esté en el Hospital Memorial, o quizá a estas horas lo hayan llevado ya al depósito.

—Iré a echarle una ojeada — dije —. No te preocupes por nada.

Salí de la celda y el sargento cerró tras de sí. Guardó silencio mientras salíamos, pero, cuando llegamos al vestíbulo, dijo:

—El capitán quiere verle.

—Está bien.

—El capitán tiene mucho interés en charlar un rato con usted.

—Enséñeme el camino — dije.

Tres

Sobre la puerta de cristal verde esmerilado se leía «Homicidios», y debajo, en una tarjeta escrita a mano, «Capitán Peterson». Resultó ser un hombre corpulento y fuerte, con el pelo gris muy corto, y de modales algo bruscos. Al dar la vuelta a la mesa para estrecharme la mano pude ver que cojeaba de la pierna derecha. No hacía ningún esfuerzo por disimularlo; en todo caso lo exageraba, dejando que la punta de los pies rascaran con fuerza el suelo. Los policías, como los soldados, pueden enorgullecerse de sus dolencias. Uno podía estar seguro de que Peterson no se había herido precisamente en un accidente de coche.

Estaba intentando determinar la causa de la herida de Peterson, y pensando que probablemente sería una herida de bala — raramente uno recibe una herida de cuchillo en la pierna—, cuando éste adelantó la mano y dijo:

—Soy el capitán Peterson.

—John Berry.

Su apretón de manos fue cordial, pero sus ojos se mantuvieron fríos e inquisitivos. Me señaló una silla.

—El sargento me dijo que le veía por primera vez, y pensé que era mi deber conocerle. Conocemos a la mayoría de los abogados criminalistas de Boston.

—Querrá decir a los abogados penalistas.

—Claro — dijo —, eso es. — Me miró expectante. Yo no dije nada. Hubo un corto silencio; después, Peterson preguntó:

—¿A qué firma representa usted?

—¿Firma? — Sí.

—Yo no soy abogado — dije —, y no sé lo que le hace suponer a usted que lo sea.

El capitán aparentó sorprenderse:

—Esta no es la impresión que le dio usted al sargento.

—¿No?

—No. Usted le dijo que era abogado.

—¿De veras?

—Sí — dijo Peterson, extendiendo las manos sobre la mesa.

—¿Quién dijo eso? — El lo dijo. — Entonces se equivoca.

Peterson se echó hacia atrás en su silla y me sonrió; una sonrisa complaciente y tranquilizadora.

—Si hubiéramos sabido que no era usted abogado nunca le habríamos permitido ver a Lee.

—Es posible. Pero por otra parte, no me preguntaron ni mi nombre ni mi profesión. Tampoco se me pidió que firmara como visitante.

—Probablemente el sargento se confundiría.

—Es lógico — dije —, considerando al sargento. Peterson sonrió displicente. Reconocí su tipo: era uno de esos policías con suerte; un individuo que había aprendido cuándo hay que tomar o dejar un asunto. Un policía muy diplomático y muy cortés, hasta que estaba en condiciones de coger la sartén por el mango.

—¿Y bien? — dijo al fin.

—Soy un colega del doctor Lee.

Si estas palabras le sorprendieron, no lo demostró:

—¿Médico? — Eso es.

—Ustedes los médicos están muy unidos — dijo sonriendo. Probablemente había sonreído más durante los dos últimos minutos que en dos años.

—En realidad, no — dije.

La sonrisa empezó a decaer, probablemente a causa de la fatiga de los músculos poco acostumbrados a ella.

—Si es usted médico — dijo Peterson —, mi consejo es que se mantenga apartado de Lee. La publicidad podría ahuyentarle la clientela.

—¿Qué publicidad?

—La publicidad del proceso. — ¿Habrá proceso?

—Sí — dijo Peterson —. Y la publicidad le podría ahuyentar la clientela.

—No tengo clientela — dije.

—¿Se dedica a la investigación? — No — dije —. Soy patólogo.

Mi respuesta le hizo reaccionar. Empezó a echarse hacia adelante, se contuvo y después volvió a tirarse hacia atrás.

—Patólogo — repitió.

—Eso es. Trabajo en hospitales, haciendo autopsias y cosas semejantes.

Peterson se quedó silencioso durante unos momentos. Frunció el ceño, se rascó el dorso de la mano y miró su mesa. Finalmente dijo:

—No sé qué intenta usted probar, doctor. Pero no necesitamos su ayuda, y Lee ha ido ya demasiado lejos para...

—Eso es lo que queda por demostrar.

Peterson movió la cabeza:

—Usted lo sabe mejor que nadie.

—No estoy tan seguro.

—¿Sabe usted — dijo Peterson —, lo que podría pedir un médico por un arresto sin motivos?

—Un millón de dólares — dije.

—Bien, digamos quinientos mil. No importa demasiado. Es prácticamente lo mismo.

—Usted cree tener un caso.

—Tenemos un caso. — Peterson sonrió de nuevo —. Oh, el doctor Lee puede llamarle a usted como testigo. Ya lo sabemos. Y usted puede pronunciar un gran discurso, intentando confundir al jurado, impresionándolo con su poderoso discurso científico. Pero no puede pasar por alto el hecho central. No puede pasarlo por alto.

—¿Y cuál es el hecho? — Una muchacha se ha desangrado hasta morir en el Hospital General de Boston esta mañana, a causa de un aborto ilegal. Tan simple como eso.

—Y usted alega que lo hizo el doctor Lee.

—Existe evidencia — dijo Peterson, sonriendo débilmente.

—Más vale que ésta sea buena — dije—, porque el doctor Lee es un hombre bien situado y respetado...

—Escuche — dijo Peterson, demostrando impaciencia por primera vez—, ¿quién cree que era la muchacha? ¿Una muñeca de diez dólares? Era una buena chica, una muchacha simpática, de buena familia. Era joven, bonita y dulce, y sufrió una carnicería. Pero no acudió a ninguna bruja de Roxbury, ni a ningún pelele de North End. Tenía demasiado sentido común y demasiado dinero para eso.

—¿Qué le hace pensar que fue el doctor Lee quien lo hizo?

—Eso no es de su incumbencia. Me encogí de hombros.

—El abogado del doctor Lee le hará las mismas preguntas, y entonces sí será de su incumbencia. Y si no tiene usted una respuesta...

—Tenemos una respuesta.

Esperé. En cierto modo, sentía curiosidad por ver si Peterson era en el fondo diplomático, y hasta dónde llegaba su diplomacia. El no tenía por qué decirme nada; no tenía que añadir ni una palabra más. Si lo hacía, sería un error.

—Tenemos un testigo que oyó a la muchacha mencionar al doctor Lee — dijo Peterson.

—La muchacha llegó al hospital en un estado de choque precomatoso. Cualquier cosa que dijera constituiría una evidencia muy débil.

—En el momento en que lo dijo no estaba en estado traumático. Lo dijo mucho antes.

—¿A quién?

—A su madre — dijo Peterson con una sonrisa de satisfacción—. Le dijo a su madre que Lee lo había hecho. Lo dijo cuando salieron hacia el hospital. Y la madre está dispuesta a jurarlo.

Cuatro

Intenté seguirle el juego a Peterson. Intenté mantener mi rostro impávido. Afortunadamente se adquiere mucha práctica de ello en la medicina; te educan de forma que no demuestres sorpresa si un paciente te dice que hace el amor diez veces en una noche, o que sueña que apuñala a sus hijos, o que bebe diariamente tres litros de vodka. El no sorprenderse por nada forma parte de la mística del médico.

—Ya — dije.

Peterson asintió.

—Un testigo digno de confianza — dijo —. Una mujer madura, estable y muy mesurada en sus juicios. Y muy atractiva. Producirá una impresión excelente en el jurado.

—Quizá.

—Y ahora que le he hablado con tanta franqueza — dijo Peterson—, espero que querrá decirme cuál es el motivo de su interés por el doctor Lee.

—No hay ningún motivo especial. Es amigo mío.

—¿Le llamó a usted antes de llamar a sus abogados?

—Le permiten dos llamadas telefónicas, ¿no?

—Sí — dijo Peterson—, pero la mayoría de la gente acostumbra a llamar a su abogado y a su esposa.

—Quería hablar conmigo.

—Sí — dijo—. Pero lo que me interesa es saber por qué.

—Porque tengo algunos estudios de leyes, además de mi experiencia médica.

—¿Ha hecho usted la carrera de leyes? — No — dije.

Peterson deslizó los dedos por el extremo de la mesa:

—Me parece que no le comprendo. — No creo que importe el que comprenda o no.

—¿No podría ser que estuviera usted comprometido de alguna forma en este caso?

—Todo es posible — dije.

—¿Esa respuesta significa «sí»? — Significa que todo es posible. Me miró durante un momento:

—Creo que está tomando usted una postura difícil, doctor Berry.

—Escéptica.

—Si es usted tan escéptico, ¿por qué está convencido de que el doctor Lee no lo hizo?

—Yo no soy el abogado defensor.

—Usted sabe — dijo Peterson— que cualquiera puede cometer un error. Incluso un médico.

Cuando salí a la llovizna de octubre, decidí que era un mal momento para dejar de fumar. Peterson me había puesto nervioso; fumé dos cigarrillos mientras me dirigía al estanco en busca de otro paquete. Esperaba que me encontraría con alguien estúpido y obstinado. No era ninguna de las dos cosas. Si lo que había dicho era verdad, tenía en sus manos un verdadero caso. Quizá no consiguiera nada, pero poseía seguridad suficiente para seguir adelante.

Peterson estaba en un dilema: por una parte, era peligroso arrestar al doctor Lee; por la otra, era peligroso no detenerlo, si el caso le parecía bastante seguro. Peterson se había visto obligado a tomar una decisión y la había tomado. Ahora seguiría adelante con ella mientras le fuese posible. Y además tenía una escapatoria: si las cosas se torcían, siempre podía echar la culpa a la señora Randall. Podía utilizar la conocida expresión entre los internos y cirujanos HST (Hace su trabajo). Esto significaba que si la evidencia era bastante fuerte, podía actuar sin importarle tener razón o no tenerla; quedaba justificado el actuar de ese modo ante la evidencia.⁴ En este sentido la posición de Peterson era firme. No corría riesgo alguno: si Art era culpable, Peterson no quedaría perjudicado por ello. Y si era declarado inocente, quedaba a cubierto. Porque estaba cumpliendo con su deber.

Entré en la tienda, compré un par de paquetes de cigarrillos e hice algunas llamadas telefónicas. Primero llamé al laboratorio y dije que estaría ausente todo el día. Después llamé a Judith y le pedí que fuera a casa de los Lee y que se quedara con Betty. Quiso saber si había visto a Art y le dije que sí. Preguntó si estaba bien y yo le dije que todo estaba perfectamente, y que él estaría fuera antes de una hora probablemente.

Generalmente no le oculto nada a mi esposa. Sólo lo he hecho un par de veces. La primera fue en el caso de Cameron Jackson, en la conferencia de la Sociedad Norteamericana de Cirujanos, algunos años atrás. Sabía que lo sentiría por la esposa de Cameron, como sintió su divorcio la primavera pasada. Aquel divorcio era conocido entre los amigos como un DM, un divorcio médico, y no tenía nada de convencional. Cameron es un ortopeda muy ocupado y con mucha vocación; empezó a dejar de ir a casa para comer y a pasar más tiempo en el hospital. Su esposa lo aguantó durante un tiempo, pero al fin no pudo más. Al principio se sintió resentida con los ortopedas pero al final acabó resintiéndose con Cameron. Consiguió la tutela de sus dos hijos y trescientos dólares a la semana, pero no está contenta. Lo que quiere realmente es a Cameron... sin la medicina.

Tampoco Cameron es muy feliz. Le vi la semana pasada y estuvo hablando vagamente de casarse con una enfermera que había conocido. Sabía que la gente le criticaría por ello, pero era claro lo que estaba pensando: «Al menos, ésta comprenderá...»

A menudo pienso en Cameron Jackson y en docenas de personas como él. Generalmente me acuerdo de ellos por la noche, cuando he pasado todo el día en el laboratorio, o cuando he estado tan ocupado que no he podido llamar siquiera para avisar que llegaría tarde.

Una vez hablé de ello con Art Lee, quien, con su acostumbrado cinismo, dijo la última palabra. «Estoy empezando a comprender por qué los curas no se casan.»

⁴ Eso es muy usual en medicina. Por ejemplo, un paciente presenta leucocitosis — excesivo número de glóbulos blancos — y dolores en la parte baja del abdomen. El diagnóstico obvio es apendicitis. El cirujano opera y ve que el apéndice es normal. Pero hizo bien, dada la evidencia.

El propio matrimonio de Art disfruta de una especie de estabilidad rígida. Supongo que es a consecuencia de su origen chino, aunque no sólo por eso. Tanto Art como su esposa tienen una gran cultura, y no se sienten ligados a las tradiciones, pero creo que habrán tenido dificultades para dejarlas. Art se siente siempre culpable por el poco tiempo que pasa con su familia, y llena de regalos a sus hijos; los tiene a los tres mimados en exceso. Él los adora, y a menudo se hace difícil interrumpirlo cuando se pone a hablar de ellos. Su actitud hacia su esposa es más compleja y ambigua. Hay momentos en que parece esperar que ella dé vueltas a su alrededor como un perro fiel, y a veces da la sensación de que ella lo desea tanto como él. En otras ocasiones ella se muestra mucho más independiente.

Betty Lee es una de las mujeres más hermosas que he conocido en mi vida. Tiene un modo de hablar suave; es graciosa y esbelta; a su lado Judith parece grande, fuerte y casi masculina.

Judith y yo llevamos ocho años casados. Nos conocimos mientras yo asistía a la escuela de medicina y ella hacía el segundo curso en el Smith. Judith se educó en una granja de Vermont, y tiene un aire de seguridad, como todas las muchachas bonitas.

—Cuida de Betty — dije.

—Lo haré. — Tranquilízala. — Está bien.

—Y procura mantener alejados a los periodistas.

—¿Vendrán periodistas?

—No lo sé. Pero si vienen, échalos.

Dijo que lo haría y colgó.

Después llamé a George Bradford, abogado de Art. Bradford tenía buena reputación y era un hombre con influencia; era el socio más antiguo de la firma Bradford, Stone y Whitlaw. No estaba en su oficina cuando llamé; así que dejé el recado.

Finalmente llamé a Lewis Carr, profesor de medicina en el Hospital Memorial. Tardó un rato en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonaba animada, como de costumbre.

—Carr al habla.

—Lew, soy John Berry.

—Hola, John. ¿Qué hay de nuevo?

Típico en Carr. La mayoría de los médicos, cuando recibe una llamada de otro médico, sigue una especie de ritual: primero le preguntan a uno cómo está, después cómo va el trabajo y después cómo está la familia. Pero Carr ha roto con ese ritual, como ha roto con muchos otros.

—Se trata de Karen Randall — dije.

—¿Qué pasa con ella? — Su voz se había vuelto cautelosa. Obviamente, era el plato del día en el hospital.

—Quiero saber todo lo que puedas decirme de ella. Todo lo que hayas oído.

—Escucha, John — dijo —. Su padre es un hombre importante en este hospital. Lo he oído todo y no he oído nada. ¿Quién quiere saberlo?

—Yo.

—¿Personalmente?

—Eso es. — ¿Por qué?

—Soy amigo de Art Lee.

—¿Está metido en esto? Lo he oído decir, pero no podía creerlo. Siempre pensé que Lee era tan inteligente...

—Lew, ¿qué sucedió anoche? Carr suspiró:

—Dios mío, es un asco. Un verdadero asco. La trajeron de urgencia.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo hablarte de eso ahora — dijo Carr—. Sería mejor que vinieras a verme.

—Está bien — dije—, ¿dónde está ahora el cuerpo? ¿Lo tenéis vosotros?

—No, se lo han llevado al depósito.

—¿Han hecho ya la autopsia?

—No tengo ni idea.

—Está bien — dije—. Pasaré por ahí dentro de unas horas. ¿Hay alguna posibilidad de ver su historia clínica?

—Lo dudo. Ahora la tiene el viejo.

—¿No hay manera de conseguirla?

—Lo dudo — dije.

—Bien, te veré más tarde.

Colgué, puse otra ficha y llamé al depósito de cadáveres de la ciudad. La secretaria me confirmó que el cuerpo estaba allí. La secretaria, Alice, era hipotiroidea; tenía una voz como si se hubiera tragado un violón.

—¿Han hecho ya la autopsia? — pregunté.

—Acaban de empezar.

—¿Podrían esperar un poco? Me gustaría estar presente.

—No creo que sea posible — dijo Alice con su voz sorda—. En el Hospital General insisten en que es urgente.

Me aconsejó que me diera prisa. Le dije que lo haría.

Cinco

La gente de Boston está plenamente convencida de que los mejores médicos del mundo se encuentran en su ciudad. Y están tan convencidos de eso, y es una opinión tan generalizada, que es muy raro que surja alguna discusión al respecto.

Sin embargo, lo que sí suscita apasionados debates es la cuestión de cuál es el mejor hospital de Boston. Hay tres grandes contendientes: el General, el Brigham y el Memorial. Los defensores del Memorial dicen que el General es demasiado grande y el Brigham demasiado pequeño; que el General es demasiado clínico y el Brigham demasiado científico; que el General descuida la cirugía a expensas de la medicina y el Brigham al revés. Y, finalmente, afirman con toda solemnidad que el personal del General y el del Brigham son simplemente inferiores al del Memorial tanto en experiencia como en inteligencia.

Pero en cambio casi todos coinciden en dejar el último lugar de la lista para el Boston City, donde está el depósito. Me dirigí hacia allí, pasando por el Prudential Center, un soberbio conjunto al que los políticos llaman Nueva Boston. Es un amplio complejo de rascacielos, hoteles, tiendas y plazas con muchas fuentes y grandes espacios, lo que le da un aspecto muy moderno. Está a pocos minutos del distrito rojo, que no es ni moderno ni nuevo, pero que, como el Prudential Center, es funcional a su modo.

El distrito rojo está situado en los alrededores del barrio negro de Roxbury, igual que el Boston City. Fui trotando de un socavón a otro, pensando que me encontraba lejos del territorio de Randall.

Era natural que los Randall trabajaran en el Memorial. En Boston, los Randall eran conocidos como una antigua familia, lo cual significaba que podían jactarse de tener un antecesor procedente del mismo Mayflower. Habían sido una familia de médicos durante cientos de años: en 1776, Wilson Randall había muerto en Bunker Hill.

Más recientemente, habían producido una larga línea de eminentes médicos. Joshua Randall había sido un famoso neurocirujano a principios de siglo; un hombre que había hecho tanto como el mejor, incluyendo a Cushing, por el avance de la neurocirugía en los Estados Unidos. Era un hombre severo y dogmático; una historia famosa, aunque apócrifa, había pasado a formar parte de la tradición médica.

Joshua Randall, como muchos cirujanos de su tiempo, tenía como regla el que ningún residente que trabajara con él se casara. Uno de los residentes lo hizo. Algunos meses más tarde, Randall descubrió lo que había pasado y convocó una reunión con todos sus residentes. Los puso en fila y dijo:

—Doctor Jones, por favor, dé un paso adelante.

El médico culpable lo hizo, temblando ligeramente.

—He sabido que se ha casado usted — dijo Randall, con un tono como si se refiriera a una enfermedad.

—Sí, señor.

—Antes de despedirle a usted, ¿tiene algo que alegar en su defensa?

El joven doctor se quedó pensativo un momento, y después dijo:

—Sí, señor. Prometo no volver a hacerlo nunca más.

Randall, según cuenta la historia, encontró esta respuesta tan divertida que, a pesar de todo, permitió que el joven médico se quedase.

Después de Joshua Randall vino Winthrop Randall, cirujano torácico. En cuanto a J. D. Randall, el padre de Karen, era un cirujano cardiólogo especializado en el trasplante de válvulas. No había hablado nunca con él, pero lo había visto un par de veces; un hombre fiero y patriarcal, con el pelo grueso y cano, y maneras autoritarias. Era el terror de los residentes en cirugía, que deseaban estar cerca de él para aprender, pero que lo odiaban.

Su hermano Peter era un internista que tenía la consulta muy cerca de Commons. Estaba muy de moda, y se suponía que era bastante bueno, aunque yo no había tenido ocasión de comprobarlo.

J. D. tenía un hijo, hermano de Karen, que estaba en la Escuela de Medicina de Harvard. El año anterior había corrido el rumor de que el muchacho sería suspendido, pero no se sabía nada en concreto.

En otra ciudad y en otros tiempos, quizá pudiera parecer raro que un muchacho con una tradición médica tan distinguida en la familia eligiera también este camino. Pero no en Boston: en Boston las familias bien acomodadas creían que solamente había dos profesiones a las que valiera la pena prestar atención. Una era la medicina, y la otra las leyes; se hacía una excepción para la vida académica, la cual era suficientemente honorable si uno llegaba a ser profesor de Harvard.

Pero los Randall no eran una familia académica, ni una familia dedicada a las leyes. Eran una familia de médicos, y cualquier Randall que estuviera capacitado para ello debía seguir la tradición con sus estudios de medicina y con su práctica como interno o residente en el Mem.⁵ Tanto en la escuela de medicina como en el Mem, se habían hecho concesiones a los Randall, pero a través de los años, éstos habían pagado con creces esta demostración de confianza. En medicina, los Randall eran buenos sujetos.

Y esto era todo lo que sabía sobre la familia, aparte de que eran ricos, rigurosos episcopalianos, muy respetados y muy poderosos.

Tendría que averiguar alguna cosa más.

A tres manzanas del hospital, crucé la «zona de combate», por la esquina de Mass y de Columbus. Por la noche está repleta de prostitutas, chulos, adictos y homosexuales; se le da este nombre porque los médicos del City Hospital están hartos de tener que asistir heridos resultantes de peleas y discusiones, como si se disputara una continua y pequeña guerra.⁶

El mismo Boston City Hospital es un inmenso complejo de edificios extendidos a lo largo de tres manzanas. Tiene más de 1.350 camas, la mayoría ocupadas por alcohólicos y drogadictos. Dentro del ámbito médico de Boston, el City es conocido como la cloaca de Boston a causa de su

⁵ Un interno o residente es un doctor en medicina que no tiene todavía licencia para la práctica, porque está aún formándose.

⁶ Antiguamente, la región más violenta de Boston era Scollay Square, pero fue destruida hace cinco años para construir edificios del gobierno. Algunos lo consideraron una mejora, otros un retroceso.

clientela. Pero se considera un buen hospital para que los internos y residentes ganen experiencia, ya que en él se ven muchos casos que nunca encontrarían en otros hospitales más normales. Un ejemplo de ello es el escorbuto. Para contraer esta enfermedad es necesaria una mala nutrición y la falta absoluta de fruta durante cinco meses. Es tan rara que en la mayoría de los hospitales no ven más que algún caso cada tres años; en el Boston City se ven media docena cada año, generalmente durante los meses de primavera, la «estación del escorbuto».

Existen otros ejemplos: tuberculosis graves, sífilis terciaria, heridas de bala, de cuchillo, accidentes, actos masoquistas, y toda clase de desgracias. Sea cual sea su tipología, el City ve muchos más casos de todo eso y en estado más avanzado que cualquier otro hospital de Boston.⁷

El interior del City Hospital es un laberinto construido por un loco. Pasillos interminables bajo y sobre tierra conectan una docena de construcciones separadas que forman el hospital. En todas las esquinas hay grandes indicadores verdes que señalan en todas direcciones; pero no sirven de gran cosa: continúa la confusión.

Mientras avanzaba por los pasillos y los edificios, recordaba mis tiempos de residente en el hospital. Pequeños detalles acudieron a mi memoria: el jabón, un raro olor a jabón barato que se utilizaba en todas partes.

Las bolsas de papel que había siempre al lado de los lavabos, una para las toallas de papel y la otra para los guantes rectales. Para economizar, el hospital recogía los guantes usados, los lavaba y los utilizaba otra vez. Las pequeñas placas de plástico para identificación del personal enmarcadas en negro, azul o rojo según el servicio. Había pasado un año en aquel hospital, y durante aquel tiempo, había efectuado algunas autopsias para el examen médico.

Según la ley, existen cuatro situaciones médicas en las cuales se requiere una autopsia. Todos los patólogos conocen perfectamente cuáles son:

Si el paciente muere en circunstancias violentas o extrañas.

Si el paciente llega muerto al hospital.

Si muere dentro de las primeras veinticuatro horas de su admisión.

Si el paciente muere fuera del hospital y sin estar bajo los cuidados de ningún médico.

Bajo cualquiera de estas circunstancias, se lleva a cabo la autopsia en el City. Como muchas ciudades, Boston no tiene un depósito especial para los casos policiales. La segunda planta del edificio Mallory, el sector de patología del hospital, está destinado a los exámenes médicos oficiales. En los casos de rutina, la mayoría de las autopsias son llevadas a cabo por los residentes del primer curso del hospital en el que murió el paciente. Para los residentes, nuevos en el asunto y aún nerviosos, una autopsia para la policía puede ser una situación de cuidado.

No se sabe qué aspecto tiene un envenenamiento o una electrocución, por ejemplo, y es posible que a uno se le escape algún detalle importante. La solución, que se pasan los residentes de uno a otro, es hacer un análisis meticuloso y tomar muchas notas, para «tenerlo todo en cuenta», lo

⁷ Esta frecuencia de casos significa que todos los médicos y cirujanos saben muchas historias extrañas. A un cirujano le gusta explicar que cuando él estaba de servicio en la planta de accidentes — en el servicio de urgencias del City—, llevaron a dos víctimas de un accidente de automóvil. Uno de los hombres había perdido una pierna y una rodilla. El otro tenía el pecho aplastado, y estaba tan mal que no podía apreciarse la gravedad de la lesión a causa de la hemorragia. Sin embargo, al mirarlo por rayos X, vieron que el pie y la rodilla del primer individuo se encontraban incrustados en el pecho del segundo.

cual quiere decir guardar muestras de los tejidos de todos los órganos importantes, por si acaso en el tribunal se exige una comprobación del resultado de la autopsia. El tenerlo todo en cuenta es desde luego un poco caro. Para ello se necesitan más recipientes, más conservante, y mucho espacio en el refrigerador. Pero nunca se duda en hacerlo en los casos policiales.

Pese a todas estas precauciones, los problemas no desaparecen. Cuando se hace la autopsia, existe siempre el temor, el horrible pensamiento en lo más recóndito de la mente, de que el fiscal o la defensa exija alguna información, un detalle crucial para la argumentación, ya sea positiva o negativa, que no se pueda proporcionar porque no se hayan considerado todas las posibilidades, todas las variaciones, todas las combinaciones.

Por razones olvidadas hace ya muchos años, en las puertas del Mallory hay dos pequeñas esfinges de piedra. Cada vez que las veo me dan que pensar; no sé por qué, unas esfinges en un edificio de patología me recuerdan las cámaras egipcias de embalsamamientos. O algo parecido.

Subí a la segunda planta para hablar con Alice. Estaba de mal humor; la autopsia no había empezado todavía por alguna razón; aquellos días parecía que todo andaba mal. ¿Sabía que se esperaba que hubiera una epidemia de gripe aquel invierno?

Le dije que sí lo sabía, y después pregunté:

—¿Quién va a hacer el examen *post mortem* de Karen Randall?

Alice frunció el entrecejo en señal de desaprobación.

—Enviaron a alguien del Mem. Creo que su nombre es Hendricks.

Me sorprendió. En este caso, esperaba que fuera algún pez gordo.

—¿Está dentro? — pregunté, señalando hacia el final de vestíbulo.

—Sí — dijo Alice.

Me dirigí hacia las dos puertas de vaivén, pasé por el lugar donde se almacenaban los cuerpos a baja temperatura, y crucé el pulcro letrero que decía: «SÓLO SE PERMITE LA ENTRADA AL PERSONAL AUTORIZADO.» Las puertas eran de madera, sin ventanas, e indicaban con sendos letreros «SALIDA» y «ENTRADA». Entré en la sala de autopsias. En un rincón apartado charlaban dos hombres.

La sala era espaciosa, de un verde monótono y frío. El techo era bajo; el suelo, de cemento; y las tuberías quedaban al descubierto por todas partes (ahí no se gastaban dinero en decoración). Había cinco mesas de acero inoxidable alineadas, todas de unos dos metros de largo y ligeramente inclinadas. De las mesas manaba constantemente una fina capa de agua, de arriba abajo, a lo largo de las mesas, y se perdía en un recipiente en el extremo inferior. El agua corría durante toda la autopsia para llevarse la sangre y pequeñas partículas de tejido orgánico. El gran ventilador, de un metro de anchura, colocado en una ventana de cristales opacos, se mantenía encendido siempre, y lo mismo ocurría con el pequeño aparato encargado de renovar el aire de la habitación, y que la llenaba de un aroma semejante a resina de pino.

A un lado se encontraban las habitaciones donde los patólogos podían sacarse sus ropas de calle para ponerse las batas y delantales quirúrgicos de color verde. Había cuatro grandes lavabos en hilera; el del extremo llevaba una indicación que decía «SÓLO PARA LAVARSE LAS MANOS». Los otros eran utilizados para lavar el instrumental y algunas muestras. A lo largo de la

pared había una hilera de armarios pequeños que encerraban guantes, frascos para guardar muestras de tejido, líquidos para conservarlos, una cámara fotográfica y otros objetos. Cuando se encontraban con algún tejido de aspecto poco corriente, era costumbre fotografiarlo *in situ* antes de proceder a su extirpación.

Cuando entré en la habitación, los dos hombres se volvieron para mirarme. Habían estado discutiendo un caso, mientras un cuerpo ocupaba la mesa más lejana. Reconocí a uno de los hombres, un residente llamado Gaffen. Lo conocía ligeramente. Era muy inteligente, pero de carácter difícil. Al otro hombre no le había visto en mi vida. Supuse que era Hendricks.

—Hola, John — dijo Gaffen —. ¿Qué te trae por aquí?

—La autopsia de Karen Randall.

—Va a empezar dentro de un minuto. ¿Quieres cambiarte?

—No, gracias — dije —. Sólo he venido para presenciarla.

En realidad, me hubiera gustado cambiarme, pero me pareció que no era una buena idea. La única forma en que podía estar seguro de conservar mi papel de observador era permaneciendo vestido de calle. Lo último que deseaba en el mundo era que se me considerara un participante activo en la autopsia, y por lo tanto con una posible influencia en su resultado.

Le dije a Hendricks:

—Creo que no nos conocemos. Soy John Berry.

—Jack Hendricks — sonrió, pero no me ofreció su mano. Llevaba guantes y había estado tocando un cadáver con ellos.

—Le estaba mostrando a Hendricks algunos indicios — dijo Gaffen, señalando el cuerpo. Retrocedió para dejarme ver. Era una joven negra. Habría sido una muchacha atractiva antes de que alguien le hiciera tres agujeros redondos en el pecho y el estómago —. Hendricks ha estado siempre en el Mem — prosiguió Gaffen—. Y no ha tenido ocasión de ver muchas de estas cosas. Por ejemplo, estábamos discutiendo lo que podían significar estas pequeñas señales.

Gaffen señaló unos pequeños desgarrones de carne en el cuerpo. Se veían en los brazos y en la parte baja de las piernas.

—Pensé que quizá serían arañazos causados por alambre de púas — dijo Hendricks.

Gaffen sonrió con tristeza.

—Alambre de púas — repitió.

Yo no dije nada. Sabía lo que eran, pero sabía también que un hombre sin experiencia no lo adivinaría jamás.

—¿Cuándo la trajeron? — pregunté. Gaffen miró a Hendricks y después dijo:

—A las cinco de la mañana. Pero parece que la muerte ocurrió alrededor de medianoche. — Y agregó dirigiéndose a Hendricks— : ¿No te sugiere eso nada?

Hendricks movió la cabeza y se mordió los labios. Gaffen le ponía en una situación difícil. Yo hubiera podido objetar algo, pero no era asunto mío. A menudo el poner a alguien en un aprieto le hace aprender algo, o al menos eso es lo que cree mucha gente. Hendricks lo sabía. Yo lo sabía.

—¿Dónde supones que estuvo ella durante esas cinco horas que siguieron a su muerte? — preguntó Gaffen.

—No sé — dijo Hendricks malhumorado. — Adivina.

—En cama.

—Imposible. Mira lo lívida que está.⁸ Es evidente que no estaba echada en ninguna parte, sino medio sentada, medio inclinada sobre su costado.

Hendricks miró nuevamente el cuerpo y nuevamente movió la cabeza.

—La encontraron en el vertedero — dijo Gaffen —. En la calle Charleston, a dos manzanas de la «zona de combate». En el vertedero.

—Oh.

—Así pues — dijo Gaffen —, ¿qué te parece ahora que podrían ser esas señales?

Hendricks movió la cabeza. Yo sabía que eso podía durar horas y horas; Gaffen podía jugar con él interminablemente. Me aclaré la garganta y dije:

—En realidad, Hendricks, son mordeduras de rata. Son muy características: un pinchazo inicial, y después unos bordes desgarrados.

—Mordeduras de rata — dijo en voz baja.

—Vive y aprende — dijo Gaffen; miró su reloj —. Ahora tengo que asistir a una conferencia. Me alegro de verte otra vez John.

Se sacó los guantes de un tirón y se lavó las manos; después se volvió a Hendricks, que estaba mirando todavía los agujeros de bala y las mordeduras.

—¿Estuvo en el vertedero durante cinco horas?

—Sí.

—¿No la encontró la policía? — Sí, casualmente.

—¿Quién lo hizo? Gaffen se rió.

—Eso dímelo tú. Tiene una historia de lesión sifilítica oral primaria, tratada en este hospital, y cinco episodios de «Tubos calientes» tratados en este hospital.

—¿Tubos calientes?

—IP.⁹

⁸ La afluencia de la sangre a las partes mas bajas del cuerpo, después de la muerte, ayuda con frecuencia a establecer la posición del cuerpo.

—Cuando la encontraron — dijo Gaffen—, llevaba cuarenta dólares en el sostén.

Miró a Hendricks, movió la cabeza y salió de la sala. Cuando nos encontramos a solas, Hendricks me dijo:

—Aún no lo comprendo. ¿Significa eso que era una prostituta?

—Sí — dije —. La mataron a tiros, estuvo en un vertedero durante cinco horas, y mientras tanto la mordieron las ratas.

—Oh.

—Suele suceder — dije—. Con bastante frecuencia.

La puerta se abrió, dando paso a un hombre que arrastraba una camilla con un cuerpo envuelto en una sábana blanca. Nos miró y dijo:

—¿Randall?

—Sí — dijo Hendricks.

—¿Qué mesa prefiere?

—La del medio.

—Está bien.

Llevó la camilla junto a la mesa de acero inoxidable y pasó el cuerpo de una a otra, primero la cabeza y después los pies. Yo me sentía violento. Retiró rápidamente la sábana, la dobló y la dejó sobre la camilla.

—Tiene que firmar — dijo a Hendricks, presentándole una hoja de papel.

Hendricks firmó.

—No estoy muy acostumbrado a esto... — me dijo Hendricks —, a estas situaciones legales. Sólo he hecho una autopsia y se trataba de un simple caso de accidente laboral. Un hombre que se golpeó la cabeza y murió durante su trabajo; pero nada parecido a esto...

—¿Cómo fue que le eligieron para este caso? — pregunté.

—Supongo que fue por casualidad. Oí decir que Weston iba a hacerlo, pero por lo visto no fue así.

—¿Leland Weston?

—Sí.

Weston era el jefe de patología del City Hospital, un gran hombre, bastante entrado en años y probablemente el mejor patólogo de Boston.

⁹ Inflamación pélvica, generalmente por la infección de las trompas de Falopio por el gonococo *Neisseria*, el agente de la gonorrea. La gonorrea se considera la enfermedad infecciosa más común de la humanidad. Se supone que el veinte por ciento de las prostitutas la sufre.

—Bien — dijo Hendricks —. Vamos a empezar.

Se dirigió al lavabo y empezó a lavarse cuidadosamente. Los patólogos que se lavan para una autopsia me enojan. Les convierte en una parodia del cirujano, un estúpido reverso de la moneda: un hombre vestido con uniforme quirúrgico —pantalones ligeros y una chaqueta con manga corta y cuello en forma de V—, lavándose las manos para operar a un paciente al que no importa en absoluto la esterilidad del tratamiento que recibe.

Pero, en el caso de Hendricks, sabía que se trataba únicamente de su inseguridad.

Las autopsias nunca son muy agradables. Y son particularmente deprimentes cuando se trata del cuerpo de una muchacha joven y atractiva como era Karen Randall. Yacía desnuda sobre la espalda, con los rubios cabellos mojados por el agua corriente. Sus ojos azules estaban fijos en el techo. Mientras Hendricks terminaba de lavarse, miré el cuerpo y toqué la piel. Era fría y suave, de color grisáceo. Lo típico en una muchacha que había muerto desangrada.

Hendricks comprobó que había carrete en la cámara fotográfica; después me indicó que me apartara y tomó tres fotografías desde ángulos distintos.

—¿Tiene su historia clínica? — pregunté.

—No. La tiene el viejo. Todo lo que tengo es el sumario del forense.

—¿Qué dice?

—Diagnóstico clínico de muerte debida a hemorragia vaginal, complicada por choque anafiláctico.

—¿Choque anafiláctico? ¿Por qué?

—No sé — dijo Hendricks —. Algo sucedió en urgencias, pero no pude averiguarlo.

—Eso es interesante — dije.

Hendricks terminó con las fotos y se dirigió hacia la pizarra. La mayor parte de los laboratorios tienen una pizarra, sobre la cual los patólogos pueden escribir los datos de la autopsia a medida que la van haciendo. Marcas superficiales del cuerpo, peso y apariencia de los órganos y cosas semejantes. Se dirigió a la pizarra y escribió: «Randall, K.», y el número de su ficha.

En aquel momento entró otro hombre en la sala. Reconocí la encorvada figura de Leland Weston. Tenía ya sesenta años y estaba a punto de retirarse, pero, a pesar de sus cargadas espaldas, conservaba cierta energía y vigor. Estrechó mi mano cordialmente, y después la de Hendricks, quien pareció aliviado al verlo.

Weston se hizo cargo de la autopsia. Empezó, como recuerdo había hecho siempre, dando vueltas alrededor del cuerpo media docena de veces, mirándolo fijamente, y murmurando algo para sí. Finalmente, se paró y me miró.

—¿La has observado, John? — Sí.

—¿Qué conclusiones sacas?

—Reciente aumento de peso — dije —. Hay estrías en sus caderas y en los senos. Pesa más de lo normal.

—Bien — dijo Weston —. ¿Algo más?

—Sí — dije —. Tiene una distribución del pelo interesante. Tiene el pelo rubio; y sin embargo, hay una ligera línea de vello oscuro sobre el labio superior, y también en sus antebrazos. Me parece fino y poco denso, con aspecto de ser reciente.

—Bien — dijo Weston, asintiendo. Me dirigió su ligera y rota sonrisa, la sonrisa de mi viejo maestro. En cierto modo, Weston había sido maestro de todos los patólogos de Boston, en uno u otro momento de sus vidas—, Pero has pasado por alto lo más importante.

Señaló la región púbica, que estaba pulcramente afeitada.

—Esto — dijo.

—Pero ha tenido un aborto — dijo Hendricks —. Eso lo sabemos todos.

—Nadie — dijo severamente Weston— sabe nada mientras no se haya concluido la autopsia. No podemos hacer diagnósticos prematuros. — Sonrió—. Ése es un lujo reservado para los clínicos. — Se puso un par de guantes y dijo—: El informe de esta autopsia tiene que ser el mejor y el más exacto y meticuloso que hayamos hecho. Porque J. D. Randall lo estudiará detalle por detalle. Ahora vamos a ver. — Examinó la región púbica cuidadosamente —. Es difícil saber la causa de unas ingles afeitadas. Puede ser debido a una operación, pero muchos pacientes lo hacen simplemente por razones personales. En este caso, debemos señalar que el afeitado se llevó a cabo cuidadosamente, sin pellizcos ni rasguños. Esto es significativo: no hay una sola enfermera en el mundo que haga un afeitado preoperatorio sobre una región tan carnosa como ésta sin hacer al menos un pequeño rasguño. Las enfermeras van siempre deprisa y los pequeños cortes no tienen importancia. Así pues...

—Se afeitó ella misma — dijo Hendricks.

—Probablemente — dijo Weston —. Desde luego, esto no indica operación alguna, pero debe tenerse en cuenta.

Procedió a la autopsia, trabajando delicadamente y con rapidez. Midió a la muchacha, que tenía un metro sesenta de estatura; y la pesó. Considerando el fluido que había perdido, pesaba bastante. Weston lo escribió todo en la pizarra e hizo la primera incisión.

La incisión de costumbre en la autopsia es el doble corte en forma de Y que parte de los dos hombros y se junta en la línea media del cuerpo y en los bordes de las costillas, a partir de donde continúa en un único corte hasta el hueso púbico. La piel y los músculos son separados entonces en tres colgajos; las costillas se cortan y se abren, dejando expuestos los pulmones y el corazón; la incisión del abdomen se ensancha. Entonces las arterias caróticas se ligan y se cortan, el colon se liga y se corta, la tráquea y la faringe se ligan y se cortan, y todas las vísceras: corazón, pulmones, estómago, hígado, bazo, riñones e intestinos son extirpados a la vez.

Después de esto, el cuerpo sin vísceras se cierra con una sutura. Los órganos sueltos pueden ser examinados con toda tranquilidad, y seleccionarse algunas muestras para el examen microscópico. Mientras el patólogo hace esto, el *deaner*¹⁰ abre el cuero cabelludo y el cráneo, y retira el cerebro en caso de que se haya obtenido el permiso pertinente.

¹⁰ Término tradicional con que en Estados Unidos se designa al hombre que cuida de la sala de disección. Es un término antiguo, que se remonta a los días en que las disecciones anatómicas eran llevadas a cabo por carniceros. El *deaner* mantiene las salas limpias, cuida de los cuerpos y ayuda en las disecciones.

Entonces me di cuenta: allí no había *deaner*. Se lo dije a Weston.

—Está bien — dijo —, vamos a hacerlo todo nosotros. Completamente.

Miré cómo Weston hacía la incisión. Sus manos temblaban ligeramente, pero el pulso era todavía seguro y certero. Al abrir el abdomen, empezó a salir sangre.

—Rápido — dijo —, el aspirador.

Hendricks trajo una botella con un sistema de aspirador. El fluido abdominal — rojo — negruzco, en su mayor parte sangre —, fue aspirado y medido en la botella. Había cerca de tres litros.

—Ojalá tuviéramos su historia — dijo Weston—. Me gustaría saber cuántas unidades de sangre le dieron en el servicio de urgencia.

Asentí. El volumen normal de sangre en las personas es de unos seis litros. Si tenía tanta en el abdomen era evidente que existía alguna perforación.

Cuando se hubo aspirado todo el fluido, Weston continuó la disección, sacando los órganos y colocándolos en un recipiente de acero inoxidable. Los llevó hasta el lavabo y los lavó, examinándolos después uno por uno, empezando en primer lugar con la tiroides.

—Curioso — dijo, sopesándola —. Parece como de unos quince gramos.

La tiroides normal pesa entre veinte y treinta gramos.

—Pero probablemente sea una variación dentro de lo normal — agregó Weston. Cortó y examinó la superficie de la incisión. No vio nada extraño.

Entonces cortó la tráquea hasta su bifurcación al entrar en los pulmones, que estaban hinchados y de un color pálido, en lugar de tener el color rosado — púrpura normal.

—Anafilaxis — dijo Weston—. Sistemática. ¿Tienes idea de a qué era hipersensible?

—No — dije.

Hendricks iba tomando notas. Weston siguió los bronquios hasta los pulmones y después abrió las arterias y las venas pulmonares.

Luego se dirigió al corazón, que abrió con dos incisiones hacia el lado izquierdo y el derecho, dejando expuestos los ventrículos.

—Perfectamente normal — dijo.

Después abrió las arterias coronarias. También eran normales, con una ligera arteriosclerosis visible.

Todo lo demás era normal hasta llegar al útero. Era purpúreo, cubierto con sangre hemorrágica, y no muy grande, del tamaño y la forma de una bombilla y los ovarios y las trompas de Falopio que llegaban hasta él. Cuando Weston le dio la vuelta con las manos, pudimos ver el corte a través del endometrio y el músculo. Esto explicaba la sangre de la cavidad peritoneal.

Pero me sorprendió el tamaño. No me pareció el útero de una embarazada, particularmente si la muchacha estaba ya en el cuarto mes. A los cuatro meses, el feto tiene unos quince centímetros de largo, un corazón que late, el rostro y los ojos formados, y también los huesos. El útero debería haber sido bastante más grande.

Weston creía lo mismo.

—Desde luego —dijo—; probablemente le dieron oxitocina¹¹ en el servicio de urgencias, pero aun así no deja de ser algo raro.

Cortó a través de la pared del útero y lo abrió. El interior había sido rascado bastante bien y cuidadosamente; era evidente que la perforación había ocurrido al final de la operación. Ahora, dentro del útero había muchos coágulos amarillentos y estaba todo lleno de sangre.

—Coágulos de grasa de gallina¹² — dijo Weston.

Limpió el órgano de sangre y de los coágulos, y examinó la superficie raspada del endometrio cuidadosamente.

—Esto no fue hecho por un aficionado —dijo Weston—, sino por alguien que como mínimo sabía los principios básicos de la operación.

—A excepción de la perforación.

—Sí — dijo —. A excepción de esto.

—Bien — dije —, al menos ya sabemos una cosa. No se lo hizo ella misma.

Esto era un punto importante. Una gran proporción de hemorragias vaginales agudas son resultado de los intentos de aborto que las mismas mujeres se practican con drogas, sales, jabones o agujas de calceta y otras cosas. Pero Karen no pudo haberse hecho aquel raspado. Requería anestesia general.

—¿Le parece a usted que tiene el aspecto de un útero de embarazada?

—Discutible — dijo Weston—. Muy discutible. Vamos a ver los ovarios.

Weston hizo una incisión en los ovarios, buscando el cuerpo lúteo, el cuerpo amarillo que persiste después de que ha sido soltado el óvulo. No lo encontró. De hecho, eso no demostraba nada; el cuerpo lúteo empieza a degenerar después de los tres meses, y se suponía que esta muchacha estaba en su cuarto mes.

Entró el *deaner* y preguntó a Weston:

—¿Lo cierro?

—Sí — dijo Weston —. Puede hacerlo.

¹¹ Oxitocina: sustancia que contrae el útero, útil para iniciar el parto y para contener la hemorragia uterina.

¹² Véase apéndice I: «Fiambres de patólogo.»

El *deaner* empezó a hacer la sutura de la incisión y envolvió el cuerpo en una sábana limpia. Me volví hacia Weston:

—¿No va a examinar el cerebro? — No hay permiso — dijo Weston.

El encargado del examen médico, aunque pida una autopsia, generalmente no insiste en estudiar el cerebro a menos que la situación sugiera alguna neuropatía.

—Pero yo creía que una familia como los Randall, con orientación médica...

—Oh, no se trata de J. D. Es la señora Randall. Se niega a que sea extirpado el cerebro; no lo ha permitido. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

—Es toda una mujer — dijo Weston secamente.

Se volvió hacia los órganos y se puso a analizar el tracto gastrointestinal desde el esófago hasta el ano. Era completamente normal. Me marché antes de que él hubiera terminado; había visto lo que quería y sabía que el informe final sería de falso embarazo. Al menos en lo que a los órganos importantes se refería, no podían afirmar que Karen Randall estuviera embarazada.

Era un caso curioso.

Seis

Siempre he tenido dificultades para hacerme un seguro de vida. Es lo que les pasa a la mayoría de los patólogos: las compañías te echan una mirada de reojo y se estremecen. La constante exposición a la tuberculosis, dolencias, enfermedades e infecciones letales le convierten a uno en alguien por el que no vale la pena arriesgarse. La persona que conozco que ha tenido más dificultades para conseguirlo es un bioquímico llamado Jim Murphy.

Cuando era más joven, Murphy jugaba en la línea media del Yale y siempre formaba parte de la selección del equipo del Este. Esto ya es de por sí digno de elogio, pero es del todo sorprendente cuando uno conoce a Murphy y ve sus ojos. Murphy es prácticamente ciego. Lleva unas gafas que tienen dos centímetros de grosor, y anda con la cabeza caída, como si le doblegara el peso de los cristales. En la mayoría de las circunstancias, tiene la vista casi inútil, pero cuando está excitado o nervioso tropieza con todo.

A simple vista parecía imposible que Murphy pudiera jugar y más que entrara en el Yale. Para saber su secreto había que verle cuando se movía. Murphy era rápido. Y además tiene un equilibrio como ninguna otra persona que haya conocido. Cuando jugaba al fútbol americano, sus compañeros de equipo hacían una serie de jugadas para poner a Murphy en la dirección adecuada. Esto generalmente daba buen resultado, aunque en algunas ocasiones Murphy hizo unos brillantes *sprints* en direcciones erróneas, y por dos veces cargó sobre la línea de gol para mayor seguridad.

Siempre se había sentido atraído por los deportes más inverosímiles. A los treinta años decidió empezar con la escalada. Lo encontraba muy agradable, pero no pudo conseguir que le hicieran un seguro. Así pues, decidió dedicarse a las carreras de automóviles, y corría muy bien, hasta que un día, conduciendo un Lotus, salió de la pista, dio la vuelta de campana cuatro veces y se rompió ambas clavículas por varios puntos. Después de esto decidió que valía más estar asegurado que activo y lo abandonó todo.

Murphy es una persona tan rápida que incluso hablando utiliza una especie de lenguaje abreviado, como si no pudiera perder tiempo preocupándose en poner todos los artículos y pronombres necesarios en una frase. Hace volver locos a su secretaria y a sus técnicos; no sólo a causa de su manera de hablar sino también por sus ventanas. Murphy las tiene siempre completamente abiertas, incluso en invierno, y es un enemigo irreconciliable de lo que él llama «aire viciado».

Cuando entré en su laboratorio, que está en un ala del BLI,¹³ lo encontré lleno de manzanas. Había manzanas en las neveras, en los bancos, en las mesas y en las estanterías. Sus dos técnicos llevaban gruesos jerseys debajo de sus chaquetas de laboratorio, y ambos estaban comiendo manzanas.

—Mi esposa — dijo Murphy, estrechándome la mano— hace de ellas una especialidad. ¿Quieres una? Hoy tengo Delicious y Cortland.

—No, gracias — dije.

Dio un mordisco a una después de sacarle brillo con la manga.

—Buena de verdad.

—No tengo tiempo — dije.

—Siempre con prisas — dijo Murphy—. Dios mío, siempre con prisas. No os he visto, ni a ti, ni a Judith, desde hace meses. ¿Qué ha sido de vosotros? Terry juega de portero en el Belmont el día uno del once.

Cogió una fotografía enmarcada de su escritorio y me la puso debajo de la nariz. Era de su hijo vestido con el traje de futbolista, sonriente ante la cámara, con el mismo aspecto de Murphy: pequeño pero duro.

—Tenemos que reunimos todos algún día de éstos — le dije—, y hablaremos de la familia.

—Mmmm — Murphy devoraba su manzana con envidiable rapidez —. A ver si es verdad. ¿Qué tal jugáis al bridge? Mi esposa y yo tuvimos una suerte horrible este último fin de semana. Y hace dos fines de semana... Jugando con...

—Murphy — dije—, tengo un problema.

—Probablemente una úlcera — repuso Murphy, escogiendo otra manzana de entre las que tenía ordenadas sobre su mesa —. Eres un muchacho nervioso. Siempre con prisas.

—En realidad — dije—, esta vez se trata de algo tuyo. Sonrió con súbito interés.

—¿Esteroides? Apuesto a que es la primera vez en la historia que un patólogo se interesa por los esteroides.

—Se sentó ante su mesa y colocó los pies encima de ella —. Preparado. Dispara.

¹³ BLI: Boston Lying— In Hospital.

Murphy se ocupaba de la producción de esteroides en las mujeres embarazadas y en el feto. Se encontraba en el BLI por una razón práctica, aunque algo repugnante. Necesitaba estar cerca de la fuente de aprovisionamiento, que en su caso se trataba de «madres clínicas» y de los abortos que le eran asignados.¹⁴

—¿Puedes hacer una prueba hormonal de embarazo en una autopsia? — pregunté.

Se rascó la cabeza con movimientos incoherentes, rápidos y nerviosos.

—Diablos. Supongo que sí. ¿Pero quién puede querer eso?

—Yo lo quiero.

—Lo que pretendo decir es si no puedes determinar tú mismo en la autopsia si está embarazada o no.

—En realidad, en este caso no. Es muy confuso.

—Bien. Es una prueba no aceptada, pero supongo que puede hacerse. ¿De cuánto?

—Se supone que de cuatro meses. — ¿Cuatro meses? ¿Y no puedes saberlo por el útero?

—Murphy...

—Sí, seguro, puede hacerse a los cuatro meses — dijo—. No tendrá valor ante un jurado ni nada de eso, pero sí, puede hacerse.

—¿Puedes hacerlo tú?

—Eso es lo que hacemos en este laboratorio — replicó—. Ensayos esteroideos. ¿Qué me traes?

No comprendí; meneé la cabeza.

—¿Sangre u orina? ¿Qué?

—Oh, sangre.

Me saqué del bolsillo de la chaqueta un tubo de ensayo lleno de sangre que había recogido durante la autopsia. Al salir de la misma le había preguntado a Leland Weston si le parecía bien y me dijo que no le importaba.

Murphy tomó el tubo y lo puso a contraluz. Lo midió con los dedos.

—Se necesitan dos centímetros — dijo—. Aquí hay bastante más. No habrá problema.

—¿Cuándo podrás darme el resultado?

—Dentro de dos días. Hacen falta cuarenta y ocho horas para la prueba. ¿Esta sangre es posterior al fallecimiento?

¹⁴ Los abonos, placentas y fetos son muy apreciados en el BLI por una docena de grupos que llevan a cabo investigaciones hormonales. A veces se presentan amargas discusiones para ver quién se quedará con el próximo niño muerto que nazca, decisión que depende de la importancia de las investigaciones respectivas.

—Sí. Temía que las hormonas pudieran haber degenerado o algo semejante...

Murphy suspiró.

—Qué pronto se pierde la memoria. Sólo las proteínas pueden degenerar, y los esteroides no son proteínas, ¿entendido? Será fácil. Mira, la prueba normal del conejo es la ganotropina coriónica en la orina. Pero en este laboratorio tenemos costumbre de hacer esta prueba o la de la progesterona, o cualquier otra, entre los componentes hidroxilados once—beta. En el embarazo, la progesterona aumenta su nivel diez veces. El nivel del estriol aumenta mil veces. Podemos apreciar un salto como éste; no es nada difícil — dio una ojeada a sus técnicos—, incluso en este laboratorio.

Uno de los técnicos captó la indirecta.

—Solía ser muy meticuloso — dijo —, antes de que se me helaran los dedos.

—Excusas, excusas — sonrió Murphy; se volvió hacia mí y recogió el tubo de sangre—. Será fácil. Lo pondremos a la cola y se hará a su debido tiempo. Quizá incluso se hagan dos pruebas independientes, por si acaso se estropea una. ¿De quién es?

—¿Qué?

Balanceó el tubo de ensayo ante mí con impaciencia.

—¿De quién es la sangre?

—Oh. Un caso entre muchos — dije, encogiéndome de hombros.

—Un embarazo de cuatro meses y no sabes de quién es, ¿eh? John, muchacho, no engañes a tu viejo camarada, a tu antiguo oponente de bridge.

—Sería mejor que te lo dijera después — dije. — Está bien, está bien. No quiero parecer pesado. Haz lo que quieras, pero ¿después me lo dirás?

—Prometido.

—Una promesa de patólogo — dijo levantándose —. Un tesoro eterno.

Siete

La última vez que alguien las contó, había veinticinco mil enfermedades conocidas en la humanidad, y cura para cinco mil de ellas. Aun así, el sueño de todo médico joven es descubrir una nueva enfermedad. Éste es el camino más rápido y más seguro para ganar la fama en la profesión médica. En la práctica, es mucho mejor descubrir una nueva enfermedad que encontrar el remedio para una antigua. El remedio será probado, discutido y disputado durante años, mientras que una nueva enfermedad se acepta rápida y confiadamente.

Lewis Carr, cuando todavía era interno, dio en el clavo; encontró una enfermedad nueva. Era un poco rara — una disgamaglobulinemia hereditaria que afectaba a la fracción—beta—, y la encontró en una familia de cuatro miembros, pero esto no tenía importancia. Lo importante de verdad es que Lewis la había descubierto, la había descrito, y había publicado sus resultados en el *New England Journal of Medicine*.

Seis años después se convirtió en profesor clínico en el Mem; el puesto perfecto para un joven y ambicioso internista. Nunca se tuvo ninguna duda de cuál sería su porvenir; simplemente era cuestión de esperar a que alguien se retirara y dejara un lugar vacante.

Carr tenía un buen despacho, si se tiene en cuenta lo que esto significa en el Mem. Por un lado, era pequeño, y el montón de periódicos, textos y notas de investigación que había esparcidos por todas partes lo hacía todavía más reducido. Por otro lado, era muy sucio y muy viejo, y quedaba en un rincón lejano del edificio Calder, cerca de las unidades dedicadas a la investigación urológica. Y, para dar el toque de gracia, entre todo el desorden y la suciedad se sentaba una hermosa y sensual secretaria, eficiente, y totalmente inabordable: una belleza no funcional que contrastaba con la fealdad funcional de la oficina.

—El doctor Carr está haciendo sus visitas — dijo ella con expresión adusta—. Dijo que le esperara usted dentro.

Entré y después de retirar un montón de ejemplares del *American Journal of Experimental Biology* me senté en una silla. Al rato llegó Carr. Llevaba una chaqueta blanca de laboratorio, abierta por delante (un profesor nunca se abrocha sus ropas de laboratorio) y un estetoscopio le colgaba del cuello. El cuello de su camisa estaba gastado (los profesores no están bien pagados), pero sus zapatos negros brillaban (los profesores son cuidadosos con las cosas realmente importantes). Como de costumbre, sus gestos fueron muy fríos, muy estudiados y muy diplomáticos.

Las almas rencorosas decían que Carr era algo más que diplomático; que era vergonzosa la forma que tenía de hacer la pelota a los viejos que formaban la plana mayor del hospital. Pero lo que ocurría es que mucha gente estaba resentida por la forma tan rápida y segura con que se había situado. Carr tenía un rostro redondo y de expresión infantil; sus mejillas eran suaves y rubicundas. Tenía una encantadora sonrisa de muchacha que le era de gran utilidad entre sus pacientes femeninas. En esta ocasión me dirigió su sonrisa.

—Hola, John.

Cerró la puerta que daba a la otra habitación y se sentó detrás del escritorio. Apenas podía distinguírle entre los montones de periódicos y revistas. Se sacó el estetoscopio del cuello, lo dobló, y se lo guardó en el bolsillo. Después me miró.

Supongo que es inevitable. Cualquier médico que se encare a otra persona desde detrás de su escritorio adquiere una expresión especial, un aire profundo, inquisitivo y examinador que se hace insoportable si resulta que a la otra persona no le pasa nada fuera de lo corriente. Lewis Carr tomó esta expresión en aquella ocasión.

—Quieres saber algo sobre Karen Randall — dijo, como si me informara de algún grave descubrimiento.

—Cierto.

—Por razones personales.

—Cierto.

—¿Y lo que yo te diga no se divulgará?

—Cierto.

—Está bien — dijo —. Te lo diré. No estaba presente, pero he seguido el caso de cerca.

Sabía que lo había hecho. Lewis Carr seguía de cerca todo lo que sucedía en el Mem; sabía más chismes locales que cualquier enfermera. Reunía sus conocimientos de una manera reflexiva. De la misma forma que otras personas respiran.

—La muchacha llegó a la sala de urgencias a las cuatro de la mañana. Estaba moribunda; cuando la sacaban del coche en una camilla deliraba. Su problema era, sin lugar a dudas, hemorragia vaginal. Tenía treinta y nueve de fiebre, la piel seca, la respiración acelerada, pulso rápido y la presión sanguínea muy baja. Se quejaba de sed.¹⁵

Carr se detuvo un momento para recobrar el aliento.

—El interno la examinó y pidió una prueba para poder empezar la transfusión. Le sacó algo de sangre con una jeringa, para hacer un recuento y un hematócrito,¹⁶ y le inyectó rápidamente un poco de D5.¹⁷ Intentó también localizar el lugar de la hemorragia, pero no pudo; así, pues, le dio oxitocina para que el útero se contrajera y disminuyera la hemorragia; y taponó la vagina como solución provisional. Después averiguó quién era la muchacha gracias a su madre, que la acompañaba, y empezó a cagarse en los pantalones. Se asustó. Llamó al residente. Empezó a hacerle una transfusión de sangre. Y le dio una buena dosis de penicilina profiláctica. Desgraciadamente, hizo esto sin consultar su ficha, ni preguntar a su madre sobre las reacciones alérgicas de la joven.

—Era hipersensible.¹⁸

—Mucho — dijo Carr—; diez minutos después de darle la penicilina intramuscular, la muchacha empezó a presentar espasmos y pareció incapaz de respirar, a pesar de que en la habitación había aire suficiente. Por entonces, ya habían bajado su ficha del archivo, y el interno se había dado cuenta de lo que había hecho. Así, pues, le administró un miligramo de epinefrina intramuscular. Al no obtener respuesta, le inyectó lentamente, vía intravenosa, benadril, cortisona y aminofilina. La puso bajo una presión positiva de oxígeno. Pero ella se puso cianótica,¹⁹ convulsa y murió a los veinte minutos.

¹⁵ La sed es un importante síntoma de choque. Por razones desconocidas aparece solamente en los traumas graves, debido a la pérdida de líquido, y se considera como un signo de mal agüero.

¹⁶ Recuento de los glóbulos blancos y rojos de la sangre, y del valor globular.

¹⁷ El cinco por ciento de dextrosa en agua, que se utiliza para reponer la pérdida del volumen líquido.

¹⁸ La alergia a la penicilina se da en un 9— 10 por ciento de los pacientes normales.

¹⁹ Azul.

Encendí un cigarrillo y pensé que no me gustaría estar en la piel de aquel interno en aquellos momentos.

—Probablemente — dijo Carr —, la muchacha hubiera muerto igualmente. No estamos seguros, pero todo indica que cuando ingresó había perdido ya un cincuenta por ciento de sangre. Y ya sabes que eso está en el límite; el choque es, en este estado, irreversible. Así pues, probablemente no la hubiéramos podido salvar. Claro que esto no cambia para nada las cosas.

—¿Por qué le dio penicilina en primer lugar? — Ésa es la costumbre del hospital — dijo Carr—. Es una especie de rutina ante ciertos síntomas. Normalmente, cuando nos llega una muchacha con evidente hemorragia vaginal y fiebre (posible infección), le hacemos un rápido examen local, la metemos en la cama, y le damos una inyección de penicilina. Generalmente, al día siguiente la mandamos a su casa. Y el caso queda archivado como aborto.

—¿Es éste el diagnóstico final en la ficha de Karen Randall? ¿Aborto?

Carr asintió:

—Espontáneo. Siempre ponemos eso, porque así no tenemos que informar a la policía. Aquí vemos muy pocos abortos ilegales. A veces, las muchachas ingresan con tanto jabón vaginal que la espuma lo invade todo como si fuera una lavadora. En otras ocasiones sangran. En todos los casos, la muchacha está histérica y no hace otra cosa que contar mentiras. Nosotros no hacemos más que cuidar de ella y dejar que siga su camino.

—¿Y nunca se informa a la policía?²⁰ — Nosotros somos médicos, no funcionarios de la justicia. Vemos un centenar de muchachas así cada año. Si informáramos de todos los casos, pasaríamos el tiempo haciendo de testigos ante un juez en lugar de practicar la medicina.

—Pero la ley exige...

—Desde luego — dijo Carr rápidamente —. La ley exige que se haga un informe. La ley exige también que se informe de las agresiones; que se informe de todos los borrachos que se pelean, y de una lista interminable de delitos. Ningún servicio de urgencias informa de todo lo que debiera. No se puede actuar según esas bases.

—Pero si ha habido un aborto...

—Míralo con un poco de lógica — dijo Carr—. Un considerable número de estos casos son abortos espontáneos. Hay muchos que no lo son, pero no tiene sentido que nosotros los tratemos de otra forma. Supón que sabes que el carnicero le ha hecho una faenita a una muchacha; supón que llamas a la policía. Al día siguiente se presentarán y la muchacha les dirá que fue espontáneo. O les dirá que intentó hacérselo ella misma. Pero de ningún modo hablará, y eso molesta a la policía. Principalmente por el hecho de haber sido llamados.

—¿Sucedo eso?

—Sí — dijo Carr—, he visto ocurrir eso dos veces. En ambos casos la muchacha estaba loca de miedo, creyendo que iba a morir. Quería matar a arañazos al que le había hecho el aborto, y exigió que se llamara a la policía. Pero, a la mañana siguiente, se sentía bien, le habían practicado una buena cura en el hospital, y se daba cuenta de que no presentaba ningún problema. No quería

²⁰ Véase el apéndice II: «Policías y médicos.»

tener tratos con la policía; no quería verse comprometida. Cuando llegaron los policías, ella dijo que todo había sido un gran error.

—¿Y te da lo mismo dejar que alguien practique los abortos así tan tranquilamente?

—Nosotros intentamos devolver la salud a las personas. Eso es todo. Un médico no puede hacer juicios de valor moral. Ya acusamos a muchos malos conductores y a muchos borrachos empedernidos. Pero no es nuestro trabajo dar garrotazos a diestro y siniestro; ni pronunciar conferencias ni sermones sobre cómo conducir y aborrecer el alcohol. Lo único que intentamos es que vuelvan a sentirse bien.

Yo no quería discutir con él; sabía que no conseguiría nada positivo; así que cambié de tema.

—¿Qué hay de las acusaciones contra Lee? ¿Qué sucedió ahí?

—Cuando la muchacha murió — dijo Carr —, la señora Randall se puso histérica. Empezó a chillar, y le dieron un tranquilizante y un sedante. Después de eso, ella se calmó, pero continuó diciendo que su hija había nombrado a Lee como autor del aborto. Y ella misma llamó a la policía.

—¿Lo hizo la señora Randall?

—Eso es.

—¿Y qué hay del diagnóstico del hospital?

—Continúa siendo aborto espontáneo. Es una interpretación médica legítima. El cambiar a aborto ilegal no tiene sentido médico, en lo que nos concierne a nosotros. De todas maneras la autopsia demostrará si el aborto fue o no fue provocado.

—La autopsia lo demostrará — dije —. Un buen aborto, excepto por una sola laceración del endometrio. Fue hecho por alguien con habilidad, pero no suficiente.

—¿Has hablado con Lee?

—Esta mañana — dije —. Dice que él no lo hizo. Basándome en la autopsia, lo creo.

—Un error...

—No lo creo. Art es demasiado bueno, demasiado hábil.

Carr se sacó el estetoscopio del bolsillo y se puso a jugar con él; parecía incómodo.

—Todo esto es muy desagradable — dijo—. Muy desagradable.

—Tiene que aclararse — dije —. No podemos esconder la cabeza bajo tierra y dejar que Lee se vaya al infierno.

—No, claro que no — dijo Carr —. Pero J. D. se sentía muy disgustado.

—Lo imagino.

—Casi mató al pobre interno cuando vio el tratamiento que había hecho a su hija. Yo estaba allí y creí que iba a estrangular al muchacho con sus propias manos.

—¿Quién era el interno?

—Un muchacho llamado Roger Whiting. Un excelente muchacho, a pesar de que se vio metido de lleno en esa M.

—¿Dónde está ahora?

—En casa, probablemente. Dejó el hospital a las ocho de la mañana. — Carr frunció el entrecejo y jugueteó una vez más con el estetoscopio—. John, ¿de verdad quieres meterte en este lío?

—No quiero meterme en ningún lío — dije —. Si pudiera escoger, ahora mismo volvería a mi laboratorio. Pero no veo elección posible.

—El problema es — dijo Carr lentamente— que todo esto está fuera de control. J. D. está muy disgustado. — Ya lo dijiste antes.

—Estoy intentando ayudarte a comprender cómo están las cosas. — Carr arreglaba maquinalmente los objetos que había sobre la mesa, sin mirarme. Finalmente dijo — : El caso está ya en las manos apropiadas. Y supongo que Lee tendrá un buen abogado.

—Hay muchas preguntas sin respuesta. Quiero asegurarme de que todo quede bien claro.

—Está en las manos apropiadas — repitió Carr.

—¿En qué manos? ¿En las de los Randall? ¿En las de los individuos que vi en la comisaría de policía?

—Tenemos una policía excelente en Boston — dijo Carr.

—Mierda.

Suspiró profundamente y dijo:

—¿Qué esperas probar?

—Que Lee no lo hizo. Carr meneó la cabeza:

—Este no es el punto.

—A mí me parece precisamente que ése es el punto.

—No — dijo Carr —. El punto es que la hija de J. D. Randall murió en manos de un abortista, y alguien tiene que pagar el pato. Lee es un abortista, eso no será difícil demostrarlo en el tribunal. Y en una ciudad como Boston es probable que más de la mitad del jurado sea católico. Lo condenarán basándose en los principios básicos.

—¿En los principios básicos?

—Ya sabes lo que quiero decir — dijo Carr, moviéndose en su silla.

—Quieres decir que Lee es quien va a pagar el pato.

—Eso es. Lee es el cabeza de turco.

—¿Ésa es la expresión oficial? — Más o menos — dijo Carr.

—¿Y a ti qué te parece todo esto?

—Un hombre que practica abortos se pone a sí mismo en peligro. Infringe la ley. Cuando hace abortar a la hija de un famoso médico de Boston...

—Lee dice que no lo hizo.

Carr me dirigió una triste sonrisa:

—¿Tiene eso alguna importancia?

Ocho

Desde que se deja la universidad hasta el momento de convertirse en cirujano cardiólogo pasan trece años. Cuatro años en la escuela de medicina, un año de internado, tres de cirugía general, dos de cirugía torácica, y dos de cirugía cardíaca. Entre ellos hay que contar también los dos años que se pasa trabajando para el Tío Sam.²¹

Hace falta ser un hombre algo especial para asumir esta responsabilidad con una meta tan lejana. Cuando al fin está listo para empezar a practicar la cirugía por su cuenta, se ha transformado en otra persona, casi un ser nuevo, alienado por la experiencia y la dedicación a otros hombres. En cierto sentido, esto forma parte de la enseñanza: los cirujanos son hombres solitarios.

Pensaba en esto mientras observaba a través del mirador que da al quirófano número 9. El mirador estaba instalado en el techo, permitiendo así una buena visión de toda la sala, del personal y del trabajo. Los estudiantes y los internos se sentaban allí con frecuencia para mirar. Un micrófono en el quirófano permitía oír todo lo que allí ocurría — el tintineo del instrumental, el rítmico siseo de la respiración y los murmullos —; y había un botón que, al presionarlo, comunicaba a los de arriba con los de abajo; en caso contrario, en el quirófano no se oía nada del exterior.

Había ido allí después de dejar la oficina de J. D. Randall. Quería ver la ficha de Karen, pero la secretaria de Randall me había dicho que no la tenía. J. D. la tenía, y J. D. estaba operando en ese momento. Esto me sorprendió. Había pensado que sin duda no trabajaría aquel día, considerando los hechos. Pero, aparentemente, esto no había entrado en sus planes.

La secretaria dijo que probablemente la operación estaba a punto de terminar, pero una ojeada a través del mirador me indicó todo lo contrario. El pecho del paciente estaba todavía abierto y el corazón tenía aún una incisión; no habían empezado siquiera a suturar. No podía interrumpirlos; no tenía más remedio que volver más tarde, si quería ver la ficha de Karen.

Pero me quedé un momento allí para observar. Hay algo atrayente en la cirugía a corazón abierto; algo fantástico y extraordinario; una mezcla de sueño y pesadilla hecha realidad. Allí abajo había dieciséis personas y entre ellas cuatro eran cirujanos. Cada una de ellas se movía, trabajaba, ejecutando delicados movimientos coordinados, como en una especie de danza, una danza surrealista. El paciente, envuelto en verde, se veía empujado a causa del pulmón— corazón artificial que tenía a su lado, una máquina gigantesca, tan grande como un automóvil, de brillante metal, con cilindros y ruedas que se movían suavemente.

A la cabeza del paciente estaba el anestesista, rodeado de su equipo. Había varias enfermeras, dos técnicos que vigilaban y atendían una serie de tableros de instrumentos que indicaban el funcionamiento de los diversos aparatos. Más enfermeras, ordenanzas, y finalmente, los cirujanos.

²¹ Véase apéndice III: «Campos de batalla y barberías.»

Intenté descubrir cuál de ellos era Randall, pero no pude. Con sus batas y sus mascarillas parecían todos iguales, impersonales, indistinguibles.

Esto, desde luego, no era cierto. Uno de aquellos cuatro hombres tenía toda la responsabilidad, repartida aparentemente entre los dieciséis presentes. Y era responsable de la persona que hacía el número diecisiete en aquella habitación: el hombre cuyo corazón estaba parado.

En una esquina, en una pantalla, se dibujaba el electrocardiograma. El ECG normal es una línea que se balancea vivamente, con una punta que señala cada latido, cada ola de energía eléctrica que alimenta el músculo del corazón. Éste estaba plano: una sola línea, sin significado alguno. Según el criterio de la medicina tradicional el paciente estaba muerto. Miré los rosados pulmones que se veían entre el pecho abierto; no se movían. El paciente no respiraba.

La máquina lo hacía todo por él. Bombeaba la sangre, la oxigenaba, y extraía de ella el anhídrido carbónico. Aquella máquina se utilizaba desde hacía diez años.

Las personas que se encontraban allá abajo no parecían sorprenderse por el trabajo de la máquina o de los cirujanos. Trabajaban sin darle importancia a su tarea. Supongo que ésta era una de las razones por las que todo parecía tan fantástico.

Estuve observándoles durante cinco minutos, sin darme cuenta del paso del tiempo. Después me marché. Fuera, en el pasillo, dos residentes estaban apoyados en una puerta, todavía con sus gorros puestos y las mascarillas colgando alrededor del cuello. Tomaban café y donuts, y se reían de un chiste verde.

Nueve

Roger Whiting, médico, vivía cerca del hospital, en el tercer piso de un edificio que daba al lado más feo de Beacon Hill, allí donde echan las basuras de la plaza Louisburg. Su esposa abrió la puerta. Era una muchacha sencilla, embarazada de unos siete meses. Parecía preocupada.

—¿Qué quiere?

—Quisiera hablar con su marido. Mi nombre es Berry. Soy patólogo del Lincoln.

Ella me echó una mirada llena de recelo.

—Mi marido está intentando dormir un poco. Ha estado de turno los últimos dos días y está cansado. Necesita dormir.

—Es muy importante.

Un joven delgado vestido con un traje de hilo blanco apareció tras ella. Parecía más que cansado; parecía exhausto y asustado.

—¿Qué ocurre? — dijo.

—Querría hablar con usted sobre Karen Randall.

—He contado ya lo que sucedió una docena de veces por lo menos. Hable usted con el doctor Carr.

—Ya lo hice.

Whiting se pasó los dedos por el pelo y dijo a su esposa:

—Está bien, querida. ¿Quieres hacerme un poco de café? — Después se volvió hacia mí y añadió — : ¿Un café?

—Sí, gracias — dije.

Nos sentamos en la salita. El apartamento era pequeño, y los muebles baratos y gastados. Pero me sentí como en casa: hacía muy pocos años que había dejado de ser interno. Y conocía todos los problemas de dinero, las tensiones que ello provocaba, las situaciones infernales, y el enorme trabajo con el que hay que lidiar. Sabía lo irritantes que eran las llamadas de las enfermeras a media noche, pidiendo permiso para administrar otra aspirina al paciente Jones. Sabía lo que costaba dejar la cama para visitar a un paciente a primeras horas de la madrugada, y lo poco que costaba cometer un error. Mientras era interno en una ocasión estuve a punto de matar a un hombre con fallos cardíacos. Con sólo tres horas de sueño en dos días, era muy fácil hacer cualquier cosa sin darse cuenta.

—Sé que está usted cansado — dije —. No le molestaré mucho rato.

—No, no — repuso cordialmente—. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar; bien, ahora...

La esposa entró con dos tazas de café. Me miró con enojo. El café era flojo.

—Mis preguntas — dije— son referentes a la llegada de la muchacha al hospital. ¿Estaba usted de guardia entonces?

—No, estaba intentando dormir. Me llamaron.

—¿Qué hora era?

—Casi las cuatro.

—Describa lo que sucedió.

—Dormía vestido, en la pequeña habitación que hay saliendo de la sala de curaciones. No hacía mucho que dormía cuando me llamaron; acababa de volver a ponerle un suero endovenoso a una señora que se lo sacaba con insistencia. Ella decía que no, pero era así — suspiró —. Bien, cuando me llamaron me sentía pésimamente. Me levanté y puse la cabeza debajo del grifo de agua fría; después me sequé. Cuando llegué a la sala, traían a la muchacha en una camilla.

—¿Estaba consciente?

—Sí, pero desorientada. Estaba pálida, y había perdido mucha sangre. Tenía fiebre y deliraba. No podíamos tomarle bien la temperatura, porque los dientes le castañeteaban constantemente; así, pues, cuando vimos que más o menos era de treinta y nueve grados nos dispusimos a trabajar.

—¿Qué más se hizo?

—Las enfermeras le echaron una manta encima y le elevaron los pies con tablones.²² Después examiné la lesión. Era claro que se trataba de hemorragia vaginal, y diagnosticamos un aborto.

—En cuanto a la hemorragia — dije —, ¿había cualquier otra sustancia que la acompañase?

El movió la cabeza: — Sólo sangre.

—¿Ningún tejido? ¿Ni señal de placenta?

—No. Pero sangraba desde hacía largo rato. Sus vestidos... — Su mirada se perdió por la habitación como si viviera nuevamente la escena —. Sus vestidos estaban empapados. Las enfermeras tuvieron mucho trabajo para sacárselos.

—Durante todo ese tiempo, ¿dijo la muchacha algo coherente?

—En realidad, no. Murmuraba algo de vez en cuando. Algo sobre un viejo, creo. Su viejo o cualquier otro. Pero no era claro, y además nadie le prestaba atención.

—¿Dijo algo más? El movió la cabeza:

—Sólo cuando le cortaron los vestidos para sacárselos, ella intentaba cubrirse con ellos nuevamente. Una vez dijo: «No pueden hacerme eso», y más tarde dijo: «¿Dónde estoy?» Pero eran sólo frases delirantes. En realidad, nada de lo que dijo era coherente.

—¿Qué hizo con la hemorragia?

—Intenté localizarla. Era difícil, y tenía que hacerse muy aprisa. Y además no conseguíamos enfocar bien la luz. Finalmente, decidí taponar con algodón y gasas y dedicarme a devolverle el volumen sanguíneo.

—¿Dónde estaba y qué hacía la señora Randall durante ese tiempo?

—Esperaba en la puerta. Parecía tranquila, hasta que le dijimos lo que había sucedido. Entonces se desmoronó. Tal como suena: se desmoronó.

—¿Qué hay de la ficha de Karen? ¿Había ingresado en el hospital alguna vez?

—No vi su historia clínica hasta... más tarde. Se tuvo que ir a buscar al archivo. Había estado allí anteriormente. Exámenes médicos anuales desde que tenía quince años, y los usuales análisis de sangre dos veces al año. Como puede suponer, estaba bajo buena vigilancia médica.

—¿Y no había nada fuera de lo corriente en su historia? Quiero decir además de su hipersensibilidad.

Él me dirigió una sonrisa triste:

—¿No es ya suficiente?

²² Simples bloques de madera que se utilizan para elevar las piernas en los casos de choque y ayudar así a que la sangre llegue al cerebro.

Durante un momento me sentí enojado con él. Se compadecía demasiado a sí mismo, a despecho del temor natural que sentía. Pero me entraban ganas de decirle que haría mejor en empezar a acostumbrarse a la idea de que moriría mucha gente ante sus narices. Y que haría bien acostumbrándose a la idea de que podía cometer un error, porque éstos se daban siempre. En algunas ocasiones los errores eran más importantes que en otras, pero todo era cuestión de valoración. Quería decirle que si él hubiera preguntado a la señora Randall si Karen era hipersensible y ella le hubiera dicho que no, ahora él se sentiría limpio y libre. Claro que la muchacha hubiera muerto igualmente, pero Whiting estaría limpio. Su error no fue matar a Karen Randall; sino haberse olvidado de pedir primero el permiso.

Pensé en decirle todo eso, pero no lo hice.

—¿Alguna insinuación de problemas psiquiátricos? — pregunté.

—No.

—¿Nada que saliera de lo corriente?

—No. — Arrugó la frente—. Un momento: había algo raro. Hace unos seis meses, fueron pedidas toda una serie de radiografías craneales.

—¿Vio usted las radiografías?

—No. Sólo leí el diagnóstico del radiólogo.

—¿Y cuál era? — Normal. Nada patológico.

—¿Dónde fueron tomadas las radiografías? — No lo decía.

—¿Tuvo algún accidente de alguna clase? ¿Alguna caída o un accidente de automóvil?

—No, que yo sepa.

—¿Quién pidió las radiografías?

—Probablemente el doctor Randall. Peter Randall, eso es. Era su médico.

—¿Y no sabe usted por qué fueron tomadas esas radiografías?

—No.

—Debe de haber alguna razón — dije.

—Sí — respondió, pero no pareció interesarle demasiado. Miraba fija y sombríamente su café; después lo sorbió de golpe. Finalmente, dijo — : Espero que cojan al que hizo el aborto y que lo aplasten contra la pared. Sea cual sea su condena, se merece lo peor.

Me levanté. El muchacho estaba nervioso y casi al borde de las lágrimas. Todo lo que él podía ver era una prometedora carrera echada a perder por el error cometido con la hija de un médico famoso. En su enojo, en su frustración y en la compasión que sentía por sí mismo, él también buscaba una cabeza de turco. Y la necesitaba más que nadie.

—¿Tiene usted intenciones de establecerse en Boston? — le pregunté.

—Tenía — dijo con una mirada sombría.

Cuando dejé al interno, llamé a Lewis Carr. Quería ver la ficha de Karen Randall más que nunca; tenía que averiguar lo que eran aquellas radiografías.

—Lew — dije—, voy a necesitar nuevamente tu ayuda.

—¿Ah, sí? — Parecía conmocionado ante la perspectiva.

—Sí. Tengo que ver su ficha. Es absolutamente necesario.

—Creí que lo habías solucionado.

—Sí, pero ha sucedido algo nuevo. Esto se está poniendo cada vez más enredado. ¿Dónde se pidieron esas radiografías...?

—Lo siento — dijo Carr —, no puedo ayudarte. — Lew, aun cuando Randall tenga la ficha, no puede dejar que...

—Lo siento, John. Tengo todo el día comprometido aquí y también mañana. No tendré tiempo para nada.

Hablaba con gravedad, sopesando sus palabras, repitiéndose las frases a sí mismo antes de decirlas en voz alta.

—¿Qué pasó? ¿Te atrapó Randall y te cosió la boca? — Me parece — dijo Carr— que debería dejarse el caso en manos de quien está preparado para llevarlo. Yo no lo estoy, y no creo tampoco que lo estén otros médicos.

Sabía lo que decía y lo que quería decir. Art Lee acostumbraba a reírse de la forma en que los médicos hablan de las cosas con un doble sentido. Art lo llamaba la «Maniobra de Pilatos».

—Está bien — dije —, si así es como piensas... Colgué.

En cierto modo, era de esperar. Lewis Carr jugaba siempre cumpliendo con las reglas, como un buen muchacho. Así había sido siempre y era de esperar que continuaría siendo así toda la vida.

Diez

Mi recorrido desde el apartamento de Whiting hasta la escuela de medicina me llevó al Hospital Lincoln. Fuera, en la puerta principal, cerca de la parada de taxis, estaba Frank Conway, inclinado, con las manos en los bolsillos y mirando al suelo. En su postura había tristeza y cansancio. Di la vuelta a la esquina.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—Voy a Children's — dijo. Pareció sorprenderse de que me hubiera parado. Conway y yo no somos muy amigos. Es un buen médico, pero no es agradable como persona. Sus primeras dos esposas se divorciaron de él; la segunda sólo seis meses después de la boda.

—Tengo que pasar por allí — dije.

No era cierto, pero pensaba llevarlo de todas maneras. Quería hablar con él. Subió y nos metimos en el denso tráfico.

—¿Qué se te ha perdido en Children's? — pregunté.

—Una conferencia. Una charla sobre problemas congénitos una vez por semana. ¿Y a ti?

—Solamente voy a hacer una visita — dije —. Tengo una cita para comer con un amigo.

Asintió con la cabeza y se instaló cómodamente en el asiento. Conway era joven; tenía sólo treinta y cinco años. Se las había arreglado para hacer sus años de especialización junto con los mejores médicos del país. Ahora era mejor que ninguno de ellos, o al menos eso se decía. Nunca se sabía qué pensar de un hombre como Conway: era uno de los pocos que se habían hecho famosos muy rápidamente. Y por eso, en cierto modo, lo consideraban como un político o una estrella de cine; tenía, como ellos fans incondicionales y críticos irreconciliables; unos lo adoraban y otros lo odiaban. Físicamente, Conway tenía una presencia autoritaria, el aspecto de un hombre poderoso, con el pelo un poco gris y unos profundos ojos azules.

—Quisiera que me excusarais — dijo Conway— por lo de esta mañana. No sabía lo que decía.

—No tiene importancia.

—Tengo que pedirle excusas a Herbie. Dije algunas cosas...

—Lo comprenderá.

—Me sentía como en el infierno — dijo Conway—, pero es que cuando ves a un paciente que se apaga entre tus manos, que se te va bajo tus mismísimos ojos... No sabes lo que es eso.

—No — admití.

Anduvimos un rato en silencio; después dije:

—Puedo pedirte un favor? — Claro.

—Háblame de J. D. Randall. Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué?

—Simple curiosidad. — Mierda.

—Bueno — dije.

—Atraparon a Lee, ¿verdad? — dijo Conway. — Sí.

—¿Lo hizo él? — No. — ¿Estás seguro?

—Creo lo que él dice — dije. Conway suspiró.

—John — dije —, tú no eres un necio. Supón que alguien te adjudicara el paquetito a ti. ¿Acaso no lo negarías?

—Ése no es el caso.

—Claro que lo es. Cualquiera lo negaría. — ¿Acaso no es posible que Art no lo hiciera? — No tan sólo es posible sino probable.

—¿Entonces?

Conway movió la cabeza:

—Olvidas los hechos. J. D. es un hombre importante. J. D. ha perdido a su hija. Y resulta que aparece un chino, muy a propósito, al que se acusa de ser el autor de la muerte. Una situación perfecta.

—He oído esta teoría con anterioridad. Pero no me sirve.

—Entonces no conoces a J. D. Randall.

—Eso es verdad.

—J. D. Randall — dijo Conway— es el mayor cabrón del universo. Tiene dinero, poder y prestigio. Puede obtener todo lo que desee, incluso la cabeza de un chino.

Yo dije:

—¿Pero por qué ha de quererla?

Conway rió:

—Hermano, ¿de dónde vienes? Yo debía parecer muy confuso.

—¿No sabes que...? — Hizo una pausa, viendo que no sabía. Entonces cruzó los brazos sobre el pecho y se calló. Miró fijamente hacia adelante.

—¿Y bien? — dije.

—Es mejor que preguntes a Art. — Te estoy preguntando a ti — dije. — Pregunta a Lew Carr — dijo Conway—. Quizá él te lo diga; yo no.

—Bien — dije —, entonces hálame de Randall.

—Como cirujano.

—Está bien, como cirujano. Conway asintió.

—Como cirujano — dijo —, no vale nada. Es mediocre. Pierde pacientes que no debería perder. Gente joven. Gente fuerte.

Asentí.

—Y es mezquino como el mismísimo diablo. Arruina a sus residentes. Les pone toda clase de dificultades, les hace malas pasadas continuamente, y ellos se lo pasan muy mal. Hay muchos jóvenes que valen y trabajan bajo sus órdenes, y es así como él los controla. Lo sé; hice dos años de torácica con él antes de hacer cardíaca en Houston. Tenía veintinueve años cuando conocí a Randall, y él cuarenta y nueve. Siempre se hace el importante, con sus prisas y sus múltiples ocupaciones; sus trajes de Bond Street y sus amigos con castillo en Francia. Nada de todo eso indica que sea un buen cirujano, desde luego, pero ayuda a que la gente se lo crea. Lo rodea de una aureola que le hace parecer bueno.

No dije nada. Conway se estaba acalorando a medida que hablaba. Elevaba la voz y movía sus fuertes manos. Yo no tenía intención de interrumpirle.

—El problema — dijo Conway — está en que J. D. sigue en la vieja línea. Empezó la cirugía en los cuarenta, con Gross, Chartriss y Shackleford y sus muchachos. La cirugía era diferente entonces; lo importante era la habilidad manual; la ciencia no contaba para nada. Nadie sabía nada sobre los electrolitos o la química, y Randall nunca se familiarizó con ello. Los más jóvenes lo están; han estudiado las enzimas y los sueros. Pero para Randall es un verdadero rompecabezas.

—Tiene buena reputación — dije.

—También la tuvo John Wilkes Booth — dijo Conway —, durante un tiempo.

—¿No serán eso celos profesionales?

—Puedo cortar círculos a su alrededor con la mano izquierda — dijo Conway —. Y a ciegas.

—¿Qué tal es personalmente?

—Un cabrón. Simplemente un cabrón. Los residentes suelen decir que anda siempre con un martillo y seis clavos, por si se le presenta la oportunidad de crucificar a alguien.

—No es posible que sea tan desagradable.

—No — admitió Conway —. No a menos que se encuentre en buena forma. Como todos nosotros, tiene sus días buenos y sus días malos.

—Lo pintas como un tipo muy lúgubre.

—No es peor que la mayoría de los cabrones que corren por ahí — dijo —, ¿sabes? Los residentes dicen algo más de él.

—¿Ah, sí?

—Sí. Dicen que a J. D. Randall le gusta rajar corazones porque él no ha tenido nunca uno propio.

Once

Ningún caballero inglés en su sano juicio hubiera ido a Boston, particularmente en 1630. Para embarcarse en un largo viaje por mar hacia un mundo salvaje y hostil, hacía falta más que valor y fortaleza; hacía falta desesperación y fanatismo. Y lo peor es que requería romper de modo irreconciliable con la sociedad inglesa.

Afortunadamente, la historia juzga a los hombres según sus acciones, y no según sus motivos. Es por esta razón que los bostonianos pueden pensar en sus antecesores como el pueblo que propuso la democracia y la libertad sin avergonzarse; los consideran héroes revolucionarios, artistas liberales y escritores. Es la ciudad de Adams y Revere; es la ciudad que todavía cobija la Vieja Iglesia del Norte y Bunker Hill.

Pero Boston tiene también otra cara, una cara más oscura; una cara que se esconde entre los cepos, las prisiones, los malolientes excrementos y los cazadores de brujas. Es casi imposible encontrar un hombre vivo que sepa lo que significan estos instrumentos de tortura: evidencias de obsesión, neurosis y crueldad perversa. Existen pruebas de la existencia de una sociedad sitiada por

el miedo al pecado, a la condenación, al fuego eterno, a la enfermedad y a los indios. Una sociedad recelosa, aterrorizada y tensa. En breves palabras, una sociedad de fanáticos reaccionarios religiosos.

Hay también un factor geográfico, ya que el lugar donde se asienta Boston fue un pantano en el pasado. Algunos opinan que ésta es la razón de que el clima sea tan húmedo y el tiempo tan malo siempre; otros dicen que eso no tiene importancia.

Los bostonianos tienden a pasar por alto gran parte de su pasado. Como un muchacho salido de los barrios bajos que ha progresado, la ciudad se desentiende de sus orígenes e intenta esconderlos. Como una colonia constituida por gente común, ha establecido una aristocracia sin títulos para rivalizar con la más antigua y rígida Europa. Como una ciudad religiosa, ha desarrollado una comunidad científica sin rival en el Este. Es también marcadamente narcisista, un rasgo que comparte con otra ciudad de origen muy dudoso, San Francisco.

Desgraciadamente para ambas ciudades, nunca pueden escapar de su pasado. San Francisco no puede sacudirse el espíritu cruel y febril de la búsqueda del oro para convertirse en una ciudad señorial del Oeste. Y Boston, a pesar de que lo intente con todas sus fuerzas, no puede eludir el puritanismo y volverse inglesa otra vez.

Todos estamos atados al pasado, tanto individual como colectivamente. El pasado muestra sus estructuras en nuestra manera de andar, de sentarnos, de comer, de vestir... y de pensar.

Todo esto me vino a la memoria mientras me dirigía a ver a William Harvey Shattuck Randall, estudiante de medicina.

Cualquier persona que se llame William Harvey,²³ para no hablar de William Shattuck, debe sentirse como un necio. Es como llamarse Napoleón o Cary Grant; es colocar una carga demasiado pesada para un niño; es un desafío exagerado. Hay muchas cosas en la vida difíciles de soportar, pero nada es tan difícil como un nombre.

George Gall²⁴ es un ejemplo perfecto de eso. Después de pasar por la escuela de medicina, donde sufrió innumerables bromas y burlas, llegó a ser un cirujano especializado en enfermedades del hígado y de la vesícula biliar. Era lo peor que podía hacer con un nombre como el suyo, pero él se dedicó a ello con una extraña y serena certeza, como si fuera algo para lo que estuviera predestinado. Quizá fuera así en algún sentido. Algunos años más tarde, cuando las bromas empezaron a cansarle quiso cambiarse el nombre, pero esto era ya imposible.²⁵

Dudo de que William Harvey Shattuck Randall quisiera alguna vez cambiarse el nombre. Aunque era molesto, a la vez era una ventaja, particularmente si se quedaba en Boston; además, parecía soportarlo bien. Era fuerte, rubio, de rostro sincero y apariencia agradable. Su aspecto era el del típico norteamericano bonachón.

²³ Médico de la corte inglesa que en 1628 descubrió que la sangre corría por un circuito cerrado.

²⁴ Gall significa «bilis» o «hiel» en inglés. (N. de la T.)

²⁵ Un médico no puede cambiarse el nombre después de recibir el título de doctor en medicina sin invalidarlo. Ésta es la causa de que al finalizar la carrera en las escuelas de medicina haya siempre un gran ajeteo entre los médicos que quieren cambiar sus nombres antes de recibir el título.

William Harvey Shattuck Randall vivía en el primer piso de Sheraton Hall, la residencia de la escuela de medicina. Como la mayoría de las habitaciones de la residencia, la suya era para una sola persona, aunque mucho más espaciosa que las demás. Y, ciertamente, mucho más espaciosa que el nido de la cuarta planta que había ocupado yo cuando era estudiante. Las habitaciones de los pisos superiores eran más baratas.

Habían cambiado el color de la pintura de mis tiempos. Entonces era de un gris de huevo de dinosaurio; ahora era de un verde vomitivo. Pero era el mismo viejo edificio, los mismos pasillos helados, las mismas escaleras sucias, el mismo olor rancio a calcetines sudados, a libros de texto y a hexaclorofeno.

Randall había decorado su habitación con gusto en un estilo antiguo; los muebles parecían sacados de Versalles. Había una especie de resplandor decadente y nostálgico, con sus terciopelos rojos y los muebles con incrustaciones doradas.

Randall retrocedió al abrir la puerta.

—Entre — dijo.

No me preguntó quién era yo. Con una ojeada había tenido suficiente para oler a médico. Es fácil reconocer a un médico cuando se ha estado largo tiempo entre ellos.

Entré en la habitación y me senté.

—¿Se trata de Karen? — Parecía más preocupado que triste, como si acabara de dejar algo importante, o estuviera a punto de dejarlo.

—Sí — dije —; sé que no es un buen momento... — No. Adelante.

Encendí un cigarrillo y tiré la cerilla en un cenicero veneciano, de cristal y oro. Era feo, pero caro.

—Quería hablarle de ella. — Bien.

Estuve esperando a que me preguntara quién era yo, pero él no parecía dar importancia a eso. Se sentó en un sillón ante mí, cruzó las piernas y dijo:

—¿Qué quiere saber?

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

—El sábado. Llegó de Northampton en autobús y yo la recogí en la terminal, después de comer. Tenía un par de horas libres. Y la llevé a casa.

—¿Qué aspecto tenía?

Él se encogió de hombros.

—Bueno. No le pasaba nada; parecía muy feliz. Habló de Smith y su compañera de habitación. Parece ser que tenía una compañera de habitación muy loca. Y habló de trapitos y cosas semejantes.

—¿Estaba deprimida? ¿Nerviosa?

—No. En absoluto. Actuaba como siempre. Quizá estaba algo excitada por volver a casa después de haber estado fuera. Creo que estaba algo preocupada por Smith. Mis padres la trataban como a una niña y ella creía que no le tenían confianza ni la creían capaz de salir adelante. Era algo... desafiante, creo que diría usted.

—¿Desde cuándo no la había visto? — No lo recuerdo. Desde agosto, creo. — Así pues, esto era un reencuentro.

—Sí — dijo—. Siempre me alegraba de verla; era muy divertida y vivaz, y le gustaba imitar los gestos. Cuando imitaba a algún profesor o algún amigo, era para morirse de risa. De hecho, fue de esta manera como consiguió el coche.

—¿El coche?

—El sábado por la noche — dijo él —. Estábamos todos cenando. Karen, yo, Ev, y tío Peter.

—¿Ev?

—Mi madrastra — dijo —. Siempre la llamamos Ev.

—Así pues, eran cinco.

—No, cuatro.

—¿Y su padre?

—Estaba ocupado en el hospital.

Lo dijo sin darle importancia, y yo no hice comentario alguno.

—Bien — dijo William—, Karen quería un coche para el fin de semana, y Ev rehusó, diciendo que no quería que se pasara fuera toda la noche. Así pues, Karen se dirigió a tío Peter, que es mucho más fácil de conmover, y le pidió que le prestara su coche. Al principio, él no estaba dispuesto a prestárselo, y ella lo amenazó con hacer una imitación de él, y entonces consiguió el coche inmediatamente.

—¿Cómo se marchó Peter?

—Yo le dejé en su casa aquella noche, al volver aquí.

—Así pues, usted pasó varias horas con Karen el sábado.

—Sí. Desde la una de la tarde hasta las nueve o las diez de la noche.

—¿Entonces se marchó usted con su tío? — Sí.

—¿Y Karen?

—Se quedó con Ev.

—¿Salió aquella noche?

—Supongo que sí. Era por eso que quería el coche.

—¿Dijo dónde pensaba ir?

—A Harvard. Tenía algunos amigos en la universidad.

—¿La vio usted el domingo? — No. Sólo el sábado.

—Dígame, ¿mientras estuvo usted con ella, no le pareció distinta en ningún aspecto?

Él movió la cabeza.

—No. Como siempre. Desde luego había engordado un poco, pero creo que eso es algo normal cuando las muchachas van a la universidad. Durante el verano hacía mucho ejercicio, jugaba al tenis y nadaba. Cuando entró en la escuela dejó todo eso, y engordó algunos kilos. — Sonrió lentamente—. Nos burlamos de ella por eso. Se quejaba de la mala comida y nos burlamos, porque a pesar de todo comía tanto que había engordado.

—¿Había tenido siempre problemas de peso?

—¿Karen? No. Siempre había sido una muchacha muy delgada y, de pronto, había engordado; era como una oruga que se hubiera transformado en capullo.

—Así pues, ¿ésta era la primera vez que había estado algo gorda?

Se encogió de hombros.

—No sé. A decir verdad, nunca presté demasiada atención a eso.

—¿Notó alguna cosa más?

—No, nada más.

Eché una ojeada a la habitación. Sobre su mesa, al lado de dos ejemplares del libro *Anatomía patológica y quirúrgica*, de Robbins, había una fotografía de los dos. Ambos tenían un aspecto moreno y saludable.

Vio que miraba la fotografía y dijo:

—Es de la primavera pasada en las Bahamas. Fue la única vez que conseguimos tener una semana de vacaciones toda la familia. Lo pasamos muy bien.

Me levanté para mirarla de más cerca. Era una buena fotografía. Su piel, muy quemada por el sol, contrastaba agradablemente con sus ojos azules y sus cabellos rubios.

—Ya sé que es una pregunta muy rara — dije —, pero ¿su hermana siempre tuvo algo de vello moreno sobre sus labios y en los brazos?

—Es curioso — dijo lentamente —. Ahora que usted lo dice, el sábado lo comentamos un poco; Peter le dijo que haría mejor en depilarse o quitárselo con cera. Ella se enfureció durante un par de minutos, pero después se echó a reír.

—Así pues, ¿era algo nuevo?

—Eso creo. Quizá siempre lo había tenido, pero yo no me había dado cuenta hasta entonces.

—¿Por qué?

—No sé.

Se levantó y se acercó a la fotografía.

—Nadie hubiera pensado jamás que fuera del tipo de muchachas que abortan — dijo—. Era una chica estupenda, feliz, divertida y llena de energía. Tenía un corazón de oro. Sé que parecerá estúpido, pero era así. Era una especie de mascota para toda la familia, por ser la más joven. Todo el mundo la quería.

—¿Dónde estuvo ella el verano pasado? — dije.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Bien, no lo sé con exactitud. Teóricamente, Karen estuvo en Cape trabajando en una galería de arte en Provincetown. — Hizo una pausa—. Pero no creo que estuviera allí mucho tiempo. Creo que pasó la mayor parte del tiempo en Hill. Allí tenía algunos amigos muy curiosos; le gustaba coleccionar tipos raros.

—¿Tipos... femeninos o masculinos?

—Ambos sexos. — Se encogió de hombros —. Pero no sé nada seguro. Sólo me lo mencionó un par de veces, y de un modo casual. Siempre que intentaba hablarle de ello, se echaba a reír a carcajadas y cambiaba de tema. Era muy lista y sólo hablaba de una cosa cuando quería; de lo contrario, sabía esquivar muy bien el bulto.

—¿Mencionó algún nombre?

—Probablemente, pero no lo recuerdo. Generalmente le volvía a uno loco con los nombres, hablando de personas y más personas, como si diera por seguro que las conocía uno íntimamente. Decía sólo los nombres de pila. Y si se le recordaba que nunca había oído uno hablar de Herbie, o de Su—su o de Allie, todavía era peor. — Se rió —. Recuerdo una vez que hizo una imitación de una muchacha que cuando hablaba salpicaba a todos los que estaban alrededor.

—¿Pero no puede recordar ningún nombre? Él meneó la cabeza:

—Lo siento.

Me levanté para marcharme.

—Bien — dije —, debe de estar muy cansado. ¿Dónde está usted ahora?

—En cirugía. Acabo de terminar las prácticas de obstetricia y ginecología.

—¿Le gusta?

—No está mal — dijo simplemente.

—¿Dónde hizo usted obstetricia? — pregunté cuando me marchaba.

—En el BLI. — Me miró durante un momento y frunció el ceño—. Y, para responder a su pregunta, le diré que asistí a varios, y sé cómo se hace. Pero el domingo por la noche estuve de guardia en el hospital. Toda la noche.

—Gracias por su atención — dije. — No hay de qué — respondió.

Cuando abandonaba el dormitorio, vi a un hombre alto y esbelto, con la cabeza plateada, que caminaba en mi dirección. Desde luego lo reconocí, a pesar de la distancia.

Al menos, J. D. Randall tenía distinción.

Doce

El sol se estaba poniendo; y la luz tornábase dorada. Encendí un cigarrillo y me dirigí hacia Randall. Sus ojos se abrieron ligeramente al verme, y después sonrió:

—Doctor Berry.

Me tendió la mano muy amistosamente. La estreché: seca, limpia, recién restregada durante diez minutos desde cinco centímetros por encima del codo. Unas manos de cirujano.

—¿Qué tal, doctor Randall?

—¿Quería usted verme? Fruncí el ceño.

—Mi secretaria me dijo que había pasado usted por mi oficina. Se trata de la ficha.

—Ah, sí — dije —, la ficha.

Sonrió bondadosamente. Me pasaba la mitad de la cabeza.

—Creo que sería mejor que dejáramos sentadas algunas cosas.

—Está bien. — Venga conmigo.

No tenía intención de darme órdenes, pero lo pareció. Me acordé de que los cirujanos son los últimos autócratas que quedan en la sociedad, la última clase de hombres que tienen totalmente el control de una situación: los cirujanos asumen la responsabilidad del bienestar del paciente, del personal y de todo lo demás.

Volvimos al patio reservado para el aparcamiento. Tenía la sensación de que había venido especialmente para verme. No podía imaginarme cómo se había enterado de que estaba allí, y no obstante, estaba convencido de que mi sensación era cierta. Al andar balanceaba los brazos como si estuvieran muertos. No sé por qué me fijé en ellos; recordé la ley de los neurólogos sobre el balanceo de los brazos.²⁶ Vi que sus manos eran grandes, desproporcionadas para el resto del cuerpo; manazas gruesas, velludas y enrojecidas. Las uñas cortadas a la medida de un milímetro para la práctica de la cirugía. Llevaba el pelo muy corto, y tenía los ojos grises, fríos y con expresión indiferente.

—En pocas horas, son muchas las personas que le han mencionado a usted en mi presencia — dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

²⁶ Un hombre paralítico balanceará menos un brazo paralizado que uno que no lo esté.

Nos metimos en el aparcamiento. Su coche era un Porsche plateado. Se detuvo a su lado y, de una manera descuidada, se reclinó contra el brillante guardabarros. Hubo algo en su gesto que era como una indicación de que no se me invitaba a hacer lo mismo. Me miró un momento en silencio, con los ojos semicerrados, y después dijo:

—Hablan muy bien de usted.

—Eso me alegra.

—Un hombre de juicio y de gran sentido común. Me encogí de hombros. Me sonrió nuevamente y dijo:

—Un día muy atareado, ¿eh? — Más que otros, sí.

—Está usted en el Lincoln, ¿no? — Sí.

—Y le tienen en gran estima allí.

—Intento hacer bien mi trabajo.

—Me han dicho que su trabajo es excelente.

—Gracias. — Sus palabras me desconcertaron; no veía adonde quería ir a parar. No tuve que esperar mucho para saberlo.

—¿Ha pensado usted alguna vez en cambiar de hospital?

—¿Qué quiere decir?

—Puede haber otras... posibilidades. Oportunidades.

—¿Ah, sí?

—Ciertamente.

—Estoy bastante satisfecho donde estoy.

—Por el momento — dijo.

—Sí, por el momento.

—¿Conoce usted a William Sewall?

William Sewall era el jefe de patología del Mem. Tenía sesenta y un años y se retiraría pronto. Me sentí decepcionado. Lo último que hubiera esperado de J. D. Randall, lo tenía ante mis narices.

—Sí, conozco a Sewall — dije —. Pero muy poco.

—Se retirará pronto...

—Timothy Stone es el segundo hombre del equipo, y es excelente.

—Quizá — dijo Randall; miró con insistencia hacia el cielo —. Quizá, pero a muchos no nos gusta su trabajo.

—No me lo imaginaba.

—Todo el mundo lo sabe — dijo, sonriendo levemente.

—¿Y esos muchos estarían contentos conmigo?

—Muchos de nosotros — dijo Randall cuidadosamente— ; estamos buscando a otro hombre. Quizá alguien de fuera, para aportar nuevos puntos de vista al hospital. Que cambie algo las cosas; que las remueva.

—¿Ah, sí?

—Ése es nuestro deseo — dijo Randall. — Timothy Stone es un buen amigo — repuse. — No veo que eso tenga ninguna importancia.

—Lo importante — dije— es que no quiero hacerle ninguna mala pasada.

—Nunca he dicho que se fuera a hacer.

—¿De veras? — No.

—Entonces quizá no le he entendido bien — dije. — Quizá — dijo, prodigándome su agradable sonrisa.

—¿Por qué no se explica usted?

Se rascó la nuca pensativamente. Me di cuenta de que estaba a punto de cambiar de táctica, de intentar otro acercamiento. Frunció el ceño.

—Yo no soy patólogo, doctor Berry — dijo—, pero tengo algunos amigos que lo son.

—Apuesto a que Tim Stone no se cuenta entre ellos.

—A veces creo que los patólogos trabajan mucho más duro que los cirujanos; más que nadie. Ser patólogo parece exigir todos los momentos del día. — A veces es así — dije.

—Estoy asombrado de que tenga tanto tiempo libre — dijo.

—Bueno, ya sabe lo que ocurre a veces — repuse. Estaba empezando a sentirme molesto. Primero el soborno, después la amenaza. O comprarme o asustarme. Pero al mismo tiempo que mi enojo, crecía mi curiosidad: Randall no era un necio, y sabía que no me hablaría de este modo a no ser que tuviera miedo de algo. Incluso llegué a preguntarme por un momento si habría hecho el aborto él mismo. Después, él preguntó:

—¿Tiene usted familia? — Sí.

—¿Siempre ha estado en Boston?

—Puedo marcharme siempre que quiera — dije—, si encuentro las pruebas patológicas demasiado desagradables.

Lo encajó muy bien. No se movió, no cambió su postura en el guardabarros del coche. Solamente me miró con sus grandes ojos grises y dijo:

—Ya comprendo.

—Quizá sería mejor que fuera al grano y me dijera usted lo que tiene en la cabeza.

—Es bastante sencillo. Me hago cargo de sus motivos. Puedo comprender los lazos de la amistad, e incluso comprendo cómo puede cegarle el afecto personal. Admiro su lealtad hacia el doctor Lee, aunque la admiraría más si escogiera usted unas razones menos reprensibles. Sin embargo, sus actos parecen ir más lejos de la simple lealtad. ¿Cuáles son sus motivos, doctor Berry?

—Curiosidad, doctor Randall. Pura curiosidad. Quiero saber por qué todo el mundo intenta cargarse a un tío inocente. Quiero saber por qué una profesión dedicada al examen objetivo de los hechos ha sido elegida para ser desviada según los propios intereses.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pitillera. La abrió y sacó de ella un delgado cigarro, pellizcó el extremo y lo encendió.

—Vamos a asegurarnos — dijo — de que sabemos de qué hablamos. El doctor Lee es un abortista. ¿Correcto?

—Usted habla — dije —. Yo escucho.

—El aborto es ilegal. Además, como todos los procedimientos quirúrgicos, entraña un gran riesgo para el paciente... aun cuando sea practicado por una persona competente, y no por un borracho...

—¿Extranjero? — sugerí. Sonrió.

—El doctor Lee — dijo — es un abortista, que opera ilegalmente, y de hábitos muy dudosos. Como médico, su ética es muy discutible. Como ciudadano del estado, sus actos son condenables por cualquier tribunal. Esto es lo que tengo en la mollera, doctor Berry. Quiero saber por qué está usted husmeando en todas partes, molestando a miembros de mi familia...

—No creo que ésa sea la palabra adecuada.

—... convirtiéndose en un estorbo a causa de todo eso, cuando tiene mejores cosas que hacer, cosas por las que el Hospital Lincoln le paga un sueldo. Como cualquier otro médico, usted tiene sus deberes y sus responsabilidades. Usted no está cumpliendo con esos deberes. En lugar de ello se está metiendo en un asunto familiar, causando problemas, e intentando echar una cortina de humo sobre un individuo reprensible, un hombre que ha violado todos los códigos de la medicina, un hombre que ha elegido el vivir más allá de los límites de la ley, burlándose de las estructuras de la sociedad en la cual vive...

—Doctor — dije —, mirándolo como un asunto puramente familiar: ¿qué habría hecho si su hija hubiera acudido a usted diciéndole que estaba embarazada? ¿Qué habría ocurrido si hubiera ido a consultar con usted en lugar de dirigirse directamente a un abortista? ¿Qué hubiera hecho usted?

—No tiene sentido hacer inútiles conjeturas — dijo.

—Seguro que tiene una respuesta para eso.

Su rostro se iba volviendo escarlata. Las venas del cuello se le hincharon por encima del cuello almidonado. Apretó los labios y dijo:

—¿Es ésta su intención? ¿Atacar a mi familia con la insensata esperanza de ayudar a su amigo?

Me encogí de hombros.

—Eso me parece una cuestión legítima — dije—, y hay muchas posibilidades — adelanté una mano contando con los dedos— : Tokio, Suiza, Los Angeles, San Juan. O quizá tenga usted un buen amigo en Nueva York o Washington. Eso sería mucho más conveniente. Y más barato.

Giró sobre los talones y abrió la puerta de su coche.

—Piense usted en ello — dije —. Piense lo que ha hecho usted por el buen nombre de su familia.

Puso el motor en marcha y me miró fijamente.

—Mientras pueda — dije—, piense usted en por qué ella no acudió a usted en busca de ayuda.

—Mi hija — dijo con la voz temblorosa de ira—, mi hija era una muchacha maravillosa. Dulce y hermosa. No abrigaba en su cabeza ni un pensamiento sucio o malicioso. ¿Cómo se atreve usted a...?

—Si era tan dulce y tan pura — dije —, ¿cómo quedó embarazada?

Cerró de un golpe la puerta del coche, lo puso en marcha y salió de estampida sin poder contener su enojo.

Trece

Cuando volví a casa, la encontré oscura y vacía. Una nota que había en la cocina me indicó que Judith estaba todavía en casa de los Lee con los niños. Di un vistazo a la cocina y miré en la nevera; tenía hambre, pero estaba inquieto, y no me apetecía sentarme a tomar un bocadillo. Finalmente opté por un vaso de leche y unos restos de comida, pero el silencio de la casa me deprimía. Terminé y me dirigí a casa de los Lee; viven sólo a una manzana de distancia.

Desde fuera, la casa de los Lee es de ladrillo, pesada, al estilo de Nueva Inglaterra, y vieja, como todas las demás casas de la calle. No tiene nada que la distinga de las demás. Siempre me extrañó que Art tuviera aquella casa; parecía no cuadrar con su personalidad.

En el interior, el ambiente era torvo. En la cocina, Betty estaba sentada con una rígida sonrisa en el rostro mientras daba de comer al bebé de un año; parecía cansada y apesadumbrada; normalmente siempre iba pulcramente vestida y nunca demostraba cansancio. Judith estaba con ella, y Jane, nuestra niña pequeña, se le colgaba de la falda. Hacía sólo unas semanas que había aprendido a mantenerse así.

Se oía el ruido que hacían los muchachos en la salita, jugando a ladrones y policías con escopetas y pistolas. A cada disparo, Betti se estremecía.

—Ojalá terminaran de jugar — dijo —, pero no tengo corazón para...

Fui a la salita. Todos los muebles estaban revueltos. Desde detrás de una silla, Johnny, nuestro hijo de cuatro años, me vio, me saludó y después disparó su pistola. Al otro lado de la habitación, los dos muchachos de Lee se escondían detrás de un diván. El aire estaba enrarecido por algo de humo, y el suelo estaba lleno de cápsulas de papel.

Johnny disparó y después gritó:

—¡Te di!

—No — dijo Andy Lee, que tenía seis años.

—Sí, te di. Y a ti también; estáis muertos.

—No estoy muerto — dijo Andy y agitó su pistola. Había terminado los detonadores y hacía sólo un débil chasquido. Se acercó a Henry Lee y le dijo — : Cúbreme mientras voy a cargar de nuevo.

—Está bien, amigo.

Andy volvió a cargar, pero sus dedos eran lentos, y se impacientó. A mitad se paró, apuntó con su pistola y gritó:

—¡Bang! ¡Bang! — Y después continuó.

—Eso no vale — dijo Johnny, desde detrás de su silla—. Tú estás muerto.

—Tú también — dijo Henry—. Acabo de alcanzarte.

—¿Ah, sí? — dijo Johnny, y disparó tres cápsulas más —. Sólo me has rozado.

—¿Ah, sí? — dijo Henry—. Toma esto.

El tiroteo continuó. Volví a la cocina, donde Judith estaba con Betty, quien dijo: — ¿Cómo están? Sonreí:

—Discutiendo sobre quién mató a quién.

—¿Qué has averiguado hoy?

—Todo irá bien — dije — ; no te preocupes. Ella me sonrió débilmente con una mueca. La sonrisa de Art. — Sí, doctor.

—Lo digo en serio.

—Espero que estés en lo cierto — repuso, poniendo una cucharada de compota de manzana en la boca del bebé, que se derramó por su barbilla; Betty la recogió y probó nuevamente.

—Tenemos malas noticias — dijo Judith.

—¿Ah, sí?

—Llamó Bradford. El abogado de Art. No se hará cargo del caso.

—¿Bradford?

—Sí — dijo Betty—. Llamó hace una hora, más o menos.

—¿Qué dijo?

—Nada. Sólo que no podía llevar el caso en este momento.

Encendí un cigarrillo e intenté mantenerme tranquilo.

—Será mejor que lo llame — dije. Judith miró su reloj:

—Son las cinco y media. Probablemente ya no estará...

—Lo intentaré de todas maneras — dije. Fui al estudio de Art. Judith me siguió. Cerré la puerta, para no oír el ruido de los disparos. Judith dijo:

—¿Qué es lo que está sucediendo en realidad? Meneé la cabeza. — ¿Va mal?

—Es demasiado pronto para decirlo — contesté. Me senté detrás del escritorio de Art y llamé a Bradford.

—¿Tienes hambre? ¿Has comido algo?

—Pasé por casa a tomar alguna cosa — dije —. Cuando venía hacia aquí.

—Pareces cansado.

—Estoy bien — le aseguré. Ella se inclinó por encima de la mesa y la besé en la mejilla.

—Por cierto — dijo ella —, ha estado llamando Fritz Werner. Quiere hablar contigo.

«Debía haberlo esperado — pensé —. Siempre hay que contar con que Fritz se entere de todo. Aun así, puede saber algo importante; puede ser muy útil.»

—Le llamaré más tarde.

—Y antes de que se me olvide — dijo—, mañana es la fiesta.

—No quiero ir.

—Tenemos que ir. Se trata de George Morris.

Lo había olvidado.

—Está bien. ¿A qué hora?

—A las seis. Podemos marcharnos temprano.

—Está bien — dije.

Regresó a la cocina cuando la secretaria contestó al teléfono y dijo:

—Bradford, Wilson y Sturges.

—El señor Bradford, por favor.

—Lo siento — dijo la secretaria—, el señor Bradford estará fuera todo el día.

—¿Cómo podría hablar con él?

—El señor Bradford estará mañana en su oficina a las nueve de la mañana.

—No puedo esperar tanto.

—Lo siento, señor.

—No lo sienta — dije —, e intente encontrarle. Soy el doctor Berry. — No sabía si mi nombre podría decirle algo, pero pensé que quizá sí.

Su tono cambió inmediatamente:

—No cuelgue, por favor, doctor.

Hubo una pausa de varios segundos mientras esperaba oyendo el zumbido de la comunicación. El silencio del teléfono en comunicación es el equivalente tecnológico del purgatorio. Eso es lo que Art decía siempre. Odia el teléfono y no lo utiliza nunca a menos que se vea obligado a ello.

La secretaria volvió a hablar:

—El señor Bradford estaba a punto de marcharse, pero hablará con usted.

—Gracias.

Se oyó un clic mecánico. — George Bradford al habla.

—Señor Bradford, soy el doctor Berry.

—Sí, doctor Berry. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con usted sobre Art Lee. — Doctor Berry, precisamente estaba a punto de marcharme...

—Su secretaria ya me lo dijo. Quizá nos podríamos encontrar en alguna parte.

Vaciló y suspiró al otro lado del teléfono. Se oía un siseo como el de una serpiente impaciente:

—No servirá de nada. Me temo que mi decisión es bastante firme. El asunto está fuera de mi alcance.

—Sólo unos momentos. Hubo nuevamente una pausa.

—Está bien. Me reuniré con usted en mi club, dentro de veinte minutos. El Club Trafalgar. Hasta entonces.

Colgué. El muy cabrón: su club estaba al otro lado de la ciudad. Tendría que darme mucha prisa para llegar a tiempo. Me arreglé la corbata y corrí hacia el coche.

El Club Trafalgar se encuentra en una casa pequeña y vieja en la calle Beacon, debajo mismo del Hill. A diferencia de los clubs profesionales de las grandes ciudades, el Trafalgar es tan tranquilo que son muy pocos los bostonianos que conocen su existencia.

No había estado nunca allí con anterioridad, pero no me hubiera costado mucho adivinar su decoración. Las habitaciones estaban forradas de caoba; los techos eran altos y polvorientos; las sillas, pesadas y tapizadas de cuero mate, eran cálidas y cómodas, las alfombras eran orientales. El ambiente era el puro reflejo de sus miembros: rígidos, mayores y masculinos. Cuando me quité el

abrigo, vi un cartelito que indicaba escuetamente: «Sólo podrán recibirse invitados del sexo femenino los jueves de 4 a 5.30 de la tarde.» Bradford salió a recibirme en el vestíbulo.

Era un hombre grueso y bajito, vestido ímpecablemente. Su traje negro rayado no mostraba una arruga después de todo un día de trabajo, sus zapatos estaban brillantes, y los puños le salían correctamente por debajo de las mangas de su americana. Llevaba un reloj de bolsillo con cadena de plata, y su llave Pi Beta Kapa contrastaba agradablemente con la tela oscura de su chaleco. No tuve que pensar mucho para saber que vivía en algún lugar parecido a Beverly Farms, que había asistido a la Universidad de Harvard y a la Escuela de Leyes de Harvard, que su esposa había ido a Vassar y que aún llevaba faldas de pliegues, jerséis de cachemira y perlas, y que sus hijos iban al Groton y al Concord.

Bradford lo revelaba todo, con gran sencillez y seguridad en sí mismo.

—Me siento dispuesto a tomar un trago — dijo, al estrecharme la mano —. ¿Y usted?

—Bien.

El bar estaba en el segundo piso, una gran sala con ventanas altas que daban a la calle Beacon y al Commons. Era una habitación suavemente iluminada, que olía algo a humo de cigarro. Los hombres hablaban en voz baja y estaban reunidos en pequeños grupos. El barman sabía lo que tomaba todo el mundo sin necesidad de preguntar; todo el mundo menos yo, claro. Nos sentamos en dos cómodos sillones al lado de una ventana y pedí vodka Gibson. Bradford hizo solamente un gesto de asentimiento al camarero. Mientras esperábamos que nos sirvieran las bebidas, dijo:

—Estoy seguro de que debe de sentirse desilusionado por mi decisión, pero, con franqueza...

—Yo no estoy desilusionado — dije —, porque no me encuentro metido en ningún lío.

Bradford sacó el reloj de su bolsillo y lo miró; después lo guardó otra vez.

—Nadie está metido en ningún lío en estos momentos — dijo secamente.

—No estoy de acuerdo con usted. Creo que son muchas las personas que se encuentran en esta situación.

Hizo tamborilear los dedos sobre la mesa con irritación y frunció el ceño, mirando al barman al otro lado de la sala. Los psiquiatras llaman a eso inadaptación.

—¿Y bien? ¿Qué quiere decir con eso?

—Todo el mundo en esta ciudad se está sacudiendo de encima a Art Lee como si tuviera la peste bubónica.

—¿Y sospecha usted alguna oscura conspiración? — No — contesté — ; sólo que me siento sorprendido. — Tengo un amigo — dijo Bradford — que asegura que todos los médicos son esencialmente ingenuos. No me parece usted tan ingenuo.

—¿Es un cumplido?

—Es una observación. — Comprendo — dije.

—Bien, aquí no hay ninguna conspiración ni ningún misterio. En mi caso, usted debe comprender que yo tengo muchos clientes, de entre los cuales el señor Lee es uno más.

—El doctor Lee.

—Cierto, doctor Lee. Es solamente uno de mis clientes, y tengo obligaciones con todos ellos, las cuales intento cumplir lo mejor que puedo. Lo que ocurre es que hablé con el comisario del distrito esta tarde, para saber cuándo se vería la causa del doctor Lee. Parece ser que el caso del doctor Lee coincide con otro que había aceptado con anterioridad. No puedo estar ante dos jueces al mismo tiempo. Ya le expliqué eso al doctor Lee.

Llegaron las bebidas. Bradford levantó su vaso.

—Salud. — Salud.

Bebió un trago y se quedó mirando el vaso. — Bien, ya le expliqué mi posición, y el doctor Lee la aceptó. Le dije, también, que mi firma haría todo lo posible para que tuviera un buen abogado. Tenemos cuatro asociados muy jóvenes, y es muy probable que alguno de ellos...

—¿Pero no es seguro? Se encogió de hombros.

—No hay nada seguro en este mundo. Bebí un trago. La bebida era mala: casi todo vermut y sólo unas gotas de vodka.

—¿Es usted un buen amigo de los Randall? — le pregunté.

—Sí, los conozco.

—¿Tiene eso algo que ver con su decisión?

—Ciertamente que no — dijo secamente—. Un abogado aprende muy pronto a separar los clientes de los amigos. Se hace necesario en muchas ocasiones.

—Especialmente en una ciudad pequeña. Sonrió y volvió a sorber su bebida.

—Aparte de eso, doctor Berry — continuó—, debe usted saber que estoy completamente de acuerdo con el doctor Lee. Ambos reconocemos que el aborto es un hecho. Sucede continuamente. Las últimas estadísticas decían que hay un millón anual en los Estados Unidos; es algo muy común. Hablando de una manera práctica, es necesario. Nuestras leyes con relación al aborto son confusas, mal definidas y absurdamente rígidas. Pero debo recordarle a usted que los médicos son mucho más rígidos que la misma ley. Los abortos que se realizan en los hospitales se hacen con extremadas precauciones. Los médicos, normalmente, rehúsan llevar a cabo abortos, incluso bajo circunstancias en que la ley nunca intervendría. En mi opinión, antes de cambiar las leyes sobre el aborto, deben ustedes cambiar el clima prevaleciente en la opinión médica.

No dije nada. El acto de escurrir el bulto es un momento ceremonioso que merece ser observado en silencio. Bradford me miró y dijo:

—¿No está usted de acuerdo?

—Desde luego — dije —. Pero no me parece una defensa muy interesante para un acusado.

—No lo estaba proponiendo como defensa.

—Entonces quizá le entendí mal.

—No me sorprendería — repuso secamente.

—A mí tampoco, porque lo que ha dicho no tiene sentido. Siempre pensé que los abogados atacaban directamente el problema en lugar de dar vueltas y más vueltas a su alrededor.

—Estoy intentando aclarar mi posición.

—Su posición ya es bastante clara — dije — ; a mí quien me preocupa es el doctor Lee.

—Muy bien. Hablemos del doctor Lee: ha sido acusado bajo una ley de Massachusetts de hace setenta y ocho años, que considera el aborto punible con multas y hasta cinco años de prisión. Si el aborto tiene como resultado una muerte, la sentencia puede elevarse de siete hasta veinte años.

—¿Es asesinato u homicidio de segundo grado? — Técnicamente, ni una cosa ni otra. En términos de...

—Entonces ¿puede conseguirse la libertad bajo fianza?

—Podría ser. Pero no en este caso, porque la acusación alcanza el cargo de asesinato, comprendido en una ley que dice que cualquier muerte resultante de un crimen es asesinato.

—Ya veo.

—Y en este caso concreto, el fiscal podrá hacer evidente (bien evidente, estoy seguro) que el doctor Lee es un abortista. Demostrará que la muchacha, Karen Randall, visitó previamente al doctor Lee y que él, inexplicablemente, no le abrió ninguna ficha. Demostrará que no puede dar cuenta de algunas horas cruciales del domingo por la noche. Y presentará el testimonio de la señora Randall, a quien la muchacha le dijo que había sido el doctor Lee. En fin, será un problema de testigos. Lee, un abortista probado, dirá que no lo hizo; la señora Randall dirá que lo hizo. Si fuera usted el jurado, ¿a quién creería?

—No hay ninguna prueba de que el doctor Lee haya practicado un aborto a la muchacha. La evidencia es completamente circunstancial.

—El proceso será visto en Boston.

—¿Por qué no lo hacen en alguna otra parte, entonces? — dije.

—¿Basándonos en qué? ¿En que el clima moral es desfavorable aquí?

—Usted está hablando en términos técnicos. Yo estoy hablando de salvar a un hombre.

—En esos términos técnicos es donde reside la fuerza de la ley.

—Y la debilidad.

Me dirigió una mirada escrutadora.

—La única forma de «salvar» al doctor Lee, como usted dice, es demostrar que no hizo la operación. Esto significaría que debe averiguarse quién lo hizo. Creo que las posibilidades de conseguirlo son muy pocas.

—¿Por qué?

—Porque, cuando hablé con el doctor Lee esta mañana, vi claro que estaba mintiendo. Creo que fue él quien lo hizo, doctor Berry; él fue quien la mató.

Catorce

Cuando volví a casa, me encontré con que Judith y los muchachos estaban todavía en casa de Betty. Me preparé otra bebida — esta vez fuerte— y me senté en la salita, mortalmente cansado pero incapaz de relajarme.

Tengo muy mal genio. Lo sé e intento controlarme, pero la verdad es que soy hosco y áspero con la gente. Creo que a la mayoría de las personas no les gusto; quizá por esto me dediqué a la patología. Pensando en lo ocurrido durante todo el día me di cuenta de que había perdido los estribos con demasiada frecuencia. Era estúpido; no ganaba nada con ello y perdía mucha fuerza.

Sonó el teléfono. Era Sanderson, el jefe de los laboratorios de patología del Lincoln.

Lo primero que dijo fue:

—Te llamo desde el teléfono del hospital.

—Está bien — dije.

El teléfono del hospital tiene por lo menos seis extensiones. Por la noche cualquiera podría escucharnos.

—¿Qué tal fue el día? — preguntó Sanderson.

—Interesante — dije—. ¿Y el tuyo?

—Tuvo momentos de todo — contestó Sanderson.

Podía imaginarlo. Todo el mundo que tuviera algo contra mí habría cargado contra Sanderson. Era lo más lógico, y podían hacerlo a sus anchas. Algunas bromas: «Dime, he oído decir que te faltan brazos últimamente.» Algunas preguntas inquisitivas: «¿Es cierto que Berry se ha puesto enfermo? Oí decir que lo estaba. Pero no está internado, ¿verdad?» Después, algunas insinuaciones más sutiles de los jefes de los demás servicios: «Sanderson, ¿cómo demonios espera que mantenga a raya a mi personal si usted permite que los de patología se tomen todo el tiempo que quieren?» Y, finalmente, alguien de la administración: «Este hospital es como un barco; todo el mundo tiene su misión y debe cumplirla; no podemos llevar peso muerto a bordo.»

La intención sería, simplemente, presionar para hacerme volver al hospital, o encontrar un nuevo patólogo.

—Diles que tengo sífilis terciaria — dije— ; eso a lo mejor los deja satisfechos.

Sanderson rió.

—No hay problema — dijo —. Pero he tenido que aguantar un buen chaparrón. No sé si podré aguantarlo por mucho tiempo. — Hizo una pausa y después dijo — : ¿Cuánto tiempo crees que te hará falta?

—No lo sé — contesté —, es complicado.

—Ven a verme mañana — dijo — ; podemos hablar de ello.

—Está bien; quizá para entonces sepa algo más. En estos momentos está tan mal como el caso de Perú.

—Comprendo — dijo Sanderson — ; te veré entonces mañana.

—Bien.

Colgué, con la certeza de que me había comprendido. Había querido decirle que había algo que no tenía sentido en el caso de liaren Randall, algo que no se comprendía. Era como un caso que tuvimos hace tres meses, un caso raro llamado *agranulocitosis*, la ausencia completa de células en la sangre. Es una grave situación, porque sin glóbulos no se puede combatir ninguna infección. La mayoría de las personas lleva siempre gérmenes de alguna enfermedad en la boca o en otras partes del cuerpo — estafilococos o estreptococos, o a veces difteria y neumococos—, y si el cuerpo no tiene defensas, la infección es segura.

El paciente era norteamericano, un medico que trabajaba en el Ministerio de Salud Pública de Perú Tomaba una droga peruana para el asma, y un día empezó a encontrarse mal. Tenía escozor en la boca y fiebre, y se sentía cada vez peor. Fue a ver a un medico de Lima y le hizo un análisis de sangre. El compute de glóbulos blancos dio como resultado 600.²⁷ Al día siguiente lo repitió y había bajado a 100; al otro día era de cero. Tomó un avión hasta Boston y se internó en nuestro hospital.

Hicieron una biopsia de médula ósea, por medio de una punción esternal.²⁸ Miré la muestra por el microscopio y me quedé atónito. Tenía montones de células inmaduras de la serie de granulocitaria en la médula, y, aunque era anormal, no era muy grave. Pensé: «Diablos, aquí hay algo que no coincide.» Y fui a ver a su médico.

Este médico había hecho examinar la droga peruana que el paciente estaba tomando. Resultó que contenía una sustancia que se había retirado del mercado norteamericano en 1942, porque suprimía la formación de los glóbulos blancos. El doctor se había imaginado que eso era lo que ocurría a su paciente; se había quedado sin glóbulos blancos, y la infección se había apoderado de él. El tratamiento era simple: suprimir la droga, no hacer nada, y esperar a que su médula se recobrara.

Le dije al doctor que la médula no tenía tan mal aspecto bajo el microscopio. Fuimos a ver al paciente y lo encontramos todavía enfermo. Tenía úlcera en la boca, y una infección estafilocócica en las piernas y en la espalda. Tenía mucha fiebre, estaba en estado letárgico y contestaba con lentitud cuando se le hacía alguna pregunta.

No podíamos comprender por qué su médula tenía un aspecto tan normal, básicamente hablando, cuando él estaba tan condenadamente enfermo; estuvimos pensando en ello y rompiéndonos la cabeza durante toda la tarde. Finalmente, a eso de las cuatro, le pregunté al doctor si se había presentado alguna infección en el lugar de la biopsia, allí donde habían hecho la punción para extraer la médula, ti médico dijo que no lo sabía, no lo había comprobado. Fuimos a ver al paciente y le examinamos cuidadosamente el pecho.

²⁷ El número normal de glóbulos blancos en la sangre es de 4000— 9000 por centímetro cúbico. Aunque en una infección, este número puede doblarse o triplicarse.

²⁸ El esternón es el hueso que se encuentra en la parte central y anterior del pecho.

Sorpresa: no había punción en ninguna parte. La biopsia de médula no había sido extraída a este paciente. Una de las enfermeras o quizá uno de los residentes había confundido las tarjetas, y le había adjudicado una muestra perteneciente a un hombre sospechoso de leucemia. Inmediatamente hicimos una punción a nuestro paciente y encontramos la médula con gran escasez de glóbulos blancos.

El paciente llegó a recobrarse posteriormente, pero nunca olvidaría la confusión que me causó este caso.

En estos momentos tenía la misma sensación: algo no coincidía, algo estaba fuera de lugar. No podía encontrar lo que era, pero sospechaba que la gente haría lo posible para confundirme; era casi como si estuviéramos hablando de cosas distintas. Mi posición era bien clara: Art era inocente a menos que se demostrara lo contrario, y esto todavía no se había demostrado.

Nadie parecía preocuparse de si Art era culpable o no. Lo que para mí era de crucial importancia, parecía ser insignificante para ellos.

Ahora bien, ¿por qué?

MARTES, 11 DE OCTUBRE

Uno

Cuando desperté me pareció todo normal como un día cualquiera. Estaba exhausto, y fuera lloviznaba, y había una atmósfera fría y hostil. Me quité el pijama y tomé una ducha caliente. Mientras me afeitaba, Judith entró y me besó; después fue a la cocina a preparar el desayuno. Sonreí al espejo y me sorprendí al preguntarme qué horario quirúrgico habría ese día.

Entonces recordé: no iría al hospital ese día. Y se me volvió a presentar de lleno la situación.

No era un día normal.

Fui a la ventana y miré la lluvia que golpeaba los cristales. Por primera vez me pregunté si no debería dejarlo todo como estaba y volver a mi trabajo. La perspectiva de dirigirme al laboratorio, estacionar el coche en el patio, colgar el abrigo y ponerme la bata blanca y los guantes — todos los detalles rutinarios tan familiares—, me pareció de pronto muy atractiva, casi incitante. Era mi trabajo; me sentía a gusto con él. No había ni nervios ni tensiones; era para lo que me había preparado durante toda mi juventud. No era de mi incumbencia el jugar a detectives. Bajo la fría luz matinal esta idea me pareció horrible.

Entonces empecé a recordar los rostros que había visto. El rostro de Art, el de J. D. Randall, el falsamente seguro de Bradford. Y sabía que si no ayudaba yo a Art, nadie más lo haría.

En cierto sentido, éste era un pensamiento temible, casi aterrador.

Judith se sentó a almorzar conmigo. Los niños estaban todavía durmiendo; estábamos solos.

—¿Qué planes tienes para hoy? — dijo ella. — No lo sé.

Yo mismo me había hecho esta pregunta varias veces. Tenía que averiguar más cosas, muchas más. Sobre Karen, y en particular sobre la señora Randall. Aún no sabía bastante sobre ninguna de ellas.

—Empezaré por la muchacha — dije.

—¿Por qué?

—Por lo que me han dicho de ella, era toda dulzura y luminosidad. Todo el mundo la quería; era una muchacha encantadora.

—Quizá lo fuera.

—Sí — dije—, pero no estaría mal si consiguiera la opinión de alguien más que su hermano y su padre.

—¿Cómo?

—Empezaré — dije— con la Escuela Smith.

Escuela Smith, Northampton, Massachusetts, dos mil doscientas muchachas que reciben una educación exclusiva en tierra de nadie. Necesité dos horas para llegar a Holyoke; otra media hora por carreteras estrechas hasta que pasé por debajo del ferrocarril y entré en la ciudad. Northampton

nunca me ha gustado. Tiene un clima de represión impropio de una ciudad universitaria; casi puede olerse la irritación y la frustración en el aire; la frustración combinada de dos mil doscientas muchachas sin perspectiva alguna durante cuatro largos años, y la irritación de los nativos obligados a ponerse a su servicio durante este tiempo.

La escuela es bonita, particularmente en otoño, cuando caen las hojas. Incluso lloviendo es bella. Fui directamente a la oficina de información y busqué la dirección de Karen Randall en la administración destinada a los estudiantes y a la facultad. Me dieron un mapa del terreno y me dirigí a su residencia, Henley Hall. Resultó ser una casa de estructura blanca en la calle Wilbur. Allí vivían cuarenta muchachas. En la planta baja había una salita decorada con colores brillantes y un gusto bastante femenino y cursi.

Las muchachas se paseaban con pantalones y largos cabellos planchados. Había un timbre al lado de la puerta.

—Quisiera ver a Karen Randall — dije a la muchacha que acudió a abrir la puerta.

Me dirigió una mirada inquisitiva, como si pensara que podía ser un viejo verde o un raptor.

—Soy su tío — dije —. Doctor Berry.

—He estado fuera todo el fin de semana — dijo la muchacha —. No he visto a Karen desde que volví. Fue a Boston a pasar el fin de semana.

Estuve de suerte. Aparentemente, esta muchacha no sabía nada. Me pregunté si las demás lo sabrían; era imposible no saberlo. Lo más probable era que el ama de llaves lo supiera o se enterara pronto. Lo más prudente era evitarla.

—Oh — dijo la muchacha —. Aquí está Ginnie. Es su compañera de habitación.

Una muchacha morena se dirigía a la puerta. Llevaba unos pantalones muy ceñidos y un jersey masculino también muy ceñido. Había algo en su rostro que desentonaba con su cuerpo.

La muchacha que me había atendido hizo una señal a Ginnie con la mano y dijo:

—Éste es el doctor Berry. Viene a ver a Karen. Ginnie me dirigió una mirada sorprendida. Lo sabía.

Rápidamente la llevé a la salita y la hice sentarse. — Pero Karen está... — Lo sé — dije—. Pero quiero hablar con usted.

—Creo que sería mejor que llamara a la señorita Peters — dijo Ginnie. Empezó a levantarse. Yo volví a empujarla suavemente.

—Antes de que lo haga — dije —, es mejor que sepa que ayer asistí a la autopsia de Karen.

Ella se llevó una mano a los labios.

—Siento haber sido tan brusco, pero hay algunas cuestiones de extrema gravedad, a las que sólo usted puede contestar. Tanto usted como yo sabemos lo que la señorita Peters diría.

—Diría que no puedo hablar con usted — repuso Ginnie. Me miraba recelosa, pero advertí que estaba llena de curiosidad.

—Vayamos a algún lugar privado — dije.

—No sé...

—Sólo serán unos minutos.

Ella se levantó y se dirigió al vestíbulo.

—Normalmente no están permitidas las visitas masculinas a nuestras habitaciones — dijo—, pero usted es un pariente, ¿no?

—Sí — contesté.

Ginnie y Karen compartían una habitación en la planta baja, en la parte trasera del edificio. Era pequeña y estaba llena de objetos típicamente femeninos: fotografías de muchachos, cartas, postales de cumpleaños, programas de los partidos de fútbol americano de Ivy, trozos de cinta, programas de clase, frascos de perfume, y algunos muñecos de trapo; Ginnie se sentó en el borde de una cama y me señaló una silla.

—La señorita Peters me dijo anoche que Karen había... muerto en un accidente. Me pidió que no hablara a nadie de ello por el momento. Es curioso. Nunca conocí a nadie de mi edad que muriera de eso, y es curioso. Quiero decir extraño. No sentí nada. No puedo hacerme a la idea. Creo que en realidad aún no me lo creo.

—¿Conocía usted a Karen antes de compartir esta habitación?

—No. Fue la escuela quien nos puso juntas.

—¿Se entendían ustedes bien?

Ella se encogió de hombros. Había aprendido a balancear el cuerpo a cada movimiento que hacía. Pero era algo postizo, como si hubiera practicado los gestos delante del espejo muchas veces.

—Creo que nos entendíamos. Karen no era la típica novata. No estaba nada asustada, y siempre se marchaba durante los fines de semana, o en un día cualquiera. Prácticamente no acudía nunca a clase, y siempre estaba diciendo que odiaba todo esto. Eso es algo que siempre se dice, ya sabe, pero ella lo decía sinceramente. Realmente lo odiaba.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Por la forma en que actuaba. No acudía a las clases, se marchaba siempre del colegio. Los fines de semana decía que iba a visitar a sus padres. Pero ella me explicaba que nunca iba. Decía que odiaba a sus padres.

Ginnie se levantó y abrió un armario. Dentro, clavada en la puerta, había una gran fotografía de J. D. Randall. La fotografía estaba llena de pequeños agujeros.

—¿Sabe para qué utilizaba esto? Para hacer puntería con los dardos. Éste es su padre; es un cirujano o algo parecido; le lanzaba los dardos todas las noches, antes de acostarse.

Ginnie cerró la puerta.

—¿Y su madre qué?

—Oh, ella adoraba a su madre. Su verdadera madre, la que murió. Ahora tiene una madrastra. A Karen nunca le gustó demasiado.

—¿De qué otras cosas hablaba Karen?

—De muchachos — dijo Ginnie, sentándose nuevamente en la cama —. Es de lo que todas hablamos. Muchachos. Karen había ido a una escuela privada cerca de aquí y conocía a montones de muchachos. Los Yalies siempre venían a verla.

—¿Salía con alguno en particular?

—No lo creo. Tenía montones de pretendientes. Todos la cortejaban.

—¿Era popular?

—Algo así — dijo Ginnie, arrugando la nariz —. Escuche, no está nada bien decir cosas de ella ahora, ¿sabe? Y no tengo ninguna prueba para pensar que sea verdad. Quizá todo sea un cuento.

—¿De qué se trata?

—Bien, aquí se viene como novata y nadie la conoce a una, ni nadie ha oído hablar de nadie, y se puede contar a las demás lo que a una le plazca. Yo tenía por costumbre decir que había sido una gran *cheerleader*,²⁹ sólo lo decía para divertirme. En realidad, yo asistí a una escuela privada, pero siempre me habría gustado ser una *cheerleader* de una escuela superior.

—Comprendo.

—Son fenomenales, ¿sabe?

—¿Qué clase de historias le contaba Karen? — No sé. No eran exactamente historias. Era toda una serie de enredos. Le gustaba que la gente creyera que era una muchacha salvaje y que todos sus amigos lo eran. En realidad, ésa era su palabra favorita: salvaje. Y ella sabía cómo hacer para que lo que contaba pareciera real. Nunca soltaba el rollo todo de una vez, como en una larga historia. Tenía el sistema de los comentarios casuales; ahora uno, luego otro. Para los abortos y todo lo demás.

—¿Los abortos?

—Ella decía que había tenido dos antes de entrar en la escuela. Eso es difícil de creer, ¿no le parece? ¿Dos abortos? Después de todo, no tenía más que diecisiete años. Yo le dije que no la creía, así que ella me explicó cómo se los habían hecho, una explicación completa. Después de eso ya no me sentí tan segura.

Una muchacha perteneciente a una familia de médicos fácilmente puede saber el mecanismo de un raspado. Eso no probaba que fuera ella misma quien hubiera sufrido los abortos.

—¿Le dijo alguna cosa concreta sobre ellos? ¿Dónde habían sido efectuados?

²⁹ *Cheerleader* chica que dirige al grupo de hinchas de un equipo en sus gritos y canciones de animación. (*N de la T*)

—No. Sólo dijo que se los habían hecho. Y siempre estaba contando cosas parecidas. Quería sorprenderme, lo sé, pero podía ser muy brutal si se lo proponía. Recuerdo el primer... no, el segundo fin de semana que pasamos aquí; ella fue a una fiesta el sábado por la noche, y volvió muy tarde. Yo fui a una reunión. Karen entró hecha un lío y se metió en la cama sin encender las luces y dijo: «Jesús, adoro la carne negra.» Así, tal como suena. Yo no supe qué decir; no la conocía lo suficiente, así que me abstuve de comentarios. Ahora creo que solamente intentaba escandalizarme.

—¿Qué más le dijo?

Ginnie se encogió de hombros. — No recuerdo. Siempre eran insinuaciones. Por ejemplo, una noche, cuando estaba a punto de salir para pasar el fin de semana fuera, silbaba ante el espejo y decía: «Este fin de semana lo voy a conseguir.» O algo parecido, no recuerdo las palabras exactas.

—¿Y qué le decía usted?

—Yo decía: «Que lo pases bien.» ¿Qué otra cosa se puede decir cuando al salir de la ducha alguien le dice a una cosas semejantes? Ella contestaba: «No te preocupes, lo pasaré muy bien.» Siempre hacía comentarios sorprendentes.

—«Siempre la creía?

—Al cabo de un par de meses empecé a darme cuenta de todo.

—¿Tenía usted algún motivo para pensar que estaba embarazada?

—¿Mientras estaba aquí? ¿En la escuela? No.

—¿Está segura?

—Ella nunca dijo nada. Además, tomaba la píldora.

—¿Está segura?

—Sí, de eso sí. Al menos, ella representaba la gran ceremonia cada mañana. Las píldoras están ahí.

—¿Dónde?

Ginnie señaló:

—Ahí mismo, en su mesilla. En un pequeño frasco.

Me levanté, me acerqué a la mesita y tomé el frasco de plástico. La etiqueta era de la farmacia Beacon; no había direcciones. Anoté en la agenda el número de la receta y el nombre del doctor. Después abrí el frasco y saqué una píldora. Quedaban cuatro.

—¿La tomaba todos los días? — Todos los días impares — dijo Ginnie.

Pese a no ser farmacéutico ni ginecólogo, sabía algunas cosas. En primer lugar, que la mayor parte de las píldoras para el control de la natalidad se vendían ahora en unas cajas especiales, que recordaban a las mujeres los días en que debían tomarlas. Y, después, que la dosis hormonal inicial había sido reducida de diez miligramos al día a dos solamente. Eso significaba que las píldoras habían de ser pequeñas.

Esas píldoras eran enormes en comparación. No tenían ninguna marca; eran blancas y con aspecto de yeso, y se deshacían al tocarlas. Me puse una en el bolsillo, y volví a dejar las demás en el frasco. Pese a no haberlas visto nunca, tenía una idea de cómo debían de ser las píldoras.

—¿Nunca conoció a ninguno de los amigos de Karen? — pregunté.

Ginnie negó con la cabeza.

—¿Hablaban de ellos alguna vez? ¿De sus citas?

—En realidad, no. No de una manera personal, quiero decir. Hablaban de cómo eran en la cama, pero eso generalmente era todo mentira. Siempre estaba intentando hacerle tragar a una cualquier cosa. Espere un momento.

Se levantó y se dirigió al tocador de Karen. Había un espejo sobre el tocador; pegadas al marco de madera había varias fotografías de muchachos. Ella despegó dos y me las tendió.

—Este era uno de los muchachos de que hablaba, pero no creo que lo viera más. Había salido con él algunas veces durante el verano. Va a Harvard.

Era la clásica foto publicitaria de un muchacho vestido con ropa de deporte. Tenía el número 71, y estaba agachado, sonriendo a la cámara.

—¿Cómo se llama? — No lo sé.

Tomé el programa de fútbol del Columbia— Harvard, y miré la lista de jugadores. El número 71 correspondía al defensa derecho, Alan Zenner. Escribí el nombre en mi agenda y devolví la foto a Ginnie.

—Este otro — dijo, tendiéndome la segunda fotografía— es un amigo más reciente. Creo que salía con él. Algunas noches, cuando volvía, besaba la foto antes de acostarse. Su nombre era Ralph, creo. Ralph o Roger.

La foto era de un joven negro que llevaba un traje ceñido y brillante, y sostenía una guitarra eléctrica en la mano. Sonreía con afectación.

—¿Cree usted que lo veía actualmente?

—Sí, eso creo. Forma parte de un conjunto que toca en Boston.

—¿Y cree que su nombre es Ralph?

—O algo parecido.

—¿Sabe usted el nombre del conjunto? Ginnie frunció el ceño:

—Me lo dijo una vez, probablemente más de una vez, pero no lo recuerdo. A Karen le gustaba rodear a sus amigos de un halo misterioso. No era la clásica muchacha que te cuenta los mínimos detalles sobre su novio. Karen nunca lo hacía; eran siempre palabras sueltas y frases inacabadas.

—¿Cree usted que iba a encontrarse con este muchacho cuando salía los fines de semana?

Ginnie asintió.

—¿Dónde iba a pasar los fines de semana? ¿A Boston?

—Eso creo. Boston o New Haven.

Miré el reverso de la fotografía. Rezaba: «Fotos Curzin, Washington Street.»

—¿Puedo llevarme esta fotografía?

—Desde luego — dijo — ; a mí no me importa.

Me la metí en el bolsillo; después me senté de nuevo.

—¿Vio usted a algunos de estos muchachos? — No. Nunca vi a ninguno de sus amigos. Oh... un momento. Una vez. Era una muchacha. — ¿Una muchacha?

—Sí. Un día Karen me dijo que una íntima amiga suya iba a venir a pasar el día. Me habló de lo fría y salvaje que era esta muchacha. Algo extraordinario. Yo esperaba encontrarme con alguien espectacular. Y cuando llegó...

—¿Qué?

—Realmente, era rara — dijo Ginnie —. Muy alta, con unas piernas larguísimas, y todo el rato Karen decía cuánto le gustaría tener unas piernas como aquéllas, y la muchacha, ahí sentada de una forma muy especial, no decía ni palabra. Era bonita, creo. Pero realmente rara. Se comportaba como si estuviera medio dormida. Quizá tomaba alguna cosa, no lo sé. Finalmente, después de haber pasado una hora ahí sentada, empezó a hablar y estuvo diciendo cosas raras.

—¿Por ejemplo?

—No sé. Cosas raras; por ejemplo: «La lluvia en España inunda los desagües.» Y empezó a hacer poesía sobre la gente que vive entre montones de macarrones. Era muy aburrida; bueno, quiero decir que no tenía nada de bueno.

—¿Cómo se llamaba esa muchacha?

—No recuerdo. Angie, creo.

—¿Estaba en alguna universidad?

—No. Era joven, pero no estudiaba. Trabajaba. Creo que Karen dijo que era enfermera.

—Intente recordar su nombre — dije.

Ginnie frunció el ceño y se quedó mirando fijamente el suelo; después meneó la cabeza.

—No puedo — dijo — ; no le presté mucha atención.

No quería dejarlo todavía, pero se estaba haciendo tarde.

—¿Qué más puede decirme de Karen? ¿Estaba nerviosa últimamente? ¿Agitada?

—No. Siempre estaba muy tranquila. Todas las demás chicas estábamos siempre nerviosas, especialmente cuando se acercaban los exámenes, pero a ella eso parecía tenerle sin cuidado.

—¿Era una muchacha con mucha energía? ¿Era extrovertida, comunicativa?

—¿Karen? ¿Está usted bromeando? Escuche: parecía estar siempre medio muerta, excepto cuando iba a una cita; entonces parecía resucitar. Para decirlo de otra forma: estaba siempre cansada, y siempre se quejaba de lo cansada que estaba.

—¿Dormía mucho?

—Sí. Dormía en la mayor parte de las clases.

—¿Comía mucho?

—No mucho. También dormía durante casi todas las horas destinadas a las comidas.

—Adelgazaría entonces.

—En realidad, engordó — dijo Ginnie—. No mucho, pero bastante. No le cabían la mayoría de sus vestidos; después de seis semanas de estar aquí tuvo que comprarse ropa nueva.

—¿Notó usted algún otro cambio?

—Bueno, sólo uno, pero no estoy segura de que tenga importancia. Era algo que sólo importaba a Karen, pero nadie más se daba cuenta.

—¿Qué era?

—Se le había metido en la cabeza que le estaba saliendo vello. Ya sabe, en los brazos, las piernas y encima del labio. Se quejaba de tenerse que afeitar las piernas continuamente.

Miré mi reloj y comprobé que casi era mediodía.

—Bien, no quiero privarla de sus clases.

—No importa — dijo Ginnie —, esto es interesante.

—¿Qué quiere decir? — Verle a usted trabajar. — No soy más que un médico. Ella suspiró.

—Usted debe creer que soy estúpida — dijo con tono petulante —. No nací ayer.

—Creo que es usted muy inteligente.

—¿Querrá que haga de testigo? — ¿De testigo?

—En el juicio.

Al mirarla, tuve de nuevo la sensación de que estaba practicando ante el espejo. Su rostro tenía una expresión de sabiduría oculta, propia de una heroína de la pantalla.

—No estoy seguro de entenderla.

—Puede hablarme con franqueza — dijo —. Sé que es usted un abogado.

—Ah.

—Me di cuenta de ello a los diez minutos de hablar con usted. ¿Sabe cómo?

—¿Cómo?

—Cuando usted tomó esas pastillas y las miró. Lo hizo cuidadosamente, no como un médico. Francamente, creo que usted sería un médico malísimo.

—Probablemente tenga razón — dije.

—Buena suerte con su caso — dijo cuando me marchaba.

—Gracias.

Entonces me guiñó un ojo.

Dos

La sala de rayos X, en el segundo piso del Mem, tiene un nombre curioso: «Diagnóstico radiológico.» Le llamaran como le llamasen, por dentro era igual que cualquier otra sala de rayos X. Las paredes eran de cristal blanco opaco, y había pequeños ganchos para sujetar las radiografías. Era una sala bastante grande, con espacio suficiente para que pudieran trabajar a la vez media docena de radiólogos.

Entré con Hughes. Era el radiólogo del Mem y hacía mucho tiempo que le conocía; él y su esposa habían jugado conmigo y con Judith al bridge. Eran buenos jugadores, de los que siempre ganan, pero eso no me importaba. A veces yo mismo me volvía fanático con el juego.

No había llamado a Lewis Carr, porque sabía que no querría ayudarme. Hughes no era muy considerado con los grandes jefes y le daba igual que yo quisiera ver las radiografías de Karen Randall o del Aga Kan, que había ido allí unos años antes para una operación de riñón. Me llevó directamente a la sala de rayos X.

Por el camino le dije:

—¿Qué tal va tu vida sexual?

Éste es un problema clásico de los radiólogos. Es bien sabido que los radiólogos tienen un promedio de vida más corto que cualesquiera otros especialistas médicos. Las razones exactas no se saben, pero se cree que es a causa de los rayos X. En los primeros años de la radiología, los radiólogos acostumbraban a quedarse en la misma habitación que los pacientes mientras se tomaban las radiografías. Al cabo de algunos años, estaban lo suficientemente empapados de rayos gamma para acabar con ellos. Además, en aquellos tiempos, las películas eran mucho menos sensibles, y hacía falta una mayor exposición para obtener un buen contraste.

Pero, incluso ahora, con técnicas modernas y más conocimientos, los radiólogos están condenados a sufrir, durante toda su vida, bromas sobre la debilidad de sus gónadas. Las bromas, igual que los rayos X, son inconveniencias que se aceptan junto con el oficio. Hughes se lo tomó bien.

—Mi vida sexual — dijo — va mucho mejor que las partidas de bridge. Cuando entramos en la sala, había tres o cuatro radiólogos trabajando. Cada uno de ellos estaba sentado ante un sobre lleno de radiografías y una ficha; sacaban las radiografías, leían el nombre del paciente y su número, anotaban la clase de radiografía — AP, IAO, LC,³⁰ o tórax, etc. —, y después las ponían contra el cristal opaco y hacían el diagnóstico radiológico.

³⁰ AP significa anteroposterior, e indica que los rayos X penetraron de delante hacia atrás, donde tenían la placa colocada. IAO significa izquierda anterior oblicua. LC significa la administración de un líquido de contraste en el tracto genitourinario: una radiografía que muestra los riñones, los uréteres y la vejiga.

Una de las paredes de la habitación estaba destinada a las radiografías de los pacientes sometidos a vigilancia intensiva. Eran enfermos graves, cuyas radiografías no quedaban archivadas en los sobres de papel manila, sino que permanecían colgadas en unas guías. Había que apretar un botón y esperar a que se iluminara la hilera de radiografías del paciente que querían ver. Ello permitía examinar las radiografías de un enfermo grave sin pérdida de tiempo.

La habitación donde se almacenaban las radiografías estaba al lado. Hughes entró, buscó las radiografías de Karen Randall y las trajo. Nos sentamos ante uno de los cristales, y Hughes colgó de un gancho la primera radiografía.

—Radiografía lateral del cráneo — dijo mirándola—. ¿Sabes quién las pidió?

—No — contesté.

Yo también miré, pero no me dijo gran cosa. Las radiografías de cráneos son difíciles de interpretar. El cráneo es una pieza ósea compleja que produce una intersección muy confusa de luces y sombras. Hughes la examinó durante unos momentos, trazando de vez en cuando unas líneas imaginarias con el tapón de su pluma estilográfica.

—Parece normal — dijo al fin—. Ninguna fractura, ninguna calcificación anormal; no hay evidencia de aire ni de hematoma. Desde luego, convendría tener un arteriograma o un PEG.³¹

»Vamos a ver los demás enfoques — dijo; sacó el enfoque lateral y puso el frontal AP—. Ésta también parece normal. Me pregunto para qué se las tomarían. «¿Sufrió algún accidente de automóvil?

—No, que yo sepa.

Buscó en el sobre.

—No — dijo—. Es obvio que sólo tomaron radiografías craneanas. No hay radios de la cara.

Las radiografías faciales se toman desde ángulos distintos, para comprobar si hay fractura de los huesos faciales.

Hughes continuó examinando las radiografías AP. Después volvió a poner la lateral. Pero no pudo descubrir nada anormal.

—Diablos — dijo, dando un golpecito al cristal—, aquí no hay nada. Ni un maldito detalle que pueda llamar la atención.

—Está bien — dije levantándome —. Gracias por tu ayuda.

Al marcharme, me pregunté si las radiografías me habían ayudado a aclarar las cosas o a hacerlas aún más confusas.

Tres

³¹ Éstas son formas de facilitar la interpretación de las radiografías craneales. Un arteriograma es la radiografía de las arterias cerebrales tomada después de haber inyectado en ellas líquido de contraste. Un PEG, o pneumoencefalograma, consiste en la extracción de fluido cerebroespinal y la introducción de aire para incrementar el contraste en los ventrículos. Es un procedimiento doloroso que sólo se hace bajo anestesia. Ambas técnicas se consideran cirugía menor, y no se realizan a menos que se demuestre su absoluta necesidad.

Entré en una cabina de teléfono cerca del vestíbulo del hospital. Saqué la agenda del bolsillo y busqué el número de la farmacia y el de la receta. Encontré también la píldora que había tomado de la habitación de Karen.

Partí una punta con la uña del pulgar y la puse en la palma de la mano. Fácilmente se deshizo en polvo. Creía estar bastante seguro de lo que era, pero no del todo; para confirmarlo toqué el polvo con la punta de la lengua.

El gusto no podía engañarme. La aspirina tomada sin agua tiene un sabor horrible.

Marqué el número de la farmacia.

—Farmacia Beacon.

—Aquí el doctor Berry, del Lincoln. Quiero los datos de un medicamento; las referencias son...

—Un momento; voy a buscar un lápiz. Hubo una breve pausa. — Adelante, doctor.

—El nombre es Karen Randall. El número es uno— cuatro— siete— seis— seis— siete— tres. Prescrita por el doctor Peter Randall.

—Voy a mirarlo.

Dejó el auricular. Oí silbar y volver páginas:

—Sí, aquí está. Darvón, veinte cápsulas, setenta y cinco miligramos. Dosis: una cada cuatro horas si el dolor las hace necesarias. Fue rellenado dos veces. ¿Quiere usted las fichas?

—No — dije —. Está bien.

—¿Algo más?

—No, gracias. Nos ha sido usted muy útil.

—A su disposición.

Colgué el receptor lentamente. Las cosas se ponían cada vez más complicadas. ¿Qué clase de muchacha sería la que fingía tomar píldoras anticonceptivas, cuando en realidad tomaba aspirinas, que guardaba en un frasco que había contenido pastillas para aliviar los dolores menstruales?

Cuatro

La muerte por aborto es un hecho relativamente raro. Este hecho es a veces tergiversado por las estadísticas, las cuales suelen ser poco precisas y sentimentales. Los criterios varían ampliamente, pero la mayoría de la gente está de acuerdo en que se llevan a cabo un millón de abortos ilegales al año, y cerca de unas cinco mil mujeres mueren a causa de ello. Esto significa que es una operación con una mortalidad de quinientos por cien mil.

Ésta es una cifra muy elevada, sobre todo si se compara con la mortalidad de los abortos practicados en los hospitales. En estos casos el porcentaje es del dieciocho por cien mil lo que hace el aborto tan peligroso como una operación del apéndice (diecisiete por cien mil).

Ello significa que los abortos ilegales son unas veinticinco veces más mortales de lo que podrían ser. La mayoría de la gente se aterroriza por eso. Pero Art, que pensaba serenamente en estas cosas, no se impresionaba ante las estadísticas. Y decía algo muy interesante— una de las razones por las que el aborto continuaba siendo ilegal era por ser tan seguro.

—Hay que mirar el asunto desde un punto de vista global — dijo una vez— Un millón de mujeres es una cifra sin significado alguno. Lo único que significa es que se efectúa un aborto ilegal cada treinta segundos, día tras día, año tras año. Esto lo convierte en una operación muy común y, por suerte o por desgracia, absolutamente segura.

A su modo cínico, hablaba del Portal de la Muerte.

Definía el Portal de la Muerte como el número de personas que morían anualmente sin necesidad, por causas accidentales, sin que nadie les prestase atención. En términos numéricos, el Portal de la Muerte se tragaba treinta mil personas anualmente: el número de norteamericanos que mueren en accidentes de automóvil.

—He aquí — decía Art— cómo mueren las personas a un promedio de casi ochenta cada día. Todo el mundo lo acepta como un hecho consumado. Así pues, ¿quién va a preocuparse de las catorce mujeres que mueren diariamente a causa de un aborto?

Decía que para obligar a los médicos y abogados a entrar en acción, las cifras mortales del aborto tenían que acercarse a cincuenta mil al año, o quizá más. Y eso significa diez millones de abortos al año.

—En cierto modo, ya ves — decía —, le estoy haciendo un mal servicio a la sociedad. Yo no he perdido a ninguna paciente por aborto; así pues, estoy colaborando para mantener las cifras de mortalidad bajas. Eso es bueno para mis pacientes, claro, pero malo para la sociedad en general. La sociedad actuará únicamente cuando pueda sentir temor ante una gran culpa. Estamos acostumbrados a las cifras astronómicas; las estadísticas modestas ya no nos impresionan. ¿A quién le hubiera importado un comino la matanza de judíos, si Hitler hubiera sacrificado sólo diez mil?

Continuaba diciendo que, al practicar abortos absolutamente seguros a sus pacientes, estaba preservando el *statu quo* y evitando que los legisladores se sintieran obligados a cambiar las leyes. Y aún añadía algo más:

—El problema de este país es que las mujeres no tienen valor. Prefieren sufrir una operación hecha de forma ilegal y peligrosa antes que cambiar las leyes. Los legisladores son hombres, y los hombres no traen hijos al mundo; no pueden correr el riesgo de ser moralistas. Tampoco los sacerdotes: si tuvieran sacerdotisas, verías qué cambios habría en la religión. Pero la política y la religión están dominadas por hombres, y las mujeres no están dispuestas a empujar demasiado fuerte. Lo cual está muy mal, porque el aborto es asunto suyo; se trata de sus hijos, de su cuerpo; son ellas quienes se arriesgan. Si un millón de mujeres escribiera anualmente a sus representantes en el Congreso, comenzaría a verse algo de acción. Quizá no, pero lo más probable es que así fuera. Sólo que las mujeres no lo harán.

Creo que este pensamiento le deprimía más que cualquier otra cosa. Me vino a la cabeza cuando me dirigía a ver a una mujer, quien, a juzgar por los hechos, tenía mucho valor: la señora Randall.

El norte de Cohasset, a media hora del centro de Boston, es una comunidad exclusivamente residencial, construida a lo largo de una costa rocosa. Recuerda bastante a Newport: casas de arquitectura antigua, con elegante y cuidado césped, que dan al mar.

La residencia de los Randall era enorme; una casa blanca con elementos góticos, de cuatro pisos y recargados balcones y terrazas. El césped bajaba hasta el agua; y probablemente dos hectáreas de terreno rodeaban la casa. Entré por el camino de grava y aparqué cerca de dos Porsches, uno negro y otro amarillo. Aparentemente toda la familia tenía algún Porsche. En la parte trasera de la casa, y a su izquierda, había un sedán Mercedes gris, probablemente para la servidumbre.

Salí del coche y me estaba preguntando cómo me las arreglaría en esta ocasión, cuando una mujer salió por la puerta principal y bajó las escalinatas. Mientras andaba se ponía los guantes, y parecía tener mucha prisa. Se detuvo al verme.

—¿La señora Randall?

—Sí — dijo.

No sé lo que esperaba encontrarme pero seguro que no era a nadie como ella. Era alta, y llevaba un traje de Chanel color beige. Tenía el pelo brillante y muy negro, las piernas largas, los ojos muy grandes y oscuros. No parecía tener más de treinta años. Y con toda seguridad sus pómulos habrían servido para desmenuzar el hielo, a juzgar por su expresión de dureza.

Me quedé mirándola en silencio durante unos instantes sintiéndome como un necio, pero incapaz de reaccionar. Ella frunció el ceño con impaciencia:

—¿Qué quiere? ¡No puedo pasarme aquí el día entero!

Su voz era áspera y sus labios, sensuales. Tenía también el acento adecuado: una suave entonación británica.

—Vamos, vamos — dijo—. Hable de una vez.

—Quisiera hablarle de su hija.

—Mi hijastra — precisó rápidamente. Se acercó al Porsche negro, cruzándose conmigo.

—Sí, su hijastra.

—Ya lo he dicho todo a la policía — dijo —. Y resulta que se me está haciendo tarde para una cita; así que, si me permite... — Abrió la portezuela del coche.

—Mi nombre es...

—Sé quién es usted — replicó —. Joshua estuvo hablando de usted anoche. Dijo que era probable que intentara verme.

—¿Y?

—Y me dijo que le sugiriera a usted, doctor Berry, que se fuera al infierno.

Estaba haciendo todo lo posible para aparentar enojo, pero me di cuenta de que no lo sentía. Había algo más en la expresión de su rostro; algo que bien podría haber sido curiosidad, o miedo. Eso me dejó atónito.

Puso el motor en marcha:

—Buenos días, doctor.

Me incliné hacia ella:

—¿Sigue usted las instrucciones de su marido?

—Generalmente sí.

—Pero no siempre.

Estaba a punto de poner la marcha, pero no lo hizo; dejó la mano descansando sobre la palanca. — ¿Qué ha dicho?

—Quiero decir que su marido parece no entender muy bien todo lo que pasa — expliqué.

—Yo creo que sí.

—Usted sabe que no, señora Randall. Ella apagó el motor y me miró:

—Le doy treinta segundos para abandonar esta propiedad; de lo contrario, llamaré a la policía.
— Su voz temblaba y su rostro estaba pálido.

—¿Llamar a la policía? No creo que fuera muy prudente.

Ella vacilaba; su aire de seguridad se estaba desvaneciendo.

—¿Por qué ha venido?

—Quiero que me hable de la noche que llevó a Karen al hospital. El domingo por la noche.

—Si quiere usted saber algo sobre esa noche, eche una ojeada al coche — dijo señalando el Porsche amarillo.

Me incliné y miré el interior.

Era como un mal sueño.

La tapicería, marrón en su origen, era ahora roja. Todo era rojo. El asiento del conductor era rojo. El asiento del pasajero era rojo intenso. El tablero era rojo. El volante también tenía manchas. Las alfombrillas estaban costrosas y rojas. En aquel coche se habían perdido litros de sangre.

—Abra la puerta — dijo la señora Randall—, y toque el asiento.

Lo hice; estaba empapado.

—Han pasado tres días y todavía no se ha secado. Así es como Karen perdió tanta sangre. Eso es lo que él le hizo.

Cerré la portezuela:

—¿Es éste su coche?

—No. Karen no tenía coche. Joshua no quería comprarle ninguno hasta que cumpliera veintiún años. — Entonces ¿de quién es?

—Es mío — dijo la señora Randall.

Señalé con la cabeza el coche negro en el que ella estaba sentada: — ¿Y ése?

—Es nuevo. Lo compramos ayer.

—¿Lo compramos?

—Lo compré yo. Joshua me dio su consentimiento. — ¿Y el coche amarillo?

—La policía nos aconsejó que lo conserváramos, para el caso de que sea necesario presentarlo como prueba. Pero tan pronto como nos sea posible...

—¿Qué ocurrió exactamente el domingo por la noche? — pregunté.

—No tengo por qué decirle nada — dijo, apretando los labios.

—Claro que no — dije sonriendo cortésmente. Sabía que la tenía atrapada; el temor asomaba todavía a sus ojos.

Apartó su mirada, fijándola delante de mí a través del cristal del parabrisas.

—Estaba sola en casa — dijo — ; Joshua había ido al hospital a atender una urgencia. William estaba en la escuela de medicina. Eran cerca de las tres y media de la madrugada, y Karen había salido. Oí el claxon del coche. Sonaba sin parar. Salté de la cama, me puse una bata y bajé. Mi coche estaba ahí, el motor en marcha y las luces encendidas. El claxon sonaba todavía, salí... y la vi. Se había desmayado y había caído hacia adelante, sobre el botón del claxon. Había sangre por todas partes.

Ella aspiró profundamente y abrió su bolso, en busca de un cigarrillo. Sacó un paquete francés. Le encendí uno.

—Prosiga.

—No hay nada más que decir. La puse en el asiento de al lado y la llevé al hospital. — Continuó fumando el cigarrillo con movimientos rápidos y nerviosos —. Por el camino intenté averiguar lo que le había sucedido. Me di cuenta por dónde sangraba, porque tenía la falda empapada, y, en cambio, el resto de sus ropas estaban secas. Y dijo: «Lee lo hizo.» Lo dijo tres veces. Nunca lo olvidaré. Aquella voz débil, patética...

—¿Estaba consciente? ¿Podía hablarle?

—Sí — dijo la señora Randall —. Perdió el conocimiento al llegar al hospital.

—¿Cómo sabe usted que fue un aborto provocado? ¿Cómo está tan segura de que no fue un aborto espontáneo?

—Se lo diré: porque cuando miré el bolso de Karen, encontré su talonario de cheques. El último cheque que había firmado era al portador. Y era de trescientos dólares. Fechado en domingo. Así es como supe que era un aborto provocado.

—¿Ha sido cobrado el cheque? ¿Lo ha averiguado?

—Claro que no ha sido cobrado — dijo — ; el hombre que tiene ese cheque está ahora en la cárcel.

—Comprendo — dije pensativamente. — Ya está bien. Ahora, excúseme.

Salió del coche y subió apresuradamente la escalinata.

—Creí que tenía que acudir a una cita urgente — dije.

Ella se detuvo un momento y se volvió para mirarme:

—Váyase al infierno — dijo, y entró, dando un portazo tras ella.

En vista de su actuación volví al coche. Era muy convincente. Había sólo dos detalles que no cuadraban. Uno era la cantidad de sangre que había en el coche amarillo. Me preocupaba el hecho de que había más sangre en el asiento del conductor.

Y, después, que aparentemente la señora Randall no sabía que el precio que Art cobraba por un aborto era de 25 dólares, justo para cubrir los gastos de laboratorio. Art nunca cobraba más. A su modo, era una forma de mantenerse honrado.

Cinco

El cartel era viejo: «Fotos Curzin.» Debajo, en letras amarillas y pequeñas, se leía: «Toda clase de fotografías. Pasaportes, publicidad, regalo. Servicio en una hora.»

La tienda estaba en una esquina al norte y al final de la calle Washington, lejos de las luces de los cines y de los grandes almacenes. Entré y me encontré con un anciano bajito y una mujer, también de pequeña estatura y de avanzada edad, de pie el uno al lado del otro.

—Usted dirá — dijo el hombre. Era amable, casi tímido.

—Tengo un problema un poco difícil — dije.

—¿El pasaporte? Eso no es problema. Podemos hacerle fotografías en sólo una hora. En menos, si tiene usted prisa. Las hemos hecho a millares.

—Eso es — dijo la mujer, asintiendo —. Más que a millares.

—Mi problema es distinto — dije—. Verá, mi hija va a celebrar la fiesta de su decimosexto aniversario, y...

—No hacemos fotos a domicilio — dijo el hombre —. Lo siento.

—No, claro — dijo la mujer.

—No se trata de las fotos; se trata de la fiesta.

—No, no las hacemos — insistió el hombre—. No vale la pena discutir eso.

—Acostumbrábamos hacerlo — explicó la mujer —. Hace algunos años. Pero ahora es demasiado trabajo.

Aspiré profundamente:

—Lo que necesito — dije— es una información. Mi hija está loca por un conjunto moderno, al que ustedes fotografiaron. Como quiero que sea una sorpresa, pensé que quizá...

—¿Su hija tiene dieciséis años? — dijo recelosamente.

—Eso es; los cumple la semana próxima.

—¿Y nosotros tomamos fotografías del conjunto?

—Sí — dije. Y le tendí la foto.

Estuvo mirándola durante bastante rato.

—Esto no es un conjunto. Es un solo hombre — dijo por fin.

—Lo sé, pero forma parte del conjunto.

—Es sólo un hombre.

—Usted tomó la foto, así que pensé que quizá...

El hombre había dado la vuelta a la fotografía.

—Nosotros tomamos esta fotografía — me anunció. Aquí puede ver usted nuestro sello. Fotos Curzin: somos nosotros. Estamos aquí desde mil novecientos treinta y uno. Mi padre estuvo en la tienda antes que yo, Dios lo tenga en su gloria.

—Sí — dijo la mujer.

—¿Dice usted que es un conjunto? — preguntó el hombre, zarandeando la fotografía ante mí.

—Un miembro del conjunto.

—Posiblemente — dijo; alargó la foto a la mujer—. ¿Hicimos fotos de algún conjunto así?

—Posiblemente — contestó ella —, no puedo recordarlo bien.

—Creo que es una foto publicitaria — sugerí.

—¿Cuál es el nombre del conjunto?

—No sé. Es por eso que vine aquí. La foto tenía su sello...

—Ya lo he visto. No estoy ciego — dijo el hombre secamente; se inclinó debajo del mostrador —. Tenemos que mirar el archivo — agregó— ; nosotros lo archivamos todo.

Empezó a sacar fotografías. Quedé sorprendido: realmente había hecho fotografías a docenas de conjuntos.

Las pasó rápidamente.

—Mi esposa no puede recordar nunca nada, pero yo sí puedo. Si puedo verlos juntos, me acordaré. ¿Sabe? Éste es Jimmy y los Do—da. —Repasó los nombres con igual rapidez—: Los Warbles, los Coffins, los Cliques, los Skunks. Los nombres son pegadizos. Y curiosos. Los Lice. Los Switchblades. Willy y los Willies. Los Jaguars.

Intentaba mirar los rostros a medida que pasaba las fotografías, pero iba demasiado aprisa para que pudiera distinguir ninguno.

—Un momento — dije, señalando una foto —, creo que es ésa.

El hombre frunció el ceño:

—Los Zephyrs — dijo con tono de desaprobación —. Así se llaman: los Zephyrs.

Miré los cinco hombres, todos negros. Iban todos vestidos con los mismos trajes brillantes que había visto en la foto individual. Sonreían forzosamente, como si no les gustara que les estuvieran tomando la fotografía.

—¿Sabe usted los nombres? — dije.

Dio la vuelta a la foto. Los nombres estaban anotados allí.

—Zeke, Zach, Román, George y Happy. Esos son.

—Está bien — dije; saqué mi agenda y anoté los nombres—. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlos?

—Oiga, ¿está usted seguro de que quiere que vayan a la fiesta de su hija?

—Y ¿por qué no?

El hombre se encogió de hombros:

—Son algo viciosos.

—Creo que eso no creará ninguna dificultad en una sola noche.

—No sé — dijo pensativo —. Son bastante viciosos.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlos?

—Claro — dijo el hombre; señaló con el pulgar el extremo de la calle —. Trabajan por las noches en el Electric Grape. Todos los negros van allí.

—Está bien — dije, y me dirigí a la puerta. — Tenga cuidado — me advirtió la mujer. — Así lo haré.

—Y que se diviertan — dijo el hombre. Asentí con la cabeza y cerré tras de mí.

Alan Zenner era un muchacho grande como una montaña. Era todo un tipo y yo supuse que mediría uno ochenta y cinco y pesaría cien kilos.

Tomarlo o dejarlo. Lo encontré cuando salía de la Dillon Field House, al terminar su entrenamiento. Anochece; el sol estaba bajo y brillaba con una luz dorada sobre el estadio de Soldier's Field, y Field House, el Hockey Rink y las pistas de tenis interiores se recortaban contra el cielo. En un campo lateral había un grupo de novatos que seguían entrenándose, levantando una nube de polvo amarillo contra la débil luz del atardecer.

Zenner acababa de ducharse; sus cabellos morenos y cortos estaban todavía empapados, y él se los frotaba, como si recordara el consejo del entrenador de no salir con el pelo mojado.

Dijo que tenía mucha prisa, para ir a comer y empezar a estudiar, así que hablamos mientras cruzábamos el puente de Lars Anderson hacia los edificios de Harvard. Durante un momento hablamos de cosas sin importancia. Era el segundo curso que pasaba allí y estaba terminando historia. No le gustaba el tema de su tesis. Le preocupaba ingresar en una escuela de leyes; en ellas no daban ninguna importancia al atletismo. No se preocupaban de otra cosa que de graduarse. Quizá fuera a Yale en lugar de quedarse allí. Creía que sería mucho más divertido.

Dimos la vuelta a Winthrop House, y nos dirigimos hacia el Club Varsity. Alan dijo que tomaba allí dos comidas diarias, una al mediodía y otra por la noche. La comida era muy buena. Un rancho mejor que en ninguna otra parte.

Finalmente dirigí la conversación hacia liaren.

—¿Cómo? ¿Usted también? — No le comprendo.

—Es el segundo que viene a hablarme de ella hoy. Foggy fue el primero.

—¿Foggy?

—El viejo. Es así como ella acostumbraba llamarle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Era el nombre que ella le daba. Siempre ponía mote a las personas.

—¿Habló usted con él?

—El vino a verme — respondió Zenner prudentemente.

—¿Y bien?

Zenner se encogió de hombros.

—Le dije que se fuera.

—¿Por qué?

Llegamos a Massachusetts Avenue. La circulación era pesada.

—Porque no quiero verme envuelto en ese asunto.

—Pero usted está ya comprometido.

—Demonios si lo estoy. — Empezó a cruzar la calle, sin prestar atención a los coches, esquivándolos maquinalmente.

—¿Sabe usted lo que le ha sucedido?

—Escuche — dijo —. Sé más sobre todo eso que nadie. Incluso que sus padres.

—Pero no quiere verse comprometido.

—Eso es.

—Oiga, éste es un caso muy grave. Un hombre ha sido acusado de haberla asesinado. Tiene que decirme lo que sepa.

—Mire — dijo —, era una muchacha encantadora, pero tenía problemas. Los dos tuvimos problemas. Durante un tiempo todo fue bien, pero después los problemas se hicieron demasiado grandes y acabamos definitivamente. Eso es todo. Ahora déjeme en paz.

Me encogí de hombros.

—Durante el juicio — dije —, la defensa le llamará. Pueden hacerle declarar bajo juramento.

—No voy a declarar ante ningún tribunal.

—No podrá elegir — dije —. A menos que no haya juicio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que es mejor que charlemos un rato.

Dos manzanas más abajo, en Massachusetts Avenue, hacia Central Square, había una sucia taberna con una televisión en color mal sintonizada sobre la barra. Pedimos dos cervezas y miramos la información meteorológica mientras esperábamos. El locutor era un individuo pequeño y alegre que sonreía mientras anunciaba lluvia para el día siguiente, y para el otro.

Zenner dijo:

—¿Qué interés tiene usted en todo esto? — Creo que Lee es inocente.

Él rió:

—Es el único que lo cree.

Llegaron las cervezas. Pagué. Sorbió la suya y se quitó la espuma de los labios.

—Está bien — dijo, acomodándose en el taburete—. Le diré lo que pasó. La conocí en una fiesta la primavera pasada, allá por el mes de abril. Nos entendimos enseguida. Parecía un plan magnífico. No sabía nada de ella cuando la conocí; solamente que era una muchacha muy bonita. Sabía que era joven. No sabía exactamente lo joven que era hasta que, a la mañana siguiente, me lo dijo. Dios mío, dieciséis... Pero me gustaba. No era vulgar.

Se bebió la mitad del vaso de un solo trago.

—Así que empezamos a vernos — prosiguió —. Y, poco a poco, fui averiguando cosas sobre ella. Tenía una forma de explicar las cosas a medias, ahora un poco, después otro poco. Era muy misteriosa, como los antiguos episodios del cine: vuelva el próximo sábado y verá el siguiente capítulo; algo así. Sabía hacerlo.

—¿Cuándo dejó de verla?

—En junio, a principios de junio. Ella tenía que sacar el título en el Concord, y yo le dije que iría a ver la ceremonia. Ella no quería. Le pregunté por qué. Y entonces salió a relucir toda la verdad sobre sus padres, y que no podríamos continuar. Ya ve, antes, mi nombre era Zemmck, y me educó en Brooklyn. Es por eso. Ella me dio sus razones y yo le di un beso de despedida. Entonces me sentí muy mal, pero ahora ya no me importa.

—¿No volvió a verla nunca más?

—Una vez. Sería a finales de julio. Yo tenía un trabajo de construcción en Cape, un buen trabajo, y tenía a muchos de mis amigos allí. Oí cosas de ella, cosas que no había oído nunca mientras salía con ella. Me enteré de que era coleccionista de enredos, de los problemas que tenía con su familia, y de cuánto odiaba a su padre.

Entonces las cosas empezaron a tener sentido, como no lo habían tenido anteriormente. Y oí decir que había tenido un aborto y que andaba diciendo que el crío era mío.

Terminó su cerveza e hizo una señal al barman. Yo también pedí otra.

—Un día — prosiguió, me la encontré en Scusset. Estaba en una gasolinera llenando el depósito de su coche. Hablamos un rato. Le pregunté si era verdad lo del aborto, y dijo que sí. Le pregunté si el crío era mío, y dijo, con una voz muy firme, que no sabía quién era el padre. Así que le dije que se fuera al diablo y la dejé. Entonces ella vino corriendo tras de mí, diciéndome que lo sentía y me pidió que fuésemos amigos de nuevo y saliéramos como antes. Yo le dije que no. Ella empezó a llorar. Bueno, demonios, es una cosa horrible tener a una muchacha llorando en una estación de servicio. Así que le dije que la iría a buscar aquella noche.

—¿Lo hizo?

—Sí. Fue terrible: Alan, haz esto; Alan, haz aquello; más aprisa; Alan, ve más despacio. Alan, sudas mucho. Nunca callaba.

—¿Vivía en Cape el verano pasado?

—Me dijo que sí. Que trabajaba en una galería de arte o algo semejante. Pero oí decir que pasaba la mayor parte del tiempo en Beacon Hill. Tenía algunos amigos muy locos.

—¿Qué amigos? — No sé. Amigos.

—¿Conoció a alguno de ellos?

—Sólo a una. En una fiesta en Cape. Alguien me presentó a una muchacha llamada Angela, que se suponía que era amiga de Karen. Angela Harley o Hardy, algo así. Una muchacha condenadamente hermosa, pero muy rara.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, rara. Lejana. Cuando me la presentaron, creo que había tomado algo. Decía continuamente cosas como: «La nariz del Señor tiene el poder de agriar las cosas.» No se podía hablar con ella, no estaba para nadie. Una pena: porque era condenadamente hermosa.

—¿Conoció alguna vez a los padres de Karen?

—Sí — dijo —. Una vez. Vaya pareja. No me extraña que los odiara.

—¿Cómo sabe usted que los odiaba?

—¿De qué cree usted que hablaba? De sus padres. Hora tras hora. Odiaba a Foggy. Tenía también motes para su madrastra, pero usted no los creería. Lo curioso es que, a pesar de todo eso, quería mucho a su madre. A su verdadera madre. Murió cuando ella tenía catorce o quince años. Creo que fue entonces cuando empezó todo.

—¿Qué empezó?

—Las locuras. Las drogas y toda la comedia. Quería que la gente la creyera una salvaje. Quería ser desconcertante. Y, para probarlo, siempre andaba contando historias sobre drogas, y tomándolas en público. Se decía que era adicta a las anfetaminas, pero yo no sé si era verdad. Había hecho daño a mucha gente, y se contaban historias muy feas de ella. Decían que Karen Randall era capaz de todo y que era una pérdida.

Su rostro expresaba disgusto al decirlo.

—A usted le gustaba la chica — dije.

—Sí, la quise tanto como pude.

—¿Aquella vez, en Cape, fue la última ocasión en que la vio?

—Sí.

Llegó la siguiente cerveza. Miró el vaso y le dio vueltas en la mano durante un rato.

—No — dijo —, eso no es verdad.

—¿La vio usted otra vez? Vaciló:

—Sí.

—¿Cuándo?

—El domingo — dijo —. El último domingo.

Seis

—Era casi la hora de comer — dijo Zenner —. Tenía resaca por una fiesta habida después del partido. Una resaca horrible, espantosa. Estaba preocupado por hacer un buen entrenamiento el lunes, porque había perdido alguna jugada el sábado. La misma jugada: el tiro final. No tiraba lo bastante fuerte, y siempre lo mismo. Así que estaba algo preocupado.

»Me encontraba en mi habitación vistiéndome para la comida. Haciéndome el lazo de la corbata. Tuve que hacerlo tres veces, porque me salía torcido. Estaba realmente preocupado. Y tenía un dolor de cabeza muy molesto, y entonces entró ella en la habitación, como si yo la estuviera esperando.

—¿La estaba esperando usted?

—Nunca había deseado menos ver a una persona. Al fin había conseguido olvidarme de ella, cosa que me costó mucho. Y entonces aparecía otra vez, con mejor aspecto que nunca. Un poco más llenita, pero todavía encantadora. Mis compañeros de habitación se habían ido a comer; así, pues, estaba solo. Ella me pidió que la llevara a comer.

—¿Qué dijo usted?

—Dije que no.

—¿Por qué?

—Porque no quería verla. Era como una plaga; le contagiaba a uno. No quería tenerla cerca. Así que le rogué que se marchara, pero ella no quiso. Se sentó y se puso a fumar un cigarrillo; dijo que sabía y comprendía que todo había terminado entre nosotros, pero que necesitaba a alguien con quien hablar. Bien, yo ya había oído eso una vez y no tenía ganas de que se repitiera. Pero ella no quería marcharse. Estaba allí sentada en un diván, sin pensar en marcharse. Dijo que era la única persona con la que podía hablar.

»Al final me rendí. Me senté y dije: "Está bien, habla." Y me pasé el rato repitiéndome que era un loco y que lo lamentaría, igual que había lamentado la última vez que estuve con ella. Hay personas con las que es mejor no verse nunca.

—¿De qué le habló ella?

—De ella. De lo que siempre hablaba; de ella, de sus padres, de su hermano.

—¿Se entendía bien con su hermano?

—En cierto modo, sí. Pero creo que es una especie de flecha dirigida. Como Foggy. Apuntaba hacia la meta médica. Así que Karen nunca le contaba demasiadas cosas. Como lo de las drogas y demás locuras. Sólo se lo insinuaba.

—Continúe.

—Así pues, me senté y la escuché. Habló durante un rato de la escuela, y después sobre no sé qué misterio que empezaba a conocer y que requería una meditación dos veces al día durante media hora. Supongo que era como hacerse un lavado de cerebro, o algo parecido. Ella lo había empezado recientemente, pero creía que era algo sensacional.

—¿Qué actitud tenía?

—Estaba nerviosa — dijo Zenner —. Fumó un paquete entero el rato que estuvo allí, y no paró de mover las manos. Llevaba un anillo de la Academia Concord. Se lo quitaba y ponía continuamente, y lo retorecía durante todo el rato.

—¿Dijo para qué había salido del Smith aquel fin de semana?

—Se lo pregunté, y me lo dijo.

—¿Qué le dijo?

—Que le iban a hacer un aborto.

Me recliné en el asiento y encendí un cigarrillo:

—¿Cuál fue su reacción?

El movió la cabeza:

—No la creí. — Me miró de reojo rápidamente; después bebió su cerveza—. No creía ya nada de lo que me decía. Éste era el problema. Estaba distraído, no le prestaba atención. La verdad es que no podía mantenerme sereno, porque todavía... me atraía.

—¿Se daba ella cuenta de eso?

—Ella se daba cuenta de todo — dijo —. No se perdía nada. Era como una gata; actuaba de forma instintiva y no se equivocaba nunca. No tenía más que entrar en una habitación, dar una ojeada a su alrededor, y ya lo sabía todo de todos. Sabía cómo provocar emociones.

—¿Le habló usted sobre el aborto?

—No. Porque no la creí. Simplemente hice como si no lo hubiera mencionado. Pero ella volvió a hablarme de eso al cabo de una hora. Dijo que estaba asustada; que quería que estuviera con ella. Decía continuamente que estaba asustada.

—¿Creyó usted eso?

—Yo no sabía qué creer. No. No, no la creí. — Terminó la cerveza de un trago y dejó el vaso sobre la mesa—. ¿Qué demonios tenía que hacer? Esa muchacha estaba tocada. Todo el mundo lo sabía y era cierto, y por eso se la sacaban de encima. Estaba loca.

—¿Cuánto rato estuvo hablando con ella? — Una hora y media aproximadamente. Entonces le dije que tenía que ir a comer y después a estudiar; así que era mejor que se marchara. Y se marchó.

—¿Sabe usted adonde fue?

—No. Se lo pregunté, y se echó a reír. Dijo que nunca sabía adonde iba.

Siete

Era ya muy tarde cuando dejé a Zenner, pero de todas maneras llamé a la oficina de Peter Randall. No estaba allí. Dije que era urgente, y su enfermera me sugirió que llamara a su laboratorio. A menudo se quedaba a trabajar allí hasta muy tarde los martes y los jueves.

No llamé, me dirigí allí directamente.

Peter era el único miembro de la familia Randall al que conocía con anterioridad. Había coincidido con él en una o dos fiestas de médicos. Era imposible que pasara desapercibido; en primer lugar porque tenía un aspecto físico llamativo, y, en segundo lugar, porque le gustaba asistir a las fiestas y acudía a todas las que había.

Era un hombre gordo y corpulento, alegre y jovial, con una risa franca y el rostro colorado. Fumaba de continuo, bebía exorbitantemente, hablaba con mucha gracia y, en general, era el tesoro de cualquier anfitrión. Por sí solo, Peter podía levantar una fiesta. Podía resucitar a uno en un instante. Betty Gayle, mujer del jefe de medicina de Lincoln, había dicho de él una vez: «¿No es un animal social maravilloso?» Ella decía siempre cosas semejantes, pero de vez en cuando acertaba. Peter Randall era un animal social... comunicativo, extrovertido, relajado, y siempre de buen humor. Su ingenio y su modo de ser le daban cierta libertad.

Por ejemplo, Peter podía contar con éxito el chiste más verde y asqueroso provocando carcajadas en sus oyentes. Por dentro uno se decía: «Vaya chiste más asqueroso», pero muy a su pesar se reía, y todas las esposas de los presentes se reían también. Podía también coquetear con la esposa de uno, derramar la bebida, insultar al anfitrión, quejarse o hacer cualquier cosa. A nadie le importaba; nadie fruncía el ceño.

Me pregunté qué me diría acerca de Karen.

Su laboratorio se encontraba en la quinta planta del edificio de bioquímica de la escuela de medicina. Pasé por el pasillo, oliendo el típico olor de los laboratorios: una combinación de acetona, mecheros, jabones para limpiar pipetas y reactivos. Un olor limpio e intenso. Su oficina era pequeña. Una muchacha detrás del mostrador, con una bata de laboratorio, escribía una carta a máquina. Era extremadamente atractiva, pero supongo que eso era previsible.

—¿Sí? ¿Puedo servirle en algo? — dijo, con un leve acento.

—Estoy buscando al doctor Randall.

—¿Le espera a usted?

—No estoy seguro — dije—. Llamé hace un rato, pero tal vez no le dieran el recado.

Me miró y me examinó detenidamente. Todos los investigadores tienen cierto recelo en la mirada cuando tratan con clínicos. Los clínicos no utilizan la cabeza. Se relacionan y se mezclan con cosas sucias y tan poco científicas como son los pacientes. En cambio, los investigadores habitan un mundo puro, y satisfactoriamente intelectual.

—Venga conmigo — dijo. Se levantó y se dirigió a la entrada. Llevaba zapatos de madera sin tacones; esto explicaba su acento. Siguiéndola, le miraba el trasero, y deseé que no llevara la bata de laboratorio.

—Está a punto de empezar una nueva incubación — dijo por encima del hombro—. Está muy ocupado.

—Puedo esperar.

Entramos en el laboratorio. Estaba desierto. Situado en un extremo del edificio, daba sobre el patio del aparcamiento. Como era muy tarde, la mayoría de los coches se habían marchado ya.

Randall estaba inclinado sobre una rata blanca. Al entrar la muchacha, dijo:

—Ah, Brigit. Llegas en el momento oportuno. — Entonces me vio —. Bien. ¿A quién tenemos ahí?

—Mi nombre es Berry, y...

—Claro, claro. Le recuerdo bien.

Dejó la rata y me estrechó la mano. La rata echó a correr por encima de la mesa, pero, al llegar al extremo, se paró, mirando hacia el suelo y chillando.

—John, ¿no? — dijo Randall—. Sí creo que nos hemos visto algunas veces. — Volvió a coger la rata —. Precisamente no hace mucho me llamó mi hermano para hablarme de usted. Parece que ha sido usted bastante molesto... Que mete la nariz en todas partes; creo que eso fue lo que me dijo.

Pareció encontrar eso muy divertido. Rió de nuevo y dijo:

—Eso es lo que se merece usted por importunar a su muy amadísima esposa. Parece ser que usted la molestó.

—Lo siento.

—No lo sienta — dijo Peter alegremente. Se volvió hacia Brigit y dijo:

—Llama a las demás, ¿quieres? Tenemos que continuar con esto.

Brigit arrugó la nariz, Peter le guiñó un ojo. Cuando se hubo marchado, dijo:

—Adorable criatura, Brigit. Ella me mantiene en forma.

—¿En forma?

—Cierto — dijo, dándose palmadas sobre el estómago—. Uno de los grandes fallos de la fácil vida moderna es la debilidad de los músculos oculares. La televisión tiene la culpa de eso: nos quedamos ahí sentados sin ejercitar nuestros ojos. El resultado son los ojos blanduchos, una tragedia terrible. Pero Brigit evita todo eso. La medicina preventiva es la mejor — dijo suspirando felizmente—. Pero dígame, ¿en qué puedo ayudarle? No puedo imaginarme para qué quiere usted verme.

—Usted era el médico de Karen — dije.

—Eso es, eso es.

Cogió la rata y la puso en una pequeña jaula. Entonces estuvo examinando una hilera de jaulas semejantes en busca de otra.

—Esas condenadas muchachas. No me cansaré de decirles que el tinte es barato, pero ellas nunca ponen bastante. ¡Ahí está! — Metió la mano y sacó una segunda rata —. Tomamos todas las que tienen una mancha en la cola — explicó; mantuvo la rata aprisionada y pude ver una mancha purpúrea—. Le fueron inyectadas hormonas paratiroideas ayer por la mañana. Ahora lamento tener que informarle de que van a encontrarse con su Hacedor. ¿Tiene usted experiencia en matar ratas?

—Un poco.

—¿Le importaría despacharla? Odio tener que sacrificarlas.

—No, gracias. Suspiró:

—Me lo imaginé. Ahora, vamos a ver, sobre Karen: sí, yo era su médico. ¿Qué puedo decirle?

Aparentemente, se mostraba amistoso y abierto.

—¿La trató a medio verano de algún accidente?

—¿Un accidente? No.

Las muchachas entraron. Había tres, incluyendo a Brigit. Todas eran atractivas, y no sé si era casualidad o la elección había sido hecha adrede, pero una era rubia, la otra morena y la tercera pelirroja. Se quedaron una al lado de la otra ante él, y Peter sonrió bonachonamente a cada una de ellas, como si fuera a hacerles un regalo.

—Esta noche haremos seis — dijo—, y después podremos marcharnos a casa. ¿Está preparado el equipo de disección?

—Sí — dijo Brigit, señalando una mesa larga con tres sillas. Delante de cada silla había algunas pinzas, un par de fórceps, un escalpelo, una tabla de corcho, y un baño de hielo.

—¿Y el baño? ¿Está preparado? — Sí — dijo otra muchacha.

—Bien — dijo Peter —. Vamos a empezar.

Las muchachas ocuparon sus puestos en la mesa. Randall me miró y dijo:

—Me temo que no tendré más remedio que hacerlo. Realmente, odio esto. Algún día estaré tan preocupado por las pobres bestezuelas, que me cortaré los dedos al mismo tiempo que su cabeza.

—¿Qué es lo que utiliza?

—Bueno, es una historia muy larga — dijo sonriendo—. Ante usted se encuentra el más meticuloso matador de ratas. Lo he probado todo, el cloroformo, retorcerles el pescuezo, y el despachurramiento. Incluso una pequeña guillotina, a la que los británicos son tan aficionados. Tengo un amigo en Londres que me mandó una, pero siempre quedaba atascada por el pelo. Así que volvimos a lo de siempre. Utilizo un cuchillo de carnicero — dijo, cogiendo una rata y examinándola detenidamente.

—Bromea.

—Oh, no; sé que suena mal. Y también que parece horrible, pero es la mejor forma de hacerlo. Compréndalo: tenemos que hacer la disección rápidamente; el experimento lo requiere así.

Puso la rata sobre el lavabo. Cerca del borde había un pesado tablón de carnicero. Dejó la rata sobre el tablón y puso una bolsa de cera en el lavabo. Del armario sacó un cuchillo, grande y pesado, con un sólido mango de madera.

—Estas cosas las venden en las casas de productos químicos. Pero son demasiado delicados y siempre los venden sin afilar mucho. Yo compré éste de segunda mano a un carnicero. Es soberbio.

Afiló el corte con una piedra durante unos momentos; después lo probó sobre un trozo de papel. Cortaba limpiamente.

En aquel momento sonó el teléfono, y Brigit se levantó de un salto para contestar.

Las otras muchachas se relajaron, obviamente aliviadas por la demora. Peter también pareció alegrarse.

Brigit habló durante un momento; después dijo:

—Es la agencia de alquiler. Van a traer el coche.

—Bien — dijo Peter —. Diles que lo dejen en el aparcamiento y que pongan las llaves en la visera.

Mientras Brigit daba las instrucciones, Peter me dijo: — Para colmo de males, me han robado el coche. — ¿Robado?

—Sí. Es muy molesto. Fue ayer.

—¿Qué clase de coche era?

—Un pequeño sedán Mercedes. Estaba muy castigado, pero me gustaba. Si yo pudiera hacer justicia, haría arrestar a los ladrones por secuestro, no por robo de coches. Quería mucho a ese coche.

—¿Se lo ha dicho a la policía?

—Sí — dijo, encogiéndose de hombros —. Por si acaso. Brigit colgó y volvió a su sitio. Peter suspiró y, tomando el cuchillo, dijo:

—Bien, lo mejor es que sigamos adelante.

Cogió a la rata por la cola. El animal intentó escurrirse, estirando su cuerpo por encima del tablón. En un rápido movimiento, Peter levantó el cuchillo por encima de su cabeza y lo dejó caer. Se oyó un golpe fuerte al chocar el cuchillo contra el tablón. Las muchachas desviaron la vista. Me volví y vi a Peter sosteniendo el cuerpo encogido y decapitado encima del lavabo. La sangre se escurrió durante unos momentos. Después lo llevó ante Brigit y lo colocó sobre el tablero de corcho.

—Número uno — dijo alegremente. Volvió al tablón, tiró la cabeza dentro de la bolsa de los desperdicios y escogió una segunda rata.

Observé cómo trabaja Brigit. Con movimientos rápidos y prácticos, sujetó el cuerpo sobre el tablero de corcho con pinzas. Entonces hizo una incisión en las piernas, separando los músculos y la piel de los huesos. Después separó los huesos del cuerpo y los tiró dentro del baño de hielo.

—Es un pequeño triunfo — dijo Peter, preparando la siguiente rata sobre el tablón —. En este laboratorio hemos conseguido los primeros cultivos perfectos de huesos *in vitro*. Podemos mantener vivos los tejidos óseos aislados hasta tres días. El único problema está en sacar los huesos del animal y ponerlos en el baño antes de que las células mueran. Ahora hemos adquirido ya bastante práctica.

—¿Cuál es exactamente su trabajo?

—El metabolismo calcico, particularmente en lo que se refiere a la hormona paratiroidea y a la tirocalcitonina. Quiero saber cómo influyen esas dos hormonas en la liberación del calcio de los huesos.

La hormona paratiroidea es una sustancia muy poco estudiada, segregada por cuatro pequeñas glándulas unidas a la tiroides. Nadie sabe mucho de ella, excepto que parece controlar los niveles de calcio en la sangre, y que estos niveles son estrictamente controlados, mucho más que la cantidad de azúcar o de grasa en la sangre. El calcio en la sangre es necesario para la transmisión nerviosa normal, y para la construcción muscular normal, y existe la teoría de que el calcio es depositado o extraído de los huesos según las exigencias. Si hay demasiado calcio en la sangre, es depositado en los huesos. Si hay demasiado poco, la sangre toma calcio de los huesos. Pero nadie sabe cómo sucede esto con exactitud.

—El tiempo es algo crucial — continuó Peter —. Una vez hice un interesante experimento: tomé un perro y le puse un doble paso arterial. Podía sacarle toda la sangre, tratarla químicamente para quitarle todo el calcio, y ponérsela de nuevo. Lo hice durante cuatro horas seguidas, tomando montones de calcio. Aun así, el nivel de esta sustancia en la sangre continuó siendo la misma, reajustándose instantáneamente. El perro extraía grandes cantidades de calcio de sus huesos y lo depositaba en la sangre a una velocidad extraordinaria.

El cuchillo cayó otra vez con un pesado golpe. La rata se encogió y después quedó inmóvil. Peter se la entregó a la segunda muchacha.

—Me interesa esta cuestión — dijo Peter—. Todo lo que se refiere al almacenamiento de calcio y a su liberación. Es muy fácil decir que uno puede poner o quitar el calcio de los huesos; pero el hueso es como un cristal; es duro y rígido. Aparentemente nosotros podemos construirlo o destruirlo en fracciones de segundo. Quiero saber cómo.

Se acercó a otra jaula y sacó otra rata con la cola purpúrea.

—Así pues, decidí instalar el sistema *in vitro* para estudiar los huesos. Nadie creyó que pudiera hacerlo. El metabolismo de los huesos es demasiado lento, decían. Imposible de medir. Pero me salí con la mía, después de echar a perder centenares de ratas. Si algún día las ratas tomaran las riendas del mundo, me juzgarían por mis crímenes de guerra.

Colocó la rata sobre el tablón.

—¿Sabe una cosa? Siempre he deseado encontrar una muchacha que hiciera este trabajo. He estado buscando desesperadamente a alguna alemana de sangre fría, o una sádica o algo semejante. No he encontrado nunca ninguna. Todas éstas — dijo señalando a las tres muchachas de la mesa— vinieron a trabajar sólo después de que yo accediera a la condición de que no tendrían que matar nunca animales.

—¿Cuánto tiempo hace que realiza usted este trabajo?

—Ahora hace siete años. Empecé muy despacio, dedicándole sólo medio día a la semana. Después fueron todos los martes; poco después todos los martes y jueves. Después fue también el fin de semana. He reducido la práctica de la medicina tanto como me ha sido posible. Este trabajo se hace interesantísimo y me atrae.

—¿De veras le gusta?

—Lo adoro. Es un juego, un enorme y maravilloso juego. Un rompecabezas, del que nadie sabe la solución. Sin embargo, si no se tiene cuidado, uno puede llegar a obsesionarse con las soluciones. Algunas personas en el departamento de bioquímica trabajan muchas más horas que cualquier médico general. No se controlan. Pero no dejaré que eso me suceda a mí.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Porque, cuando siento que me empiezan los síntomas (la urgencia de trabajar con los minutos contados, de trabajar hasta la media noche, o de comenzar a las cinco de la mañana), me digo a mí mismo: no es más que un juego. Me lo repito una y otra vez. Y da resultado: me tranquilizo enseguida.

El cuchillo terminó con la tercera rata.

—Ah — dijo Peter—, aún estoy a medio camino en la resolución del problema, pero para mí es suficiente. ¿Y usted qué me dice?

—A mí sólo me interesa Karen.

—Mmm. ¿Y quiere saber algo sobre un accidente? No hubo ninguno, que yo recuerde.

—¿Por qué le tomó entonces aquellas radiografías craneanas el verano pasado?

—Oh, aquello — derribó la cuarta víctima, y la puso sobre el tablero —. Aquello fue algo típico de Karen.

—¿Qué quiere usted decir?

—Acudió a mi consulta y dijo: «Me estoy quedando ciega»; estaba muy impresionada; a su manera, claro. Ya sabe cómo son las muchachas de dieciséis años; perdía la visión y repercutía en su habilidad en el tenis. Quería que yo hiciese alguna cosa. Así pues, le hice algún análisis de sangre. El sacarles sangre es algo que siempre las impresiona. Y le miré la presión sanguínea; la escuché, y procuré darle la impresión de que me interesaba mucho su situación.

—Y ordenó las radiografías craneanas.

—Sí, eso formaba parte de la cura. — No le comprendo bien.

—Los problemas de Karen eran puramente psicosomáticos. Era como el noventa por ciento de las mujeres que veo. Si algunas cosas sin importancia les van mal, como por ejemplo el tenis, sin duda es un problema médico. Van a ver al doctor. Este no puede encontrar ninguna dolencia física. ¿Pero eso les satisface? No: van a ver a otro médico, y otro, y otro, hasta que finalmente encuentran a uno que las toma de la mano y les dice: «Sí, es usted una mujer muy delicada.» — rió.

—¿Así pues, usted ordenó todas esas pruebas como una diversión?

—Principalmente, sí, pero no del todo. Creo que vale la pena ser cauteloso, y cuando uno oye hablar de una grave pérdida de la visión, debe investigar. Comprobé los campos visuales: normales. Pero ella decía que la vista le iba y le volvía. Así que le hice sacar una muestra de sangre y le hice pruebas de la función tiroidea y del nivel hormonal: normal. Y las radiografías del cráneo: también eran normales. ¿O las ha visto usted ya?

—Las vi — dije; encendí un cigarrillo mientras moría la siguiente rata —. Pero, aun así, no estoy seguro del porqué...

—Bien, examínelo globalmente. Era joven, pero incluso así, era posible... Pérdida de la visión, dolores de cabeza, ligero aumento de peso, estado letárgico. Podía ser hipopituitarismo con lesión del nervio óptico.

—¿Quiere decir un tumor pituitario?

—Era posible; sólo posible. Pensé que los análisis y demás pruebas lo demostrarían. Las radiografías demostrarían algo si ella estaba realmente mal. Pero todo resultó negativo. Todo era imaginación suya.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—Los laboratorios pudieron haber cometido un error.

—Eso es cierto. Habría tenido que hacer una segunda prueba para asegurarme.

—¿Por qué no la hizo?

—Porque no volvió — dijo Peter—. Ésa es la respuesta a todo. Un día venía casi histérica porque iba a quedarse ciega. Le dije que volviera a la semana siguiente, y mis enfermeras anotaron

la fecha de la siguiente visita. Una semana después, ni rastro. Se había ido a jugar al tenis, y lo pasó muy bien. Todo había sido culpa de su imaginación.

—¿Menstruaba normalmente cuando la vio usted?

—Dijo que sus períodos eran normales. Desde luego, si tenía un embarazo de cuatro meses cuando murió, cuando la vi ya tenía que haber concebido.

—¿Pero no volvió a verla nunca más? — No. En realidad era muy ligera de cascos. Mató la última rata. Todas las chicas trabajaban febrilmente ahora.

Peter recogió los desperdicios y los tiró en la bolsa de papel; después echó la bolsa en el cubo de la basura.

—Ah, al fin — dijo. Y se lavó las manos cuidadosamente.

—Bien — dije —, gracias por su atención.

—De nada. — Se secó las manos en una toalla de papel—. Supongo que tendría que hacer alguna declaración oficial tratándose de mí, que soy su tío, etc...

Esperé.

—J. D. nunca volvería a hablarme si supiera que he tenido esta conversación con usted. Intente recordarlo, si es que habla de eso con alguien más.

—Está bien — dije.

—No sé lo que está usted haciendo — dijo Peter—, ni quiero saberlo. Siempre me ha parecido que es usted un hombre sensato e inteligente; así que supongo que sabe lo que hace y que no pierde el tiempo.

Yo no sabía qué decir. No tenía idea de adonde quería ir a parar con eso, pero me daba cuenta de que se proponía algo.

—En estos momentos mi hermano no actúa de forma sensata ni inteligente. Es un paranoico; no se puede sacar de él nada en claro. Sin embargo, creo que usted estuvo presente en la autopsia.

—Eso es.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Es dudoso, si sólo se basa uno en el examen macroscópico — dije —. Nada claro.

—¿Y el microscópico? — No lo he visto.

—¿Cuál fue su impresión en la autopsia? Vacilé; finalmente me decidí. Él había sido sincero conmigo. Yo lo sería con él. — No había embarazo. Se rascó el estómago y después me tendió la mano.

—Eso es muy interesante — dijo. Nos estrechamos la mano.

Ocho

Cuando llegué a casa, un gran coche de la policía, con su foco encendido, estaba esperando en la esquina. El capitán Peterson, con su aspecto de hombre duro, estaba reclinado contra el guardabarros, y me miró fijamente mientras yo aparcaba el coche enfrente de mi casa.

Bajé del coche y miré hacia las casas vecinas. La gente había visto el foco y se había asomado a las ventanas a mirar.

—Espero que no le habré hecho esperar mucho. — No — dijo Peterson con una sonrisa —. Acabamos de llegar. Llamé a la puerta de su casa y su esposa me dijo que no había llegado todavía; así que le esperé aquí fuera.

Podía ver su expresión reservada y fría bajo la luz roja e intermitente del foco. Sabía que la había dejado encendida para irritarme.

—¿Tiene usted algo que decirme? Cambió de posición.

—Sí, ciertamente. Tenemos alguna queja contra usted, doctor Berry.

—¿Ah, sí? — Sí.

—¿De quién?

—Del doctor Randall. Dije con inocencia:

—¿Qué clase de queja?

—Parece ser que ha estado usted acosando a los miembros de la familia. A su hijo, su esposa, e incluso las amigas de la escuela de su hija.

—¿Acosando?

—Eso dijo — respondió Peterson con cautela.

—¿Y qué dijo usted?

—Dije que vería si podía hacer alguna cosa. — Y por eso ha venido.

Él asintió, sonriendo lentamente.

El foco estaba empezando a crisparme los nervios. Al final de la manzana había dos niños de pie en la calle, mirando en silencio.

—¿He faltado a alguna ley? — dije.

—Eso no ha sido determinado todavía.

—Si he transgredido alguna ley, el doctor Randall puede demandarme ante un tribunal. O puede llamarme ante un juez si cree que puede demostrar el daño material que le he causado con mis acciones alevosas. Él ya lo sabe, y usted también, — sonreí como devolviéndole su propia expresión—. Y yo también.

—Quizá sería mejor que nos acercáramos a la comisaría y charláramos un rato.

Moví la cabeza: — No tengo tiempo.

—Puedo exigirle que venga para un interrogatorio, ya sabe.

—Sí, pero no sería prudente por su parte. — Quizá sí lo fuera.

—Lo dudo — dije —. Soy un ciudadano que actúo dentro de mis derechos cívicos. No he forzado a nadie ni he amenazado a nadie. Y si alguien no ha querido hablar conmigo, no lo ha hecho.

—Usted transgredió la propiedad privada. La casa del doctor Randall.

—Fue sin querer. Me había perdido y quería pedir orientación. Pasé por un gran edificio, tan grande que nunca se me ocurrió que pudiera ser privado. Pensé que era algo así como una institución.

—¿Institución?

—Sí. Una especie de orfelinato. O una guardería. Por eso entré en el recinto, para que me orientaran. Imagine qué sorpresa la mía cuando descubrí que, por pura casualidad...

—¿Casualidad?

—¿Acaso pueden probar lo contrario? Peterson hizo una imitación bastante buena de una carcajada humorística.

—Está usted volviéndose muy listo.

—No mucho — dije—. Y ahora, ¿por qué no apaga este foco y deja de llamar la atención? De lo contrario, me quejaré de las molestias que me ha ocasionado la policía. Y mandaré mis quejas al jefe superior de policía, al comisario del distrito y al alcalde.

Indolentemente, alargó la mano por la ventanilla y tocó un botón. La luz se apagó.

—Algún día, es posible que todo esto se vuelva contra usted.

—Sí, contra mí o contra cualquier otra persona.

Se rascó el dorso de la mano, igual que había hecho en su oficina:

—Hay momentos en que no sé si pensar que es usted un hombre honrado o un loco de remate.

—Quizá sea ambas cosas. El asintió lentamente: — Quizá sea ambas cosas.

Abrió la portezuela del coche y se sentó al volante.

Me dirigí hacia la puerta de mi casa y entré. Al cerrarla, oí cómo daba marcha atrás para abandonar la esquina.

Nueve

Yo no me sentía con ánimos para asistir a ninguna fiesta, pero Judith insistió. Mientras nos dirigíamos a Cambridge, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? — ¿Qué?

—Con la policía.

—Era un intento de sacarme de en medio. — ¿En qué se basaba?

—Randall presentó una queja. ¡Por acoso! — ¿Justificado?

—Eso creo.

Le hablé rápidamente de la gente que había visto aquel día. Cuando terminé, ella dijo:

—Todo suena muy complicado.

—Estoy seguro de que no he hecho más que rascar la superficie.

—¿Crees que la señora Randall mentía cuando habló del cheque de trescientos dólares?

—Es posible — admití.

Su pregunta me dejó perplejo. Me di cuenta de que las cosas habían sucedido con tanta rapidez que no había tenido tiempo de reflexionar sobre lo que había ido sabiendo; de analizarlo y de hacerlo coordinar. Sabía que había inconsistencias y detalles confusos, pero no había trabajado en ello buscando una explicación lógica.

—¿Qué tal está Betty?

—Nada bien. Había un artículo en el periódico de hoy...

—¿Sí? No lo vi.

—Era sólo una pequeña nota. Detención de un médico por aborto. Ningún detalle, excepto su nombre. Unos fanáticos le han hecho un par de llamadas.

—¿Desagradables?

—Muy desagradables. Después intenté contestar al teléfono yo misma. — Buena chica.

—Ella intenta ser valiente; hacer como si todo fuera normal. No sé si eso empeora o mejora las cosas. Porque en realidad no lo consigue. La situación no es normal, y todo se lo recuerda continuamente.

—¿Vas a ir mañana? — Sí.

Aparqué en una manzana de casas residenciales de Cambridge, no lejos del Hospital Cambridge City. Era un lugar agradable, con casas de estructura antigua y arcos a lo largo de la calle. Las aceras estaban pavimentadas con ladrillos. En ese momento llegó Hammond con su motocicleta.

Norton Francis Hammond III representa la esperanza de la profesión médica. El no lo sabe, pero es mejor así; si lo supiera, sería insufrible. Hammond proviene de San Francisco, de lo que él llama «una gran familia de navegantes». Parece un anuncio andante de la vida californiana; alto, rubio, de piel morena y guapo. Es un médico excelente, residente en el Mem, donde se le considera tan bueno que el personal pasa por alto cosas como sus cabellos, que le llegan casi a los hombros, y su bigote, que es largo, rizado y flamante.

Lo que hace importante a Hammond, y a algunos otros médicos jóvenes como él, es que están desmoronando los patrones establecidos. Hammond no trata de escandalizar a nadie con su pelo,

sus costumbres o su motocicleta; simplemente, le importa un comino lo que los otros médicos piensen de él. A causa de su actitud, los demás médicos no se atreven a decir nada; después de todo, conoce la medicina. Y aunque encuentran su apariencia irritante, no tienen motivo de queja contra él.

Así pues, Hammond sigue su camino sin que nadie le moleste. Y como es residente y algunas veces se ve obligado a hacer de maestro, influye en los hombres más jóvenes. Y ahí está la esperanza de la medicina del futuro.

Desde la Segunda Guerra Mundial, la medicina ha sufrido grandes cambios, en dos movimientos sucesivos. El primero constituyó un caudal de conocimiento, técnicas y métodos, iniciado inmediatamente después de la guerra. Comenzó con la introducción de antibióticos, y continuó con el conocimiento del equilibrio de los electrolitos, de las estructuras proteínicas, y de la función genética. En su mayor parte, estos avances eran científicos y técnicos, pero cambiaron el aspecto de la práctica de la medicina de una forma drástica. Hasta 1965, tres de los cuatro medicamentos más comúnmente prescritos — antibióticos, hormonas (principalmente la píldora) y tranquilizantes— eran innovaciones de la posguerra.³²

El segundo movimiento era más reciente y se trataba de un cambio social en lugar de técnico. La medicina social y la medicina socializada se volvieron verdaderos problemas médicos, como el cáncer o las enfermedades del corazón. Algunos médicos ya mayores consideraban la medicina socializada como un cáncer de sus propios derechos, y otros más jóvenes estaban de acuerdo con ellos.

Pero se hizo patente que, le quisieran o no, los médicos tenían que preocuparse de proporcionar mejor asistencia a un mayor número de gente.

Es natural esperar que los cambios los hagan los jóvenes, pero en medicina eso no ha sido fácil, porque los médicos viejos son los que enseñan a los jóvenes, y con demasiada frecuencia los estudiantes resultan una copia exacta de sus maestros. Además, parece haber una especie de antagonismo entre las generaciones de médicos, especialmente en nuestros días. Los hombres jóvenes están mejor preparados que los viejos; conocen más la ciencia, hacen preguntas más difíciles, exigen respuestas más complejas. Y, como los jóvenes de todas partes, sienten la necesidad de atropellar el trabajo de los más viejos.

Era por eso que Norton Hammond constituía un médico tan notable. Estaba llevando a cabo una revolución sin rebelión.

Detuvo su motocicleta con un suave frenazo, cerró el contacto y la acarició con cariño; se sacudió el polvo de su ropa blanca.³³ Después nos vio.

³² La cuarta clase, los analgésicos, fue principalmente establecida con la famosa aspirina en 1853. La aspirina es una de las medicinas más sorprendentes. Combate el dolor, reduce la inflamación, restablece la temperatura del cuerpo y es antialérgica. Ninguna de sus acciones ha sido explicada.

³³ Ver el apéndice V: «Blancos.»

—Hola, chicos.

Por lo que sabía de Hammond, éste llamaba «chicos» a todo el mundo.

—¿Qué tal estás, Norton?

—Luchando contra viento y marea — dijo sonriendo; se apoyó en mi hombro —. Oye, he oído decir que has ido a la guerra, John.

—No es eso exactamente.

—¿No tienes ninguna herida todavía?

—Algunas contusiones.

—Suerte; a ver si te cargas al viejo A. R.

—¿A. R.? — preguntó Judith.

—Retentivo Anal: así es como le llaman los muchachos de la tercera planta.

—¿A Randall?

—Ni más ni menos — dijo sonriendo a Judith —. El chico está hecho un zoquete.

—Lo sé.

—Dicen que A. R. ronda al acecho por la tercera planta como un buitre herido. No puede creer que haya alguien que se oponga a su mayestático ego.

—Me lo imagino — dije.

—Está de un humor terrible — dijo Hammond—. Incluso cargó contra Sam Carlson. ¿Conoces a Sam? Es residente allí, y trabaja para A. R. echando raíces en las bajas esferas de la política quirúrgica. Sam es el chico de oro de A. R. y A. R. lo adora, y nadie puede figurarse por qué. Algunos dicen que porque es estúpido. Sam es ciegamente estúpido. Terrible y sorprendentemente estúpido.

—¿De veras? — dije.

—Más allá de lo imaginable. Pero ayer Sam se las cargó. Estaba en el café, comiendo un bocadillo de pollo y ensalada (sin duda después de haber preguntado a las camareras lo que era un pollo), cuando Randall entró y dijo: «¿Qué diablos está usted haciendo ahí?» Y Sam le respondió con su acostumbrada ingenuidad: «Estoy comiendo un bocadillo de pollo y ensalada.» Y A. R. dijo: «¿Y por qué diablos come usted un bocadillo de pollo y ensalada?»

—¿Y qué contestó Sam? Hammond sonrió ampliamente.

—Sé de buena tinta que Sam dijo: «No lo sé, señor.» Y dejó el bocadillo y se marchó del café.

—Estará fuera de sí — dije. Hammond rió:

—Probablemente. Pero no se le puede echar toda la culpa a A. R. Ha vivido durante cien años en el Mem y no ha tenido nunca un solo problema. Ahora, primero el robo, y después su hija...

—¿El robo? — dijo Judith.

—Uy, uy, muchacha, me estás fallando. Las esposas son generalmente las primeras en enterarse. Al parecer, en la farmacia del Mem se ha desencadenado una tormenta.

—¿Han perdido algo? — Acertaste. — ¿Qué?

—Un lote de ampollas de morfina. Hidrocloruro de hidromorfina. Lo que es tres veces más poderoso que el sulfato de morfina.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. El farmacéutico está a punto de ser despedido; estaba fuera charlando con una enfermera cuando sucedió. A la hora de comer.

—¿No han encontrado lo robado?

—No. Han revuelto todo el hospital, pero nada.

—¿Había sucedido eso alguna vez?

—Parece ser que sí, hace algunos años. Pero fueron sólo un par de ampollas. Esta vez fueron más ambiciosos.

—¿Podría ser para fines médicos? Hammond se encogió de hombros:

—Pudo haber sido cualquiera. Personalmente, creo que el móvil debe de haber sido comercial. Se llevaron demasiado. El riesgo era excesivo. ¿Puede usted imaginarse entrando en el Mem como paciente y saliendo con una caja de ampollas de morfina bajo el brazo?

—La verdad es que no.

—Pues por eso.

—Pero es mucho para una sola persona — dije.

—Desde luego. Es por eso que creo que fue con fines comerciales. Creo que fue un atraco planeado cuidadosamente.

—¿Por alguien de fuera?

—¡Ah! Ahí está la cuestión.

—¿Y bien?

—Se cree que alguien lo hizo desde dentro del hospital.

—¿Hay algún indicio? — No. Ninguno.

Subimos las escaleras hacia la casa de madera.

—Eso es muy interesante, Norton — dije.

—Diablos que si lo es.

—¿Se sabe de alguien que sea adicto?

—¿Entre el personal? Lo cierto es que había una muchacha en la sección de cardiología que solía ponerse sus «rápidos»,³⁴ pero lo dejó hace un año. De todas maneras la interrogaron enseguida y la desnudaron completamente en busca de señales de pinchazos. Pero estaba totalmente limpia.

—¿Y qué hay de...?

—¿De los médicos?

Asentí. Médicos y drogas es un tema tabú. Los médicos adictos son numerosos; eso no es un secreto, como tampoco lo es que entre los médicos hay un alto promedio de suicidios.³⁵ Menos conocido es un clásico síndrome psiquiátrico que relaciona al médico y a su hijo, y en el cual el hijo se convierte en adicto y el médico le proporciona lo necesario para mutua satisfacción. Pero nadie habla de esas cosas.

—Los médicos están limpios; al menos, que yo sepa.

—¿Hay alguien que haya dejado su trabajo? ¿Alguna enfermera, secretaria, o cualquier otra persona?

El sonrió.

—Veo que realmente este asunto te interesa, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué? — insistió —. ¿Crees que puede tener alguna relación con la muchacha?

—No sé.

—No hay razón para relacionarlo — dijo Hammond —. Pero sería interesante. — Sí.

—Puramente especulativo. — Desde luego.

—Te llamaré si surge alguna novedad.

—Hazlo — dije.

Llegamos a la puerta. Dentro se podía oír el bullicio de la fiesta, el típico repicar de los vasos, las charlas y las risas.

—Buena suerte en la guerra — dijo Hammond—. Espero que ganes, diablos.

—Yo también.

—Seguro. Pero ten cuidado de no hacer prisioneros.

³⁴ Administración de anfetaminas, tales como el metedreno, por vía intravenosa.

³⁵ Los psiquiatras tienen el promedio más alto de suicidios, diez veces mayor que entre los demás médicos.

Sonreí.

—Esto va contra la convención de Ginebra.

—Ésta es una guerra muy privada — dijo Hammond.

George Morris, el organizador de la fiesta, era jefe de internos en el Lincoln. Morris estaba a punto de terminar su internado y empezar con la práctica privada; así que era una especie de fiesta de despedida que se daba a sí mismo.

La fiesta estaba muy bien organizada, con una abundancia que sin duda le habría costado mucho más de lo que podía pagar. Me hizo pensar en esas lujosas fiestas que a veces dan los fabricantes para promocionar un nuevo producto o un nuevo estilo. En cierto sentido, esa fiesta no era otra cosa.

George Morris, de veintiocho años, con esposa y dos hijos, se disponía a salir de la madriguera y, para hacerlo, necesitaba pacientes, referencias, consultas. Es decir, necesitaba de la buena voluntad y la ayuda de los médicos ya establecidos del lugar, y era por eso que invitaba a doscientos de ellos a su casa y los hartaba hasta el cogote con los mejores pasteles y bocadillos que pudo encontrar.

Como patólogo, me sentía halagado de haber sido invitado. Yo no podía hacer nada por Morris; los patólogos sólo tratan con cadáveres. Y los cadáveres no necesitan consultas. Morris nos había invitado a Judith y a mí porque éramos amigos suyos.

Creo que era el único amigo que había en la fiesta.

Di un vistazo por la sala: los jefes de servicio de la mayor parte de los grandes hospitales estaban allí, al igual que los internos y sus respectivas esposas. Las mujeres se habían reunido en un rincón, hablando de niños; los médicos estaban reunidos en pequeños grupos, por hospitales o por especialidades. Era una especie de división profesional muy chocante.

En un rincón, Emery estaba hablando de las ventajas de la terapéutica con dosis pequeñas de yodo radiactivo en el hipertiroidismo; en otro, Johnston comentaba las presiones hepáticas sobre las venas porta y cava; en otro, Lewiston hablaba, en su forma habitual, sobre lo inhumano de la terapéutica de los electrochoques para los depresivos. Del lugar donde estaban las esposas se oía de vez en cuando alguna palabra como «varicela».

Judith permanecía a mi lado, con un aspecto dulce y bastante joven en su vestido azul. Bebía rápido su whisky y, obviamente, se estaba preparando para sumergirse en el grupo de las esposas.

—A veces desearía — dijo ella — que hablaran de política o de cualquier otra cosa. Todo menos medicina.

Sonreí, recordando la opinión de Art de que los médicos son malos políticos. Se refería a que utilizaban los términos políticos como si fueran analfabetos. Art decía siempre que los médicos no sólo no tienen opiniones políticas, sino que son incapaces de tenerlas. «Es como los militares — dijo una vez — ; las opiniones políticas se consideran poco profesionales.» Como siempre, Art exageraba, pero había algo de todo eso.

Creo que a Art le gusta exagerar las cosas, sorprender e irritar a la gente normal. Es característico de él. Pero creo que también se siente fascinado por la débil línea que separa la

verdad de la mentira, la exactitud de la exageración. Es típico de él lanzar constantemente sus comentarios y ver quién los pesca, y cómo reacciona; sobre todo cuando está bebido.

Art es el único médico que conozco que se emborracha. Los otros pueden tomar aparentemente grandes cantidades de alcohol sin que se les note; se vuelven comunicativos durante un rato, y después les vence el sueño. Art se emborracha, y cuando está borracho es extraordinariamente molesto e insultante.

Nunca he entendido esta faceta de su personalidad. Durante un tiempo pensé que podía ser un caso de intoxicación patológica,³⁶ pero más tarde vi que se trataba de una especie de tolerancia consigo mismo, una complacencia en abandonarse cuando los demás se mantienen rígidamente bajo control. Quizá necesita de esta tolerancia; quizá no puede evitarla; quizá la busca activamente para soltar todo lo que lleva dentro.

Lo que ocurre es que siente una profunda amargura hacia su profesión. Muchos médicos son así por varias razones: Jones, porque se dedica a la investigación y no puede ganar tanto dinero como quisiera; Andrews porque la urología le costó perder a su esposa y una feliz vida de familia; Telser porque en dermatología está rodeado de pacientes a los que él considera neuróticos y no verdaderamente enfermos. Si uno habla con todos esos hombres, tarde o temprano le demostrarán ese resentimiento. Pero no son como Art. Este siente resentimiento hacia la profesión médica en sí.

Supongo que en cualquier profesión existen hombres que se desprecian a sí mismos y a sus colegas. Pero Art es un ejemplo extremo. Es casi como si estuviera dentro de la profesión médica, a su pesar para sentirse infeliz, descontento y triste.

En mis momentos de mayor pesimismo, creo que él provoca abortos sólo para irritar y llevar la contraria a sus colegas. Esto no está bien, me parece a mí, aunque nunca puedo estar totalmente seguro. Cuando está sobrio, habla de una forma intelectual y razonable sobre el aborto. Cuando está bebido, habla de emociones, actitudes, matices y satisfacciones.

Creo que siente cierta hostilidad hacia la medicina, y se emborracha y así puede liberar su hostilidad con una excusa: está borracho. Estando borracho, se ha enzarzado a veces en amargas y violentas peleas con otros médicos; una vez le dijo a Janis que había hecho abortar a su esposa, y Janis, que no lo sabía, le miró como si le hubiera dado un porrazo en la ingle. Janis es católico, pero su esposa no. Art consiguió terminar en un instante con una cena feliz.

Yo asistí también a aquella fiesta, y me enfadé con Art. Se disculpó conmigo algunos días más tarde, y le dije que le pidiera excusas a Janis, cosa que hizo. Por alguna extraña razón, después de esto Janis y Art se hicieron muy amigos, y Janis se convirtió en un defensor del aborto. No sé lo que le diría Art, ni cómo lo convenció, pero, fuera lo que fuera, surtió efecto.

Puesto que conozco a Art mejor que la mayoría de la gente, le doy gran importancia a su procedencia china. Creo que su origen y su apariencia física tienen gran influencia sobre él. Hay muchos chinos y japoneses dentro del campo de la medicina, y se hacen muchos chistes sobre ellos; chistes sobre su energía y su inteligencia para encaminarse hacia el éxito. Es precisamente la clase de chistes que uno oye sobre los judíos. Creo que Art, como chinoamericano, ha luchado contra esta tradición, y ha luchado también contra su educación, que fue esencialmente conservadora. Al final se ha inclinado hacia el otro extremo; es radical y de izquierda. Prueba de ello es su disposición a aceptar todas las cosas nuevas. Tiene el equipo más moderno que cualquier otro tocólogo de Boston. Siempre que sale un nuevo producto él lo compra. También se hacen chistes sobre eso —

³⁶ Se define así a una persona que se embriaga más de lo que el nivel de alcohol en su sangre podría demostrar. En los casos más extremos, una sola copa puede convertir a un hombre en un lunático delirante y destructivo.

sobre la afición a los regalos de los orientales—, pero los motivos son diferentes. Art lucha contra la tradición, la rutina y las formas aceptadas.

Cuando uno habla con él se tiene la sensación de que está lleno de ideas. Tiene un nuevo método para hacer la prueba Papp.³⁷ Quiere abandonar la rutina, el examen pélvico digital, como una inútil pérdida de tiempo. En su opinión la temperatura basal es un indicador de la ovulación más efectivo de lo que se cree. Cree que los fórceps tendrían que eliminarse de todos los partos, a pesar de las complicaciones que pudieran presentarse. Piensa que la anestesia general en los partos tendría que ceder su lugar a grandes dosis de tranquilizantes.

Cuando uno oye por primera vez esas ideas y esas teorías se queda impresionado. Sólo más tarde uno se da cuenta de que eso no es sino un ejemplo más de su lucha contra la tradición, y de su intento de encontrar defectos en todo y en todas las cosas que puede.

Supongo que es natural que empezara a provocar abortos. Y supongo que debería preguntarle sus motivos. Pero generalmente no lo hago, porque creo que las razones de un hombre para hacer algo son menos importantes que el valor real de lo que hace. Es una verdad histórica que un hombre puede hacer algo malo con un fin bueno. En este caso él pierde. O quizás haga cosas buenas con un fin malo. En este caso es un héroe.

De toda la gente de la fiesta, sólo habría uno que podría ayudarme, quizá. Se trataba de Fritz Werner, pero no lo vi al llegar, así que continué buscándole.

En lugar de Werner me encontré con Blake. Éste es un antiguo patólogo del General, pero todo el mundo le conoce por su cabeza, que es enorme, redonda y lisa. Tiene las facciones pequeñas e infantiles; una pequeña mandíbula, los ojos separados; Blake se parece a la idea que la gente tiene del hombre del futuro.

Es un hombre tan frío e intelectual que a veces le saca a uno de quicio, y es muy aficionado a los juegos. Él y yo hemos estado jugando a lo mismo durante años.

Me saludó levantando su vaso de vermut y preguntó:

—¿Listo?

—Claro.

—De POLLO a TANGO.

Parecía fácil. Saqué mi libreta y el lápiz y lo intenté. En la parte superior de la página escribí POLLO y al final TANGO. Después intenté unir las palabras:

POLLO

POLIO

PALIO

SALIÓ

SALTO

SANTO

CANTO

TANTO

³⁷ La prueba Papp es la más segura de todas para establecer un diagnóstico médico.

TANGO

Necesité pocos segundos.

—¿Cuántas? — dijo Blake. — Nueve.

Sonrió.

—Me han dicho que puede hacerse con cinco. Yo lo he hecho con siete.

Me tomó la libreta de la mano y escribió:

POLLO

POLIO

PALIO

PALCO

TALCO

TALGO

TANGO

Busqué en el bolsillo y le di un cuarto de dólar. Las tres últimas veces me había ganado, y a lo largo de los años me había ganado en muchas más ocasiones que yo a él. Pero, ya para entonces, Blake había vencido a todo el mundo.

—Por cierto — dijo —. He oído otra teoría. ¿Conoces el DNA templado?³⁸

—Sí — dije. Movié la cabeza:

—Qué pena. Disfruto con eso. Quiero decir, explicándoselo a la gente.

Le sonreí, apenas incapaz de ocultar mi satisfacción.

—¿Sabes lo último sobre la juventud de Asia? ¿Sobre el derecho a rehusar la medicación? Está de acuerdo con las argumentaciones retóricas, y de una forma muy clara.³⁹

También había oído eso, y se lo dije. Esto pareció deprimirle. Me dejó probar suerte con alguien más.

Blake colecciona argumentos sobre filosofía médica. Nunca es más feliz que cuando puede demostrar lógicamente a un cirujano que no tiene derecho a operar, o a un internista que está éticamente inclinado a matar a todos los pacientes que puede. Blake disfruta con las palabras y las ideas, de la misma forma que los niños pequeños disfrutan jugando a canicas en la calle. Es fácil para él, no requiere ningún esfuerzo y lo entretiene. El y Art se han entendido siempre bien. El año pasado sostuvieron una discusión de cuatro horas sobre si un tocólogo era moralmente responsable de todos los niños que nacían bajo su asistencia, desde el momento en que nacían hasta que morían.

Mirados retrospectivamente, todos los argumentos de Blake no parecen más sutiles o importantes que un ejercicio gimnástico, pero a veces son fascinantes. Blake tiene un agudo sentido

³⁸ Ver el apéndice VI: «Consideraciones sobre el aborto.»

³⁹ Ver el apéndice VII: «Moral médica.»

de la arbitrariedad, y lo mantiene cuando trabaja con miembros de la más arbitraria profesión que hay sobre la tierra.

Me paseé por la sala, oyendo trozos de chistes y de conversaciones; me pareció una típica fiesta de médicos.

—¿Sabes lo del bioquímico francés que tuvo gemelos? Bautizó a uno y el otro lo reservó como control.

—Todos acaban con la septicemia tarde o temprano...

—Iba por ahí, POR AHÍ, fíjese bien, con un PH sanguíneo de siete coma seis y un potasio de uno...

—Bien, ¿y qué demonios puede usted esperar de un Hopkins?

—Y dijo: «He dejado de fumar, pero maldita sea si tengo que dejar de beber.»

—Desde luego, usted puede corregir la presión sanguínea, pero eso no evita que los vasos...

—Ella siempre había sido una muchacha encantadora. Muy bien vestida. Debía de gastar una fortuna para vestirse...

—...Claro que está hecho una porquería. Cualquiera lo estaría en su lugar...

—...Qué diablos oligúrico. Estuvo anúrico durante cinco días, y aún sobrevivió...

—...Era un hombre de setenta y cuatro años de edad; la incisión fue local solamente y lo mandamos a casa. De todas maneras crece lentamente...

—...Un hígado que le llegaba hasta las rodillas. Pero no había fallo hepático...

—Dijo que se marcharía si no operábamos; así que, naturalmente, nosotros...

—...Pero los estudiantes están siempre a la que salta; no es una respuesta específica...

—Bien, aparentemente, esa muchacha le ha sacado de quicio...

—¿De veras? ¿Harry con esa enfermera pequeñita del siete? ¿La rubia?

—...Ni lo creo. Publica más artículos en los periódicos que los que cualquier persona podría leer en su vida...

—...Metástasis del corazón...

—Te voy a contar lo que pasaba: una prisión desierta, con un viejo prisionero, resignado a su vida, y otro joven, recién llegado. El joven hablaba constantemente de escapar, y después de algunos meses consigue abrir un boquete. Estuvo ausente una semana tras la cual los guardas de la prisión lo devolvieron a su celda. Estaba medio muerto, y casi se había vuelto loco a causa del hambre y la sed. Describió su horrible aventura al antiguo prisionero. Las interminables dunas de arena, sin oasis, sin signos de vida en ninguna parte. El viejo escuchó durante un rato, y después dijo: «Sí, ya sé. Yo intenté escapar hace veinte años.» Y el joven le replicó: «¿Por qué, por qué no me lo dijo durante esos meses que yo estuve pensando en huir? ¿Por qué no me hizo comprender

que era imposible?» Y el viejo prisionero se encogió de hombros y dijo: «¿Y quién cree en los resultados negativos?»

A las ocho me empecé a sentir cansado. Vi entrar a Fritz Werner, saludando a todo el mundo y hablando alegremente. Me dirigí a él, pero Charlie me cortó el camino.

Charlie iba siempre inclinado sobre sí mismo, con una expresión dolorosa y retorcida pintada en el rostro, como si acabaran de darle un porrazo en el estómago. Sus ojos eran grandes y tristes. En conjunto, producía un efecto bastante dramático, pero Charlie siempre tenía ese aspecto. Siempre traía un aire de crisis inevitable y de inminente tragedia sobre sus espaldas, que parecía abrumarle con su peso hasta doblarle. Yo no le había visto sonreír jamás.

En un murmullo de voz dijo:

—¿Qué tal está?

—¿Quién? — Art Lee.

—Está bien.

Yo no quería hablar de Lee con Charlie Frank.

—¿Es cierto que ha sido detenido?

—Sí.

—Oh, Dios mío — dijo suspirando. — Creo que todo acabará bien — dije. — ¿De veras?

—Sí — dije—, lo creo.

—Oh, Dios mío — se mordió los labios —. ¿Puedo hacer alguna cosa?

—No lo creo.

Todavía me sujetaba del brazo. Miré al otro lado de la habitación, donde estaba Fritz, esperando que Charlie lo notara y me soltara. No lo hizo.

—Dime, John... — ¿Sí?

—¿Qué hay acerca de lo que he oído de que tú estabas comprometido en eso?

—Digamos que me interesa.

—Debería decírtelo — dijo Charlie, inclinándose aún más cerca de mí. Hay habladurías en el hospital. La gente dice que te preocupas de eso porque tú también estás metido en ello.

—Hablar no cuesta nada.

—John, puedes crearte muchos enemigos.

Sin darme cuenta, estaba pensando en los amigos de Charlie Frank. Era un pediatra y muy bueno: se preocupaba más de sus jóvenes pacientes que sus mismas madres, y eso las hacía felices.

—¿Por qué lo dices?

—Es sólo una sensación que tengo — dijo con una triste mirada.

—¿Qué me sugieres que haga?

—Aléjate de todo eso, John. Es feo. Realmente feo.

—Lo recordaré.

—Hay muchas personas que lo sienten profundamente...

—Yo también.

—...Y creen que hay algo que debe dejarse para un juicio.

—Gracias por el consejo.

Su mano oprimió aún más fuerte el brazo que me tenía agarrado.

—Te digo esto como un amigo, John. — Está bien, Charlie; lo recordaré. — Es realmente feo, John. — Me acordaré.

—Esa gente no se parará ante nada — dijo. — ¿Qué gente?

Con brusquedad, me soltó el brazo. Se encogió de hombros, bastante confuso:

—Bien, de todas maneras debes hacer lo que creas mejor.

Y se alejó.

Fritz Werner estaba en el bar, como de costumbre. Era un hombre alto y terriblemente delgado, casi demacrado. Llevaba el pelo muy corto y eso hacía resaltar aún más sus grandes ojos oscuros. Cuando andaba recordaba a un pájaro, y tenía una forma rara de torcer el cuello cuando se le hablaba, como si no oyera bien. Había en él cierta intensidad, que quizá era debida a su procedencia austríaca, o a su naturaleza artística. La afición de Fritz era pintar y hacer bocetos, y su despacho tenía siempre un aspecto desordenado, y parecía un estudio. Pero había hecho su fortuna como psiquiatra, escuchando pacientemente, hasta aburrirse, a las matronas de mediana edad que al fin se habían dado cuenta de que algo en sus mentes no funcionaba del todo bien.

Sonrió al estrecharme la mano.

—Bien, supongo que el ambiente no estará demasiado envenenado.

—Eso espero.

Dio una ojeada por la sala:

—¿Cuántos sermones hasta ahora? — Sólo uno. Charlie Frank.

—Sí — dijo Fritz—, siempre se puede contar con él para malos consejos.

—¿Y qué me dices tú?

—Tu esposa está encantadora esta noche. El azul es su color.

—Se lo diré.

—Encantadora. ¿Qué tal tu familia?

—Bien, gracias. Fritz...

—¿Y tu trabajo?

—Escucha, Fritz. Necesito ayuda. Rió suavemente:

—Necesitas algo más que ayuda. Necesitas un rescate. — Fritz...

—Has estado viendo a una serie de personas. Supongo que ya los habrás visto a todos. ¿Qué piensas de Bubbles?

—¿Bubbles? — Sí.

Fruncí el ceño. Nunca había oído hablar de nadie llamado Bubbles.

—¿Quieres decir Bubbles el destripador?

—No, quiero decir Bubbles, la compañera de habitación.

—¿Su compañera de habitación? — Sí.

—¿La del Smith?

—No, por Dios. La que estuvo el verano pasado en Hill. Eran tres mujeres que compartían un apartamento. Karen, Bubbles, y una tercera muchacha que tenía cierta relación con la profesión médica; era enfermera, o practicante o algo así. Formaban un grupo bastante unido.

—¿Cuál es el verdadero nombre de esa muchacha Bubbles? ¿A qué se dedica?

Alguien se acercó al bar en busca de otra bebida. Fritz dejó vagar la mirada por la sala y dijo con voz profesional:

—Esto parece grave. Te aconsejo que me lo traigas. Por casualidad, tengo una hora libre mañana a las dos y media.

—Lo arreglaré — dije.

—Bien, encantado de verte, John. Nos estrechamos las manos.

Judith estaba hablando con Norton Hammond, que se recostaba contra la pared. Al acercarme a ellos me dije a mí mismo que Fritz tenía razón: estaba encantadora. Y después me di cuenta de que Hammond estaba fumando. No es que eso sea nada raro, excepto por el hecho de que Hammond no fuma.

No tenía en su mano ninguna bebida, y fumaba lenta y profundamente.

—Esto es digno de ver — dije.

Él rió.

—Es mi protesta social de esta noche. Judith dijo:

—Estaba intentando decirle que alguien notaría el aroma.

—Aquí nadie puede notar ningún aroma — dijo Hammond, y probablemente tenía razón; la sala tenía un ambiente enrarecido por el humo de los cigarrillos—. Además, recuerda a Goodman y Gilman.⁴⁰

—Aun así, sé prudente.

—Fíjate bien — dijo aspirando profundamente —. Nada de carcinoma broncogénico, ni carcinoma alveolar, ni bronquitis crónica y enfisema, ni enfermedades cardíacas, arterioescleróticas, ni cirrosis, ni Wernicke— Korsakov. Es maravilloso.

—Es ilegal.

Él sonrió y se arregló el bigote:

—Tú defiendes el aborto, pero no la marihuana, ¿verdad?

—Sólo puedo hacer una cruzada.

Viéndole succionar profundamente, me acordé de algo:

—Norton, tú vives en Hill, ¿no?

—Sí.

—¿Conoces a alguien que se llame Bubbles?

—Todo el mundo conoce a Bubbles — dijo riendo— Bubbles y Superhead. Siempre están juntos.⁴¹

—¿Superhead?

—Sí. Es su acompañante en este momento. Es un músico electrónico. Un compositor. Le gusta hacer piezas que suenan como diez perros aullando. Viven juntos.

—¿No vivía ella con Karen Randall? — No lo sé. Quizá. ¿Por qué?

—¿Cuál es el verdadero nombre de Bubbles? El se encogió de hombros:

—Nunca oí que nadie la llamara de otro modo. Pero el nombre del muchacho es Samuel Archer.

⁴⁰ Goodman y Gilman, *The Pharmacological Basis of Therapeutics* (Bases farmacológicas de la terapéutica), el texto definitivo de farmacología utilizado por los médicos norteamericanos. Hay una disertación sobre los efectos de la marihuana en la pág. 282 que ha sido citada recientemente en algunos procedimientos legales.

⁴¹ *Bubbles* significa «burbujas» y *Superhead* equivale a «cabezón». (N del T)

—¿Dónde vive?

—Detrás del ayuntamiento, en alguna parte. En un sótano; lo han arreglado como un útero.

—¿Un útero?

—Tienes que verlo para creerlo — dijo Norton, y dio un suspiro de satisfacción, relajándose al mismo tiempo.

Diez

Judith parecía nerviosa al volver a casa. Estaba sentada con las rodillas juntas y las manos a su alrededor. Se estrujaba las manos; tenía los nudillos blancos.

—¿Te pasa algo?

—No — dijo —, sólo estoy cansada.

—¿Por culpa de las esposas? Ella sonrió ligeramente:

—Te estás haciendo muy famoso. La señora Wheatstone estaba tan disgustada que perdió una partida en el juego de esta tarde; lo comprendo.

—¿Qué oíste decir?

—Todas me preguntaron por qué hacías eso de ayudar a Art. Ellas creen que es un ejemplo maravilloso de amistad. Creen que demuestra buen corazón, es humano y maravilloso.

—¡Aja!

—Pero siguen preguntando por qué.

—Bien, espero que les dirás que porque soy un buen chico.

Ella sonrió en la oscuridad:

—Ojalá pudieran pensar eso.

Su voz era triste, y su rostro, a la tenue luz que llegaba de los faros, se veía grave. Sabía que no era fácil para ella pasarse todo el tiempo con Betty, pero alguien tenía que hacerlo.

Por alguna razón, me acordé de mis días de estudiante y de Purple Nell. Purple era una alcohólica de setenta y ocho años de edad que había muerto un año antes de convertirse en nuestro cadáver. La llamábamos Nell y muchas cosas más, y hacíamos chistes para hacer el trabajo más llevadero. Recuerdo el deseo que sentía de dejarlo de una vez, de cesar de cortar la carne fría, húmeda y pegajosa; de parar de sacar todas las capas de tejido. Soñaba con el día en que terminaría con Nell, y podría olvidarla, a ella y a su pestilencia, y el tacto grasiento de su cuerpo, muerto desde hacía tanto tiempo. Todo el mundo decía que no era tan desagradable, pero yo quería dejarlo, terminarlo. Mas nunca lo abandoné, mientras duró la disección; es decir, mientras seguía separando y aprendiéndome todos los nervios y arterias.

Después de mis primeras y duras experiencias con cadáveres, me sorprendí a mí mismo al darme cuenta de que la patología me interesaba. Me gustó el trabajo, y he aprendido a prescindir de los malos olores y de la apariencia de cada nuevo cadáver. Las autopsias, en cierto modo, son

distintas; quizá tienen incluso un sentido esperanzador. En las autopsias te encuentras con un hombre que acaba de morir, y del que conoces su historia. No tiene rostro, es un cadáver anónimo, pero es una persona que ha terminado recientemente una batalla privada, la única batalla privada de la vida, y ha perdido. Y la tarea del patólogo es saber cómo, y por qué ha perdido, para poder ayudar a los demás que, tarde o temprano, tendrán que entablar también esa batalla. Está muy lejos de ser una simple disección, en la cual existe una especie de repugnante muerte profesional, como si su único propósito en el crepúsculo de su embalsamado más allá fuera inspeccionar a fondo la misma muerte.

Cuando llegamos a casa, Judith fue a dar un vistazo a los chicos y a llamar a Betty. Yo acompañé a la canguro a su casa. Era una muchacha bajita y bonita llamada Sally, una animadora en Brookline High. Normalmente, cuando la llevaba a su casa, hablábamos de cosas sin importancia: de si le gustaba la escuela, a qué universidad quería ir, y cosas semejantes. Pero esa noche me sentía inquisitivo, viejo, y desplazado, como un hombre que regresa a su país después de haber estado mucho tiempo fuera de él. Todo era distinto, incluso los niños y los jóvenes. No hacían lo que nosotros habíamos hecho. Tenían diferentes metas, diferentes problemas. Al menos tenían diferentes soluciones. Quizá los problemas fueran los mismos. O tal vez fuera eso lo que más nos gustaba crear.

Finalmente decidí que había bebido demasiado en la fiesta, y que sería mejor que me callara, así que dejé que Sally hablara de su examen de conducir y nada más. Mientras hablaba me sentía al mismo tiempo cobarde y aliviado. Y después pensé que era una tontería; que no tenía razón alguna para mostrar curiosidad sobre la muchacha que cuidaba de mis hijos; que no tenía razón alguna para intentar conocerla, y que si lo intentaba sería mal interpretado. Era más seguro hablar de los permisos de conducir; era un tema sólido, respetable y razonable.

Después, no sé por qué, pensé en Alan Zenner. Y en algo que había dicho Art:

—Si quieres saber algo sobre el mundo, enciende el televisor, busca algún programa de debate, y después apaga el sonido.

Lo hice algunos días después de que me lo dijera. Era curioso: los rostros cambiando de expresión, las lenguas moviéndose, las muecas, los gestos de las manos. Pero ningún sonido. Nada en absoluto. No tenías ni idea de lo que estaban diciendo.

Encontré la dirección en el listín telefónico: Samuel F. Archer, 1334 Langdon Street. Marqué el número. Salió una voz grabada:

—«Lamentamos comunicarle que el número que acaba de marcar no existe. Si se mantiene a la escucha un operador le dará más información.»

Esperé. Hubo una serie de repiques rítmicos, como los latidos de un corazón telefónico, y después oí al operador:

—Información. ¿A qué número está usted llamando?

—Siete— cuatro— dos— uno— cuatro— cuatro— siete.

—Ese número ha sido dado de baja.

—¿Tiene usted algún otro que lo haya sustituido? — No, señor.

Probablemente Samuel F. Archer había cambiado de residencia, pero quizá no fuera así. Me dirigí allí directamente. Su vivienda se encontraba en la falda este de Beacon Hill, era un deteriorado edificio de apartamentos. El vestíbulo olía a coles y a papilla de bebé. Bajé por unas gastadas escaleras de madera hacia el sótano, donde una luz verde iluminaba una puerta completamente pintada de negro.

Había una frase escrita: DIOS SE HACE GRANDE A SÍ MISMO.

Llamé.

De dentro llegaba un ruido de chillidos, trinos, gemidos y algo que parecían crujidos. Se abrió la puerta y me encontré ante un hombre joven, como de unos veinte años, con el pelo largo y con barba. Llevaba una especie de pantalones ceñidos, unas sandalias y una camisa roja. Me miró con una expresión carente de sorpresa e interés:

—¿Sí?

—Soy el doctor Berry. ¿Es usted Samuel Archer? — No.

—¿Está ahí el señor Archer?

—Está muy ocupado en este momento.

—Quisiera verle.

Me miraba fijamente con recelo. Oí más ruidos, algo que rechinaba, un estruendo y un largo silbido. — Necesito su ayuda — dije. Él pareció relajarse ligeramente: — Es un mal momento. — Es urgente.

—¿Es usted médico? — Sí.

—¿Tiene usted coche? — Sí.

—¿De qué clase?

—Chevrolet, del sesenta y cinco.

—¿Cuál es el número de la matrícula?

—Dos— uno— uno— cinco— dieciséis. Él asintió:

—Está bien — dijo— ; lo siento, pero ya sabe usted cómo está la situación en estos días. Uno no se puede fiar de todo el mundo.⁴² Entre — y retrocedió para dejarme pasar—; pero no diga nada, ¿de acuerdo? Yo le hablaré primero. Está componiendo y se pone furioso. Es la séptima hora y ya tendría que terminar. Pero lo hace tan fácilmente; aunque sea tarde.

⁴² Los agentes federales de narcóticos, *narcs*, llevan siempre Chevrolets, con matrícula que empieza por 412 o 414.

Pasamos por lo que me pareció una sala. Había algunos divanes y unas lámparas baratas. Las paredes eran blancas y pintadas con cenefas ondeantes de colores fluorescentes. Una lámpara ultravioleta resaltaba el efecto.

—Salvaje — dije, esperando que ésa fuera la palabra adecuada.

—Sí, hombre.

Fuimos a la habitación contigua. La luz era escasa. Un muchacho bajito, pálido, con una cabeza inmensa llena de rizos rubios, estaba echado en el suelo, rodeado de aparatos electrónicos. Había dos micrófonos en la pared más alejada, y una cinta magnetofónica en funcionamiento. El muchacho pálido estaba trabajando con su equipo, unos mazos redondos, y produciendo sonidos. No levantó la vista cuando entramos. Parecía estar muy concentrado, y sus movimientos eran lentos.

—Espere aquí — dijo el muchacho de la barba—. Yo le avisaré.

Me quedé en la puerta. El muchacho de la barba se aproximó al otro y le dijo con suavidad:

—Sam, Sam. Sam le miró:

—Hola — dijo.

—Sam, tienes una visita. Sam pareció confuso:

—¿De veras? — preguntó. Todavía no me había visto.

—Sí. Es un hombre muy simpático. Muy simpático. ¿Comprendes? Y muy amable.

—Bien — dijo Sam lentamente. — Necesita tu ayuda. ¿Querrás ayudarlo? — Claro.

El muchacho de la barba me hizo un gesto. Yo me acerqué y le pregunté:

—¿Qué es?

—Ácido — dijo —. La séptima hora. Tendría que estar terminando. Pero se va poco a poco, ¿no es verdad?

—Está bien — dije.

Me agaché para estar al mismo nivel que Sam. El me miró sin expresión.

—No te conozco — dijo finalmente.

—Soy John Berry.

Sam no se movió.

—Eres viejo — dijo—. Realmente viejo.

—En cierto modo — dije.

—Sí, hombre, sí. ¡Eh, Marvin! — dijo, levantando la vista hacia su amigo —. ¿Has visto a este tipo? Es realmente viejo.

—Sí — dijo Marvin.

—¡Ah, muy viejo!

—Sam — dije —, soy tu amigo.

Le tendí la mano, lentamente, para no asustarle. No la estrechó; la cogió por los dedos y la llevó a la luz. La volvió lentamente, mirando la palma y después el dorso. Después hizo mover los dedos.

—Eh, hombre — dijo —. Eres médico.

—Sí — dije.

—Tienes manos de médico. Las conozco. — Sí.

—Eh, amigo. Caramba. Hermosas manos. Estuvo en silencio durante un momento, examinando mis manos, estrujándolas, acariciándolas, tocando los pelos del dorso, las uñas, las puntas de los dedos.

—Brillan — dijo—. Ojalá tuviera unas manos como éstas.

—Quizá las tienes — dije.

Dejó caer mi mano y miró las suyas. Finalmente dijo:

—No. Son distintas.

—¿Es eso malo?

Me echó una mirada confusa:

—¿Por qué has venido? — Necesito tu ayuda.

—Sí. Está bien. — Necesito una información.

No me di cuenta de que eso había sido un error hasta que vi a Marvin adelantarse. Sam se agitó; yo hice retroceder a Marvin.

—Está bien, Sam. Está bien.

—Eres policía — dijo Sam.

—No. Policía no. Yo no soy policía, Sam. — Lo eres, estás mintiendo.

—A menudo se pone paranoico — dijo Marvin—. Se imagina monstruosidades.

—Eres un policía, un sucio policía.

—No, Sam. No soy un policía. Si no quieres ayudarme me marcharé.

—Eres un sucio y asqueroso poli. — No, Sam. No, no.

Entonces se sentó, relajando su cuerpo y estirando todos sus músculos. Recobré el aliento:

—Sam, tú tienes una amiga. Bubbles. — Sí.

—Sam, ella tiene una amiga llamada Karen. Miraba fijamente al vacío; estuvo mucho rato sin contestar.

—Sí, Karen.

—Bubbles vivía con Karen. El verano pasado. — Sí.

—¿Conociste a Karen? — Sí.

Empezó a respirar rápidamente, pesadamente, mientras sus ojos se ensanchaban.

Le puse la mano en el hombro, suavemente: — Calma, Sam, calma. Calma. ¿Algo va mal?

—Karen — dijo mirando a través de la habitación —. Era... terrible.

—Sam...

—Era lo peor, hombre. Lo peor.

—Sam, ¿dónde está ahora Bubbles? — Fuera. Se fue a visitar a Angela. Angela... — Angela Harding — dijo Marvin—. Ella y Karen y Bubbles vivían juntas el verano pasado.

—¿Dónde está ahora Angela? — le pregunté a Marvin.

En aquel momento, Sam dio un salto y empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Poli! ¡Poli!

Se lanzó contra mí, erró e intentó darme un puntapié. Yo le agarré el pie, y él cayó, golpeando algún aparato electrónico. Un agudo chillido que variaba de intensidad llenó la habitación.

Marvin dijo:

—Iré por la torazina.⁴³

—Deja la torazina y ayúdame — dije. Agarré a Sam y le hice echarse. Él chillaba por encima del ruido que hacían los aparatos electrónicos.

—¡Poli! ¡Poli! ¡Poli!

Pataleaba. Marvin trató de ayudarme, pero fue en vano. Sam golpeaba la cabeza contra el suelo.

—Ponle el pie debajo.

⁴³ La torazina es un tranquilizante utilizado universalmente como antídoto del LSD y empleado para terminar con las pesadillas. Sin embargo, cuando se utilizan otras sustancias psicodélicas, como el STP, la torazina aumenta el efecto de la droga en lugar de neutralizarlo. Así pues, los médicos que observan psicosis de LSD en los servicios de urgencias, han dejado de administrar la torazina automáticamente.

No comprendió.

—¡Vamos! — grité.

Le puso el pie debajo de la cabeza; así Sam no se lastimaría. Sam continuó pateando y retorciéndose entre mis manos. Bruscamente, lo solté. Cesó de retorcerse y patear, se miró las manos, y después me miró a mí.

—¡Eh, hombre! ¿Qué pasa?

—Relájate — dije.

—Bien, hombre. Suéltame.

Hice una señal de asentimiento a Marvin, que fue a desconectar los aparatos electrónicos. Los aullidos cesaron. La habitación se volvió extrañamente silenciosa.

Sam se sentó, mirándome:

—Eh, me has soltado. Realmente me has soldado. — Me miró a la cara—. Hombre — dijo, tocándome la mejilla —, eres maravilloso.

Y entonces me besó.

Cuando llegué a casa, Judith estaba echada en la cama. — ¿Qué ha sucedido? Mientras me desnudaba, dije: — Me besaron.

—¿Sally? — dijo divertida. — No. Sam Archer. — ¿El compositor? — Eso es.

—¿Por qué?

—Es una historia larga — dije. — No tengo sueño — dijo ella.

Se lo conté; después me metí en la cama y la besé. — Es divertido; nunca en mi vida me había besado ningún hombre.

Ella me acarició el cuello:

—¿Te gustó? — No mucho.

—Es extraño — dijo ella—. Yo lo encuentro fantástico — y me atrajo hacia ella.

—Apuesto a que a ti te han estado besando los hombres toda la vida.

—Algunos son mejores que otros.

—¿Quién es el mejor? — Tú eres mejor que todos.

—¿Es eso una promesa?

Ella tocó la punta de mi nariz con la lengua: — No — dijo—, es una exigencia.

MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE

Uno

Una vez al mes, el Señor se apiada de la Cuna de la Libertad y deja que el sol brille sobre Boston. El miércoles era ese día: frío, brillante y claro, con un aire otoñal. Al levantarme me sentí bien, con una gran expectación por saber qué sucedería.

Tomé un buen desayuno, con dos huevos que comí con culpable apetito, saboreando su colesterol. Después fui a mi despacho para planificar mis actividades del día. Empecé haciendo una lista de todas las personas que había visto e intenté determinar si alguna de ellas era sospechosa. Nadie lo era en realidad.

La primera persona de quien se sospecha en un aborto es de la misma mujer, ya que muchos son autoinducidos. La autopsia demostró que Karen había sido anestesiada para la operación; por lo tanto, ella no lo hizo.

Su hermano conocía los procedimientos, pero estaba de servicio a aquella hora. Podía comprobar eso más tarde, pero de momento no tenía motivos para creer que había mentido.

Peter Randall y J. D. eran dos posibilidades más, hablando técnicamente. Pero no podía imaginar que lo hubiera hecho ninguno de los dos.

Sólo quedaban Art, o uno de los amigos de Karen de Beacon Hill; o alguien que todavía no había visto, o que ni siquiera sabía que existiera.

Estuve mirando la lista durante un rato, y después llamé al edificio Mallory. Alice no estaba; hablé con otra secretaria.

—¿Tiene ya el diagnóstico patológico de Karen Randall?

—¿Cuál es el número de la ficha?

—No lo sé.

Ella contestó en tono irritado:

—Sería de gran utilidad que lo supiera.

—Por favor, mírelo de todas formas.

Sabía perfectamente que la secretaria tenía un archivo frente a ella con todos los resultados de las autopsias efectuadas durante el mes en curso y ordenado por orden alfabético. Buscar el diagnóstico no suponía ninguna molestia para ella.

Después de una larga pausa, dijo:

—Aquí está. Hemorragia vaginal secundaria a causa de perforación y laceraciones uterinas, después de un intento de dilatación y raspado para un embarazo de tres meses. El diagnóstico secundario es choque anafiláctico.

—Comprendo — dije extrañado —. ¿Está usted segura?

—No hago más que leer lo que pone — dijo.

—Gracias — contesté.

Colgué, con una rara sensación. Judith me dio una taza de café y preguntó:

—¿Qué pasa?

—El informe de la autopsia dice que Karen Randall estaba embarazada.

—¿Ah, sí? — Sí.

—¿Y no lo estaba?

—Siempre me pareció que no — dije.

Sabía que podía estar equivocado. Quizá el examen microscópico había revelado lo que no demostró el macroscópico. Pero me parecía raro.

Llamé al laboratorio de Murphy para ver si había terminado con las pruebas de hormonas en la sangre, pero todavía no estaba; no estaría hasta el mediodía. Dije que volvería a llamar.

Después busqué el listín telefónico y di con la dirección de Angela Harding. Vivía en Chestnut Street, un buen lugar.

Me dispuse a ir a verla.

La calle Chestnut está en Charles, cerca de Hill. Es un barrio muy silencioso lleno de apartamentos, tiendas de antigüedades, restaurantes pintorescos y pequeñas pastelerías; la mayoría de las personas que viven allí son jóvenes profesionales — médicos, abogados y banqueros—, que quieren un buen lugar para vivir pero que todavía no están en condiciones económicas de buscar una casa en Newton o en Wellesley. Las demás personas que viven en este barrio son profesionales ya entrados en los sesenta o los cincuenta, cuyos hijos han crecido y se han casado, lo que les ha permitido volver a la ciudad. Si hay que vivir en Boston, lo mejor es instalarse en Beacon Hill.

Por supuesto, había también algunos estudiantes, pero generalmente se reunían tres o cuatro en un apartamento; era la única forma en que podían pagar los alquileres. A los viejos residentes les gustaban los estudiantes; daban color y juventud al vecindario. Es decir, les gustaban los estudiantes mientras éstos fueran limpios y se comportaran como personas.

Angela Harding vivía en un segundo piso de una casa sin ascensor. Llamé a la puerta. Respondió una muchacha esbelta, de pelo negro, que vestía una minifalda y un suéter. Llevaba una flor pintada en la mejilla y unas gafas de sol grandes de cristales azules.

—¿Angela Harding?

—No — dijo la muchacha—, llega demasiado tarde. Ya se ha marchado. Pero quizá vuelva pronto.

—Mi nombre es Berry — dije —. Soy patólogo.

—Oh.

La muchacha se mordió los labios y me miró, llena de dudas.

—¿Es usted Bubbles?

—Sí — dijo—. ¿Cómo lo sabe usted? Ah, claro, usted fue el que vio a Superhead anoche — dijo, estrujándose las manos.

—Sí.

Retrocedió desde la puerta:

—Entre.

El apartamento casi no tenía mobiliario. Un solo diván en una salita y un par de almohadones en el suelo; a través de una puerta vi una cama sin hacer.

—Estoy intentando averiguar algo sobre Karen Randall — dije.

—Ya me lo dijeron.

—¿Es aquí donde vivieron las tres el verano pasado? — Sí.

—¿Cuándo vio a Karen por última vez? — No la he visto durante meses. Y tampoco Angela — dijo.

—¿Le ha dicho eso Angela? — Sí. Claro.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Anoche. Estuvimos hablando de Karen anoche. Precisamente acabábamos de enterarnos de su... mmm... accidente.

—¿Quién se lo dijo?

Ella se encogió de hombros.

—Todo el mundo habla de eso — dijo.

—¿De qué?

—¿Tuvo un raspado desafortunado?

—¿Sabe usted quién lo hizo? — pregunté.

—Han detenido a no sé qué médico. Pero usted eso ya lo debe de saber.

—Sí — dije.

—Probablemente lo hizo él — dijo, encogiéndose de hombros; se apartó el pelo oscuro de su rostro; tenía la piel muy blanca —. Pero no estoy segura.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, Karen no era tonta. Conocía el paño. Además, ya había pasado por eso anteriormente. Para no hablar del pasado verano.

—¿Un aborto?

—Sí. Eso es. Y después estuvo muy deprimida. Tuvo un par de malos viajes, verdaderas monstruosidades, y eso la perturbó. Le ocurrió eso con los bebés, y ella sabía que estaba deprimida a causa de esos espantosos viajes. Nosotras no queríamos que tomara nada después del aborto, pero ella insistió y fue peor. Mucho peor.

—¿Qué le pasaba?

—En uno de los viajes ella se convertía en un cuchillo. Daba vueltas por la habitación chillando todo el rato, diciendo que estaba todo ensangrentado, que las paredes estaban cubiertas de sangre. Y creía que las ventanas eran bebés y que se volvían negros y moribundos. Un horror.

—¿Qué hicieron ustedes?

—La cuidamos — dijo Bubbles —. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Alargó la mano hacia una mesa donde había un pequeño jarrón con un tubo metálico. Sopló suavemente y el aire de la habitación se llenó de burbujas que se balanceaban lentamente. Ella las miró. Fueron cayendo al suelo y desapareciendo una tras otra.

—Un horror.

—¿Quién le hizo abortar el pasado verano? Bubbles rió:

—No lo sé.

—¿Qué sucedió?

—Bueno, ella quedó en estado. De manera que nos dijo que iba a librarse de ello, y se tomó un día libre; después volvió contenta y sonriente.

—¿Ningún problema?

—Ninguno. — Lanzó otra colección de burbujas y las observó hasta que desaparecieron—. Ninguno en absoluto. Perdóneme un momento.

Se fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y se tragó una píldora.

—Estaba empezando a tener un bajón, ¿sabe?

—¿Qué era eso? — Bombas.

—¿Bombas?

—Claro. Ya sabe — movió la mano con impaciencia. Cohetes, sputniks, petardos, hombre.

—¿Anfetamina? — Metedrina.

—¿Lo toma continuamente?

—Actúa usted como todos los médicos — dijo, echándose nuevamente los cabellos hacia atrás —. Siempre haciendo preguntas.

—¿De dónde lo sacó?

Había visto la cápsula. Al menos era de cinco miligramos. La mayor parte de los productos que se venden en el mercado negro son de un miligramo.

—Olvídelo, ¿de acuerdo? Olvídalo y ya está.

—Si quiere que lo olvide, ¿por qué dejó que lo viera?

—Forma parte de la excitación — dijo —. Me estaba exhibiendo.

—Quizá fuera eso — reconocí. — Quizá.

—¿Karen hacía lo mismo?

—Karen era adicta a cualquier cosa — dijo Bubbles suspirando—. Solía pincharse.

Debí aparentar confusión, porque ella movió los dedos sobre el codo, como si pusiera una inyección intravenosa.

—Nadie más lo hace — dijo Bubbles —. Pero Karen lo hacía siempre así.

—Sus viajes...

—Ácido. Una vez DMT.

—¿Qué tal se sintió después?

—Como en el infierno. Estaba realmente hecha un asco. Deshecha. Horrible, ¿sabe? Realmente eran viajes horribles.

—¿Se quedó mucho tiempo deprimida?

—Sí. Todo el resto del verano. No volvió a hacerlo con ningún muchacho en todo el verano. Como si estuviera asustada.

—¿Está usted segura de ello?

—Sí — dijo—. Claro.

Di una ojeada al apartamento:

—¿Dónde está Angela? — Fuera.

—¿Adonde fue? Me gustaría hablar con ella.

—Ella sí necesita hablar con usted ahora mismo. — ¿Adonde fue?

—Ya se lo dije. Salió.

—Me han dicho que es enfermera — dije.

—Eso es — dijo Bubbles —. Dio en...

En este momento, se abrió la puerta y una muchacha alta entró con violencia en la habitación. Dijo:

—El muy hijoputa no está en ninguna parte; se ha escondido, el muy asqueroso...

Calló al verme.

—Hola Ang — dijo Bubbles; me señaló con la cabeza—. Aquí tienes a un carroza bastante bueno que quiere verte.

Angela Harding entró en la sala, se echó en el diván y encendió un cigarrillo. Llevaba un vestido negro muy corto, medias de malla negra y unas botas de piel negras. Tenía el pelo oscuro y largo, y un rostro duro, de una belleza clásica, con huesos que parecían cincelados; el rostro de una modelo. Me costaba imaginármela como enfermera.

—¿Es usted uno de los que quiere saber algo sobre Karen?

Asentí con la cabeza.

—Siéntese — dijo —. Desembuche.

Bubbles dijo:

—Ang, no le dije...

—Tráeme una Coca, ¿quieres Bubbles? — dijo Angela; Bubbles asintió silenciosamente y se dirigió a la cocina—. ¿Quiere una Coca?

—No, gracias.

Ella se encogió de hombros:

—Póngase cómodo — succionó el cigarrillo y después lo aplastó. Sus movimientos eran rápidos, pero mantenía la compostura y la calma en su rostro. Bajó la voz — : No quiero hablar de Karen delante de Bubbles; está muy triste a causa de lo ocurrido.

—¿Con Karen?

—Sí. Eran íntimas.

—¿Y usted? — No tanto.

—¿Cómo es eso?

—Al principio nos sentimos muy unidas. Una muchacha simpática, un poco salvaje, pero divertida. Intimamos mucho al principio. Así que decidimos compartir un apartamento las tres. Después Bubbles conoció a Superhead, y Karen y yo nos pasamos la mayor parte del tiempo juntas, las dos solas. Entonces ya no fue tan fácil.

—¿Por qué?

—Era una chica loca. Rara. Bubbles volvió con la Coca—Cola. —No lo era — dijo.

—No contigo. Ella te tenía ciertas atenciones.

—Lo que te pasa a ti es que...

—Sí. Eso. Claro — Angela movió la cabeza y levantó sus largas piernas. Se volvió hacia mí y dijo — : Se refiere a Jimmy. Jimmy era un residente que conocí en Tocología.

—¿Ése era el servicio en el que trabajaba?

—Sí — dijo ella —. Entre Jimmy y yo había algo, y yo estaba segura de que era bueno. Había algo bueno. Entonces apareció Karen.

Angela encendió otro cigarrillo y evitó mirarme a los ojos. No podría decir si en realidad ella le estaba hablando a Bubbles o a mí. Obviamente, las dos muchachas no estaban de acuerdo.

—Nunca pensé que podría hacer eso — dijo Angela—. Aunque sólo fuera porque éramos compañeras de habitación. Quiero decir, que me parece que hay reglas...

—A ella le gustaba — dijo Bubbles.

—A ella le gustaba. Sí. Eso creo. Por el espacio de setenta y dos horas.

Angela se levantó y se paseó por la habitación. Su vestido apenas le llegaba a medio muslo. Era sorprendentemente hermosa; mucho más hermosa que Karen.

—Eso no está bien — dijo Bubbles.

—A mí no me sentó bien.

—Sabes que estás mintiendo. Sabes que Jimmy... — Yo no sé nada — dijo Angela —. Todo lo que sé es que ahora Jimmy está en Chicago terminando su residencia, y yo no estoy con él. Quizá si yo fuera... — dejó la frase sin terminar.

—Quizá — dijo Bubbles.

—¿Quizá qué? — pregunté.

—Olvídelo — dijo Angela. Insistí:

—¿Cuándo vio a Karen por última vez?

—No sé. Sería en agosto. Antes de que empezara la escuela.

—¿No la vio usted el domingo pasado?

—No — dijo ella, paseando todavía por la habitación. Ni siquiera perdió el ritmo de los pasos—. No.

—Es curioso. Alan Zenner la vio este domingo. — ¿Quién?

—Alan Zenner. Un amigo suyo. — Aja.

—El la vio y ella le dijo que se disponía a venir aquí. Angela y Bubbles intercambiaron una mirada. Bubbles dijo:

—El sucio...

—¿No es verdad? — pregunté.

—No — dijo Angela bruscamente —. No la vimos.

—Pero ella estaba decidida...

—Debió de cambiar de opinión. Lo hacía muy a menudo. Karen cambiaba de opinión tan a menudo que a veces te preguntabas si llegaba a tener alguna.

Bubbles dijo: — Ang, escucha... — Tráeme otra Coca, ¿quieres? Su voz autoritaria no dejaba lugar a dudas. Bubbles se levantó mansamente y fue a por otra Coca.

—Bubbles es simpática — dijo Angela—, pero un poco ingenua. Le gusta que las cosas terminen siempre bien. Por eso le deprime tanto lo que pasó con Karen.

—Comprendo.

Dejó de pasearse y se quedó de pie ante mí. Su cuerpo estaba rígido, como si hubiera sido esculpido en hielo:

—¿Hay algo en concreto que desee usted preguntarme?

—Sólo si vio a Karen la semana pasada. — No. La respuesta es no.

Me levanté.

—Bien, gracias, y disculpe el tiempo que le he hecho perder.

Angela hizo un movimiento con la cabeza y se dirigió a la puerta. Al marcharme oí que Bubbles decía:

—¿Se marcha?

Y Angela contestaba:

—Cierra el pico.

Dos

Poco antes del mediodía llamé a la oficina de Bradford y me dijeron que un miembro del personal se haría cargo del caso del doctor Lee. Se llamaba George Wilson. Pedí que me pusieran con él. Al otro lado del teléfono su voz era suave y daba una gran sensación de confianza en sí mismo; acordamos encontrarnos a las cinco de la tarde, pero esta vez no sería en el club Trafalgar. Nos encontraríamos en Crusher Thompson's, un bar de la parte baja de la ciudad.

Después comí en un autoservicio y leí los periódicos de la mañana. La noticia de la detención de Art se había publicado al fin, con grandes titulares que ocupaban las primeras páginas, aunque no hablaban de la relación que tenía con la muerte de Karen Randall. Junto con la noticia había una fotografía de Art. Aparecía con oscuras ojeras de sádico. Su boca se torcía en una siniestra sonrisa, y llevaba el pelo en desorden. Podía ser cualquier curandero barato.

La noticia no decía gran cosa; sólo un simple relato de lo que había sido la detención. No hacía falta que dijera mucho; la fotografía lo decía todo. En cierto modo había sido una opción inteligente. No podía crearse un ambiente lleno de prejuicios basándonos en una fotografía normal.

Después de comer fumé un cigarrillo e intenté ordenar mis pensamientos. No puedo decir que lo consiguiera. Las descripciones que había oído de Karen eran excesivamente opuestas y vagas. No podía imaginarme con claridad cómo era, ni lo que podría haber hecho. Y, en especial, lo que podría haber hecho si llegaba a Boston embarazada, un fin de semana, y necesitaba un aborto.

A la una llamé de nuevo al laboratorio de Murph. El mismo Murph contestó al teléfono.

—Hola, Murph. ¿Cuál es el resultado?

—¿De Karen Randall?

—Pues claro, Murph; ¿llegas de la luna?

—No exactamente — dijo—. Acaban de llamar del City. Weston estaba al teléfono. Quería saber si nos habías traído una muestra de sangre.

—¿Y qué dijiste?

—Que sí.

—¿Y qué dijo él?

—Quería saber el resultado. Se lo dije. — ¿Cuál es el resultado?

—Todos los niveles metabólicos de excreción y hormonales son muy bajos. No estaba embarazada. Absolutamente imposible.

—Está bien — dije —, gracias.

Murph hizo resucitar mi teoría. Al menos en parte. — ¿Me lo vas a contar, John? — Todavía no — dije.

—Me lo prometiste.

—Lo sé — dije —, pero ahora no puedo.

—Sabía que me ibas a hacer una cosa así — dijo Murph —. Sara me despreciará.

Sara era su esposa, una gran aficionada a las habladurías.

—Lo siento, pero no puedo.

—Vaya; una cosa tan fea a un viejo amigo...

—Lo siento.

—Si quiere divorciarse de mí — dijo Murph—, te nombraré mi defensor.

Tres

Llegué a los laboratorios de patología del Mallory a las tres. El primer hombre con el que me encontré fue Weston, que parecía cansado. Me saludó con una sonrisa torcida.

—¿Qué averiguó? — pregunté.

—El resultado fue negativo — dijo — en cuanto al embarazo.

—¿Ah, sí?

—Sí — cogió la carpeta que contenía las hojas de patología y pasó el dedo por ella—. Sin duda alguna.

—Llamé aquí antes y me dijeron que el informe decía que estaba embarazada de tres meses.

Weston preguntó con cautela: — ¿Con quién hablaste?

—Con una secretaria. — Sería algún error. — Supongo que sí — dije. Me tendió la carpeta:

—¿Quieres ver también las muestras?

—Sí. Me gustaría.

Nos dirigimos a la habitación donde trabajaban los patólogos para hacer sus diagnósticos. Una gran sala dividida en cubos, donde están los microscopios y el archivo de las muestras examinadas, así como los resultados de las autopsias.

Nos paramos en un extremo.

—Helo aquí — dijo Weston señalando una caja de muestras —. Tengo curiosidad por saber qué opinas de algunas de ellas.

Me dejó, y yo me senté delante de un microscopio; encendí la luz y empecé a trabajar. Había treinta muestras en la caja, sacadas de los órganos más importantes. Seis se habían sacado de distintas partes del útero: empecé por esas.

Al momento me di cuenta con toda claridad de que la muchacha no estaba embarazada. No había hiperplasia en el endometrio. Si había algo anormal era que presentaba cierta atrofia, con algunas glándulas proliferativas y una vascularidad disminuida. Miré las demás muestras para estar bien seguro. Todas eran iguales. Algunas contenían trombosis a causa del raspado, pero ésa era la única diferencia.

Mientras miraba las muestras, consideraba su significado. La muchacha no estaba embarazada; sin embargo, creía estarlo. Por lo tanto, lo más seguro era que sus períodos menstruales hubieran cesado. Esto coincidía con la apariencia aletargada del endometrio. ¿Pero qué había causado la supresión de sus períodos? Inmediatamente me puse a pensar en la etiología de tales condiciones.

En una muchacha de esa edad, lo primero en que se piensa es en los factores neurológicos. La tensión y la excitación de comenzar en una escuela y trasladarse a un ambiente nuevo podrían haber suprimido temporalmente la menstruación, pero no durante tres meses, ni tampoco con los signos que le acompañaban: obesidad, cambio en la distribución del vello, etc.

Por lo tanto, había trastornos hormonales. El síndrome virilizante adrenal, Stein— Lavalenthal, irradiación: todas estas causas parecían poco probables por una razón u otra, pero había una forma rápida de averiguarlo.

Puse la muestra de la corteza renal en el microscopio. La atrofia cortical era evidente, particularmente en las células de la zona fascicular. La zona glomerulosa aparecía normal.

Después miré los ovarios. Aquí los cambios eran sorprendentes. Los folículos eran pequeños, inmaduros, con aspecto marchito. Todo el órgano, igual que el endometrio uterino, tenía un aspecto aletargado.

Descartados, pues, los síndromes virilizantes, o un tumor de la corteza renal, el Stein—Laventhal y el tumor ovárico.

Finalmente, miré la tiroides. Incluso con el mínimo aumento, la atrofia de esa glándula era evidente. Los folículos estaban encogidos y las células internas eran pocas. Un hipotiroidismo claro.

Esto explicaba que la tiroides, las glándulas suprarrenales y los ovarios estuvieran atrofiados. El diagnóstico era claro, aunque la etiología no. Abrí la carpeta y leí la información oficial. La había hecho Weston; el estilo era vivo y directo. Llegué al resultado del microexamen. Había notado que el endometrio era hipoplástico y con aspecto anormal, aunque había considerado las demás glándulas de «apariencia normal, pero con el interrogante de remotos cambios atróficos».

Cerré la carpeta y fui a verle.

Su oficina era amplia, llena de libros y muy ordenada. Se sentaba detrás de un pesado escritorio, fumando su pipa, con aspecto de venerable maestro.

—¿Ocurre algo? — dijo.

Vacilé. Me había estado preguntando si había escondido información a propósito, si se habría unido a los demás, que creían en la culpabilidad de Art. Pero eso era ridículo; Weston no podía comprarse, a su edad y con su reputación. Además, no era particularmente afecto a la familia Randall. No tenía razón para falsificar la información.

—Sí — dije—. Me sorprendió su diagnóstico.

Aspiró la pipa tranquilamente:

—¿Ah, sí?

—Sí. He estado revisando las muestras y me parecen bastante atróficas. Pensé que quizá...

—Bien, John — dijo Weston riendo—, sé lo que ibas a decir. Pensaste que quizá las querría examinar de nuevo — me sonrió —. Las he revisado. Dos veces. Esta es una autopsia importante, y la hice tan meticulosamente como pude. La primera vez que examiné las muestras me pareció lo mismo que a ti: que aparentemente indicaban un hipopituitismo que afectaba a los tres órganos, tiroides, suprarrenales y gónadas. Me pareció una conclusión segura, así que decidí volver a examinar los órganos mayores. Como tú mismo pudiste comprobar, éstos no mostraban ninguna anormalidad sorprendente.

—Esa atrofia podía ser reciente — dije.

—Sí — dijo—, es posible. Es por eso que resulta tan difícil. Es por eso que sería interesante poder echar un vistazo al cerebro; para comprobar algún neoplasma. Pero no es posible; el cuerpo fue quemado esta mañana.

—Comprendo. Me sonrió:

—Siéntate, John. Me pone nervioso que estés ahí de pie.

Cuando me hube sentado, prosiguió:

—De todas maneras, eché un vistazo a los órganos y después volví a mirar las muestras microscópicas. No estaba del todo convencido. De manera que busqué algunas muestras de un antiguo caso de hipopituitismo y las volví a mirar, y, finalmente, examiné las muestras de Randall por tercera vez. Entonces ya no me sentí seguro con el diagnóstico de un trastorno pituitario.

Cuanto más miraba menos seguro me sentía. Necesitaba algo que corroborara ese diagnóstico, la disección del cerebro, alguna radiografía o alguna prueba de hormonas en el caudal sanguíneo. Es por eso que llamé a Jim Murphy. — ¿Ah, sí?

—Sí. — Su pipa se había apagado; la volvió a encender—. Sospeché que te habías llevado la muestra de sangre para hacer la prueba del estradiol, y que se la harías hacer a Murphy. Quería saber si habías querido comprobar otros niveles hormonales, TSH, ACTH, T4, o cualquier cosa que pudiera ayudar.

—¿Por qué no me llamó a mí?

—Lo hice, pero en tu laboratorio no sabían dónde estabas.

Asentí. Todo parecía tener sentido. Sentí cómo mi cuerpo se relajaba.

—Por cierto — dijo Weston — ; creo que hace algún tiempo se le hicieron radiografías craneanas a Karen Randall. ¿Tienes idea de lo que revelaban?

—Nada — dije —. Eran negativas.

Weston suspiró:

—Qué pena.

—Aunque puedo decirle algo interesante.

—¿Qué es?

—Fueron pedidas porque ella se quejaba de visión borrosa.

Weston suspiró:

—John, ¿sabes cuál es la causa más común de la visión borrosa?

—No.

—La falta de sueño — dijo Weston; se puso la pipa a un extremo de la boca y la mantuvo entre sus dientes —. (Qué harías tú en mi lugar? ¿Hacer un diagnóstico basándote en una dolencia que los rayos X desmentirían?

—Las muestras microscópicas son sugerentes.

—Pero sólo sugerentes. — Movié lentamente la cabeza—. Éste es un caso ya bastante confuso, John. Y no voy a hacerlo aún más confuso con un diagnóstico del que no puedo estar seguro. Después de todo, es posible que sea llamado a declarar ante un tribunal. Y no quiero exponerme. Si el fiscal o la defensa quieren que un patólogo revise el material y se exponga, que lo

hagan. El material está aquí para el que quiera verlo. Pero yo no lo haré. Mis experiencias ante los tribunales me han enseñado una cosa por lo menos.

—¿Cuál?

—Que no hay que tomar nunca una posición a menos que pueda defenderse contra todo y contra todos. Puede que suene como un buen consejo para un general — dijo sonriendo—, pero, después de todo, un tribunal no es más que una guerra muy civilizada.

Cuatro

Tenía que ver a Sanderson. Le había prometido verle, y ahora necesitaba con urgencia su consejo. Pero, al entrar en el vestíbulo del Lincoln, la primera persona a la que vi fue a Harry Fallón.

Venía por un corredor, llevando un impermeable y un sombrero hasta las orejas. Harry es un internista con una gran práctica en los suburbios de Newton; es también un antiguo actor y un poco payaso. Le saludé y él levantó lentamente el ala de su sombrero. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro pálido.

—Estoy resfriado — dijo Harry.

—¿Quién te trata?

—Gordon. El jefe de residentes. — Sacó un pañuelo de papel y se sonó ruidosamente—. A ver si me cura este terrible resfriado.

Me reí.

—Te sueñas como si hubieras tragado una bola de algodón.

—Muchas gracias — dijo resoplando —. No es asunto para reírse.

Desde luego, tenía razón. Todos los médicos tienen horror a estar enfermos. Incluso los pequeños resfriados se consideran malos para lo que se llama la «impresión del paciente», y una enfermedad grave es asunto de alto secreto. Cuando los Henley tuvieron una glomerulonefritis crónica, hicieron lo imposible para asegurarse de que sus pacientes no se enterasen; visitaban a su médico a medianoche, escondiéndose de todos, como si fueran ladrones.

—No parece que sea un mal resfriado — dije a Harry.

—Ja, ¿eso crees? Escucha esto. — Se sonó de nuevo la nariz, produciendo un largo y estruendoso sonido, parecido en parte a una sirena o al grito mortal del hipopótamo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

—Dos días. Dos miserables días. Mis pacientes empiezan a notarlo.

—¿Y qué tomas para eso?

—Cafés calientes — dijo —. Es lo mejor para el virus. Pero el mundo está contra mí, John. Hoy, en el apogeo de mi resfriado, me han regalado una invitación.

—¿Una invitación?

—Sí. Para ir a la regata.

Me reí, pero en mi subconsciente había algo que me preocupaba, algo que tenía que recordar y pensar, algo que había olvidado y pasado por alto.

Encontré a Sanderson en la biblioteca de patología. Es una sala cuadrada, con montones de sillas, un proyector V una pantalla. Aquí es donde se celebran las conferencias y se revisan las autopsias, y éstas son tan frecuentes que prácticamente no se puede utilizar nunca la biblioteca para consultar los libros.

En las estanterías están los informes de las autopsias dentro de unas cajas, archivados desde 1923, el año en que se empezaron a guardar los informes. Antes de esta fecha, nadie tiene mucha idea de cuál era la causa y cuáles las enfermedades más comunes por las que moría la gente, pero, a medida que aumentaba el conocimiento de la medicina y del cuerpo humano, esa información se convirtió en un dato de vital importancia. Una prueba de este interés creciente era el número de autopsias efectuadas; en 1923 todas las informaciones cabían en una caja delgada; pero en 1965, era necesaria media estantería para guardar todos los informes. En ese momento, a más de un setenta por ciento de todos los pacientes que morían en el hospital se les practicaba la autopsia, y se hablaba de hacer microfilms de los informes para guardarlos en la biblioteca.

En un rincón de la habitación había una cafetera eléctrica, un bote de azúcar y un paquete de vasos de papel, así como un cartelito que ponía: «Un vaso, cinco centavos. Honradez de scout.» Sanderson estaba maniobrando con la cafetera, tratando de hacerla funcionar. La cafetera representaba un viejo reto: se decía que nadie podía terminar su residencia de patología en el hospital Lincoln hasta saberla hacer funcionar.

—Algún día — murmuró Sanderson—, me electrocutaré con este maldito trasto. — Enchufó y se oyeron algunos chasquidos —. Yo o algún otro pobre diablo. ¿Leche y azúcar?

—Sí, por favor — dije.

Sanderson llenó dos vasos, manteniéndose tan alejado de la cafetera como se lo permitía su brazo extendido. Era notoria la torpeza de Sanderson para cualquier cosa mecánica. Tenía un conocimiento soberbio, casi instintivo, del cuerpo humano y de las funciones de sus huesos y de su carne, pero los objetos mecánicos o eléctricos estaban fuera de su alcance. Vivía con el temor constante de que se le estropeará el coche, el televisor o el tocadiscos; los miraba a todos ellos como traidores y desertores en potencia.

Era un hombre alto y corpulento, que alguna vez había defendido el título de los pesos pesados para Harvard. Sus antebrazos y sus muñecas eran tan gruesas como la pantorrilla de la mayoría de los hombres. Tenía un rostro solemne y profundo; podría haber sido juez, o un excelente jugador de póquer.

—¿Dijo algo más Weston? — preguntó.

—No.

—No pareces contento.

—Digamos que estoy preocupado.

Sanderson movió la cabeza.

—Creo que en eso te equivocas — dijo —. Weston no falsificaría un informe para nadie. Si dice que no está seguro, es que no lo está.

—Quizá tendrías que examinar esas muestras tú mismo.

—Me gustaría — dijo Sanderson—, pero ya sabes que no es posible.

Tenía razón. Si se dejaba ver en el Mallory y pedía las muestras, se tomaría como un insulto personal a Weston. Esas cosas no se hacían.

—Quizá si te lo pidiera... — dije. — ¿Por qué habría de hacerlo? — No sé.

—Weston ha hecho el diagnóstico y lo ha firmado con su nombre. Asunto concluido, a menos que sea necesario revisarlo durante el juicio.

Tuve la sensación de que me hundía. A medida que pasaban los días, había llegado a creer con toda certeza que no habría tal juicio. Cualquier juicio, aunque su resultado fuera la absolución, perjudicaría gravemente la reputación de Art, su posición y su práctica. Tenía que evitarse el juicio a toda costa.

—Pero tú crees que era hipopituitarismo.

—Sí.

—¿Etiología? — Neoplasma, creo.

—¿Adenoma?⁴⁴

—Eso creo. O quizá craneofaringioma.

—¿De cuánto tiempo?

—No podría ser muy viejo — dije —. Las radiografías de hace cuatro meses eran normales. No había aumento ni erosión de la silla turca. Pero se quejaba de trastornos de la visión.

—¿Y no podría ser un falso tumor?

El pseudotumor cerebral es un trastorno que sufren las mujeres y los niños. Los pacientes tienen todos los síntomas de un tumor, pero en realidad no lo tienen. Se relaciona con la interrupción de una terapéutica esteroidea; las mujeres lo sufren a veces cuando toman píldoras anticonceptivas. Pero, por lo que sabía, Karen no las tomaba. Se lo dije a Sanderson.

—Es una verdadera pena que no tengamos muestras del cerebro — dijo.

Asentí con la cabeza.

⁴⁴ El adenoma cromóforo es el tumor mas corriente de la pituitaria. Crece muy lentamente y es relativamente benigno, pero comprime el nervio óptico, causando síntomas visuales, y puede ser también la causa de trastornos endocrinos.

—Por otra parte — agregó Sanderson —, se efectuó un aborto. Eso es algo que no podemos olvidar.

—Lo sé — dije —. Pero ésa es precisamente otra indicación de que Art no lo hizo. Él no habría provocado ningún aborto sin hacer antes algún análisis, y ese análisis habría resultado negativo.

—En el mejor de los casos, ésa es sólo una evidencia circunstancial.

—Lo sé, pero es algo. Es un comienzo.

—Hay otra posibilidad — dijo Sanderson—. Supongamos que el que le practicó el aborto creyó en la palabra de Karen de que estaba embarazada.

Fruncí el caño.

—No lo comprendo. Art no conocía a la muchacha; no la había visto nunca hasta entonces. El nunca...

—No estoy pensando en Art — dijo Sanderson. Estaba mirando fijamente a sus pies, como si algo se confundiera en su mente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, esto es pura especulación... Esperé a que hablara.

—Ya se han dicho muchas cosas. Siento tener que añadir aún más — dijo.

Guardé silencio.

—Nunca me habría enterado — continuó Sanderson—. Creí estar bien informado sobre eso, pero nunca lo supe hasta hoy. Como puedes imaginarte, toda la comunidad médica no habla de otra cosa que de la hija de J. D. Randall que ha muerto de aborto; no puedes evitar que los demás médicos hablen de eso. — Suspiró —. Sea como sea, es algo que la esposa de un médico dijo a mi esposa. No sé si es verdad.

Yo no tenía intención de apremiar a Sanderson. Podía tomarse el tiempo que quisiera para decírmelo; encendí un cigarrillo y esperé pacientemente.

—¡Diablos! Probablemente no sea más que un rumor. No puedo creer que no me hubiera enterado antes.

—¿De qué? — dije finalmente. — Peter Randall. Peter Randall hace abortos. Muy silenciosamente y muy privadamente, pero los hace.

—¡Dios mío! — exclamé, dejándome caer en una silla.

—Es difícil de creer — dijo Sanderson.

Fumé un cigarrillo y me puse a pensar en ello. Si Peter provocaba abortos, ¿lo sabría J. D.? ¿Lo habría hecho Peter y trataba de encubrirlo? ¿Era eso lo que quería decir cuando hablaba de un «asunto de familia»? Si era así, ¿por qué habrían mezclado a Art en todo eso?

¿Y cómo habría hecho abortar a la muchacha? Peter vería, con toda seguridad, que había algo de anormal en ella. Era un médico suficientemente bueno para pensar en un tumor pituitario. Si la muchacha hubiera acudido a él diciéndole que estaba embarazada, con toda certeza lo habría relacionado con sus trastornos de la vista anteriores, y le habría hecho algún análisis.

—Peter no lo hizo — dije.

—Quizá ella le presionó. Quizá tenía prisa. Sólo podía disponer de un fin de semana.

—No. Él no cedería ante su presión. — Era familiar suyo.

—Era una muchacha joven e histérica — dije, recordando la descripción de Peter. Sanderson preguntó:

—¿Puedes estar seguro de que Peter no lo hizo? — No — admití.

—Supongamos que lo hizo. Y supongamos que la señora Randall sabía lo del aborto. O que la muchacha, mientras se desangraba, le dijo que lo había hecho Peter. ¿Qué iba a hacer la señora Randall? ¿Acusar a su cuñado?

Veía adonde quería ir a parar. Ciertamente, eso explicaría una de las circunstancias confusas del caso, el porqué la señora Randall había llamado a la policía. Pero no me gustaba. Y se lo dije a Sanderson.

—El motivo de que no te gusta es que Peter te resulta simpático.

—Puede ser.

—No puedes permitirte la debilidad de excluir ni a él ni a ninguna otra persona. ¿Sabes dónde estuvo Peter el sábado por la noche?

—No.

—Yo tampoco — dijo Sanderson —. Pero no estaría mal averiguarlo.

—No — dije —. No lo hizo. Peter no lo hubiera hecho. Y si lo hubiera hecho, no habría sido tan torpe. Ningún profesional lo habría hecho así.

—Estás prejuzgando el caso — observó Sanderson.

—Entonces, igual que lo pudo haber hecho Peter, lo pudo haber hecho Art, sin análisis ni nada.

—Sí — admitió Sanderson serenamente—. Eso también lo he pensado yo.

Cinco

Me sentía irritado cuando dejé a Sanderson. No podía decir exactamente por qué. Quizá tuviera razón; quizá buscaba de una manera irrazonable e ilógica, basándome en unos datos fijos, en ideas preconcebidas sobre las personas y las cosas.

Pero había algo más. En cualquier acción judicial, había siempre la posibilidad de que Sanderson y yo nos viéramos comprometidos, y saliera a la luz nuestro engaño en el cambio de los tejidos examinados. Tanto Sanderson como yo éramos responsables de gran parte del asunto, tan

responsables como el mismo Art. No habíamos hablado de eso, pero era algo que latía continuamente en el fondo de mi pensamiento, y estaba seguro de que a Sanderson le ocurría lo mismo. Y eso hacía que a veces interpretáramos las cosas de forma distinta.

Sanderson tenía toda la razón: podíamos cargar el muerto a Peter Randall. Pero si lo hacíamos, nunca sabríamos por qué. Siempre podríamos decir que era porque creíamos en la culpabilidad de Peter. O porque era la única forma de salvar a un hombre acusado sin razón.

Pero siempre nos quedaría la duda de si lo habíamos hecho simplemente para salvarnos a nosotros mismos.

Antes de hacer nada tendría que recoger más información. El argumento de Sanderson no hacía distinción alguna entre la hipótesis de que la señora Randall tal vez sabía que Peter lo había hecho, o la de que, simplemente, lo sospechaba.

Y, además, había otra cuestión. Si la señora Randall sospechaba que Peter había provocado el aborto y deseaba evitar su detención, ¿por qué habría mencionado a Art? ¿Qué sabía ella de Art?

Art Lee era un hombre cauteloso y meticuloso. Apenas se hablaba de él entre las mujeres embarazadas de Boston. Era conocido por un número relativamente pequeño de médicos, y no tenía muchas pacientes. Las escogía cuidadosamente.

¿Cómo había llegado a saber la señora Randall que él provocaba abortos? Había un hombre que quizá supiera la respuesta: Fritz Werner.

Fritz Werner vivía en una casa de Beacon Street. La planta baja la dedicaba a su trabajo: una antesala y una cómoda habitación con un escritorio, una silla y un diván, y otra habitación que servía de biblioteca. Las dos plantas superiores estaban destinadas a servirle de hogar. Fui directamente a la segunda planta y entré en una salita que encontré igual que siempre: una gran mesa al lado de la ventana, llena de lápices, pinceles, bocetos, libros de pintura y pasteles; dibujos de Picasso y Miró en las paredes, una fotografía de T. S. Eliot sonriendo a la cámara, y una fotografía de Mananne Morre hablando con su amigo Floyd Patterson, firmada.

Fritz estaba sentado en un pesado sillón; vestía unos pantalones ligeros y un jersey muy amplio. Llevaba unos auriculares conectados con el aparato estereofónico; fumaba un grueso cigarro y lloraba. Las lágrimas le corrían por sus pálidas y flácidas mejillas. Se enjugó los ojos al verme, y se sacó los auriculares.

—Hola John. ¿Has oído alguna vez algo de Albinoni?

—No — dije.

—Entonces no conoces el adagio. — Me temo que no.

—Siempre me pone triste — dijo secándose los ojos —. Infernalmente triste. ¡Es tan dulce! Siéntate.

Me senté. Paró el tocadiscos y sacó el disco. Le quitó el polvo cuidadosamente y lo guardó en la funda.

—Es una suerte que hayas venido. ¿Qué tal te fue el día?

—Interesante. — ¿Buscaste a Bubbles? — Sí, lo hice.

—¿Qué tal la encontraste?

—Confusa.

—¿Por qué lo dices? Sonreí.

—No me analices, Fritz. Nunca pago las cuentas a mis médicos. — ¿No? — Háblame de Karen Randall — dije.

—Eso es muy poco delicado por tu parte, John. — Te pareces a Charlie Frank cuando dices eso.

—Charlie Frank no es del todo necio — dúo Fritz—. Por cierto, ¿te he dicho que tengo un nuevo amigo?

—No — dije.

—Lo tengo; es una criatura maravillosa, de lo más simpático. Tenemos que hablar de él algún día.

—Karen Randall — dije, recordándole lo que me interesaba.

—Sí, claro. — Fritz tomó aliento —. Tú no conociste a la muchacha, John. No era una buena chica. En absoluto. Era una muchachita ruin, mentirosa y desagradable, con graves neurosis. Y si me apuras mucho, diría que al borde de una psicosis.

Se encaminó hacia su dormitorio, y se sacó el jersey. Lo seguí y vi cómo se ponía una camisa limpia y una corbata.

—Sus problemas — dijo Fritz— eran de naturaleza sexual, consecuencia de una infancia reprimida por culpa de sus padres. Su padre no es precisamente un modelo de adaptación. El casarse con esa mujer es una prueba de ello. ¿La conoces?

—¿La actual señora Randall?

—Sí. Una mujer horrible, ¡horrible!

Se estremeció mientras se anudaba la corbata y se la arreglaba ante el espejo.

—¿Conociste a Karen? — pregunté.

—Ésa fue mi desgracia. Conocí también a sus padres. Nos conocimos en la maravillosa y gloriosa fiesta que dieron los barones de...

—Vamos al grano — dije.

Fritz suspiró:

—Esa muchacha, esa Karen Randall, era el producto de las neurosis de sus padres. En cierto modo representaba sus fantasías.

—¿Qué quieres decir?

—Rompiendo los moldes, siendo sexualmente libre, no preocupándose de lo que la gente decía, saliendo con las personas con las que no debiera salir, siempre en un sentido sexual. Atletas, negros. Y todas esas cosas.

—¿Fue alguna vez paciente tuya?

—No, por suerte — dijo suspirando —. En una ocasión se me sugirió que la aceptara, pero rehusé. En aquel momento tenía ya a tres muchachas adolescentes, y ya era suficiente. Incluso demasiado.

—¿Quién te pidió que te ocuparas de ella?

—Peter, desde luego. Es el único que tiene sentido común de toda la familia.

—¿Qué sabes de los abortos de Karen?

—¿Abortos?

—Vamos, Fritz.

Se dirigió a un armario y sacó de él una americana sport, se la puso y se alisó las solapas.

—La gente no lo comprenderá nunca — dijo —. Es un ciclo, un caso fácilmente reconocible, tan común como un infarto de miocardio. Conoces lo que es, los síntomas, el problema. Lo has visto una y otra vez. Una niña rebelde escoge el punto más débil de sus padres (con una exactitud sorprendente), y se dedica a explotarlo. Pero después, cuando llega el castigo, éste es aplicado en los mismos términos del punto débil: si alguien te pregunta en francés, tú debes contestar en francés.

—No comprendo.

—Para una muchacha como Karen, el castigo era importante. Ella quería ser castigada, pero su castigo, como su rebelión, tenía que ser de naturaleza sexual. Quería sufrir los dolores del parto; así podía compensar su ruptura con la familia, con la sociedad, con la moral... Dylan lo expresa maravillosamente: tengo el poema aquí, en alguna parte.

Empezó a buscar entre las estanterías.

—No importa — dije.

—No, no, es una cita encantadora; te gustará. -Buscó un rato más y después se enderezó —. No la encuentro; bueno, no importa. El caso es que ella necesitaba sufrimiento, pero nunca lo experimentaba. Era por eso que ella se quedaba embarazada una y otra vez.

—Hablas como un psiquiatra.

—En estos tiempos, lo hacemos todos. — ¿Cuántas veces se quedó embarazada?

—Dos. Que yo sepa. Pero eso es sólo lo que yo he oído de otras pacientes. Muchas mujeres importantes se sintieron amenazadas por Karen. Ella se metía con su escala de valores, con su sentido del bien y del mal. Las desafiaba, daba por sentado que eran viejas, asexuadas, tímidas y necias. Una mujer de mediana edad no puede afrontar tal desafío; es terrible. Debe responder, debe reaccionar, debe formarse un criterio que la reivindique ante sí misma, y, por lo tanto, debe condenar a Karen.

—Así pues, habrás oído muchos chismes.

—He oído muchos temores.

Fumaba su cigarro. La habitación estaba llena de sol y de humo azulado. Se sentó sobre la cama y empezó a ponerse los calcetines y los zapatos.

—Francamente — dijo —, al cabo de un tiempo yo mismo tenía resentimientos contra Karen. Pasaba por encima de todo, hacía demasiado, iba demasiado lejos.

—Quizá no podía evitarlo.

—Quizá necesitaba una buena zurra.

—¿Es ésa una opinión profesional? Sonrió.

—Esto es solamente la manifestación de mi irritación humana. Si pudiera contar el número de mujeres que se han descarriado y que han tenido relaciones desastrosas por culpa de Karen...

—No me importan las demás mujeres — dije —. Me importa Karen.

—Está muerta. — ¿Te alegras?

—No seas tonto — dijo Fritz —. ¿Por qué dices eso? — Fritz...

—Sólo una pregunta.

—Fritz — dije —, ¿cuántos abortos tuvo Karen antes del de ese fin de semana?

—Dos.

—Uno el verano pasado — dije —, en junio, y el otro ¿antes?

—Sí.

—¿Y quién la hizo abortar?

—No tengo la más ligera idea — dijo, aspirando el humo de su cigarro.

—Tenía que ser alguien bueno — observé —, porque Bubbles dijo que Karen estuvo ausente sólo durante una tarde. La operación tuvo que ser muy eficaz y sin traumatismos.

—Es probable. Después de todo, era una muchacha rica.

Lo miré, sentado en su cama, anudándose los zapatos y fumando el cigarro. No sé por qué, tuve la certeza de que lo sabía.

—Fritz, ¿fue Peter Randall?

Fritz gruñó:

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

—Necesito una confirmación.

—Lo que necesitas es que te echen una soga al cuello. Sí, fue Peter.

—¿Lo sabía J. D.?

—¡Dios bendito! ¡Eso nunca!

—¿Lo sabía la señora Randall?

—Mmmm... No estoy seguro. Es posible, pero lo dudo.

—¿Sabía J. D. que Peter provocaba abortos?

—Sí. Todo el mundo sabe que Peter provoca abortos. Es un profesional en el asunto, créeme.

—Pero J. D. nunca supo que Karen había abortado.

—Eso es.

—¿Cuál es la relación que hay entre la señora Randall y Art Lee?

—Estás muy fino hoy — dijo Fritz.

Esperé una respuesta. Fritz aspiró su cigarro dos veces seguidas, creando una gran nube de humo alrededor de su rostro, y desvió la vista.

—Vamos. ¿Cuándo? — insistí.

—El año pasado. Cerca de la Navidad, si mal no recuerdo.

—¿J. D. no lo supo?

—Si piensas un poco te acordarás de que J. D. pasó los meses de noviembre y diciembre en la India, trabajando para el Departamento de Estado. Una especie de viaje de buena voluntad, en pro de la salud pública.

—Entonces ¿quién era el padre?

—Bien, existe cierta especulación sobre ello. Pero nadie está seguro... Quizá ni siquiera la señora Randall.

De nuevo tuve la sensación de que estaba mintiendo.

—Vamos, Fritz. ¿Vas a ayudarme o no?

—Querido muchacho. Eres inmensamente listo.

Se levantó, se dirigió al espejo, alisó su chaqueta y pasó sus manos por la camisa. Era algo que siempre observaba en Fritz; se tocaba continuamente el cuerpo, como si quisiera asegurarse de que no había desaparecido.

—A menudo he pensado — dijo Fritz — que la actual señora Randall bien pudiera haber sido la madre de Karen, ya que las dos hacían gala de la misma calentura.

Encendí un cigarrillo.

—¿Por qué se casó con ella J. D.?

Fritz se encogió de hombros inocentemente y se puso un pañuelo por debajo de las mangas de la chaqueta.

—Sólo Dios lo sabe. Se habló mucho de eso entonces. Ella proviene de una buena familia (una familia de Rhode Island), pero la mandaron a una escuela de Suiza. Esas escuelas suizas destruyen a cualquier muchacha. De todas formas, fue una mala elección para un hombre que había cumplido ya los sesenta y que era un cirujano muy ocupado. Ella se aburrió enseguida en su enorme mansión. Los suizos te enseñan a aburrirte en cualquier circunstancia.

Se abrochó la americana y se alejó del espejo, echando la última mirada por encima del hombro.

—Así pues, se dedicó a divertirse.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Más de un año.

—Fue ella quien decidió los abortos de Karen. — Lo dudo. Uno no puede estar seguro de nada, pero lo dudo. Es más probable que fuera cosa de Signe.

—¿Signe?

—Sí, la amante de J. D.

Suspiré, preguntándome si Fritz se estaría burlando de mí. Pero, pensándolo bien, me pareció que no era así.

—¿J. D. tenía una amante?

—Oh, sí. Una muchacha finlandesa. Trabajaba en el laboratorio de cardiología del Mem. Me dijeron que era bastante atolondrada.

—¿No la viste nunca?

—No.

—¿Entonces, cómo sabes...?

Sonrió enigmáticamente.

—¿A Karen le gustaba esa tal Signe?

—Sí. Eran buenas amigas. En realidad, eran íntimas — dijo Fritz; y continuó— : Karen quería mucho a su madre, la primera señora Randall. Murió hace dos años de cáncer, — rectal, creo—, y fue un gran golpe para Karen. Ella nunca había apreciado mucho a su padre, pero siempre había confiado en su madre. La pérdida de su confidente, cuando ella tenía dieciséis años, fue un gran golpe. La mayor parte de su subsiguiente... comportamiento puede atribuirse a malos consejos.

—¿De Signe?

—No. Según me han dicho, Signe es una muchacha bastante sensata.

—Entonces no lo entiendo.

—Una de las razones por las que Karen no apreciaba a su padre, era porque conocía sus inclinaciones. Verás, él ha tenido siempre amantes. Jóvenes. La primera fue la señora Jewett, y después hubo...

—No importa — dije, pues ya me había hecho cargo de la situación —. ¿J. D. engañaba también a su primera esposa?

—Pendoneaba — dijo Fritz — ; digamos que pendoneaba.

—¿Y Karen lo sabía?

—Era una muchachita muy perceptiva.

—Hay una cosa que no comprendo — dije —. Si a Randall le gusta la variedad, ¿por qué volvió a casarse?

—Oh, esto está bastante claro. Sólo hay que mirar a la actual señora Randall para comprenderlo. Es un accesorio en su vida, una decoración, un adorno para su existencia. Es como una planta exótica en un tiesto, lo cual no está muy lejos de la verdad, considerando lo mucho que bebe esa dama.

—No tiene sentido — dije.

Me miró entre divertido e inquisitivo:

—¿Y qué hay de esa enfermera con la que comes dos veces por semana?

—Sandra es una amiga. Y es una muchacha excelente — dije, mientras me sorprendía de ver lo bien informado que estaba.

—¿Y nada más?

—Claro que no — dije un poco violento.

—¿Es una casualidad que te encuentres con ella en el café los jueves y viernes?

—Sí. Nuestros horarios...

—¿Qué crees que esa muchacha siente por ti? — No es más que una niña. Tiene diez años menos que yo.

—¿No te sientes halagado?

—¿Qué quieres decir? — pregunté, sabiendo lo que quería decir.

—¿No te proporciona cierta satisfacción el hablar con ella?

Sandra era una enfermera de la planta octava del servicio de medicina. Era muy bonita, con unos ojos muy grandes y una cintura muy estrecha, y una forma de andar...

—No ha sucedido nada — dije.

—Ni sucederá. Sin embargo, os veis dos veces por semana.

—Ella representa un paréntesis agradable en mi trabajo. Dos veces por semana. Un *rendez-vous* en la íntima y sexualmente cargada atmósfera del café del hospital Lincoln.

—No es necesario que levantes la voz.

—No levanto la voz — dije, hablando más bajo.

—Ya ves — dijo Fritz —, los hombres tienen distintas maneras de actuar. Tú no sientes deseos de hacer otra cosa que hablar con esa muchacha. Es suficiente con que ella esté allí, pendiente de todas tus palabras, algo enamorada de ti...

—Fritz...

—Mira — dijo Fritz —, pongamos un caso: tengo un paciente que sentía deseos de matar a la gente. Era un deseo muy fuerte, difícil de controlar. Eso preocupaba al paciente; temía constantemente matar a alguien de verdad. Pero, finalmente, ese hombre encontró un trabajo en el medio Oeste, un trabajo de verdugo. Su *modus vivendi* consiste en electrocutar a la gente. Y lo hace muy bien; es el mejor electrocutador de toda la historia del estado. Registró diversas patentes, pequeñas técnicas que inventó para hacer el trabajo más rápido y menos doloroso. Es un estudiante de la muerte. Disfruta con su trabajo. Es un hombre entregado. Ve sus métodos y sus avances de la misma forma que un médico; un alivio del sufrimiento, una mejora. — ¿Y qué?

—Que intento decirte que los deseos normales pueden tomar muchas formas; algunas son legítimas, otras no. Cada cual debe encontrar la manera de enfocarlos.

—Estamos muy lejos de Karen — dije.

—En realidad, no. ¿No te has preguntado nunca por qué quería tanto a su madre y tan poco a su padre? ¿Te has preguntado por qué, cuando murió su madre, ella escogió ese modo de comportarse tan particular (sexo, drogas, autohumillaciones), hasta el punto de hacer amistad con la querida de su padre?

Me recliné en el sillón. Fritz volvía a ser retórico.

—La muchacha — dijo — sufría determinadas tensiones y angustias. Tenía ciertas reacciones, algunas defensivas, otras ofensivas, ante lo que sabía de sus padres. Reaccionaba según lo que sabía. Tenía que hacerlo. En cierto modo, debía estabilizar su propio mundo.

—Vaya estabilidad.

—Cierto. Desagradable, mala, perversa. Pero quizá era lo único que sabía hacer.

—Me gustaría hablar con esa Signe — dije.

—Imposible. Signe volvió a Helsinki hace seis meses.

—¿Y Karen?

—Karen se convirtió en una pobre alma solitaria. No tenía nadie en quien apoyarse, ningún amigo, ninguna ayuda. O, al menos, así se sentía ella.

—¿Qué hay de Bubbles y Angela Harding?

Fritz me miró fijamente:

—¿Qué ocurre con ellas? — La hubieran podido ayudar.

—¿Puede un náufrago salvar a otro náufrago? Bajamos las escaleras juntos.

Seis

Crusher Thompson había sido un luchador de los años cincuenta. Era conocido por su cabeza en forma de espátula, que solía utilizar apretándola contra el pecho de su rival una vez derribado, y para aplastarlo con ella. Durante algunos años, divirtió a mucha gente y pudo reunir el dinero suficiente para comprar un bar, que había sido el centro de reunión de muchos jóvenes. Thompson no era tonto, a pesar de su cabeza. Tenía algunos detalles — a la entrada, por ejemplo, había una alfombrilla que no era otra cosa que una colchoneta deportiva— y, a pesar de las inevitables fotografías suyas colgadas en todas partes, el efecto, en general, era agradable.

Había una sola persona en el bar cuando yo llegué, un negro corpulento, muy bien vestido, sentado en el extremo más lejano del bar ante un vermut. Me senté y pedí un whisky. El mismo Thompson servía tras el mostrador, con las mangas arremangadas para exponer sus poderosos y velludos antebrazos.

—¿Conoce usted a un individuo llamado George Wilson? — pregunté.

—Claro — dijo Thompson con una sonrisa. — ¿Querrá usted avisarme cuando llegue, por favor? Thompson señaló con la cabeza al hombre sentado en el extremo del bar: — Es aquel de allí. El negro levantó la vista y me sonrió. Era una sonrisa medio divertida, medio cohibida. Me dirigí hacia él y le estreché la mano.

—Lo siento — dije—, soy John Berry.

—No tiene importancia, eso es también nuevo para mí.

Era joven, no llegaría a los treinta. Tenía una pálida cicatriz desde la oreja derecha hasta el cuello que desaparecía por debajo de la camisa. Pero sus ojos eran firmes y tranquilos mientras se alisaba su corbata a rayas.

—¿Vamos a sentarnos? — Está bien.

Mientras nos dirigíamos a un apartado, Wilson dijo por encima del hombro:

—Dos de lo mismo, Crusher.

El hombre tras el mostrador guiñó un ojo en señal de asentimiento.

—Usted trabaja en la firma Bradford, ¿no es así?

—Sí. Empecé hará poco menos de un año.

Asentí con la cabeza.

—Es lo corriente — dijo Wilson—. Me dieron una buena oficina que da a la recepción; así, la gente que entraba y salía podía verme. Es lo que suele hacerse.

Comprendía lo que estaba diciendo; sin embargo, no podía evitar un poco de resentimiento. Tenía varios amigos, abogados, y ninguno de ellos pudo establecer su propio bufete sin antes haber trabajado durante varios años en una firma. Desde un punto de vista objetivo, este joven era

afortunado, pero era mejor no decírselo, porque ambos sabíamos muy bien por qué era afortunado; era una especie de rareza, un producto que la sociedad súbitamente había considerado valioso: un negro educado. Sus horizontes eran claros y su futuro prometedor. Pero no dejaba de ser una rareza.

—¿Qué clase de trabajo ha estado usted haciendo? — Impuestos en su mayor parte. Un par de asuntos de procedimientos civiles. La firma no tiene muchos casos criminales, como puede usted suponer. Pero cuando me uní a ellos, expresé mi especial interés en el trabajo de tribunales. Nunca me imaginé que me concedieran este caso. — Comprendo.

—Sólo quería que se hiciera usted cargo de esto. — Creo que lo comprendo. Le han cargado con un muerto, ¿no es eso?

—Quizá — dijo sonriendo—. O al menos así lo creen.

—¿Y qué es lo que usted cree?

—Creo que un caso se decide en el tribunal, no antes.

—¿Ha pensado en la forma de llevar el caso?

—Estoy trabajando en eso — dijo Wilson—. Va a ser difícil, porque tiene que hacerse bien. El jurado puede ver a un negro compasivo defendiendo a un médico chino que practica abortos, y no creo que les gustara.

Sorbí mi bebida. La segunda ronda estaba en el extremo de la mesa.

—Por otra parte — dijo Wilson —, ésta es una gran oportunidad para mí.

—Si gana.

—Eso pretendo — dijo llanamente.

De pronto, pensé que Bradford, fueran cuales fueran sus razones para dar el caso a Wilson, había tomado una sabia decisión. Porque este muchacho quería ganar el caso. Lo deseaba intensamente.

—¿Ha hablado usted con Art?

—Esta mañana.

—¿Y cuál fue su impresión?

—Inocente. Estoy seguro. — ¿Por qué?

—Porque lo comprendo — dijo Wilson.

Mientras saboreábamos la segunda bebida le hice un resumen de lo que había estado haciendo aquellos días. Wilson escuchó en silencio, sin interrumpirme, aunque de vez en cuando anotaba algunas cosas. Cuando hube terminado dijo:

—Me ha ahorrado mucho trabajo.

—¿En qué sentido?

—Con lo que usted me ha dicho, puede resolverse este caso. Podemos conseguir fácilmente la libertad del doctor Lee.

—¿Alegando que la muchacha no estaba embarazada?

Negó con la cabeza:

—En algunos casos, como aquél de Taylor, se llegó a la conclusión de que el embarazo no es un elemento esencial. No importa que el feto hubiera ya muerto antes del aborto.

—En otras palabras, que no importa que Karen Randall estuviera embarazada o no.

—En absoluto.

—¿Pero no es una prueba de que el trabajo fue hecho por un «aficionado», quien no comprobó primero el embarazo con algún análisis? Art nunca provocaría un aborto sin hacer una prueba primero.

—¿Cree que se ganaría el caso así? ¿Intentando demostrar que el doctor Lee es un médico dedicado a abortos tan inteligente y tan hábil que no puede cometer ni un solo error?

—No, creo que no — dije de mal humor.

—Mire — dijo Wilson—, no se puede llevar una defensa basándose en el carácter del acusado. No sería efectiva, por mucho que uno se empeñara. — Hizo pasar las hojas de su agenda—. Deje que le ponga en antecedentes de la situación legal. En 1845, una ley general de Massachusetts estableció que practicar el aborto era un delito fuera cual fuese el medio que se empleara. Si la paciente no moría, la sentencia no era de más de siete años. Si la paciente moría, la sentencia era de cinco a veinte años. Desde entonces la ley se ha hecho algo más tolerante. Algunos años más tarde se decidió que si el aborto era necesario para salvar la vida de la madre, no era ilegal. Pero éste no es nuestro caso. — No.

—Posteriores revisiones, incluidas el caso *Viera*, decidían que el usar un instrumento con intención de provocar un aborto constituía un crimen, aunque no se probara que de ello resultara el aborto o la muerte. Eso puede ser muy interesante. El fiscal intentará demostrar con toda seguridad que el doctor Lee practica abortos desde hace varios años; por lo tanto una ausencia de pruebas contundentes en este caso no será suficiente para dar la libertad a Lee.

—¿Pueden hacer eso?

—No. Pero pueden intentarlo, y eso nos perjudicaría enormemente.

—Siga.

—Hay dos artículos más que son importantes, porque demuestran que la ley está contra el que practica abortos, y que se desentiende de la mujer implicada. El caso Wood estableció que el consentimiento de la paciente no constituía una justificación del aborto. Al mismo tiempo, concluía que la muerte de una mujer era sólo un agravante de delito. En efecto, esto significa que su investigación de Karen Randall es, desde el punto de vista legal, una absoluta pérdida de tiempo.

—Pero yo pensé...

—Sí, dije que el caso estaba concluido, y lo está.

—¿Cómo?

—Hay dos alternativas: la primera es presentar a la familia Randall todo el material que tenemos antes de ir al tribunal. Señalar el hecho de que Peter Randall, el médico sin mancha, practica también abortos. El hecho de que él la había hecho abortar previamente. El hecho de que la señora Randall se había hecho provocar un aborto por el doctor Lee, y ésa es la causa por la que mintió al citar las palabras de Karen. El hecho de que Karen era una muchacha inestable y desequilibrada, cuyas palabras en el lecho de muerte eran muy discutibles. Podríamos presentar todo eso a la familia, esperando persuadirlos de que retiraran los cargos antes del juicio.

Respiré profundamente. El muchacho jugaba duro.

—¿Y la otra alternativa?

—La segunda debe ser ya en el tribunal. Es evidente que la cuestión crucial está en la relación entre Karen, la señora Randall y el doctor Lee. El fiscal se apoya en el testimonio de la señora Randall. Tenemos que desacreditarla. Tenemos que destruirla para que ningún jurado crea ni una palabra de lo que diga. Después hemos de examinar la personalidad y el comportamiento de Karen. Podemos demostrar que era adicta a las drogas, que era una persona promiscua, y una mentirosa patológica. Debemos convencer al jurado de que todo lo que Karen decía, tanto a su madrastra como a cualquier otra persona, era de dudosa veracidad. Podemos demostrar también que se le provocaron dos abortos, y que fue Peter Randall quien se encargó de ello; y que, con toda probabilidad, efectuó también el tercer aborto.

—Estoy seguro de que Peter no lo hizo — dije. — Es posible — dijo Wilson—, pero eso no tiene importancia.

—¿Por qué?

—Porque no se juzga a Peter Randall, sino al doctor Lee, y debemos hacer lo posible para salvarle.

Lo miré.

—No me gustaría encontrarme con usted en un callejón oscuro.

—¿No le gustan mis métodos? — dijo sonriendo. — No, francamente.

—A mí tampoco. Pero estamos obligados a ellos por la naturaleza de las mismas leyes. En muchos casos, ante una relación de médico y paciente, la ley se vuelve contra el médico. El año pasado tuvimos el caso de un internista en la clínica Glory, quien efectuó un examen pélvico y rectal a una mujer. O al menos eso es lo que dijo. No hubo ninguna enfermera presente en el examen, ningún testigo. La mujer había sido tratada tres veces en sanatorios mentales por paranoia y esquizofrenia, pero ganó el caso, y el médico no tuvo suerte y se vio obligado a dejar la profesión.

—Pese a todo, no me gusta el sistema. — Mírelo de forma racional — dijo Wilson — ; la ley es clara. Equivocada o no, es clara. Ofrece, tanto para el fiscal como para la defensa, unos modelos, unas técnicas, unas vías dentro de los presentes estatutos. Desgraciadamente, tanto para el fiscal como para la defensa, estas técnicas llegan a adquirir caracteres asesinos. El fiscal intentará desacreditar al doctor Lee tanto como le sea posible. Nosotros, la defensa, intentaremos desacreditar a la señora Randall y a Peter Randall. El fiscal contará con la ventaja de la hostilidad innata de cualquier jurado de Boston ante cualquier médico que practica abortos. Nosotros tendremos a

nuestro favor el deseo de cualquier jurado actual de Boston de ser testigo del descrédito de una vieja familia.

—Sucio. El asintió. — Muy sucio.

—¿No hay otra forma de llevar el caso?

—Sí — dijo —, claro. Encontrar a quien lo hizo. — ¿Cuándo será vista la causa?

—Habrá una vista preliminar la próxima semana.

—¿Y el juicio?

—Quizá dos semanas después. Se le ha concedido una especie de prioridad. No sé cómo, pero lo supongo.

—Randall ha hecho presión. Wilson asintió.

—¿Y si no hemos encontrado al culpable cuando se celebre el juicio?

Wilson sonrió con tristeza.

—Mi padre — dijo — fue un predicador de Raleigh, Carolina del Norte. Era el único hombre instruido de la comunidad. Le gustaba leer. Recuerdo que una vez le pregunté si todos los autores que él leía eran blancos, como Keats y Shelley. Dijo que sí. Le pregunté si no había leído nada de un hombre de color. Me dijo que no. — Wilson se pasó la mano por la frente, escondiendo sus ojos —. Pero, a pesar de todo, era predicador, era bautista y era severo. Creía en un Dios colérico. Creía en que los rayos caían a la tierra para herir a los pecadores. Creía en el fuego del infierno y en la condenación eterna. Creía en el bien y en el mal.

—¿Y usted?

—Yo creo — dijo Wilson — en la lucha del fuego contra el fuego.

—¿Es siempre bueno el fuego?

—No, pero siempre es ardiente y exigente.

—¿Y cree en la victoria?

Se tocó la cicatriz del cuello.

—Sí.

—¿Aun sin honor?

—El honor está en ganar. — ¿Sí?

Se quedó mirándome con fijeza durante unos momentos.

—¿Por qué está usted tan ansioso de proteger a los Randall?

—No lo estoy.

—Pues lo parece.

—Estoy haciendo lo que a Art le gustaría hacer. — Art quiere salir de la prisión. Le estoy diciendo que puedo sacarle. Nadie más en Boston querrá ponerle la mano encima; es demasiado comprometido. Le estoy asegurando que puedo sacarle.

—Espere — dije.

—¿A qué?

—A encontrar a quien lo hizo.

—¿Y si no aparece? Moví la cabeza. — No sé.

—Entonces piénselo — dijo, y se marchó.

Siete

Wilson me había irritado, pero también me había dejado muy pensativo. Me dirigí a casa y me serví un vodka con hielo; luego me senté para reflexionar. Pensé en todas las personas con las que había hablado y me di cuenta de que había dejado de hacer preguntas muy importantes. Había lapsus, grandes lapsus. Por ejemplo, todavía ignoraba qué había hecho Karen el sábado por la noche con el coche de Peter; qué le había dicho a la señora Randall al día siguiente. Si ella había vuelto con el coche de Peter, que ahora habían robado, ¿cuándo se lo había devuelto a Peter?

Bebí el vodka y me sentí más tranquilo. Todo había ido excesivamente rápido; había perdido la paciencia demasiado a menudo; había reaccionado más ante la gente que ante la información, más ante las personas que ante los hechos.

Debería ser más comedido en el futuro.

Sonó el teléfono. Era Judith. Estaba en casa de los Lee.

—¿Qué ocurre?

—Sería mejor que vinieras. Hay una especie de manifestación ahí fuera — dijo con voz firme.

—¿Qué?

—Hay una multitud delante de la casa.

—Voy enseguida — dije, y colgué. Agarré el abrigo y me dirigí hacia el coche, y entonces me detuve.

El momento requería la mayor prudencia.

Retrocedí y marqué rápidamente el número de las oficinas del *Globe*. Informé sobre una manifestación ante la casa de los Lee. Hice una llamada dramática, con voz entrecortada; estaba seguro de que surtiría efecto.

Después me dirigí al coche y lo puse en marcha.

Cuando llegué a casa de los Lee, la gran cruz de madera estaba todavía humeante en el jardín frente a la casa. Había un coche de la policía, y una multitud apiñada a su alrededor; la mayoría eran muchachos de la vecindad y sus asombrados padres. Todavía no había oscurecido del todo; el cielo era de azul oscuro, y el humo que salía de la cruz se dirigía recto hacia el cielo.

Me abrí paso hacia la casa. Todas las ventanas visibles tenían los cristales rotos. Dentro, alguien lloraba. Un policía me detuvo en la puerta.

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor Berry. Mi esposa y mis hijos están ahí dentro.

Se hizo a un lado, y entré.

Estaban todos en la salita. Betty Lee estaba llorando; Judith cuidaba de los niños. Había cristales rotos en todas partes. Dos de los niños se habían hecho cortes algo profundos, pero no graves. Un policía estaba haciendo preguntas a la señora Lee, pero sin conseguir un relato coherente. Ella decía solamente:

—Pedimos protección. La pedimos. La suplicamos, pero ustedes no llegaban nunca...

—Por Dios, señora... — decía el policía.

—La pedimos. ¿Es que no tenemos nuestros derechos?

—Por Dios, señora — repitió. Ayudé a Judith a vendar a los niños.

—¿Qué ha sucedido?

De pronto, el policía se volvió hacia mí: — ¿Quién es usted? — Soy un médico.

—Ya, está bien, ya era hora. — Y se volvió hacia la señora Lee.

Judith estaba afectada y pálida:

—Empezó hace veinte minutos — dijo —. Nos han amenazado por teléfono todo el día; también hemos recibido cartas. Al final ha ocurrido: llegaron cuatro coches y salieron de ellos un puñado de muchachos. Colocaron la cruz y la rociaron con gasolina antes de prenderle fuego. Por lo menos eran veinte. Se quedaron de pie y cantaron «Adelante, soldados de Cristo». Después, cuando vieron que los observábamos desde detrás de las ventanas, empezaron a lanzar piedras. Fue como una pesadilla.

—¿Qué aspecto tenían esos muchachos? ¿Iban bien vestidos? ¿Qué clase de coches llevaban? Ella meneó la cabeza:

—Eso fue lo peor; eran jóvenes, con aspecto de muchachos amables y educados. Si hubieran sido viejos maniáticos, podría comprenderse, pero apenas si tenían veinte años. Deberías haber visto sus rostros.

Terminamos de vendar a los niños y los hicimos salir de la habitación.

—Me gustaría ver las cartas que recibisteis — dije. En aquel momento, el pequeño Lee de un año de edad entró a gatas en la habitación. Sonreía y balbucía de satisfacción. Evidentemente, los pequeños trozos de cristal que brillaban en la alfombra le intrigaban.

—¡Eh! — dije al policía que estaba en la puerta —. ¡Agárrelo!

El policía bajó la vista. Había estado observando al niño en todo su recorrido. Se inclinó y paró al bebé cogiéndolo por sus piernas regordetas.

—Levántele — le dije al policía —. No le hará daño. De mala gana, el policía le levantó. Le sostenía como si estuviera enfermo. En su rostro se observaba la repugnancia: el hijo de un médico abortista.

Judith se dirigió hacia él, haciendo crujir los cristales con los zapatos. Tomó al bebé de los brazos del policía. El bebé que no se daba cuenta de los sentimientos del policía, jugaba alegremente con los brillantes botones de su uniforme azul. No le gustó que Judith le apartara de aquellos botones.

Oí como el otro policía decía a la señora Lee: — Mire usted, señora, recibimos amenazas continuamente. No podemos atender todas las llamadas al mismo tiempo.

—Pero nosotros llamamos cuando quemaron esa... esa cosa en el jardín.

—Eso es una cruz.

—Sé lo que es — dijo. Ya no lloraba, estaba anonadada.

—Vinimos tan rápidamente como nos fue posible — dijo el policía —. Ésa es la verdad, señora. Tan rápidamente como nos fue posible.

—Tardaron quince minutos — me dijo Judith —. Cuando llegaron, los jóvenes se habían marchado ya, y todos los cristales estaban rotos.

Me dirigí a la mesa y miré las cartas. Habían sido abiertas cuidadosamente y estaban ordenadas en un montón. La mayoría estaban escritas a mano, y algunas a máquina. Todas eran cortas; algunas no contenían más que una frase, y todas constituían una especie de maldición:

Sucios comunistas amantes de judíos, negros y asesinos. Vosotros y los de vuestra especie tendréis lo que os merecéis: hijos asesinos. Sois la escoria de la tierra. Quizá creáis que estáis en Alemania, pero no es así.

Sin firma.

Nuestro Señor y Salvador dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí.» Ha pecado contra el Señor Jesús, nuestro Dios, y tiene que recibir el castigo de sus altísimas manos. Ruegue a Dios en su sabiduría y compasión infinitas.

Sin firma.

Las personas decentes y temerosas de Dios en esta comunidad no nos quedaremos tranquilos. Lucharemos contra usted y allí donde haya lucha. Le sacaremos de su casa, le sacaremos del país, hasta que nuestra comunidad sea un lugar decente donde podamos vivir.

Sin firma.

Te tenemos atrapado. Atraparemos a todos tus amigos. Los médicos creen que pueden hacer cualquier cosa: a) Tener grandes Cadillacs. b) Cobrar fortunas, c) Hacer esperar a los pacientes; que es por eso por lo que se llaman pacientes, porque esperan pacientemente, d) Pero tú eres un demonio. Te detendremos.

Sin firma.

¿Te gusta matar niños? A ver lo que sientes cuando te maten a los tuyos.

Sin firma.

El aborto es un crimen contra Dios, contra el hombre, contra la sociedad y contra el niño que habría de nacer. Si no se paga en la tierra, el Señor, con su infinita sabiduría, lo castigará con el fuego eterno del infierno.

Sin firma.

El aborto es peor que un crimen. ¿Qué le hicieron ellos? Conteste eso y verá, cómo tengo razón. Por mí puede usted pudrirse en la prisión, y morirse toda su familia.

Sin firma.

Había una última carta, escrita con una letra femenina muy clara:

He oído hablar de su desgracia y lo siento. Sé que ése debe de ser un momento de prueba para todos ustedes. Sólo quiero decirle que le estoy muy agradecida por lo que hizo por mí el año pasado, y que creo en usted y en lo que hace. Es usted el médico más maravilloso que he conocido, y el más honrado. Ha hecho usted mi vida mucho más feliz de lo que habría sido a no ser por usted, y mi marido y yo le estamos eternamente agradecidos. Rogaré por usted todas las noches.

ALLION BANKS.

La deslicé en el bolsillo. No quería que esa carta anduviera suelta por ahí. Oí voces detrás de mí.

—Bien, bien, bien. No está nada mal.

Me volví. Era Peterson.

—Mi esposa me llamó.

—Es curioso — dijo, dando un vistazo a la habitación; con todos los cristales rotos, la habitación se enfriaba a medida que caía la noche—. Vaya lío, ¿eh?

—Eso es lo que parece.

—Sí, claro — dijo, dando una vuelta por la habitación—. Un verdadero lío.

Observándole, tuve súbitamente una horripilante visión de un hombre uniformado, con pesadas botas, paseándose sobre ruinas. Era una visión vaga, no específica ni relacionada con ningún momento ni lugar concreto.

Otro hombre entró en la habitación. Llevaba un impermeable, y tenía una libreta en la mano.

—¿Quién es usted? — dijo Peterson.

—Curtís. Del *Globe*, señor.

—¿Quién le ha mandado a usted, muchacho? Peterson miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en mí.

—Eso no está bien — dijo Peterson—. No está nada bien.

—Es un periódico con buena reputación. Este muchacho dará una información exacta de los hechos. Con toda seguridad, usted no puede ponerle objeciones.

—Escuche — dijo Peterson —. Esta es una ciudad de dos millones y medio de habitantes, y el departamento de policía no tiene suficiente personal. No podemos investigar todas las quejas ni las amenazas de los lunáticos que se reciben. No podemos, ya que debemos dedicarnos a otras cosas, como dirigir el tráfico.

—La familia de un acusado — dije; era consciente de que el periodista me observaba con toda atención —. La familia de un acusado recibe amenazas por teléfono y por correo. La mujer y los niños pequeños. Ella tiene miedo. Ustedes no le han hecho ningún caso.

—Eso no es justo, y usted lo sabe.

—Entonces sucede algo gordo. Empiezan a quemar una cruz y a destrozar su casa. La mujer llama por teléfono pidiendo ayuda. Sus muchachos tardan quince minutos en llegar. ¿Dónde está la comisaría de policía más próxima?

—No viene al caso.

El periodista estaba escribiendo.

—Lo han calculado mal — dije—. Son muchos los ciudadanos de esta ciudad que se oponen al aborto, pero aún son más los que están contra la destrucción ilegal de la propiedad privada por una banda de delincuentes juveniles.

—No eran tales...

Me volví hacia el periodista:

—El capitán Peterson tiene la impresión de que los muchachos que quemaron la cruz y rompieron todas las ventanas de la casa no eran delincuentes juveniles.

—No es eso lo que quería decir — repuso Peterson rápidamente.

—Es eso lo que dijo — indiqué al periodista —. Además, quizá le interese a usted saber que dos de los niños recibieron ciertas heridas de consideración a causa de trozos de cristales que saltaron.

—Eso no fue lo que me dijeron — dijo Peterson—. Los cortes eran solamente...

—Creo que soy el único médico presente en este momento — dije —. ¿O quizá la policía trajo a un médico consigo cuando finalmente acudieron a la llamada de socorro?

Se quedó en silencio.

—¿Trajo un médico la policía? — preguntó el periodista.

—No.

—¿Pidieron ellos un médico? — No.

El periodista escribía rápidamente.

—Le atrapé, Berry — dijo Peterson —, le atrapé por eso. — Tenga cuidado. Está usted ante un periodista. Sus ojos se me clavaron como puñales. Giró sobre sus talones.

—Por cierto — dije—, ¿qué medidas ha tomado la policía para prevenir que se repita la agresión?

Se quedó parado.

—Aún no se ha decidido.

—Asegúrese de explicar a este periodista lo infortunado de la situación y de darle a conocer su decisión de montar una guardia de veinticuatro horas — dije —. Asegúrese de eso para que la situación se aclare.

Se mordió los labios, pero sabía que lo haría. Eso era lo que yo quería, protección para Betty, y un poco de presión sobre la policía.

Ocho

Judith se llevó nuestros niños a casa; yo me quedé con Betty y la ayudé a reparar provisionalmente las ventanas. Ello me llevó casi una hora, y a cada ventana que tapaba crecía mi mal humor.

Los niños de Betty estaban acostados, pero no querían dormir. Continuamente bajaban las escaleras y se quejaban de que les dolían los cortes, o que querían un vaso de agua. Sobre todo, el pequeño Henry se quejaba de que le dolía el pie; así pues, le saqué la venda para asegurarme de que no le había quedado clavado ningún trozo de cristal. Encontré que tenía una pequeña astilla clavada en la herida.

Allí sentado, con su pequeño pie en la mano, y Betty diciéndole que no llorara mientras le limpiaba la herida, me sentí súbitamente cansado. La casa olía a la madera quemada de la cruz. Hacía frío a causa de las ventanas rotas. Todo estaba en desorden; harían falta algunos días para dejarla como antes.

Y todo para nada.

Cuando terminé con el pie de Henry, volví a las cartas que Betty había recibido. Al leerlas, me sentí más candado aún. Me preguntaba constantemente cómo habría personas capaces de hacer cosas así; qué es lo que esas personas pensarían. La respuesta obvia era que esa gente no pensaba nada. Simplemente, reaccionaba, como yo hubiera reaccionado, como todo el mundo reacciona.

Deseé de pronto que todo terminara. Quería que no hubiera más cartas, que las ventanas estuvieran arregladas, las heridas curadas, y que la vida corriera de nuevo por su cauce normal. Lo deseaba intensamente.

Llamé a George Wilson.

—Sabía que llamaría — dijo Wilson.

—¿Le apetece venir a una excursión? — ¿Adonde?

—A casa de J. D. Randall.

—¿Por qué?

—Para sacar sus trapitos al sol.

—Venga a buscarme dentro de veinte minutos — dijo, y colgó.

Mientras nos dirigíamos a South Shore, a casa de los Randall, Wilson dijo:

—¿Qué le ha hecho cambiar de parecer? — Muchas cosas.

—¿Los muchachos?

—Un montón de cosas — repetí.

Durante un rato fuimos en silencio; después él dijo: — Sabe usted lo que vamos a hacer, ¿no? Vamos a ponerles la soga al cuello a la señora Randall y a Peter Randall.

—Sí, está bien — dije.

—Creía que era un colega suyo.

—Estoy cansado.

—Yo creía que los médicos no se cansaban nunca.

—Déjelo ya, ¿quiere?

Era tarde, casi las nueve. El cielo estaba oscuro. — Cuando lleguemos a la casa — dijo Wilson—, hablaré yo, ¿de acuerdo?

—Está bien — dije.

—Es mejor que hable uno que dos. Es mucho mejor. — Puede usted aprovechar la ocasión para lucirse. Sonrió.

—No le gusto a usted mucho, ¿verdad? — No. No mucho.

—Pero me necesita.

—Eso es.

—Así pues, no tenemos más remedio que comprendernos mutuamente.

—Lo que realmente interesa es que haga usted su trabajo.

No recordaba exactamente dónde estaba la casa; así pues, reduje la marcha del coche al acercarnos. Cuando la encontré y estaba a punto de dar la vuelta al volante y entrar, me detuve. Delante de la casa había dos coches. Uno era el Porsche plateado de J. D. Randall. El otro era un sedán gris Mercedes.

—¿Qué pasa?

Apagué los faros y retrocedí un poco.

—¿Qué sucede? — dijo Wilson.

—No estoy seguro.

—Bien ¿entramos o no?

—No — dije. Di marcha atrás hacia el otro lado de la calle, cerca de los arbustos. Desde allí podía ver con toda claridad la casa y ambos coches.

—¿Por qué no?

—Porque hay un Mercedes estacionado allí. — ¿Y qué?

—Peter Randall tiene un Mercedes.

—Mejor aún — dijo Wilson—. Así podremos hablarles a los dos a la vez.

—No, Peter Randall me dijo que le habían robado el coche.

—¿Ah, sí?

—Eso es lo que dijo.

—¿Cuándo?

—Ayer.

De pronto, recordé algo. Algo que me sorprendió súbitamente: el coche que había visto en el garaje de los Randall el día que había visitado a la señora Randall.

Abrí la puerta:

—Vamos.

—¿Adonde vamos?

—Quiero ver ese coche.

Salimos, bajo la oscuridad de la noche; el tiempo era húmedo y desagradable. Al dirigirnos hacia la casa, palpé la linterna en el bolsillo. Siempre la llevaba, desde los tiempos en que estaba de interno en el hospital. Me alegraba de tenerla ahora.

—¿Se da usted cuenta — murmuró Wilson— de que estamos traspasando los límites de una propiedad?

—Sí, me doy cuenta.

Nos apartamos de la gravilla que crujía bajo nuestros pies y caminamos por la húmeda hierba hacia la casa. Había luces en la planta baja, pero no podíamos ver el interior, porque todas las cortinas estaban echadas.

Llegamos hasta los coches y pisamos otra vez la gravilla. Los pasos nos parecieron muy ruidosos. Llegamos hasta el Mercedes y encendí mi linterna. El coche estaba vacío; no había nada en el asiento posterior.

Me detuve.

El asiento del conductor estaba empapado de sangre.

—Bien, bien — dijo Wilson.

Iba a hablar cuando oímos voces y una puerta que se abría. Retrocedimos otra vez hacia el césped y rápidamente nos deslizamos detrás de unos arbustos.

J. D. Randall salió de la casa. Peter estaba con él. Discutían en voz baja; oí a Peter decir: «Todo eso es ridículo», y a J. D.: «Demasiado meticuloso»; pero en realidad las voces eran inaudibles y no pudimos entender nada más. Llegaron hasta los coches. Peter se metió en el Mercedes y puso el motor en marcha. J. D. dijo: «Sígueme», y Peter asintió. J. D. subió al Porsche plateado y puso también su coche en marcha.

Una vez en la carretera, viraron a la derecha, dirigiéndose hacia el sur.

—Vamos — dije.

Fuimos rápidamente hacia mi coche, estacionado al otro lado de la carretera. Los otros dos coches estaban ya lejos; apenas podíamos oír los motores, pero advertimos las luces bajando la cuesta.

Puse en marcha el motor y los seguí.

Wilson se había metido la mano en el bolsillo y estaba jugueteando con algo, un pequeño tubo de color cromado.

—¿Qué tiene usted ahí? — pregunté. Lo levantó para que lo viera. — Una Minox.

—¿Siempre lleva una cámara? — Siempre.

Me quedé rezagado para que los otros no sospecharan. Peter iba siguiendo a J. D. muy de cerca.

Después de cinco minutos de marcha, los dos coches tomaron un desvío hacia el sudeste. Al cabo de un momento me metí yo también.

—No le entiendo — dijo Wilson —. Tan pronto defiende usted a ese individuo como le sigue igual que un perro de caza.

—Quiero saber la verdad — dije—. Eso es todo. Quiero saber la verdad.

Los seguimos durante una media hora. La carretera se estrechaba en Marshfield; había dos vías en lugar de tres. El tráfico era escaso; me separé de ellos aún más.

—Esto podría ser algo completamente inocente — observó Wilson —. Todo esto quizá no sea más que...

—No — dije, pues había estado relacionando toda una serie de cosas—. Peter prestó ese coche a Karen para el fin de semana. El hijo, William, me lo dijo. Karen utilizó ese coche. Estaba lleno de sangre. Después el coche fue guardado en el garaje de los Randall, y Peter informó a la policía de que le había sido robado. Ahora... — Ahora se van a librar de él — dijo Wilson.

—Eso parece.

—Se han metido en una ratonera.

Los coches continuaron hacia el sur, pasaron Plymouth y se dirigieron hacia Cape. El aire era frío y olía a sal. Casi no pasaba nadie por la carretera.

—Bien — dijo Wilson, mirando los faros que se distinguían a lo lejos —, déjelos hacer.

A medida que la carretera se volvía más y más desierta, los dos coches ganaban velocidad. Ahora iban muy deprisa, casi a ciento veinte. Pasamos por Plymouth, Hyannis, y después tomamos la dirección de Provincetow. De pronto vimos que la luz de los faros se dirigía hacia la derecha, hacia la costa.

Seguimos por un camino en muy mal estado. A nuestro alrededor se veían unos pinos raquíticos. Apagué las luces del coche. El viento traía el olor del océano.

—Esto está desierto — dijo Wilson.

Asentí.

Pronto oímos el ruido de los frenos.

Salí del camino y aparqué.

Fuimos a pie hacia el mar y vimos los dos coches, uno al lado del otro.

Reconocí el lugar. Era la costa del oeste de Cape, donde había una pendiente de arena de una treintena de metros. Los dos coches estaban parados frente al mar, al borde de la pendiente. Randall había salido de su Porsche y estaba hablando con Peter. Discutieron durante un momento, después Peter volvió a su coche y lo llevó hasta muy cerca del borde. Luego bajó y retrocedió unos pasos.

J. D., mientras tanto, había abierto el maletero del Porsche y sacado un bidón de gasolina. Volcaron su contenido en el interior del coche de Peter.

Oí un ruido metálico a mi lado. Wilson estaba tomando fotografías con la pequeña cámara.

—No hay suficiente luz.

—Tri— X — dijo, sin dejar de tomar fotografías —. Puede conseguir una intensidad de dos mil cuatrocientos si se tiene el laboratorio apropiado. Y yo lo tengo.

Volví a mirar los coches. J. D. guardaba de nuevo el bidón en el maletero de su coche. Después lo puso en marcha y lo dejó orientado hacia el camino, lejos de la pendiente.

—A punto para el final — dijo Wilson —. Maravilloso. J. D. llamó a Peter y salió del coche. Se quedó un momento al lado de Peter, después vimos el tenue brillo de una cerilla. Y, de pronto, las llamas inundaron el interior del Mercedes.

Inmediatamente, los dos hombres empujaron al coche por detrás con todas sus fuerzas. Primero se movió lentamente, después más deprisa, hasta que finalmente empezó a descender rápidamente por la pendiente arenosa. Los dos hombres retrocedieron y observaron el descenso. Aparentemente, antes de llegar al mar estalló, lo que produjo un ruido sordo y un brusco destello en la oscuridad de la noche.

Se dirigieron rápidamente al coche, y pasaron por nuestro lado sin vernos.

—Vamos — dijo Wilson. Corrió hacia el borde con su cámara.

Abajo, en el agua, estaba el chasis carbonizado del Mercedes.

Wilson tomó varias fotografías, después se guardó la cámara y me miró:

—Muchacho, el caso es nuestro — dijo sonriendo.

Nueve

De vuelta, me dirigí hacia el camino de Cohasset. — Eh, ¿adonde vamos? — dijo Wilson. — A ver a los Randall.

—¿Ahora? ¿Está usted loco? ¿Después de lo que hemos visto?

—Esta noche he salido con la intención de sacar a Art Lee de la prisión. Todavía la mantengo.

—Ah, pero no ahora mismo — dijo Wilson —. No después de lo que acabamos de ver. Ahora podemos presentarnos tranquilamente en el juicio — dijo, dando una palmadita a su cámara.

—Ya le he dicho que lo que debemos hacer es evitar el juicio.

—Pero no hay necesidad. Tenemos el caso, sin lugar a dudas, irremisiblemente.

Meneé la cabeza.

—Escuche — dijo Wilson—, puede usted jugar con un testigo. Puede desacreditarlo, hacerle parecer un necio. Pero no puede desacreditar una fotografía. Contra una fotografía no se puede hacer nada. Los tenemos bien atrapados.

—No — repuse.

Él suspiró:

—Antes de eso, estaba dispuesto a armar un jaleo. Estaba dispuesto a entrar en la casa y seguir mi plan. Iba a asustarlos, a meterles el miedo en el cuerpo, a hacerles creer que teníamos pruebas que en realidad no teníamos. Pero ahora es distinto. Tenemos esas pruebas. Tenemos todo lo necesario.

—Si no quiere hablarles usted, lo haré yo.

—Berry — dijo Wilson—, si les habla usted, vamos a perder el caso.

—Haré que se rindan.

—Berry, lo estropeará. Acaban de hacer algo muy incriminatorio. Estarán alerta. Se pondrán difíciles.

—Entonces les diremos lo que sabemos.

—¿Y si después de todo hay juicio? Lo habremos echado todo a perder.

—Eso no me preocupa. No habrá juicio. Wilson se rascó de nuevo la cicatriz, haciendo correr sus dedos hasta el cuello:

—Escuche — dijo—, ¿acaso no quiere usted ganar?

—Sí, pero sin lucha.

—Habrá lucha. Aunque intente evitarlo por todos los medios, habrá lucha. Se lo digo yo.

Me dirigí hacia la casa de los Randall y paré el motor.

—Eso no me lo diga a mí; dígaselo a ellos.

—Está usted cometiendo un error — dijo.

—Quizá — admití, pero lo dudo. Subimos las escaleras y tocamos el timbre.

De mala gana, el mayordomo nos condujo hasta la sala. No era menor que una pista de baloncesto reglamentaria; una habitación inmensa, con una gran chimenea. Sentados alrededor del fuego crepitante estaban la señora Randall, con unos pantalones largos y anchos, Peter y J. D., ambos con una gran copa de coñac en las manos.

El mayordomo se quedó rígido en la puerta y dijo:

—El doctor Berry y el señor Wilson, señor. Dijeron que les estaban esperando.

J. D. frunció el ceño al vernos. Peter se recostó en el sillón y dejó que una leve sonrisa apareciera en su rostro. La señora Randall pareció sinceramente divertida.

—¿Qué quieren ustedes? — preguntó J. D.

Dejé que Wilson hablara. Hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Creo que ya conoce usted al doctor Berry, doctor Randall; yo soy George Wilson, el abogado defensor del doctor Lee.

—Encantado — dijo J. D. mirando el reloj—. Pero es casi medianoche y estoy aquí descansando con mi familia. No tengo nada que decirles a ninguno de los dos hasta que nos encontremos ante el tribunal. Así pues, si quieren ustedes...

—Si me permite, señor — dijo Wilson—, hemos hecho un largo camino para verle. De hecho, venimos desde Cape.

J. D. parpadeó y su rostro se puso rígido. Peter se tragó una sonrisa. La señora Randall preguntó:

—¿Qué estaban haciendo ustedes en Cape?

—Contemplando una fogata — dijo Wilson. — ¿Una fogata?

—Sí — dijo Wilson; se volvió hacia J. D. —. Nos gustaría tomar un poco de coñac y charlar un rato.

Esta vez Peter no pudo aguantarse la risa. J. D. lo miró severamente, y llamó para que viniera el mayordomo.

Ordenó dos copas más, diciéndole al mayordomo cuando éste se alejaba:

—Pequeñas, Herbert. Los señores se marcharán pronto.

Después se volvió hacia su esposa.

—Si no te importa, querida...

Ella asintió con la cabeza y abandonó la habitación.

—Siéntense, caballeros.

—Es mejor de pie — dijo Wilson. El mayordomo trajo dos pequeñas copas de cristal tallado. Wilson levantó la suya y dijo — : A su salud, caballeros.

—Gracias — dijo J. D.; su voz era fría—. Y bien, ¿qué se les ofrece?

—Un asunto legal sin importancia — dijo Wilson —. Creemos que puede reconsiderar las acusaciones que ha presentado contra el doctor Lee.

—¿Reconsiderar?

—Sí. Ésa es la palabra que he dicho.

—No hay nada que reconsiderar — dijo J. D. Wilson tomó un trago de su copa de coñac. — ¿No?

—No.

—Creemos — dijo Wilson— que quizá su esposa se equivocó al oír que había sido el doctor Lee quien había hecho abortar a Karen Randall. De la misma forma que Peter Randall estaba equivocado cuando informó que le habían robado el coche. ¿O quizá todavía no ha informado de ello a la policía?

—Ni mi esposa ni mi hermano cometieron ningún error — dijo J. D.

Peter tosió y encendió un cigarrillo.

—¿Ocurre algo, Peter? — preguntó J. D.

—No, nada.

Dio una calada al cigarrillo y bebió un trago de coñac.

—Caballeros — dijo J. D., volviéndose hacia nosotros—, están perdiendo el tiempo. No ha habido ningún error, y no hay nada que reconsiderar.

Wilson replicó suavemente:

—En este caso, deberán comparecer ante el tribunal.

—Desde luego — dijo Randall, asintiendo.

—Y deberán dar cuenta de sus acciones de esta noche — dijo Wilson.

—Desde luego. Tenemos el firme testimonio de la señora Randall de que pasamos la noche jugando al ajedrez — dijo, señalando un tablero de ajedrez en un rincón.

—¿Quién ganó? — preguntó Wilson con una débil sonrisa.

—Yo, por Dios — dijo Peter, hablando por primera vez. Lanzó una carcajada.

—¿Cómo lo hizo?

—Con el alfil y el caballo en doce jugadas. Le avisé una y mil veces; es un pésimo jugador.

—Peter, éste no es un caso de risa. — Es un pésimo perdedor — dijo Peter.

—Cierra el pico, Peter.

Con cierta brusquedad, Peter dejó de reír. Cruzó los brazos sobre su voluminoso estómago y no dijo nada más.

J. D. Randall saboreó el silencio durante un momento, y después preguntó:

—¿Algo más, caballeros?

—Hijo de perra — dije a Wilson —. Lo echó todo a perder.

—Hice lo que pude.

—Lo hizo enfadar. Lo obligó a aceptar el juicio. — Hice lo que pude.

—Ésa fue la forma más sucia, más podrida... — Calma — dijo Wilson, acariciándose la cicatriz.

—Hubiera podido asustarles. Podía haberles dicho lo que les podría suceder, de la misma forma que me lo contó usted en el bar. Podía haberles hablado de las fotografías...

—No hubiera cambiado en nada la situación — repuso Wilson.

—Quizá sí.

—No. Están decididos a llevar el caso ante los tribunales — dijo Wilson.

—Sí — dije—, gracias a usted. Puede sentirse satisfecho. Haciendo amenazas baratas, como si fuera un gángster aficionado. Exigiendo un coñac... No estuvo nada mal eso, nada mal.

—Intenté persuadirles — dijo Wilson.

—Tahúr.

Él se encogió de hombros.

—Le diré lo que hizo, Wilson. Les obligó a decidirse por ir a juicio porque usted lo quiere. Usted quiere un coliseo, una oportunidad para exhibir su talento; una oportunidad para hacerse un nombre, para probar que vale. Usted lo sabe, y yo también, que si ese caso se lleva a los tribunales, Art Lee —sea cual sea el resultado— perderá. Perderá su prestigio, sus pacientes, y quizá su licencia. Y si hay juicio, los Randall perderán también. Quedarán desacreditados, se descubrirá su falsedad y sus perversiones. Sólo una persona saldrá ganando con todo esto.

—¿Sí?

—Usted, Wilson. Sólo usted puede sacar provecho del juicio.

—Ésa es su opinión — dijo. Se estaba poniendo furioso ya que yo le metía el dedo en la llaga.

—Es un hecho.

—Usted mismo pudo comprobar cuan irrazonable es J. D.

—Pero le podía haber obligado a escuchar.

—No — dijo Wilson—, pero tendrá que escuchar ante el tribunal. — Se echó hacia atrás en el asiento y se quedó mirando fijamente hacia adelante, pensando en lo sucedido esa noche —. ¿Sabe? Estoy sorprendido de usted, Berry. Se supone que es usted un científico. Se supone que un científico es objetivo ante una evidencia. Usted se ha encontrado ante la evidencia, esta noche, de que Peter Randall es culpable y aun así no está contento.

—¿Le pareció a usted un hombre culpable? — Puede ser.

—Conteste a mi pregunta.

—Sí — dijo Wilson.

—¿De veras cree usted que es culpable?

—Eso es — insistió Wilson —. Y puedo hacer que el jurado también lo crea.

—¿Y qué sucederá si está usted equivocado? — Entonces, mala suerte. De la misma forma que es mala suerte para la señora Randall que se equivocara con Art Lee.

—Está usted excusándose de antemano.

—¿De veras? — Negó con la cabeza—. No, señor. Usted sí lo está. Está jugando a ser el médico leal, siguiendo el camino a ciegas. Está usted pegado a la tradición, a la conspiración del silencio. A usted le gustaría que esto se solucionara de una forma elegante y silenciosa, muy diplomática, sin que quedara ningún mal sabor de boca al final.

—¿Acaso no es eso lo mejor? El trabajo de un abogado es hacer lo mejor para su cliente.

—El trabajo de un abogado es ganar su caso. — Art Lee es un hombre. Tiene una familia, tiene sus ideales, sus deseos y una voluntad propia. La tarea de usted consiste en respetar y salvaguardar todo eso. No en organizar un juicio para mayor gloria de usted.

—El problema de usted, Berry, consiste en ser como todos los médicos. No puede creer que haya uno sólo podrido. Lo que a usted le gustaría es que quien compareciera ante el juez fuera un ex enfermero del ejército o una enfermera, o una comadrona ya un poco mayor. Eso es lo que a usted le gustaría. Pero no un médico.

—A mí me gustaría que ante el juez compareciera el culpable, nadie más.

—Usted sabe quién es el culpable; lo sabe perfectamente bien.

Dejé a Wilson y me dirigí a casa, donde me serví un vodka bien cargado. La casa estaba en silencio; era ya más de medianoche.

Bebí el vodka pensando en lo que había visto. Como Wilson decía, todo apuntaba a Peter Randall. Había sangre en su coche, y él había destruido el coche. No dudaba de que un bidón de

gasolina en el asiento delantero habría destruido toda prueba. Ahora estaba limpio, o lo estaría si nosotros no le hubiéramos visto quemando el coche.

Entonces, como decía Wilson, todo tenía sentido. Angela y Bubbles no mentían al decir que no habían visto a Karen; ella había ido a ver a Peter aquel domingo por la noche. Y Peter había cometido un error; Karen se marchó a su casa y empezó a sangrar. Ella se lo dijo a la señora Randall, quien la llevó en su propio coche al hospital. Al llegar al hospital, ella no sabía que el diagnóstico del servicio de urgencia llamaría a la policía, y para evitar un escándalo familiar echó la culpa del aborto al otro médico que sabía que solía practicarlos: Art Lee. Había apretado el gatillo y había hecho estallar la bomba.

Todo tenía sentido.

Excepto, pensé, por los antecedentes del caso. Peter Randall había sido el médico de Karen durante años. Él sabía que era una muchacha histérica. Por lo tanto, él se habría asegurado de su embarazo con la prueba del conejo. También sabía que anteriormente había tenido problemas visuales, lo que sugería un tumor pituitario que podía dar los síntomas de un embarazo. Así pues, lo cierto es que antes hubiera hecho una prueba.

Entonces, aparentemente, él la había enviado a Art Lee. ¿Por qué? Si él hubiera estado dispuesto a permitir el aborto, lo habría practicado él mismo.

Y aún había algo más: él la había hecho abortar dos veces sin complicaciones. ¿Por qué cometió un error — un grave e importante error— la tercera vez?

No, pensé, no tenía sentido.

Y entonces recordé algo que Peterson había dicho: «Ustedes los médicos siempre se apoyan.» Me di cuenta de que él y Wilson tenían razón. Quería creer que Peter era inocente. En parte, porque era un médico, en parte porque me resultaba simpático. Incluso ante una gran evidencia de lo contrario, quería creer que era inocente.

Suspiré y bebí. El hecho era que había visto algo muy grave aquella noche, algo clandestino que no podía olvidar. No podía considerarlo ni un accidente ni una coincidencia. Tenía que encontrar una explicación.

Y la explicación más lógica era que Peter Randall era el culpable.

JUEVES, 13 DE OCTUBRE

Uno

Me desperté sintiéndome desgraciado. Como un animal enjaulado, atrapado, encerrado. No me gustaba lo que estaba sucediendo y no veía la forma de evitarlo. Lo peor de todo es que no veía la forma de combatir a Wilson. Si la inocencia de Art Lee era difícil de probar, la de Peter Randall era imposible.

Judith me miró y dijo:

—Mal humor.

Me levanté y me duché.

—¿Averiguaste algo? — preguntó Judith.

—Sí. Wilson quiere cargar el muerto a Peter Randall.

—¿Al viejo Peter? — dijo riendo.

—Al viejo Peter — confirmé. — ¿Tiene el caso ganado? — Sí.

—Eso está bien — dijo.

—No, no lo está.

Cerré la ducha y salí, cogiendo una toalla.

—No puedo creer que Peter lo hiciera — dije.

—Eres muy caritativo. Meneé la cabeza:

—No, atrapar a otro hombre inocente no soluciona absolutamente nada.

—Les está bien merecido.

—¿A quién? — A los Randall. — No es justo.

—Para ti es fácil decirlo. Puedes evadirte del problema con teorías y formulismos. Yo he estado con Betty Lee durante tres días.

—Sé que ha sido duro para ti...

—No estoy hablando de mí — dijo —. Estoy hablando de ella. ¿O has olvidado lo que sucedió anoche?

—No — dije, pensando que esa noche había empezado todo el jaleo y había decidido llamar a Wilson.

—Betty ha pasado por un infierno. No hay excusas para ello, y los Randall son culpables. Por lo tanto, deja que se mojen también un poco en la salsa. Que se den cuenta de lo que eso significa.

—Pero Judith, si Peter es inocente...

—Peter es muy simpático. Pero eso no quiere decir que sea inocente.

—Pero tampoco lo hace culpable.

—Ya no me importa quién sea el culpable. Lo único que quiero es que todo termine y Art salga de la cárcel.

—Sí, comprendo lo que sientes — dije.

Mientras me afeitaba, me miré en el espejo. Un rostro bastante común; las mandíbulas demasiado pesadas, los ojos excesivamente pequeños, el pelo muy fino. Pero, en conjunto, nada que llamara la atención. Me dio una extraña sensación pensar que había sido el centro de una crisis que afectaba a media docena de personas durante tres días. No era yo la persona adecuada para estas cosas.

Mientras me vestía, me pregunté qué haría aquella mañana, así como si había llegado a estar alguna vez en el centro del problema. Era un pensamiento raro. ¿Y si solamente había estado dando vueltas por la periferia, distraído por hechos sin importancia? ¿Y si el verdadero filón estuviera aún por explotar?

Ahora también trataba de salvar a Peter.

Diablos, ¿y por qué no? Merecía tanto ser salvado como cualquier otra persona.

Se me ocurrió entonces que Peter Randall era tan digno de ser salvado como el mismo Art. Ambos eran hombres, ambos médicos establecidos, los dos resultaban interesantes y eran poco conformistas. Examinando los hechos, no había nada en realidad que hiciera posible la elección entre uno u otro. Peter era chistoso, Art sarcástico. Peter era gordo, Art flaco.

Pero en esencia lo mismo.

Me puse la chaqueta e intenté olvidarlo todo. Yo no era el juez, a Dios gracias. Y no tenía por qué juzgar los hechos antes del juicio.

Sonó el teléfono. No contesté. Un momento después, Judith me llamó:

—Es para ti. Cogí el receptor. — ¿Sí?

Una voz familiar se oyó al otro lado: — John, soy Peter. Quisiera que nos viéramos a la hora de comer.

—¿Por qué?

—Quiero hablar contigo, ¿te parece bien a las doce y media?

—Está bien, hasta entonces.

Dos

Peter Randall vivía en el oeste de Newton, en una casa moderna. Era pequeña pero estaba muy bien amueblada: sillas de estilo Breuer, un diván Jacobsen, una mesita de café Rachamann. El estilo era muy moderno. Me vino a saludar en la misma puerta, con un vaso en la mano.

—Entra John. — Me llevó a la salita—. ¿Qué quieres beber?

—Nada, gracias.

—Creo que sería mejor que lo hicieras. ¿Whisky? — Con hielo.

—Toma asiento — dijo. Se fue a la cocina; oí caer los cubitos de hielo en un vaso—. ¿Qué has hecho esta mañana?

—Nada — contesté—. Sentarme y pensar.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—No tienes que decírmelo si no quieres — dijo, volviendo con un vaso de whisky.

—¿Sabías que Wilson tomó fotografías?

—Lo sospeché. Ese muchacho es ambicioso.

—Sí — dije.

—Y estoy en una situación difícil, ¿no?

—Eso parece.

Se quedó mirándome un momento y después preguntó:

—¿Qué es lo que piensas? — Ya no sé qué pensar.

—¿Sabes, por ejemplo, que yo provoqué abortos?

—Sí.

—¿Ya Karen?

—Dos veces — le dije.

Se sentó en una silla; su protuberante estómago contrastaba con la severidad y la angulosidad de la silla:

—Tres veces — dijo—, para ser exacto.

—Entonces, tú...

—No, no — repuso—, la última vez fue en junio.

—¿Y la primera?

—Tenía quince años — suspiró —. Ya ves, he cometido algunos errores. Uno de ellos fue cuidar de Karen. Su padre no le hacía el menor caso y yo... Ella me gustaba. Era una muchacha muy dulce. Perdida y confusa, pero dulce. Así pues, le provoqué el primer aborto, igual que he hecho abortar a muchas otras pacientes de vez en cuando. (Te sorprende?

—No.

—Bien; pero el problema fue que Karen quedaba en estado continuamente. Tres veces en tres años; para una muchacha de su edad, eso no era prudente. Era patológico. Así pues, decidí que tendría que llevar a término su cuarto embarazo.

—¿Por qué?

—Porque era obvio que ella quería quedarse embarazada. Lo hacía a propósito. Obviamente, necesitaba la vergüenza y el trastorno que significa tener un hijo ilegítimo. Así pues, rehusé hacérselo la cuarta vez.

—¿Estás seguro de que estaba embarazada?

—No — dijo —. Y tú sabes por qué tenía mis dudas. Aquellos trastornos visuales. Pensé que podían ser trastornos primarios de la pituitaria. Quise hacer análisis, pero Karen no me dejó. Ella sólo tenía interés en abortar, y cuando le dije que no se lo haría se enfadó.

—Así pues, la enviaste al doctor Lee. — Sí.

—¿Y él lo hizo?

Peter meneó la cabeza.

—Art es demasiado listo para eso. Él habría insistido en las pruebas. Además, ella estaba embarazada de cuatro meses, o al menos eso era lo que decía. El no lo habría hecho.

—Y tú tampoco lo hiciste. — No. ¿Lo crees? — Me gustaría.

—¿Pero no estás completamente convencido? Me encogí de hombros.

—Quemaste el coche. Estaba lleno de sangre. — Sí — dijo—. La sangre de Karen.

—¿Qué sucedió?

—Presté mi coche a Karen para el fin de semana. No sabía entonces que ella había planeado el aborto.

—¿Quieres decir que ella te pidió el coche para el aborto, y luego volvió a casa con él, sangrando? ¿Y después pasó al Porsche amarillo?

—No exactamente — dijo Peter —. Pero será mejor que te lo explique otra persona. — Llamó — : Cariño, ven acá. He aquí mi coartada — dijo sonriendo.

La señora Randall entró en la habitación, con aspecto duro y sensual. Se sentó en una silla al lado de Peter.

—Ya ves — dijo Peter— en qué lío estoy metido.

—¿El domingo por la noche? — pregunté.

—Eso es.

—Es algo embarazoso — dije —. Pero conveniente.

—En cierto sentido, quizá — concedió Randall; le dio a Evelyn un golpecito en la mano y se levantó pesadamente de la silla —. Yo no lo llamo ni embarazoso ni conveniente.

—¿Estuviste con ella toda la noche del domingo? El se sirvió otro whisky.

—Sí. — ¿Haciendo qué?

—Haciendo algo que no me gustaría explicar bajo juramento.

—¿Con la mujer de tu hermano? — pregunté. Él guiñó el ojo a la señora Randall.

—¿Eres la esposa de mi hermano?

—He oído algún rumor, pero no lo creo — dijo ella. — Ya ves que permito que metas la nariz en un asunto de familia bastante íntimo — dijo Peter. — Menudos asuntos de familia.

—¿Estás indignado? — No — dije —. Fascinado.

—Joshua — dijo Peter— es un necio. Tú ya lo sabes, desde luego. Y también Wilson. Es por eso que siente tanta confianza en sí mismo. Pero, desgraciadamente, Joshua se casó con Evelyn.

—Desgraciadamente — dijo Evelyn.

—Ahora estamos en un lío — dijo Peter —. Ella no puede divorciarse de mi hermano para casarse conmigo. Eso sería imposible. Así pues, nos hemos resignado a esta vida.

—Difícil, me imagino.

—En realidad, no — dijo Peter, sentándose de nuevo con otra bebida —. Joshua está muy atareado. Muchas veces se pasa la noche trabajando. Y Evelyn está ocupada en muchas obras de caridad y pertenece a muchos clubs.

—Él lo averiguará, tarde o temprano.

—Ya lo sabe — dijo Peter.

Debí mostrar alguna reacción en mi rostro, porque dijo rápidamente:

—No conscientemente, desde luego. J. D. no sabe nada conscientemente. Pero en el fondo de su mente se da cuenta de que tiene una joven esposa a la que olvida con frecuencia y que busca satisfacción en cualquier otra parte.

Yo me volví a la señora Randall.

—¿Juraría usted que Peter la acompañaba el domingo por la noche?

—Si me viera obligada a ello, sí — dijo. — Wilson la obligará. Quiere un juicio. — Lo sé — dijo ella.

—¿Por qué acusó a Art Lee?

Ella apartó sus ojos de mí y los fijó en Peter. — Intentaba protegerme — dijo Peter. — ¿Art era el único médico que practicara abortos que conocía además de ti?

—Sí — dijo Evelyn.

—¿La hizo abortar a usted?

—Sí. Fue en diciembre pasado. — ¿Fue una buena operación? Ella se removió en la silla:

—Fue efectiva, si a eso se refiere.

—Eso es — dije —. ¿Sabe usted que Art nunca la hubiera comprometido?

Ella vaciló y después dijo:

—Estaba confusa. Tenía miedo. No sabía lo que hacía.

—Estaba destruyendo a Art.

—Sí — dijo ella—, así resultó ser después.

—Bien — dije —, ahora puede librarle de todo eso.

—¿Cómo?

—Retirando la acusación. — No es tan fácil — dijo Peter.

—¿Por qué no?

—Ya lo viste anoche. J. D. una vez ha echado el guante quiere el duelo. En cuanto al bien y al mal tiene un punto de vista de cirujano. Sólo ve lo blanco y lo negro, el día y la noche. Para él no existe el gris. Ni el crepúsculo.

—No quiere estorbos.

Peter rió.

—Quizá es un poco parecido a ti. Evelyn se levantó.

—La comida estará lista dentro de cinco minutos. ¿Otro trago?

—Sí — dije mirando a Peter —, será mejor. Cuando Evelyn se hubo marchado, Peter dijo:

—Me tienes por una bestia sin corazón. Pero en realidad no soy así. Ha habido una larga cadena de errores, una larga lista de malentendidos. Me gustaría que todo se aclarara...

—Sin que nadie saliera perjudicado.

—Más o menos. Desgraciadamente, mi hermano no nos sirve de nada. Una vez su esposa hubo acusado al doctor Lee, él lo tomó como la verdad del evangelio. Se volcó sobre eso como si fuera la misma verdad, igual que se hubiera lanzado sobre un salvavidas. Nunca lo soltará.

—Continúa — dije.

—Pero el problema persiste. Insisto lo creas o no en que yo no lo hice. Tú estás igualmente seguro de que el doctor Lee tampoco lo hizo. ¿Quién nos queda?

—No lo sé — contesté. — ¿Puedes averiguarlo? — ¿Me estás pidiendo ayuda?

—Sí — dijo.

Cuando terminábamos de comer le pregunté a Evelyn:

—¿Qué dijo en realidad Karen cuando estaba en el coche?

—Decía: «El hijo de puta.» Una y otra vez. Nada más.

—¿No explicó nada? — No.

—¿Tiene idea de lo que quería decir, o a quién se refería?

—No, ni idea — contestó.

—¿No dijo nada más?

—Sí. Hablaba de la aguja. Algo sobre que no quería la aguja; no la quería dentro de ella ni a su alrededor. La aguja.

—¿Se refería a alguna medicina?

—No podría asegurarlo — dijo Evelyn.

—¿Qué pensó usted entonces?

—No pensé nada — dijo Evelyn —. La llevé al hospital y vi cómo se moría ante mis ojos. Estaba preocupada por Peter; temía que lo hubiera hecho él, aunque no lo creía. Me preocupaba que Joshua lo descubriera. Estaba preocupada por un montón de cosas.

—¿Por ella no?

—Sí — dijo ella—, también por Karen.

Tres

La comida fue buena. Hacia el final, mirándoles a los dos, deseé no haber ido allí y no haber sabido nada de lo suyo. No quería saber; quería pensar.

Después tomé café con Peter. Oíamos cómo Evelyn lavaba los platos. Era difícil imaginársela lavando platos, pero al lado de Peter parecía otra; casi era agradable.

—Supongo — dijo Peter— que fue una mala pasada el que te hiciéramos venir hoy aquí.

—Lo es.

Suspiró y se alisó la corbata por encima de su voluminoso estómago:

—Nunca me había encontrado en una situación semejante.

—¿Cómo?

—Atrapado.

Pensé que toda la culpa era suya; que se había metido en eso con los ojos abiertos. Intenté enojarme con él, pero no sabía cómo.

—Lo terrible es pensar en el pasado y preguntarse de qué otro modo podría haberse actuado. Continuamente lo intento. Y nunca puedo encontrar la nota falsa, el momento en que me equivoqué. Quizá fuera cuando empecé con Ev, pero eso volvería a hacerlo. Quizá fuera cuando me comprometí con Karen. Pero eso lo haría de nuevo también. Cada cosa en sí estaba bien; fue la combinación de todas ellas...

—Obliga a J. D. a que retire la acusación — dije. Peter negó con la cabeza:

—Mi hermano y yo nunca nos hemos entendido bien. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo que tuviéramos una cosa en común, ni siquiera en el aspecto físico. Pensamos de forma diferente y actuamos de distinta manera. Cuando era joven me dolía incluso el hecho de que fuera mi hermano, y secretamente confiaba en que no lo fuera, en que lo hubieran adoptado, o algo parecido. Supongo que él pensaba lo mismo de mí.

Terminó su café y dejó descansar la barbilla sobre el pecho.

—Ev ha intentado convencer a J. D. para que retirara la acusación, pero él está firmemente decidido, y ella en realidad...

—¿No puede inventarse una excusa?

—Eso es.

—Nunca hubiera debido mencionar a Lee. — No, pero lo hecho, hecho está. Me acompañó hasta la puerta, salí al sol pálido y brumoso. Mientras íbamos hacia el coche, él dijo:

—Si no quieres mezclarte en todo esto, yo lo comprenderé muy bien.

Lo miré.

—Sabes perfectamente que no tengo otra posibilidad.

—No lo sabía, pero lo esperaba.

Me metí en el coche, preguntándome lo que haría a continuación. No tenía ni idea; carecía de un objetivo hacia donde dirigir mis pasos. Quizá pudiera ver de nuevo a Zenner e intentar hacerle recordar algo más de

—No podría asegurarlo — dijo Evelyn.

—¿Qué pensó usted entonces?

—No pensé nada — dijo Evelyn —. La llevé al hospital y vi cómo se moría ante mis ojos. Estaba preocupada por Peter; temía que lo hubiera hecho él, aunque no lo creía. Me preocupaba que Joshua lo descubriera. Estaba preocupada por un montón de cosas.

—¿Por ella no?

—Sí — dijo ella—, también por Karen.

Tres

La comida fue buena. Hacia el final, mirándoles a los dos, deseé no haber ido allí y no haber sabido nada de lo suyo. No quería saber; quería pensar.

Después tomé café con Peter. Oíamos cómo Evelyn lavaba los platos. Era difícil imaginársela lavando platos, pero al lado de Peter parecía otra; casi era agradable.

—Supongo — dijo Peter— que fue una mala pasada el que te hiciéramos venir hoy aquí.

—Lo es.

Suspiró y se alisó la corbata por encima de su voluminoso estómago:

—Nunca me había encontrado en una situación semejante.

—¿Cómo?

—Atrapado.

Pensé que toda la culpa era suya; que se había metido en eso con los ojos abiertos. Intenté enojarme con él, pero no sabía cómo.

—Lo terrible es pensar en el pasado y preguntarse de qué otro modo podría haberse actuado. Continuamente lo intento. Y nunca puedo encontrar la nota falsa, el momento en que me equivoqué. Quizá fuera cuando empecé con Ev, pero eso volvería a hacerlo. Quizá fuera cuando me comprometí con Karen. Pero eso lo haría de nuevo también. Cada cosa en sí estaba bien; fue la combinación de todas ellas...

—Obliga a J. D. a que retire la acusación — dije. Peter negó con la cabeza:

—Mi hermano y yo nunca nos hemos entendido bien. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo que tuviéramos una cosa en común, ni siquiera en el aspecto físico. Pensamos de forma diferente y actuamos de distinta manera. Cuando era joven me dolía incluso el hecho de que fuera mi hermano, y secretamente confiaba en que no lo fuera, en que lo hubieran adoptado, o algo parecido. Supongo que él pensaba lo mismo de mí.

Terminó su café y dejó descansar la barbilla sobre el pecho.

—Ev ha intentado convencer a J. D. para que retirara la acusación, pero él está firmemente decidido, y ella en realidad...

—¿No puede inventarse una excusa?

—Eso es.

—Nunca hubiera debido mencionar a Lee. — No, pero lo hecho, hecho está. Me acompañó hasta la puerta, salí al sol pálido y brumoso. Mientras íbamos hacia el coche, él dijo:

—Si no quieres mezclarte en todo esto, yo lo comprenderé muy bien.

Lo miré.

—Sabes perfectamente que no tengo otra posibilidad.

—No lo sabía, pero lo esperaba.

Me metí en el coche, preguntándome lo que haría a continuación. No tenía ni idea; carecía de un objetivo hacia donde dirigir mis pasos. Quizá pudiera ver de nuevo a Zenner e intentar hacerle

recordar algo más de su conversación. Quizá pudiera visitar a Ginnie en el Smith, o a Angela o Bubbles, y conseguir que recordaran alguna otra cosa interesante. Pero dudaba de conseguir nada.

Metí la mano en el bolsillo en busca de mis llaves y toqué una cosa. La saqué: era la fotografía de un negro con un traje brillante. Román Jones.

Había olvidado a Román. En la línea de mis pensamientos su rostro había desaparecido entre los demás. Me quedé mirándole durante un rato, intentando leer algo en sus facciones, conocer al hombre. Era imposible; la fotografía era vulgar; un muchacho con un vestido reluciente, balanceándose, medio sonriendo, y con una expresión algo sensual. Era una pose para las multitudes; no me decía nada en absoluto.

Nunca he sido hábil con las palabras, y siempre me ha sorprendido que mi hijo Johnny tuviera esa cualidad. Cuando está solo, se entretiene con sus cosas y hace juegos de palabras; hace rimas o se cuenta historias. Tiene el oído muy fino y siempre viene a pedirme explicaciones. Una vez vino a preguntarme lo que era una «ecdisis»; pronunciaba la palabra perfectamente, pero con cuidado, como si fuera una palabra frágil.

Por eso no me sorprendió demasiado, cuando se acercó a mí y me preguntó:

—Papá, ¿qué significa un «abortista»?

—¿Por qué?

—Uno de los policías dijo que tío Art era un abortista. ¿Es eso malo?

—A veces.

Se inclinó por encima de mis rodillas, apoyando en ellas la barbilla. Tenía unos grandes ojos pardos; los ojos de Judith.

—Pero ¿qué significa?

—Es complicado — dije, para darme tiempo a pensar.

—¿Quiere decir una especie de médico? ¿Como neurólogo?

—Sí — dije —. Pero un abortista hace otras cosas. Coloqué bien la rodilla, sintiendo el peso de su cuerpo. Estaba creciendo. Judith decía que había llegado el momento para tener otro hijo.

—Tiene algo que ver con los bebés.

—¿Como los tocólogos?

—Los tocólogos, eso es — contesté.

—¿Saca al bebé de su mamá?

—Sí — dije —, pero es distinto. A veces, el bebé no es normal. A veces está muerto, y no puede hablar...

—Los bebés no pueden hablar hasta muy tarde.

—Sí — dije —, pero a veces nace sin pies o sin manos. A veces está deformado. Así pues, si un médico evita que el bebé crezca, y lo saca antes de tiempo...

—¿Antes de que haya crecido?

—Eso es: antes de que haya crecido.

—¿A mí me sacaron antes de tiempo? — No — dije riendo.

—¿Por qué algunos bebés no tienen brazos o piernas?

—Es un accidente, un error.

Estiró la mano y se la miró, flexionando los dedos.

—Son bonitos los brazos — dijo.

—Sí.

—Pero todo el mundo tiene brazos. — Todo el mundo no.

—Todo el mundo que yo conozco.

—Sí — dije —, pero a veces hay personas que nacen sin ellos.

—¿Pueden jugar a la pelota sin brazos? — No.

—Eso no me gusta — dijo. Se miró de nuevo la mano, cerrando los dedos y observándolos—. ¿Por qué tienes brazos?

—Porque... — Esa era una pregunta demasiado difícil para mí.

—¿Porque qué?

—Porque dentro del cuerpo las personas llevamos un código escrito.

—¿Qué es un código?

—Unas instrucciones. Dicen cómo debe ser el cuerpo.

—¿Un código?

—Es como una especie de libro de instrucciones. Un plano.

—Ah.

Se quedó pensativo.

—Debe de ser como ese juego que tengo. Miras los dibujos, y copias lo que ves. Eso es un plano.

—Sí, eso es.

No podía estar seguro de si lo comprendía o no. Él consideró lo que le había dicho y después me miró:

—Si se saca el bebé fuera de su mamá antes de que esté crecido, ¿qué pasa?

—Desaparece.

—¿Dónde?

—Desaparece, simplemente — dije; no quería explicar nada más.

—Oh — dijo; volvió a apoyarse en mi rodilla—. ¿Es en realidad un abortista el tío Art?

—No — dije. Sabía que no tenía más remedio que decirle eso; de lo contrario, le explicaría la historia de su tío abortista al maestro de su escuela. Pero de todas maneras, me sentí incómodo.

—Bueno, me alegro. Y se alejó.

—No comes nada — dijo Judith. Aparté la comida.

—No tengo apetito. Judith se volvió hacia Johnny y dijo: — Termina tu plato, Johnny.

Él sostuvo el tenedor en su pequeño y apretado puño:

—No tengo apetito — dijo, mirándome.

—Claro que sí — dije.

—No — insistió—. No tengo.

Debby, que apenas alcanzaba a ver lo que había sobre la mesa, dejó el cuchillo y el tenedor y dijo:

—Yo tampoco tengo apetito; esta comida sabe muy mal.

—Sabe muy bien — dije, llevándome la cuchara a la boca. Los chicos me miraron recelosos. Especialmente Debby: a los tres años era una muchachita muy despierta.

—Lo único que quieres es que comamos, papi.

—Me gusta — dije, comiendo más.

—Estás disimulando.

—No, no estoy disimulando.

—¿Por qué no sonríes? — dijo Debby. Afortunadamente, Johnny decidió en aquel momento comer un poco más. Se frotó el estómago.

—Está bueno — dijo.

—¿De veras? — preguntó Debby.

—Sí — aseguró Johnny—, está muy bueno.

Debby mordisqueó un poco. Lo probaba. Tomó otra cucharada y, cuando se la llevaba a la boca, la derramó sobre su vestido. Después, como cualquier mujer normal, se enfadó con todos los que estábamos a su alrededor. Anunció que era horrible y que no le gustaba; no quería comer más.

Judith empezó a llamarla «señorita», señal de que se estaba enfadando de veras. Debby se calmó, mientras Johnny continuaba comiendo, hasta que nos mostró el plato con orgullo: limpio.

Pasó otra media hora antes de que los niños estuvieran acostados. Me quedé en la cocina; Judith volvió:

—¿Café?

—Sí. Será mejor.

—Siento lo de los niños; están pasando unos días malos.

—Todos los estamos pasando.

Ella me sirvió café y se sentó en la mesa ante mí.

—No dejo de pensar en las cartas — dijo ella—. Las que recibió Betty.

—¿Y qué piensas?

—Lo que significan. Hay miles de personas por ahí esperando su oportunidad. Estúpidos, necios...

—Esto es una democracia — dije —. Son esas personas las que llevan el país.

—Te estás burlando de mí.

—No. Comprendo lo que quieres decir — dije.

—Bueno, pues eso me asusta — dijo Judith; me acercó el azúcar por encima de la mesa y agregó— : Creo que me gustaría marcharme de Boston. Y no volver nunca más.

—En todas partes sucede lo mismo — repuse —. Será mejor que te hagas a la idea.

Pasé dos horas en mi estudio, dando un vistazo a algunos viejos libros de texto y artículos de los periódicos. También estuve pensando y relacionando los datos sobre Karen Randall, y Superhead, y Alan Zenner, y Bubbles y Angela. Intenté que todo eso tuviera sentido; y también lo que sabía sobre Weston, pero no lo tenía.

Judith entró y me dijo:

—Son las nueve.

Me levanté y me puse la americana.

—¿Vas a salir? — Sí.

—¿Adonde?

Le sonreí.

—A un bar, en los barrios bajos.

—¿Para qué?

—Si lo supiera...

El Electric Grape se encontraba al final de la calle Washington; desde fuera no decía nada; era un viejo edificio de ladrillos, con grandes ventanas. Las ventanas estaban cubiertas de papel, haciendo imposible la visión del interior. En los papeles estaba escrito: «Los Zephyrs. Nocturno. *Go— Go girls.*» A medida que me acercaba, oía el sonido de los compases de un rock.

Eran las diez de la noche del jueves. Una noche lenta. Había algunos marineros, y un par de prostitutas, de pie, con todo su peso apoyado en una cadera y la pelvis echada hacia adelante. Una subió a un coche deportivo que se detuvo ante ella y, antes de marcharse, se volvió hacia mí. Su rostro parecía una máscara.

El ambiente era caliente, húmedo, maloliente, con un olor animal y un ruido ensordecedor; las paredes vibraban, la atmósfera estaba cargada. Empezaron a dolerme los oídos. Me detuve un momento para dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad del interior. Había unas mesas de madera barata a lo largo de la pared, separadas entre sí por unos biombos fijos. A un lado había una pequeña pista de baile. Dos marineros estaban bailando con dos mujeres gordas y de aspecto sucio. Aparte de ellos, el local estaba vacío.

En la tribuna estaban los Zephyrs, sacando el hígado por la boca. Había cinco; tres tocaban la guitarra, uno la batería y el otro cantaba, acariciando el micrófono y rodeándolo con las piernas. Hacían mucho ruido, pero sus rostros eran inexpresivos, como si estuvieran esperando algo, matando el tiempo con aquel juego.

A cada lado del conjunto había dos muchachas encargadas de poner los discos en el descanso. Llevaban muy poca ropa, unos biquinis con flecos. Una era regordeta, y la otra tenía un rostro gracioso en un cuerpo sin gracia. Bajo las luces su piel parecía blanca como el yeso.

Me dirigí al bar y pedí un whisky con hielo. Así me darían whisky con agua, que era lo que quería.

Pagué mi bebida y me volví para observar al grupo. Román era uno de los guitarristas, un hombre con unos músculos de hierro, de unos treinta años, con una gruesa cabeza llena de enortijados cabellos negros. Su piel grasienta resaltaba bajo la luz rosa. Se miraba continuamente los dedos mientras tocaba.

—Lo hacen bien, ¿eh? — dije al barman.

Él se encogió de hombros.

—¿A usted le gusta eso?

—Claro. ¿A usted no?

—Porquería — replicó el barman—, porquería pura.

—¿Qué clase de música le gusta?

—La ópera — dijo, y se alejó para servir a otro cliente. No podía estar seguro de si bromeaba o no.

Me quedé allí de pie. Los Zephyrs terminaron la pieza y los marineros de la pista aplaudieron. Nadie más lo hizo. El cantante todavía se balanceaba al ritmo de la canción; se inclinó ante el micrófono y dijo con voz entrecortada, como si le estuvieran aplaudiendo miles de espectadores:

—Gracias, gracias. — Después dijo — : Nuestra próxima canción será una antigua pieza de Chuck Berry.

Resultó ser *Long Tall Sally*. Realmente antigua. Tan antigua que recordaba que era una canción de Little Richard, y no de Chuck Berry; tan antigua que me hizo recordar los días anteriores a mi matrimonio, cuando llevaba a las muchachas a lugares semejantes para pasar una tarde loca; los días en que los negros no eran otra cosa que una diversión, y no personas como las demás, sino solamente músicos. Los días en que los muchachos blancos podían ir al Apolo, de Harlem.

Los viejos tiempos.

Tocaron bien la canción, fuerte y rápido. Judith aborrece el rock, y lo siento; a mí siempre me ha gustado. Pero ya no estaba de moda cuando nos hicimos mayores. Era algo vulgar, barriobajero. Entonces estaban de moda Lewter Lanm y Eddie Davis, y Leonard Bernstein aún no había aprendido el twist.

Los tiempos cambian.

Al fin los Zephyrs terminaron. Pusieron un disco, y los amplificadores esparcieron su sonido por toda la sala. Los músicos bajaron del estrado y se dirigieron al bar. Cuando Román se acercaba, me dirigí a él y le toqué el brazo.

—¿Puedo invitarle a un trago? El me miró sorprendido: — ¿Por qué?

—Soy un admirador de Little Richard. Sus ojos me examinaron de arriba abajo. — Déjeme en paz — dijo.

—Lo digo en serio.

—Vodka — dijo, sentándose a mi lado.

Pedí un vodka. Lo trajeron y se lo bebió de un trago.

—Tomaremos otro — propuso—, y entonces podremos hablar de Little Richard. ¿De acuerdo?

—Está bien — dije.

Le sirvieron otro vodka y lo llevó a una mesa, al otro lado de la sala. Lo seguí. Su traje plateado brillaba en la oscuridad. Nos sentamos, él miró la bebida y dijo:

—Veamos esa placa.

—¿Qué?

Él me dirigió una mirada dolida:

—La insignia, muñeco. La medalla. Yo no hago nada si no trae la placa.

Debí parecer confundido.

—Madre mía — dijo—, a ver cuándo nos traerán algún poli listo.

—Yo no soy poli — repliqué.

—Claro que sí. — Cogió el vaso y se levantó. — Espere un momento. Tengo algo que enseñarle. Saqué mi cartera y le mostré mi tarjeta de médico.

Estaba oscuro y tuvo que inclinarse para mirarla.

—Nada de bromas — dijo; su voz expresaba sarcasmo, pero se sentó de nuevo.

—Es la verdad. Soy médico.

—Está bien — dijo—. Es médico, pero huele a poli, aunque sea médico. Así que pongamos nuestras cartas sobre la mesa. ¿Ve usted a esos cuatro tipos de allá? — preguntó, señalando al grupo —. Si algo sucede, todos serán testigos de que me enseñó usted una tarjeta de médico y no una placa. Eso es engaño, muchacho. No vale ante un tribunal. ¿Verdad?

—Sólo quiero charlar.

—Nada de bromas — dijo, y bebió del vaso; sonrió ligeramente—. Las cosas se saben enseguida.

—¿De veras?

—Sí. — Me miró—. ¿Quién se lo dijo a usted? — Tengo enlaces.

—¿Qué enlaces?

Me encogí de hombros. — Pues eso... enlaces.

—¿Quién quiere la cosa? — Yo.

Se echó a reír.

—¿Usted? Vamos, hombre, usted no quiere nada. — Está bien — dije. Me levanté, dispuesto a marcharme—. Quizá me he equivocado de hombre.

—Un minuto, muchacho.

Me detuve. Estaba sentado en la mesa, mirando su bebida, dando vueltas al vaso entre las manos.

—Siéntese — ordenó.

Me senté. Él continuó mirando el vaso.

—Es un buen material — dijo—. No lo damos por nada. Es de la mejor calidad, y el precio es alto, ¿entendido?

—Está bien — dije.

Se rascó el brazo y la mano en un movimiento nervioso.

—¿Cuántas cajas?

—Diez, quince, las que tenga.

—Tantas como quiera.

—Entonces, quince — dije —. Pero quiero verlas primero.

—Sí, hombre, sí. Enseguida. Las verá usted primero; está bien.

Continuó rascándose el brazo por encima del traje plateado, después sonrió.

—Pero primero dígame una cosa. — ¿Qué?

—¿Quién se lo dijo? Vacilé.

—Angela Harding.

Pareció confundido. No sabía si había hecho mal en decir ese nombre. Cambió de posición en la silla, como si de pronto tomara una decisión; después dijo:

—¿Es amiga suya? — Más o menos.

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

—Ayer.

Movió la cabeza lentamente:

—Allí está la puerta — dijo —. Le doy treinta segundos para salir antes de hacerle pedazos. ¿Me ha oído, poli? Treinta segundos.

—Está bien, no fue Angela. Fue una amiga suya. — ¿Quién?

—Karen Randall.

—No he oído nunca ese nombre.

—Yo creía que la conocía usted muy bien.

Negó con la cabeza:

—No.

—Eso es lo que me dijeron.

—Le engañaron, muchacho. Está usted completamente equivocado.

Saqué la fotografía del bolsillo y se la enseñé:

—Esto estaba en su habitación de la escuela. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que había sucedido, la fotografía estaba hecha pedazos.

—¿Qué fotografía? — dijo con voz cortante —. No sé nada de ninguna fotografía. No he visto nunca a la muchacha.

Me recliné en la silla. Él me miró con ojos llenos de ira:

—Fuera — dijo.

—Vine aquí para comprar algo, y no quiero marcharme sin ello.

—Usted se marchará ahora mismo, si no quiere acabar mal.

Se rascó el brazo de nuevo. Lo miré y me di cuenta de que no podría sacarle nada más. No hablaría, ni yo tenía forma de obligarlo a hacerlo.

—Está bien — dije. Me levanté, dejando mis gafas sobre la mesa —. Por cierto, ¿sabe usted dónde puedo adquirir un poco de tiopental?

Durante un momento, pareció que sus ojos se ensanchaban. Después preguntó:

—¿Un poco de qué?

—Tiopental.

—Nunca he oído ese nombre. Ahora, fuera; márchese antes de que estos muchachos tan simpáticos busquen pelea y le dejen algo atontado.

Salí. Fuera hacía frío: empezaba a caer de nuevo una lluvia fina. Miré hacia Washington Street y a las brillantes luces de otros locales en donde se bailaba rock; cabarets, garitos. Esperé treinta segundos y después volví a entrar.

Mis gafas estaban todavía sobre la mesa. Las recogí y me volví para salir de nuevo. Mis ojos barrieron la sala.

Román estaba en un rincón, hablando por teléfono.

Eso era todo lo que quería saber.

Cuatro

A la vuelta de la esquina había un bar de autoservicio, oscuro y sucio. Las hamburguesas costaban veinte centavos. Tenía un gran aparador de cristal. Dentro vi a algunas muchachas riéndose mientras comían, y a un par de vagabundos que llevaban unos abrigos raídos y viejos que les llegaban casi hasta los pies. A un lado había tres marineros que reían y se daban palmadas en la espalda el uno al otro, comentando alguna conquista o planeando alguna juerguecita. En la parte posterior había un teléfono.

Llamé al Mem y pregunté por el doctor Hammond. Me dijeron que estaba de guardia aquella noche; la central me puso con el servicio de urgencias.

—Norton, soy John Berry.

—¿Qué hay?

—Necesito una información de los archivos.

—Eres afortunado. Aquí está hoy muy tranquilo todo. Un par de contusiones y una pelea de borrachos. Nada más. ¿Qué necesitas?

—Anota esto: Román Jones, de unos veinticuatro o veinticinco años. Quiero saber si ha estado en el hospital o si ha sido visitado ahí alguna vez. Y quiero las fechas.

—Está bien — dijo Hammond—. Román Jones. Ingresos y visitas en el dispensario. Te lo buscaré enseguida.

—Gracias — dije.

—¿Volverás a llamar?

—No. Me pasaré por el servicio de urgencias dentro de un rato.

Ese constituiría, como descubriría más adelante, el hallazgo del año.

Cuando terminé de hablar por teléfono, me sentí hambriento y pedí un bocadillo de salchichas caliente y un café. Nunca una hamburguesa en un lugar como ése. Por un motivo: a menudo utilizan carne de caballo o de conejo, o entrañas, o cualquier otra cosa que tengan a mano. Y también por otro motivo: generalmente contienen suficientes gérmenes patógenos como para infectar un ejército entero. Por ejemplo, triquinosis; Boston tiene un promedio de esta infección seis veces mayor que el de todo el país. Uno no es nunca bastante prudente.

Tengo un amigo que es bacteriólogo. Pasa la mayor parte del tiempo en el laboratorio de un hospital donde aislan los gérmenes que causan las infecciones de sus pacientes. Su aprensión ha llegado a tal punto que nunca va a comer fuera de casa, ni siquiera a Joseph's ni a Locke— Ober. Nunca come un bistec a menos que esté muy bien cocido. Lo cierto es que el asunto le preocupa. Yo he comido con él y es algo terrible; se pasa toda la comida sudando. Lo ves imaginándose el plato lleno de colonias de gérmenes por todas partes. A cada mordisco, se imagina que se traga una colonia. Estafilococos, estreptococos, bacilos gramnegativos. Su vida es un desastre.

De todas maneras, los bocadillos de salchichas son más seguros — no mucho, pero algo— ; así pues, me tomé uno y me acerqué al aparador con el café. Comí mientras miraba por el gran cristal a la multitud que pasaba.

Román me vino al pensamiento. No me gustaba lo que me había dicho. Estaba claro que vendía drogas, probablemente alguna droga fuerte. La marihuana era demasiado fácil de obtener. El LSD ya no lo fabricaba la Sandoz, pero el ácido lisérgico, su precursor, sí se fabrica en Italia, y cualquier universitario lo puede modificar robando algunos reactivos de su laboratorio químico. La psilocibina y el DMT nunca son fáciles de hacer.

Probablemente Román trataba con opio, morfina o heroína. Eso complicaba mucho el asunto, particularmente en vista de su reacción cuando mencioné a Angela Harding y Karen Randall. No tenía idea de cuál podía ser la relación, pero estaba seguro de que pronto lo averiguaría.

Terminé el bocadillo y bebí el café. Mientras miraba por la ventana vi salir apresuradamente a Román. Él no me vio. Miraba hacia adelante con el ceño fruncido y una expresión preocupada. Me tragué el resto del café y lo seguí.

Cinco

Dejé que me adelantara media manzana. Caminaba deprisa entre la multitud, abriéndose paso con los codos. Mientras caminaba hacia Stuart Street no lo perdí de vista ni un momento. Una vez allí, giró a la izquierda. Le seguí; ese extremo de Stuart Street estaba desierto; aumenté la distancia que me separaba de él y encendí un cigarrillo. Me abroché el impermeable y deseé llevar un sombrero. Si él se detenía y me veía, me reconocería.

Román caminó una manzana y volvió a girar a su izquierda. Estaba volviendo sobre sus pasos. No lo entendí, pero me moví con más cautela. Caminaba deprisa, con movimientos bruscos, como los de un hombre asustado.

Llegamos a Harvey Street. Había allí un par de restaurantes chinos. Me paré para mirar una de las minutas expuestas al lado de la puerta. Román no miraba hacia atrás. Caminó otra manzana, después giró a la derecha.

Lo seguí.

Al sur del Boston Commons, la ciudad cambia bruscamente. A lo largo del Commons, en Tremont Street, hay tiendas elegantes y teatros de lujo. Washington Street está una manzana más lejos y es un poco más modesta; está llena de bares y cines donde proyectan películas pornográficas. Una manzana más lejos las casas se vuelven aún más bajas. Después viene otra manzana de restaurantes chinos, y termina la calle. A partir de allá, todo son tiendas, en su mayoría de ropa.

En ese momento nos encontrábamos en ese punto.

Los almacenes estaban oscuros; grandes retales de telas se veían en los escaparates. Había enormes cortinas metálicas cerradas, por la parte donde cargaban y descargaban los camiones de mercancías. Había también algunas tintorerías; una tienda donde alquilaban disfraces para el teatro, con el escaparate lleno de vestidos, maniqués con trajes de corista, viejos uniformes militares y algunas bailarinas; una bolera en un sótano, de donde llegaba el tintineo de los bolos.

Las calles estaban húmedas y oscuras. Estábamos casi solos. Román avanzó rápidamente hacia la otra manzana y se detuvo.

Me metí en un portal y esperé. El miró hacia atrás durante un momento y después continuó avanzando.

Lo seguí. Varias veces volvió la cabeza, o tomó direcciones contrarias. Pasó un coche siseando sobre el pavimento húmedo. Román se ocultó en la sombra, y volvió a caminar cuando el coche hubo desaparecido.

Estaba claro que se sentía nervioso.

Lo seguí durante unos quince minutos. No estaba seguro de si intentaba matar el tiempo, o simplemente actuaba de ese modo por precaución. Se paró varias veces a mirar algo que tenía en la mano; quizá fuera un reloj, o quizá alguna otra cosa. No podía estar seguro.

Luego se encaminó en dirección norte, pasando por algunas calles anchas, rodeando el Commons y el Ayuntamiento. Tardé un rato en darme cuenta de que se dirigía a Beacon Hill.

Pasaron diez minutos más, y debí de descuidarme, porque lo perdí de vista. Román dio la vuelta a la esquina, y cuando giré yo, ya no estaba: la calle estaba desierta. Me paré por si oía ruido de pasos, pero no oí nada. Empecé a preocuparme y me apresuré a seguir adelante.

Entonces fue cuando sucedió.

Algo pesado y frío me golpeó en la cabeza; después sentí un dolor frío y profundo en la frente, y después un fuerte puñetazo en el estómago. Caí en el pavimento y el mundo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Oí un grito, unos pasos y después nada.

Seis

Fue como una de esas curiosas visiones que se tiene en los sueños, en las pesadillas, donde todo aparece deformado. Los edificios eran negros y muy altos; se alzaban ante mí y amenazaban

con derrumbarse sobre mi cabeza. Parecían erguirse infinitamente. Me sentí frío y empapado, y la lluvia me mojaba el rostro. Levanté la cabeza del pavimento y lo vi todo rojo.

Me apoyé en un codo. La sangre goteaba de mi impermeable. Miré aturdido al pavimento rojo. Un montón de sangre. ¿Mía?

Tenía el estómago revuelto y vomité allí mismo. Me sentía mareado y todo el mundo me parecía verde.

Finalmente me obligué a ponerme de rodillas.

A lo lejos oí una sirena. Estaba lejos, pero se acercaba. Me levanté temblando y me apoyé en un coche aparcado en la esquina. No sabía dónde me encontraba; la calle estaba oscura y silenciosa. Miré el pavimento lleno de sangre y me pregunté qué podía hacer.

Las sirenas se acercaban.

Tambaleando, di la vuelta a la esquina; después me paré para recobrar el aliento. Las sirenas estaban más cerca; una luz azul brillaba ahora en la calle que acababa de abandonar.

Llovía otra vez. No sé cuánto trecho recorrí. No sé dónde estaba.

Estuve andando hasta que vi un taxi detenido con el motor en marcha.

—Lléveme al hospital más próximo — dije.

El chófer me miró el rostro.

—Ni lo piense — dijo—. Olvídelo.

Y me dejó plantado ahí mismo, cuando estaba a punto de meterme dentro.

Volví a oír las sirenas a lo lejos.

Me dio de nuevo un mareo. Me incliné un poco y esperé que pasara. Vomité otra vez. La sangre goteaba de alguna parte de mi rostro. Había gotitas rojas en el vómito.

Continuaba lloviendo. Temblaba de frío, pero eso era lo que me mantenía consciente. Me levanté e intenté controlar mis sentidos; estaba en algún lugar al sur de Washington Street; la indicación más próxima decía Curley Place. Ese nombre no significaba nada para mí. Empecé a andar con paso vacilante, parándome con frecuencia.

Tenía esperanzas de seguir la dirección correcta. Sabía que estaba perdiendo sangre, pero ignoraba cuánta. A cada trecho tenía que detenerme para apoyarme en algún coche y recobrar el aliento.

Cada vez me sentía más aturdido.

Tropecé y caí. Mis rodillas golpearon contra el pavimento y sentí un agudo dolor por todo el cuerpo. Durante un momento me sentí mejor y conseguí ponerme en pie de nuevo. Los zapatos estaban empapados. Mi ropa también, de sudor y de lluvia.

Me concentré en el ruido de mis propios pasos y me obligué a seguir caminando. Un paso detrás de otro. Tres manzanas más lejos vi luces. Sabía que podría llegar.

Un paso detrás de otro.

Durante un momento me apoyé sobre un coche azul; sólo un momento, para recobrar el aliento.

—Eso es. Eso es, muchacho.

Alguien me estaba levantando. Estaba en un coche y me levantaban. Mis brazos estaban sobre el hombro de alguien, y yo caminaba. Unas luces ante mí; un cartel: «Servicio de urgencias.» Un cartel con letras azules. En la puerta, una enfermera.

—Despacio, muchacho, con calma.

Me colgaba la cabeza. Intenté hablar, pero tenía la boca demasiado seca. Tenía una sed y un frío terribles. Miré al hombre que me ayudaba, un hombre ya mayor, con la cabeza calva y barba. Intenté incorporarme, para que no tuviera que soportar mi peso, pero se me doblaban las rodillas, me temblaba todo el cuerpo.

—Vamos bien, muchacho. No pasa nada.

Su voz era alentadora. La enfermera se adelantó bajo la luz que despedía el cartel de «Servicio de urgencias», me vio y entró en el edificio. Salieron dos internos y me tomaron cada uno por un brazo. Eran fuertes; me sentí levantado, las puntas de los pies rozando el pavimento. Sentí la lluvia en la nuca cuando mi cabeza cayó hacia adelante. El hombre calvo se adelantó para abrir la puerta.

Me ayudaron a entrar a un lugar más cálido. Me pusieron en una mesa acolchada y empezaron a quitarme las ropas, que estaban mojadas y llenas de sangre; se pegaban a mi cuerpo de tal forma que, finalmente tuvieron que cortarlas con unas tijeras. Fue una operación difícil y les llevó mucho tiempo. Yo mantenía los ojos cerrados, porque las luces que había sobre mí eran dolorosamente brillantes.

—Haz un conteo de la sangre y averigua el grupo — dijo uno de los internos —. Y trae un estuche de sutura a la habitación dos.

Estaban tocándome la cabeza; sentía vagamente las manos y las gasas apretadas contra la piel. Tenía la frente fría e insensible. Me habían desnudado completamente. Me secaron con una áspera toalla y me envolvieron en una sábana; después me trasladaron a otra mesa acolchada. Empecé a rodar por el vestíbulo. Abrí los ojos y vi al hombre calvo que me miraba con solicitud.

—¿Dónde lo encontró? — preguntó uno de los internos.

—Sobre un coche. Estaba echado sobre un coche. Lo vi y pensé que sería algún borracho. Tenía la mitad del cuerpo en la calzada y me detuve para sacarlo de allí, temiendo que lo atropellaran. Después vi que era un hombre bien vestido y que estaba todo ensangrentado. No sabía lo que había sucedido, pero tenía mal aspecto; así que lo traje aquí.

—¿No tiene usted idea de lo que sucedió? — Bueno, ya que me lo preguntan, les diré que tiene todo el aspecto de una paliza.

—No lleva cartera — dijo el interno —. ¿Le debe a usted dinero por el viaje?

—Está bien; déjelo — dijo el hombre calvo.

—Estoy seguro de que querrá pagarle.

—Déjelo, así está bien. Me voy — dijo el taxista.

—Es mejor que deje su nombre en el mostrador — dijo el interno.

Pero el hombre ya se había marchado.

Me llevaron en una camilla hasta una habitación pintada de azul. Sobre mí se encendió la lámpara quirúrgica. Unos rostros se inclinaron a mirarme. Vi las manos enguantadas y las mascarillas puestas.

—Vamos a parar esa hemorragia — dijo el interno —. Después tomaremos algunas radiografías. — Me miró— : ¿Ha despertado, señor?

Asentí e intenté hablar.

—No hable. Puede que tenga la mandíbula rota. Primero cerraremos esa herida que tiene en la frente, y después veremos.

La enfermera me mojó el rostro; primero con jabón. La esponja quedó ensangrentada.

—Ahora alcohol — dijo ella —. Es posible que le escueza un poco.

Los internos hablaban entre sí, mirando la herida:

—Puedes anotar una herida superficial de seis centímetros en la sien derecha.

Apenas sentí el alcohol, sólo frío y un poco de escozor; nada más.

El interno mantenía la aguja de sutura curva en un portaagujas. La enfermera retrocedió y él se colocó en su lugar sobre mi cabeza. Esperaba dolor, pero no fue nada más que un ligero pinchazo en la frente. El interno, que estaba cosiendo, dijo:

—Es una incisión limpia y cortante. Casi parece quirúrgica.

—¿Arma blanca?

—Podría ser, pero lo dudo.

La enfermera me puso un torniquete en el brazo y me extrajo sangre.

—Es mejor que le des también el suero antitetánico — dijo el interno, mientras hacía la sutura—, y una inyección de penicilina. — Me dijo— : Cierre los ojos una vez para decir «sí» y dos para decir «no». ¿Es usted alérgico a la penicilina?

Cerré los ojos dos veces.

—¿Está usted seguro?

Los cerré una sola vez.

—Está bien — dijo el interno. Y volvió a la sutura. La enfermera me puso dos inyecciones. El otro interno examinaba mi cuerpo, sin decir nada.

Debí de perder de nuevo el conocimiento. Cuando abrí los ojos, vi un gran aparato de rayos X sobre mi cabeza. Alguien estaba diciendo: «Espacio, espacio», con voz irritada.

De nuevo quedé inconsciente.

Me desperté en otra habitación pintada de verde. Los internos sostenían las radiografías todavía goteando contra luz, hablando entre ellos. Uno de ellos se acercó a mí.

—Parece que está usted bien — dijo — ; quizá pierda algunos dientes, pero no hay ninguna fractura aparente.

Mi cabeza empezaba a aclararse; estaba lo suficientemente despierto para preguntar:

—¿Ha visto el radiólogo estas radiografías?

Se quedaron inmóviles. Se les heló la sangre al pensar en lo que yo quería decir. Las radiografías del cráneo son difíciles de interpretar para una persona no experta en rayos X. No sabían cómo podía yo hacer este tipo de preguntas.

—No, el radiólogo no está aquí en este momento.

—Bien, ¿dónde está?

—Fue a tomar un café.

—Díganle que vuelva — pedí. Tenía la boca seca y rígida; me dolía la mandíbula. Me toqué la mejilla y me la noté muy hinchada y dolorida. No era sorprendente que hubieran sospechado una fractura.

—¿Qué hematócrito tengo? — pregunté.

—¿Cómo dice?

Apenas podían oírme; tenía la lengua pegajosa y no hablaba claro.

—Digo que cuál es mi compuesto sanguíneo.

Se miraron el uno al otro; uno de ellos dijo:

—Cuarenta, señor.

—Déme un poco de agua.

Uno de ellos salió en busca de agua. El otro me miró con extrañeza, como si acabara de descubrir que yo era un ser humano.

—¿Es usted médico, señor? — No, soy un pigmeo culto.

Estaba confundido. Sacó su libro de notas y dijo: — ¿Ha estado usted alguna vez en este hospital, señor?

—No — dije —, no he estado nunca ni lo estaré jamás.

—Usted llegó con una herida...

—Cure la herida. Déme un espejo. — ¿Un espejo?

Suspiré.

—Quiero ver lo bien hecha que está su sutura — dije.

—Señor, si es usted médico... — Déme un espejo.

Con notable rapidez, me llevaron el agua y el espejo. Bebí primero el agua, rápidamente; sabía de maravilla.

—Es mejor que la beba despacio, señor.

—Un hematócrito de cuarenta no está mal — dije —. Y ustedes lo saben.

Sostuve el espejo y examiné el corte de la frente. Estaba enojado con los internos, y eso me ayudaba a olvidarme del dolor y del malestar que sentía en todo el cuerpo. Miré la herida, que era limpia y curva, e iba desde encima de una ceja hasta casi la oreja. Habían dado casi veinte puntos.

—¿Cuánto tiempo hace que llegué?

—Una hora, señor.

—Deje de llamarme «señor» — dije —, y haga otro hematócrito. Quiero saber si hay alguna hemorragia interna.

—Su pulso es de setenta y cinco, señor, y el color de su piel...

—Hágalo — insistí.

Volvieron a sacarme sangre. El interno llenó cinco centímetros de jeringa.

—Dios mío — dije—, es sólo para un hematócrito.

Se excusó con la mirada y se marchó rápidamente. Los muchachos en el servicio de urgencias se vuelven descuidados. Necesitan sólo una fracción de centímetro cúbico para hacer un hematócrito; con una gota de sangre del dedo tendrían suficiente.

—Mi nombre es Berry — dije al otro interno —. Soy patólogo del Lincoln.

—Sí, señor.

—Deje de anotar todo.

—Sí, señor. — Puso su agenda a un lado.

—Esto no es una admisión, y no será registrado oficialmente.

—Pero usted fue atacado y le robaron...

—No es verdad — repuse—. Tropecé y me caí. Nada más. No fue más que un error estúpido.

—El carácter de sus contusiones en el cuerpo indican...

—No me importa si no coincido con los libros de texto. Le estoy diciendo lo que sucedió en realidad.

—Pero...

—Nada — dije —, no quiero discusiones.

Lo miré. Llevaba puesta la bata y tenía algunas manchas de sangre; supongo que sería mi sangre.

—No lleva usted su tarjeta de identificación — observé.

—No.

—Bien, pues póngasela. A los pacientes nos gusta saber con quién hablamos.

Él respiró profundamente y dijo:

—Señor, soy estudiante de cuarto. — Dios mío.

—Usted...

—Mira, hijo, será mejor que hagas las cosas como Dios manda. — Agradecía la cólera, que me daba energía—. Es posible que sea una suerte para ti el poder pasar un mes en el servicio de urgencia pero no lo es para mí. Llama al doctor Hammond.

—¿A quién, señor?

—Al doctor Hammond. El médico de guardia.

—Sí, señor.

Se dirigió a la salida y yo pensé que había sido demasiado duro con él. Después de todo, no era más que un estudiante y parecía un muchacho bueno y amable.

—Por cierto — dije—, ¿hizo usted la sutura?

Hubo una pausa larga y culpable.

—Sí, fui yo.

—Buen trabajo — dije.

Él sonrió.

—Gracias, señor.

—Deje de llamarme «señor». ¿Examinó la incisión antes de suturarla?

—Sí, s... sí.

—¿Cuál fue su impresión?

—Era una incisión notablemente limpia. Parecía hecha con una hoja de afeitar o algo así. Sonreí.

—¿O un escalpelo? — No le comprendo.

—Creo que ésta es una noche interesante. Llame al doctor Hammond.

A solas, no podía pensar en otra cosa que en el dolor. Mi estómago era lo peor; me dolía como si me hubiera tragado un bolo. Me incliné a un lado y me sentí mejor. Al cabo de un rato, Hammond llegó con el estudiante de cuarto detrás de él.

—Hola, John — dijo Hammond.

—Hola, Norton. ¿Qué tal el trabajo?

—No te vi entrar; de lo contrario...

—No importa. Tus muchachos hicieron un buen trabajo.

—¿Qué te ocurrió? — Tuve un accidente.

—Estuviste de suerte — dijo Norton, inclinándose sobre la herida y observándola—. Te cortaron la temporal superficial. Sangrabas como un condenado. Pero tu hematócrito no lo demuestra casi.

—Tengo un buen bazo.

—Es posible. ¿Qué tal te sientes?

—Como una mierda.

—¿Dolor de cabeza?

—Un poco, pero se me va pasando.

—¿Te sientes soñoliento? ¿Mareado? — Vamos, Norton...

—Quédate así — pidió Hammond. Sacó su linterna y examinó mis pupilas. Después comprobó mis reflejos en brazos y piernas.

—¿Lo ves? — dije—. No es nada.

—Aún es posible que tengas un hematoma.

—No.

—Quiero que estés bajo observación durante veinticuatro horas — dijo Hammond.

—No es posible. — Me senté en la cama; el estómago me dolía —. Ayúdame a levantarme.

—Me temo que tus ropas...

—Han quedado hechas añicos. Lo sé. Tráeme alguna bata, ¿quieres?

—¿Bata? ¿Por qué?

—Quiero estar por ahí cuando lleguen los demás — contesté.

—¿Quiénes?

—Espera y verás — dije.

El estudiante de cuarto me preguntó qué talla usaba y yo se la dije. Cuando iba a buscar la bata, Hammond lo agarró del brazo.

—Espera un minuto — dijo, volviéndose hacia mí. Te la daremos con una condición.

—Norton, por el amor de Dios, no tengo ningún hematoma. Si fuera subdural tardaría semanas o meses en dar señales de vida. Tú lo sabes.

—Podría ser epidural.

—Las radiografías del cráneo no muestran ninguna fractura — dije. Un hematoma epidural es un coágulo de sangre dentro del cráneo causado por alguna arteria rota, y se debe a alguna fractura del cráneo. La sangre se amontona dentro del cráneo y podría causar la muerte a causa de la compresión del cerebro.

—Tú mismo dijiste que no habían sido vistas aún por un radiólogo.

—Norton, maldita sea, que no estás hablando con una vieja ignorante. Yo...

—Te daremos la bata si accedes a pasar aquí la noche.

—Pero no quiero que conste ningún ingreso.

—Está bien. Con que estés aquí en el servicio de urgencias es suficiente.

Fruncí el ceño.

—Conforme; me quedaré aquí. El estudiante de cuarto fue en busca de la ropa. Hammond se quedó conmigo y me preguntó:

—¿Quién te golpeó? — Espera y verás.

—Asustaste al interno y al estudiante.

—Lo siento. No era ésa mi intención. Pero algunos detalles me pusieron nervioso.

—El radiólogo de esta noche es Harrison. Es un cabrón.

—¿Y crees que eso me importa?

—Ya sabes lo que ocurre en estos casos.

—Sí, lo sé.

Llegó la bata blanca y me la puse. Me sentía muy raro; no había llevado una bata de hospital desde hacía varios años. Entonces me había sentido orgulloso con ella. Ahora la tela me parecía demasiado rígida e incómoda.

Fueron en busca de mis zapatos, mojados y sangrientos; los limpié y me los puse. Me sentía débil y cansado, pero no tenía otro remedio que aguantar. Todo terminaría aquella noche, estaba seguro.

Me dieron un poco de café y un bocadillo. No podía saborearlo; era como comer papel de periódico, pero sabía que necesitaba comer algo. Hammond estaba conmigo.

—Por cierto — dijo—. Te miré lo que me pediste acerca de Román Jones.

—¿Y qué hay?

—Fue visto una sola vez en el departamento genitourinario. Vino con síntomas que sugerían un cólico renal, y le hicieron un análisis de orina.

—¿Qué resultó?

—Presentaba hematuria. Células rojas con núcleo.

—Ya.

Era la historia clásica. Los pacientes se quejan de fuertes dolores en la parte baja de la espalda y disminución de la excreción urinaria. El diagnóstico más común es de cálculos renales, una de las cinco dolencias más dolorosas que existen; casi inmediatamente después de haber hecho el diagnóstico se administra morfina. Pero, para comprobarlo, se pide una muestra de orina y se examina la sangre que hay en ella. Los cálculos renales son a menudo irritantes, y por eso aparece un poco de sangre en la orina.

Los adictos a la morfina saben lo fácil que es obtenerla cuando se padece de cálculos, y muchas veces simulan un verdadero cólico. Hay algunos que realmente lo hacen muy bien; saben los síntomas y los reproducen perfectamente. Después, cuando les piden una muestra de orina, van al lavabo, y junto con la muestra dejan caer una gota de sangre que consiguen pinchándose el dedo.

Pero hay algunos que son aprensivos. En lugar de utilizar su propia sangre, se sirven de la sangre de algún animal, por ejemplo de un pollo. Pero el caso es que las células rojas del pollo tienen núcleo, mientras que los glóbulos humanos no. Así pues, la presencia de células rojas con núcleo en el cólico renal casi siempre indica que el paciente simula los síntomas y que es un adicto.

—¿Le fue examinado el cuerpo en busca de pinchazos?

—No. Cuando el médico se enfrentó con él, huyó de la clínica. No fue visto nunca más.

—Interesante. Probablemente sea un adicto.

—Sí. Probablemente.

Después de comer me encontré algo mejor. Pero, al levantarme, me sentí exhausto y dolorido. Llamé a Judith y le dije que estaba en el Mem, que estaba bien y que no se preocupara. No le mencioné ni el golpe ni la herida. Sabía que ella lo aceptaría bien cuando me viera en casa, pero no quería inquietarla en ese momento.

Estuve paseando por el pasillo con Hammond, intentando no mostrar mi malestar. Él me preguntaba continuamente cómo me sentía, y yo le contestaba siempre que bien. De hecho, no era así. La comida empezaba a darme mareo, y el dolor de cabeza era mayor estando de pie. Pero lo peor era la fatiga. Me encontraba cansado, terriblemente cansado.

Me dirigí a la entrada del servicio de urgencias. Era una especie de garaje abierto, donde las ambulancias cargaban y descargaban a los enfermos. Las puertas se abrían automáticamente para

dar entrada al hospital. Salimos y respiramos un poco el aire nocturno. Era una noche lluviosa y húmeda, pero el aire frío me sentaba bien.

—Estás pálido — dijo Hammond.

—Estoy bien.

—Todavía no hemos comprobado que no tengas ninguna hemorragia interna. — No.

—Si no te sientes bien, es mejor que me lo digas; no eres ningún héroe.

—No lo soy.

Estuvimos allí esperando. De vez en cuando pasaba algún automóvil por la calzada húmeda; después quedaba todo en silencio.

—¿Qué va a suceder? — preguntó Hammond. — No estoy muy seguro. Pero creo que traerán a un negro y una muchacha.

—¿Román Jones? ¿Tiene algo que ver con todo este asunto?

—Eso creo.

De hecho, estaba casi seguro de que había sido Román Jones quien me había golpeado. No recordaba muchas cosas; los sucesos ocurridos antes del accidente eran confusos para mí. Era de esperar. No sufría una verdadera amnesia retrospectiva, que abarca los quince minutos anteriores al accidente. Pero estaba algo confuso.

No podía ser otro que Román, pensé. Era la única persona que encajaba con lógica. Román se dirigía a Beacon Hill. Y solamente había una razón lógica para ello.

Tendríamos que esperar.

—¿Qué tal te sientes?

—No haces más que preguntármelo — dije—, y yo no hago más que contestarte lo mismo, bien.

—Pareces cansado.

—Estoy cansado. He estado cansado toda la semana.

—No. Quiero decir que pareces exhausto.

—No te pongas pesado — dije. Miré el reloj. Habían pasado cerca de dos horas desde que había sido golpeado. Era mucho tiempo. Más que suficiente.

Empecé a preguntarme si habría habido algún error.

En ese momento, un coche de la policía dobló la esquina, rápido, con la sirena a todo volumen y el faro encendido. Detrás venía una ambulancia, seguida de un tercer coche. Mientras la ambulancia aparcaba, dos hombres con trajes de paisano saltaron del tercer coche: periodistas. Era fácil de adivinar por la expresión ansiosa de sus rostros. Uno de ellos llevaba una cámara fotográfica.

—Nada de fotografías — dije.

Las puertas de la ambulancia se abrieron y en una camilla sacaron un cuerpo. Lo primero que vi fueron las ropas, destrozadas en la parte del tronco y las extremidades superiores, como si el cuerpo hubiera sido atrapado por una máquina monstruosa. Después, a la luz fluorescente de la entrada del servicio de urgencia, vi el rostro: Román Jones. Tenía el cráneo hundido por el lado derecho como una pelota deshinchada y los labios de color purpúreo.

Los focos despedían luz a borbotones.

Al momento, Hammond empezó a trabajar. Era un hombre rápido; con un solo movimiento cogió la muñeca del herido con su mano izquierda, puso el oído sobre el pecho y, con la mano derecha, buscó la carótida en el cuello. Después se enderezó y, sin decir palabra, empezó a presionar el pecho. Le puso una mano plana sobre el pecho y la palma de la otra apoyada contra la primera y empujó con las dos de una forma rítmica y profunda.

—Llamen al anestesista — dijo—, y al residente de cirugía. Necesito aramina en una solución del uno por mil. Mascarilla de oxígeno. Presión positiva. Vamos.

Le llevamos al interior del servicio de urgencias, a una de las pequeñas habitaciones de tratamiento. Hammond, mientras tanto, continuaba el masaje cardíaco sin perder el ritmo. Cuando llegamos a la habitación encontramos allí al residente de cirugía.

—¿Cómo está?

—Apneico, sin pulso en ninguna parte — contestó Hammond.

El cirujano tomó un paquete de guantes de la talla ocho. No esperó a que la enfermera se los diera; los sacó de la bolsa de papel y se los puso. En ningún momento apartó los ojos de la inmóvil figura de Román Jones.

—Vamos a abrirlo — dijo el cirujano, flexionando los dedos enguantados.

Hammond asintió, continuando el masaje. No parecía haber mejora alguna: los labios y la lengua de Román estaban negros. Su piel, especialmente en el rostro y en las orejas, era oscura y con ronchas.

Le colocaron una máscara de oxígeno.

—¿Cuánto, señor? — preguntó la enfermera.

—Siete litros — dijo el cirujano.

Le dieron un escalpelo. Las ropas de Román, ya destrozadas, fueron rotas y apartadas del pecho; nadie se preocupó de dejarle desnudo del todo. El cirujano se adelantó con el rostro inexpresivo, manteniendo apretado el escalpelo con su mano derecha y el índice apoyado sobre la hoja.

—Bien — dijo, e hizo una incisión a través de las costillas en el lado izquierdo. Fue una incisión profunda, que produjo mucha sangre, hecho que al cirujano no pareció importarle. Dejó expuestas las costillas, cortó entre ellas y entonces aplicó los retractores. Los echó hacia atrás y se oyó un chasquido al separarse las costillas. A través de la incisión podíamos ver los pulmones de Román, inmóviles, como si estuvieran encogidos, y su corazón, grande, azulado, sin latir, pero retorciéndose como una bolsa de gusanos.

El cirujano metió las manos dentro del pecho y empezó el masaje. Lo hacía suavemente, contrayendo primero su dedo pequeño y después los otros hasta el índice, expeliendo la sangre del corazón, que estrujaba dura y rítmicamente.

Habían traído un aparato de medir la presión, y Hammond se la tomaba. Miró la aguja durante un momento; después dijo:

—Nada.

—Está fibrilando — dijo el residente, mostrando el corazón — ; nada de epinefrina; vamos a esperar.

Continuó con el masaje durante un minuto, después dos. El color de Román era cada vez más oscuro.

—Cada vez más débil. Dame cinco centímetros del uno por mil.

Había una jeringa preparada. El cirujano la inyectó directamente en el corazón; después continuó el masaje.

Pasaron varios minutos más. Yo observaba cómo le apretaba rítmicamente el corazón, y, cómo los pulmones se hinchaban con la presión del oxígeno. Pero el paciente declinaba; finalmente, *cesó* de fibrilar.

—Se terminó — dijo el cirujano. Separó las manos del pecho y miró a Román Jones; después se sacó los guantes de un tirón. Examinó las heridas en el pecho y en los brazos, y las contusiones del cráneo.

—Probablemente fue un paro respiratorio primario. Se ha dado un buen golpe en la cabeza — dijo, y después se dirigió a Hammond— : ¿Harás el certificado de defunción?

—Sí — contestó Hammond—, lo haré.

En aquel momento entró precipitadamente una enfermera en la habitación:

—Doctor Hammond, doctor Jorgensen, les necesitamos. Acaban de traer a una muchacha con choque hemorrágico.

En el vestíbulo de urgencias, la primera persona a la que vi fue el capitán Peterson. Estaba allí, de pie, con un aspecto confuso y enojado. Cuando me vio, se acercó a mí y me tiró de la manga.

—Dígame, Berry... — Después — dije.

Seguí a Hammond y a la enfermera a otra habitación de tratamiento. Había allí una muchacha echada de espaldas, muy pálida. Tenía las muñecas vendadas. Estaba consciente, pero muy poco; movía la cabeza de un lado a otro y lanzaba gemidos ininteligibles.

Jorgensen, el interno, estaba inclinado sobre ella.

—Un suicidio — dijo a Hammond— ; se ha cortado las muñecas. Hemos parado la hemorragia y vamos a hacerle una transfusión completa de sangre.

Estaba buscando una vena para la punción intravenosa en la pierna.

—Ya le hemos examinado el grupo — dijo—. Hemos pedido más sangre en el banco. El conteo está bien, pero eso no significa nada.

—¿Por qué en la pierna? — preguntó Hammond. — Tuvimos que vendarle las muñecas; no podemos arriesgarnos con las extremidades superiores.

Me adelanté. Esa muchacha era Angela Harding. Ahora no parecía tan bonita; su rostro tenía el color del yeso, y alrededor de la boca se veía un círculo gris.

—¿Qué impresión te merece? — dijo Hammond a Jorgensen.

—La salvaremos, a menos que haya un contratiempo — dijo. Hammond le examinó las muñecas vendadas.

—¿Es ésa la lesión?

—Sí. A ambos lados. Las hemos suturado.

Le miró las manos. Los dedos estaban manchados de color marrón oscuro. Me miró:

—¿Es ésta la muchacha de la que hablabas?

—Sí — dije —. Es Angela Harding.

—Una empedernida fumadora — dijo Hammond.

—Mírala de nuevo.

Hammond le cogió una mano y olió los manchados dedos.

—Eso no es tabaco. — Desde luego.

—Entonces...

—Exacto — asentí.

—... es una enfermera.

—Sí.

Las manchas eran de tintura de yodo, un desinfectante muy utilizado. Es de color marrón—amarillento y mancha todo lo que toca. Se emplea para frotar la zona que debe operarse antes de hacer la incisión, y para otras cosas semejantes, como por ejemplo antes de una inyección intravenosa.

—No lo entiendo — dijo Hammond.

Le levanté una mano. Tenía las yemas de los dedos pulgares llenas de pequeños rasguños, que no eran suficientemente profundos para seguir sangrando.

—¿Qué dirías que es eso? — Pruebas.

—Es lo que presentan casi todos los suicidas que se cortan las muñecas; son cortes preliminares en la mano, como si la víctima del suicidio intentara probar el filo de la hoja o la intensidad del dolor resultante de los cortes.

—No — dije.

—Entonces, ¿qué?

—¿No has visto nunca un individuo que haya tenido una pelea con un cuchillo?

Hammond negó con la cabeza. Sin duda no lo había visto nunca. Es una clase de experiencia que sólo tienen los patólogos; los pequeños cortes en las manos son las huellas que deja el cuchillo. La víctima levanta siempre las manos para protegerse del cuchillo y siempre termina con esos pequeños cortes.

—¿Es así como se presentan? — Sí.

—¿Eso quiere decir que tuvo una pelea con alguien que llevaba una navaja?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Te lo diré después — dije.

Volví a Román Jones. Estaba aún en la misma habitación. Junto con Peterson, había otro hombre, examinando los ojos del cadáver.

—Berry — dijo Peterson—, siempre se deja ver en los peores momentos.

—Igual que usted.

—Sí — dijo Peterson—, pero éste es mi trabajo. Señaló al hombre que estaba con él.

—Como usted se preocupó tanto la otra vez, traje a un médico conmigo. Un médico forense. Éste es un caso policíaco, ya sabe.

—Sí, lo sé.

—Se trata de un individuo llamado Román Jones. Lo averiguamos por su documentación.

—¿Dónde le encontraron?

—En la calle. Tendido en una calle silenciosa de Beacon Hill. Con el cráneo aplastado. Debíó de caerse de cabeza. Había una ventana rota en el segundo piso de la casa. Un apartamento propiedad de una muchacha llamada Angela Harding. Ella está aquí también. — Lo sé.

—Sabe usted muchas cosas esta noche.

Hice caso omiso de sus palabras. Cada vez tenía más dolor de cabeza; me daba unos pinchazos muy intensos y me sentía terriblemente cansado. Tenía ganas de echarme y dormir durante horas y horas. Pero no podía relajarme. El estómago me producía náuseas.

Me incliné sobre el cuerpo de Román Jones. Alguien había roto lo que quedaba de sus ropas y había dejado expuestas las múltiples heridas del tronco y de los brazos. Las piernas estaban intactas. Típico, pensé.

El médico se enderezó y miró a Peterson.

—Es difícil decidir por el momento la causa de su muerte — dijo; señaló la herida abierta del corazón —. Lo han dejado todo muy sucio y confuso. Pero yo diría que murió de la herida que se produjo al aplastársele el cráneo. ¿Dijo usted que se cayó de una ventana?

—Eso es lo que nos pareció — dijo Peterson mirándome.

—Rellenaré los formularios — dijo el médico —. Déme la cartera.

Peterson le entregó la cartera de Román Jones. El médico empezó a escribir en una libreta en un rincón de la habitación. Yo continué observando el cuerpo. Su cráneo tenía un interés especial. Toqué la herida y Peterson dijo:

—¿Qué está usted haciendo?

—Examinando el cuerpo.

—¿Con qué autoridad? Suspiré.

—¿Qué autoridad necesito? Pareció quedarse confundido.

—Me gustaría que me diera usted permiso para llevar a cabo un examen superficial del cuerpo — dije.

Al decirlo, miré de soslayo al médico. Estaba todavía escribiendo y tomando notas de la cartera, pero yo estaba seguro de que estaba escuchando.

—Habrá una autopsia — dijo Peterson.

—Me gustaría que me diera usted ese permiso.

—Lo siento, no puedo dárselo.

En este punto, el médico dijo:

—Oh, demonios, no seas así, Jack.

Peterson miró al médico de la policía, y después a mí, y después nuevamente a él. Finalmente dijo:

—Está bien, Berry. Examínelo. Pero no nos cause dificultades ni se entrometa en nuestro trabajo.

Miré la lesión del cráneo. Tenía la forma de una copa, aunque los bordes eran muy ásperos, del tamaño del puño de un hombre, pero no había sido hecha con ningún puño, sino con el extremo de un bastón o de un palo manejado con una fuerza considerable. Miré más de cerca y vi pequeñas partículas de madera marrón pegadas al ensangrentado cuero cabelludo. No las toqué.

—¿Dice usted que esa fractura fue provocada por la caída desde una ventana?

—Sí — dijo Peterson —. ¿Por qué? — Nada. Por saberlo.

—¿Por qué?

—¿Qué me dice usted de las heridas del cuerpo? — dije.

—Creemos que se las hizo en ese apartamento. Apparently, estuvo luchando con la muchacha, Angela Harding. Había un cuchillo ensangrentado en la cocina del apartamento. Ella debió de atacarle con él. Fuera como fuera, él se cayó por la ventana, o le empujaron. Y se hizo esa herida, que fue la causa de su muerte.

Se detuvo y me miró.

—Continúe — dije.

—Eso es todo.

Asentí con la cabeza, dejé la habitación y volví con una jeringa y una aguja. Me incliné sobre el cuerpo y le metí la aguja en el cuello, buscando la vena yugular. En aquel estado no se podía ni pensar en encontrarle una vena en los brazos.

—¿Qué está usted haciendo?

—Le saco sangre — dije, aspirando el émbolo y sacándole algunos milímetros cúbicos de sangre azulada.

—¿Para qué?

—Quiero saber si ha sido envenenado — dije. Fue el primer pensamiento, la primera respuesta que me vino a la cabeza.

—¿Envenenado? — Sí.

—¿Por qué piensa usted que pudo haber sido envenenado?

—Es sólo una posibilidad.

Me puse la jeringa en el bolsillo, y me disponía a marcharme cuando Peterson se quedó mirándome y dijo:

—Espere un momento. Me detuve.

—Tengo que hacerle un par de preguntas. — ¿Ah, sí?

—Pensamos que ocurrió lo siguiente — dijo Peterson—: ese individuo y Angela Harding estuvieron peleando. Entonces Jones cayó y ella intentó suicidarse.

—Eso ya me lo ha dicho antes.

—El único problema — dijo Peterson— es que Jones era un muchacho corpulento. Debía de medir por lo menos un metro noventa o dos metros. ¿Cree usted que una muchacha tan frágil como Angela Harding pudo haberle empujado?

—¿Quizá se cayó?

—O quizá ella contó con la ayuda de alguien.

—Quizá.

Me miró a la cara y a la compresa que me cubría la herida de la frente.

—¿Ha sufrido algún accidente? — Sí.

—¿Qué le ha pasado?

—Me he caído por la calle mojada.

—¿Y se hizo una rascada?

—No, fui a dar contra uno de los excelentes parquímetros de la ciudad. Tengo una herida. —
¿Un desgarrón? — No. Una herida bastante limpia. — ¿Como la de Román Jones? — No sé.

—¿Vio usted alguna vez a Jones en vida? — Sí.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Esta noche. Hace unas tres horas. — Eso es interesante.

—Deseo que tenga suerte con este caso — dije. — Podría detenerle para interrogarle. —
Desde luego que podría — dije —. Pero ¿con qué motivo?

Él se encogió de hombros:

—Eso no tiene importancia; cualquier cosa me basta. — Y yo recurriría a una ley que le
sacara a usted dos millones de dólares antes de que pudiera enterarse.

—¿Sólo por un interrogatorio?

—Eso es — dije —. Comprometer la reputación de un médico. Para un médico, su reputación
es como su vida, ya lo sabe. Cualquier sombra de sospecha, por ligera que sea, es un perjuicio en
potencia. Y eso sería muy fácil de probar ante un tribunal.

—Art Lee no toma esa actitud. Sonreí.

—¿Quiere usted probar conmigo? Proseguí mi camino.

—¿Cuánto pesa usted, doctor? — dijo Peterson.

—Ochenta y cinco kilos — dije —. Lo mismo que pesaba hace ocho años.

—¿Hace ocho años?

—Sí — dije —. Cuando era policía.

Sentía mi cabeza como si estuviera en un torno. Los pinchazos eran cada vez más intensos,
más dolorosos. En el pasillo sentí de pronto náuseas. Me detuve en el lavabo de los hombres y
vomité el bocadillo y el café. Me sentía débil, sudoroso, pero me pasó el mareo y me sentí mejor.
Volví con Hammond.

—¿Qué tal te sientes?

—Te estás volviendo muy aburrido — dije. — Tienes un aspecto malísimo. Como si
estuvieras a punto de marearte.

—Pues no es así.

Me saqué del bolsillo la jeringa con la sangre de Jones y la puse sobre una mesa. Después tomé otra jeringa limpia.

—¿Podrías proporcionarme un ratón? — ¿Un ratón?

—Sí.

Hammond frunció el ceño.

—Hay algunas ratas en el laboratorio de Cochran; quizás esté abierto ahora.

—Necesito un ratón.

—Puedo intentarlo — dijo.

Nos dirigimos al sótano. Por el camino nos llamó una enfermera para decir al doctor Hammond que habían avisado a los padres de Angela Harding. Hammond dijo que le llamasen de nuevo en cuanto llegaran, o cuando la muchacha recobrara el conocimiento.

Bajamos al sótano y caminamos por un laberinto de pasillos, hasta llegar a donde guardaban a los animales de pruebas. Como la mayoría de los grandes hospitales que están en relación con la universidad, el Mem tenía un departamento de investigación en el que se utilizaban muchos animales para los experimentos. Oímos el ladrido de los perros y el batir de alas de los pájaros al pasar de una habitación a otra. Finalmente llegamos a una puerta en la que se leía: ANIMALES INFERIORES. Hammond abrió.

Toda la habitación estaba llena de jaulas de ratas y ratones, una al lado de otra. El olor era fuerte y típico. Cualquier médico joven conocía ese olor, y era una ventaja, porque tenía un significado clínico. El aliento de los pacientes con trastornos hepáticos a causa de alguna enfermedad del hígado tenía ese olor peculiar conocido como el hedor hepático, que era muy parecido al que se respiraba en una habitación llena de ratones.

Encontramos un ratón y Hammond lo sacó de la jaula de la forma habitual: por la cola. El ratón se retorció e intentó morder la mano de Hammond, pero sin éxito. Hammond lo dejó sobre la mesa y mantuvo al animal quieto pellizcándole el cogote.

—¿Y ahora qué?

Saqué la jeringa y le inyecté parte de la sangre extraída del cuerpo de Román Jones. Después Hammond dejó caer el ratón en un recipiente de cristal.

Durante largo rato, el ratón no hizo otra cosa que dar vueltas.

—¿Y bien? — dijo Hammond.

—Este es uno de tus fallos — dije — : no eres patólogo. ¿No has oído hablar nunca de la prueba del ratón?

—No.

—Es una antigua prueba. Solía ser la única prueba factible.

—¿Una prueba para qué? — Morfina.

El ratón continuó dando vueltas. Después pareció ir algo más despacio; sus músculos se pusieron tensos, y después la cola se le enderezó.

—Positivo.

—¿Para la morfina? — dijo Hammond. — Eso es.

En la actualidad hay mejores pruebas, tales como la nalorfina, pero, para una persona muerta, la del ratón continúa siendo la mejor.

—¿Era adicto? — preguntó Hammond. — Sí.

—¿Y la muchacha?

—Pronto lo averiguaremos — dije.

Cuando volvimos, Angela ya había recobrado el conocimiento si bien tenía una expresión triste y cansada en los ojos, después de una transfusión de un litro y medio de sangre. Pero no estaba más cansada que yo. Cada vez que parecía que la debilidad se apoderaba de mí con más fuerza, que se extendía por todo mi cuerpo y me provocaba un deseo irresistible de dormir.

Había una enfermera en la habitación.

—La presión es de dieciséis y medio — dijo.

—Buena — dije. Luché con mi propio cansancio y me acerqué a la muchacha, dándole una palmadita en la mano— : ¿Qué tal se encuentra, Angela?

Su voz carecía de entonación.

—Como en el infierno.

—Pronto estará bien.

—Fracasé — dijo en un murmullo monótono. — ¿Qué quiere usted decir?

Una lágrima le resbaló por la mejilla:

—Fracasé, eso es todo. Lo intenté y fracasé.

—Ahora está perfectamente.

—Sí — dijo ella —. Fracasé.

—Me gustaría hablar con usted — dije. Angela volvió la cabeza del otro lado.

—Déjeme en paz.

—Angela, es muy importante.

—Malditos médicos — dijo—. ¿Por qué no pueden dejarme en paz? Quería estar sola. Es por eso que lo hice, para estar sola.

—La policía la encontró. Angela lanzó una risita:

—Médicos y polis.

—Angela, necesitamos su ayuda. — No. — Levantó las vendadas muñecas y las miró. No. Nunca.

—Entonces lo siento. — Me volví hacia Hammond y dije — : Tráeme un poco de nalorfina.

Estaba seguro de que la muchacha me había oído, pero no reaccionó.

—¿Cuánta?

—Diez miligramos — dije—. Una buena dosis. Angela se estremeció, pero no dijo nada.

—Eso le sentará bien, ¿verdad, Angela?

Me miró, y sus ojos estaban llenos de ira y algo más; quizá fuera esperanza. Fuera como fuera, lo había entendido.

—¿Qué dijo usted?

—Dije que le sentaría bien que le diéramos diez miligramos de nalorfina.

—Claro — dijo —. Cualquier cosa.

La nalorfina es el antídoto de la morfina.⁴⁵ Si esa muchacha era adicta, le produciría un mono brutal, e instantáneo si le administrábamos grandes dosis.

Entró una enfermera. Parpadeó al no reconocermela, pero se recobró rápidamente:

—Doctor, la señora Harding está aquí; la policía la llamó.

—Está bien; iré a verla.

Salí al pasillo. Una mujer y un hombre se encontraban allí de pie y parecían nerviosos. El hombre era alto, y llevaba un traje que obviamente acababa de ponerse a toda prisa; los calcetines no hacían juego. La mujer era bella y parecía darse cuenta de eso. Mirándola, tuve la extraña sensación de que la había visto alguna otra vez, aunque estaba seguro de que no era así. Había algo muy familiar en sus facciones.

—Soy el doctor Berry.

—Tom Harding. — El hombre me tendió la mano y se la estreché rápidamente —. Y la señora Harding.

—¿Cómo están ustedes?

⁴⁵ En realidad es un antídoto parcial, ya que administrado a dosis muy reducidas tiene los mismos efectos que la morfina, pero en dosis elevadas produce en el adicto los síntomas del mono.

Los miré a los dos. Parecían personas muy decentes, muy sorprendidos de encontrarse en el servicio de urgencia del hospital a las cuatro de la madrugada con una hija que acababa de cortarse las venas de las muñecas.

El señor Harding tosió y dijo:

—La mm... enfermera nos dijo lo que le sucedió... a Angela.

—Pronto estará bien — dije.

—¿Podríamos verla? — preguntó la señora Harding.

—No en este mismo momento. Todavía estamos haciendo algunas pruebas.

—Entonces no está...

—No — dije —, no son más que pruebas de rutina. Tom Harding asintió.

—Le dije a mi esposa que todo iría bien. Angela es enfermera de este hospital, y le dije que la cuidarían bien.

—Sí — dije—. Estamos haciendo lo que está en nuestras manos.

—¿Está realmente bien? — preguntó la señora Harding.

—Sí, está casi bien.

—Es mejor que llamemos a Leland y le digamos que no es necesario que venga — dijo la señora Harding a su mando.

—Probablemente ya esté en camino. — Podemos intentarlo — dijo la señora Harding. — Hay un teléfono en la recepción — dije. Tom Harding se fue a telefonar.

—¿Van a llamar ustedes a su médico de cabecera? — pregunté a la señora Harding.

—No — dijo ella —, es mi hermano. Es médico, y siempre ha querido mucho a Angela, desde que era pequeña. El...

—Leland Weston — dije, reconociendo en ella las facciones de Leland.

—Sí — dijo ella —. ¿Lo conoce? — Es un viejo amigo.

Antes de que ella pudiera contestar, Hammond volvió con la nalorfina y la jeringa.

—¿Crees que en realidad deberíamos...? — dijo.

—Doctor Hammond, ésta es la señora Harding — dije rápidamente —. Este es el doctor Hammond, el jefe de residentes.

—Doctor — dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza, pero sus ojos se volvieron súbitamente celosos. — Su hija estará bien muy pronto — dijo Hammond.

—Me alegro de oírlo — dijo ella. Su tono de voz se había vuelto frío.

Nos excusamos y volvimos con Angela.

—Espero que sabrás lo que te haces — dijo Hammond mientras nos encaminábamos al vestíbulo.

—Lo sé — dije; me detuve un momento en una fuente y llené un vaso de agua. Me lo bebí de un trago y lo volví a llenar. El dolor de cabeza era ahora muy fuerte y la somnolencia terrible. Quería echarme, olvidarme de todo, dormir...

Pero no dije nada; sabía lo que haría Hammond si averiguaba mi estado.

—Sé lo que me hago — dije.

—Eso espero — dijo — ; porque si sucede algo, yo soy el responsable. Soy el médico de guardia.

—Lo sé; no te preocupes.

—Demonios, no te preocupes. Diez miligramos de eso la mandarán al infierno más deprisa...

—No te preocupes.

—Podrías matarla. Tendríamos que administrárselo en dosis que aumentaran gradualmente. Empieza con dos, y si al cabo de veinte minutos no le han hecho efecto le das cinco, y así sucesivamente.

—Sí — dije —. Pero las dosis graduales no la matarán.

Hammond me miró y dijo:

—John, ¿estás en tus cabales?

—No — dije.

Entramos en la habitación de Angela. Estaba tumbada de lado, con la cabeza de espaldas a nosotros. Tomé la ampolla de nalorfina de manos de Hammond y la coloqué con la jeringa encima de la mesa que había junto a la cama; quería estar seguro de que leería la etiqueta.

Di la vuelta, y me coloqué al lado de la cama, de espaldas a ella. Cogí la ampolla por encima de ella y la jeringa y llené ésta última con el agua del vaso.

—¿Quiere usted volverse, Angela, por favor?

Ella se volvió y tendió el brazo. Hammond estaba demasiado atónito para moverse; puse el torniquete sobre su brazo y froté la vena hasta que ésta salió a la superficie. Entonces pinché con la aguja y le inyecté el contenido de la jeringa. Ella me miraba en silencio.

Cuando hube terminado, me levanté dándole la espalda.

—Ya estamos.

Ella me miró, después miró a Hammond, y a continuación otra vez a mí.

—No tardará mucho — dije.

—¿Cuánto me dio?

—Lo suficiente.

—¿Eran diez? ¿Me dio usted diez? Ella empezaba a agitarse. Le di unas palmaditas en el brazo, como infundiéndole confianza: — No hay por qué preocuparse.

—¿Eran veinte?

—Bien, no — dije—. Eran sólo dos. Dos miligramos. — ¡Dos!

—No la matarán — dije serenamente. Ella gruñó y nos volvió de nuevo la espalda. — ¿Desilusionada? — dije.

—¿Qué está usted intentando probar? — dijo ella. — Usted sabe cuál es la respuesta a esa pregunta, Angela.

—Pero dos miligramos. Eso es...

—Lo suficiente para producirle a usted los síntomas. Sólo los sudores, los calambres y el dolor. Sólo el principio del mono.

—Dios mío.

—No la matará — dije —. Y usted lo sabe.

—Es usted un hijo de puta. No pedí que me trajeran aquí. Yo no...

—Pero está usted aquí, Angela. Y dentro de sus venas hay nalorfina. No mucha, pero la suficiente. Ella empezó a sudar. — Párelo — dije. — Podemos utilizar morfina.

—Párelo. Por favor. No lo quiero.

—Háblenos de Karen — dije. — Primero, párelo.

—No.

Hammond parecía preocupado. Se adelantó hacia la cama. Le detuve.

—Háblenos, Angela. — No sé nada.

—Entonces espere a que empiecen los síntomas. Y nos lo tendrá que decir entre gritos de dolor.

La almohada estaba empapada de sudor.

—No lo sé, no lo sé.

—Dígalo.

—No sé nada.

Empezó a temblar, primero ligeramente, después de una forma más incontrolada, hasta que todo el cuerpo entró en movimiento.

—Empiece, Angela.

Ella apretó los dientes.

—No me importa.

—Se volverá peor, Angela. — No... no... no...

Saqué una ampolla de morfina y la coloqué en la mesa, ante ella.

—Díganoslo.

Cada vez temblaba más, hasta que su cuerpo empezó a retorcerse entre espasmos. La cama se movía violentamente. Habría sentido lástima si no hubiera sabido que la causa de su reacción estaba en ella misma, puesto que yo no le había inyectado ni pizca de nalorfina.

—Angela.

—Está bien — dijo, jadeando—. Lo hice. Tuve que hacerlo.

—¿Por qué? — Necesitaba dinero.

—¿Había estado robando morfina del departamento de cirugía?

—Sí... no mucha; sólo un poco... pero la suficiente.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años... quizá cuatro...

—¿Y qué sucedió?

—Román robó en la clínica... Román Jones. — ¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¿Y qué sucedió?

—Yo también necesitaba. Y vigilaban a todo el mundo...

—¿Y tuvo que dejar de robar? — Sí...

—¿Qué hizo usted? — Intenté comprarle a Román. — ¿Y...?

—Quería dinero. Mucho dinero.

—¿Quién sugirió el aborto?

—Román.

—¿Para conseguir dinero? — Sí.

—¿Cuánto pedía?

Ya sabía la respuesta de antemano. — Trescientos dólares — dijo ella. — Así pues, usted provocó el aborto.

—Sí... sí... sí...

—¿Quién actuó como anestesista? — Román. Era fácil. Tiopental. — ¿Y Karen murió?

—Estaba bien cuando se marchó... lo hicimos en mi cama... todo... Todo fue bien... en mi cama... — Pero después murió. — Sí... Oh, Dios mío, déme un poco de pasta...

—Enseguida — dije.

Llené la jeringa con un poco más de agua, saqué el aire hasta que salió despedido un chorro finísimo y se la inyecté en la vena. Inmediatamente se calmó. Su respiración se volvió lenta y relajada.

—Angela — dije —, ¿llevó usted a cabo el aborto?

—Sí.

—¿Y de ello resultó la muerte de Karen?

—Sí — dijo con voz inexpresiva.

—Está bien — dije, dándole una palmadita en el brazo—. Ahora, relájese.

Bajamos por el pasillo. Tom Harding estaba allí, esperando con su esposa, fumando un cigarrillo y paseando arriba y abajo.

—¿Está bien, doctor? Las pruebas... — Estupenda — dije—. Se está recobrando maravillosamente.

—Es un alivio oír eso — dijo, con los hombros caídos.

—Sí — dije.

Norton Hammond me echó una rápida mirada y yo evité sus ojos. Me encontraba fatal; el dolor de cabeza era mucho más intenso y había momentos en que se me nublaba la vista. Aún me parecía tener peor el ojo derecho que el izquierdo.

Pero alguien tenía que decírselo.

—Señor Harding, me temo que su hija está comprometida en algunos asuntos que conciernen a la policía.

Me miró sorprendido, incrédulo. Después vi cómo su expresión se volvía comprensiva, como si lo aceptara todo. Como si lo supiera.

—Drogas — dijo en voz baja.

—Sí — dije, y me sentí peor que nunca.

—No lo sabíamos — dijo rápidamente —. Es decir, nosotros...

—Lo sospechábamos — dijo la señora Harding —. Nunca pudimos controlar a Angela. Era una muchacha muy lista, muy independiente. Muy segura de sí misma, muy confiada. Incluso cuando era una niña, siempre estaba segura de sí misma.

Hammond se secó el sudor de la frente.

—Bien — dijo —, ya está. — Sí.

Aunque estaba a mi lado, me parecía tenerle muy lejos. Su voz se hizo de pronto apagada e insignificante. Todo a mi alrededor me parecía insignificante. La gente parecía haberse vuelto pequeña y descolorida. El dolor de cabeza se había convertido en punzadas intensas. Tuve que pararme un momento a descansar.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, no es más que cansancio. Hammond asintió.

—Bien — dijo —, ya terminó todo. Estarás contento.

—¿Lo estás tú?

Entramos en la sala de los médicos, una pequeña habitación con dos sillas y una mesa. Había carteles en las paredes detallando los procedimientos necesarios en algunos casos urgentes: choque hemorrágico, edema pulmonar, infarto de miocardio, accidentes por aplastamiento... Nos sentamos y encendí un cigarrillo. La mano izquierda me temblaba al sostener el encendedor.

Hammond se quedó mirando los carteles un momento; ninguno de los dos decía nada. Finalmente, Hammond dijo:

—¿Quieres un trago?

—Sí — dije. Me sentía mareado, con dolor de estómago y un malestar tremendo en todo el cuerpo. Un trago me iría bien, me haría olvidar un poco todos mis males. O quizá me hiciera sentir aún peor.

Abrió un armario y sacó del fondo una botella.

—Vodka — dijo —. No huele. Es para los casos de extrema urgencia. — La abrió y se tomó un trago; después me la pasó.

Mientras yo bebía, dijo.

—Dios mío, para; déjala ya. — Me hacía mucha falta.

Le devolví la botella.

—Es una muchacha bonita. — Sí.

—¡Y qué autosugestión! Le hiciste coger el mono con agua y se lo sacaste con agua.

—Ya viste por qué lo hice — dije.

—Sí. Ella te creyó.

—Eso es. Ella me creyó.

Levanté la vista y vi un cartel que ilustraba una lesión patológica y que daba las instrucciones de urgencia para el tratamiento de un embarazo ectópico. Me detuve donde hablaba de la

irregularidad menstrual y de los calambres y dolores en el bajo cuadrante derecho; entonces, las palabras empezaron a borrarse.

—¿John?

Necesité bastante rato para contestar. Me pareció como si necesitara mucho tiempo para oír las palabras. Tenía sueño, tardaba en reaccionar, en actuar.

—¿John?

—Sí. — Mi voz era profunda, como si saliera de un agujero, de una tumba. Parecía tener eco.

—¿Estás bien? — Sí, perfectamente.

Continué oyendo las palabras, repetidas como si estuviera soñando: perfectamente, perfectamente... — Tienes un aspecto terrible.

—Estoy perfectamente.

Perfectamente, perfectamente, perfectamente...

—John, no seas loco...

—No estoy loco — dije, cerrando los ojos. Los párpados me pesaban. Se me pegaban, no podía abrirlos —. Soy feliz. — ¿Feliz?

—¿Qué?

—¿Eres feliz?

—No — dije; estaba diciendo tonterías, pues aquello no quería decir nada; su voz me parecía el gorgoteo de un bebé, una voz infantil —. No, no estoy loco. En absoluto.

—John...

—Deja ya de llamarme John.

—Ése es tu nombre — dijo Norton. Se levantó lentamente, moviéndose con la lentitud de un sueño; me sentí muy cansado mientras lo miraba moverse. Sacó una linterna del bolsillo y la enfocó hacia mi rostro. Desvié la vista; la luz era brillante y me dolían los ojos. Especialmente el derecho.

—Mírame.

La voz era fuerte y autoritaria. La voz de un sargento. Brusca e irritante.

—Vete a la mierda — dije.

Sus fuertes dedos me sujetaban la cabeza; la luz brillaba dentro de mis ojos.

—Déjalo ya, Norton.

—John, aguanta un poco más.

—Déjalo. — Cerré los ojos. Estaba cansado. Muy cansado. Quería dormir durante millones de años. El sueño era algo maravilloso, como un océano bañando la arena de la playa, con el suave y maravilloso ronroneo de las olas lavándolo todo.

—Estoy bien, Norton. Sólo un poco loco. — John, aguanta.

John, aguanta... John, aguanta... John, aguanta... — Norton, por el amor de Dios.

—Calla — dijo. Calla... Calla...

Había sacado el martillo de goma. Me daba golpecitos en las piernas, que se balanceaban arriba y abajo. Los golpecitos me irritaban. Quería dormir. Quería dormir profundamente... profundamente.

—Norton, hijo de perra.

—Calla. Eres tan malo como todos.

Como todos, como todos... Las palabras producían eco en mi cabeza. ¿Como todos?, me pregunté. Después, el sueño se apoderaba de mí; después los dedos se estiraban; dedos de plástico, de goma, que se cernían sobre mis ojos, manteniéndolos cerrados...

—Estoy cansado. — Ya lo sé. Ya lo veo. — No puedo. No veo nada. Nada.

No podía ver. Intenté abrir los ojos.

—Café. Necesito café. — No — dijo él.

—Dame un feto — dije, y me pregunté por qué había dicho eso. No tenía sentido. ¿Lo tenía? Todo era tan confuso... Me dolía el ojo derecho. El dolor de cabeza estaba exactamente detrás del ojo derecho. Como si hubiera allí un enanito que me diera golpes con un martillo.

—Un enanito — dije. — ¿Qué?

—Un enanito — expliqué. Era clarísimo. Norton era estúpido por no comprender. Estaba perfectamente claro; una afirmación razonable, de un hombre razonable. Norton estaba jugando, simulando no comprender.

—John — dijo —, quiero que cuentes del uno al cien, pero al revés. A ver, resta siete de cien. ¿Puedes?

Hice una pausa. No era fácil. En mi cabeza veía un trozo de papel, una hoja de papel blanca y brillante y encima un lápiz. Cien menos siete. Y una línea debajo para hacer la resta.

—Noventa y tres.

—Bien. Continúa.

Era más difícil. Necesitaba otro pedazo de papel.

Tenía que romper el usado antes de poder empezar con uno nuevo. Y cuando hube roto el viejo ya no me acordaba de lo que tenía que hacer.

Complicado. Confuso.

—Adelante, John. Noventa y tres.

—Noventa y tres menos siete — hice una pausa—. Ochenta y ocho. No, ochenta y seis.

—Continúa.

—Setenta y nueve. — Sí.

—Setenta y tres. No. Setenta y cuatro. No, no. Espera un momento.

Estaba haciendo pedazos el papel, pero ahora más despacio. Era mucho más difícil romper el papel. Muy difícil. Y todo tan confuso. Era mucho más difícil concentrarse.

—Ochenta y siete.

—No.

—Ochenta y cinco.

—John, ¿qué día es?

—¿El día?

Qué pregunta tan tonta. Norton no hacía más que formular preguntas tontas aquel día. ¿Qué día era?

—Hoy — dije.

—¿Qué fecha?

—¿La fecha? — Sí, la fecha.

—Mayo. — Quizá estuviéramos en mayo. — ¿Dónde estás ahora, John?

—Estoy en el hospital — dije, mirándome la bata. Abrí un poco los ojos, pero me pesaban los párpados y la luz me dolía. Deseé que me dejara en paz y poder dormir. Necesitaba dormir. Estaba muy, pero que muy cansado.

—¿Qué hospital?

—El hospital.

—¿Qué hospital?

—El... — empecé, pero no pude recordar lo que tenía intención de decir. El dolor de cabeza era ahora insoportable; me golpeaba el ojo derecho, sobre la frente, en el lado derecho de la cabeza; un dolor terrible.

—Levanta la mano izquierda, John. — ¿Qué?

—Que levantes la mano izquierda, John.

Le oí, oía las palabras, pero eran necias. Nadie prestaría atención a unas palabras como aquéllas. Nadie las escucharía.

—¿Qué?

Después sentí una vibración en el lado derecho de la cabeza. Una curiosa vibración. Abrí los ojos y vi a una muchacha. Era bonita, pero estaba haciendo cosas muy raras. Sobre mi cabeza movían objetos de color marrón, y después caían. Norton estaba observando y pedía algo, pero no comprendí las palabras. Estaba casi dormido, y todo me parecía muy extraño. Tras el objeto marrón, apareció la espuma.

Y la hoja de afeitar. Lo miré, y también la espuma, y de pronto, sin previo aviso, me sentí mareado; sin darme cuenta de nada, vomité sobre Norton, y éste dijo:

—Deprisa, vamos.

Después trajeron el taladro. Apenas podía verlo; mis ojos se mantenían cerrados, y me encontraba mareado de nuevo.

Lo último que dije fue:

—No quiero agujeros en la cabeza.

Lo dije muy claro, muy despacio, recalcando las sílabas.

Eso creo.

VIERNES, SÁBADO Y DOMINGO, 14, 15

Y 16 DE OCTUBRE

Uno

Me sentía como si alguien hubiera intentado cortarme la cabeza y no lo hubiera conseguido. Cuando desperté toqué el timbre para llamar a la enfermera y le pedí más morfina. Ella me dijo que era imposible, me lo dijo sonriendo y con la expresión de quien está tratando a un paciente difícil. Le sugerí que se fuera al infierno. No le gustó mucho, pero a mí tampoco me gustaba mucho ella. Alcé la mano hasta tocarme la cabeza vendada e hice algún comentario. Tampoco eso le gustó, así que se fue. Al cabo de un momento apareció Norman Hammond.

—Eres peor que un carnicero — dije, tocándome la frente.

—Creí que lo habíamos hecho bastante bien.

—¿Cuántos agujeros?

—Tres. Parietal derecho. Sacamos bastante sangre. ¿Recuerdas algo? — No — dije.

—Estabas soñoliento, vomitabas, y una de las pupilas estaba dilatada. No esperamos a los rayos X; hicimos los agujeros enseguida.

—Oh — dije —. ¿Cuándo saldré de aquí? — Tres o cuatro días como máximo. — Estás de broma. ¿Cuatro días?

—Un epidural es algo gordo. Queremos asegurarnos de que vas a descansar.

—¿No hay otra alternativa?

—Siempre se ha dicho que los médicos son los peores pacientes.

—Más morfina — dije.

—No.

—Darvón.

—No.

—¿Aspirina?

—Está bien, puedes tomar alguna aspirina.

—¿Aspirina de verdad? ¿No me daréis terrones de azúcar?

—Ten cuidado, o tendremos que llamar a un psiquiatra para una consulta.

—No os atreveréis.

Se echó a reír y salió de la habitación.

Dormí durante un rato, y después Judith entró en la habitación para verme. Al principio intentó mostrarse enfadada, pero no le duró mucho. Yo le expliqué que no tenía la culpa; ella me dijo que era un necio, y después me besó.

Después vino la policía y simulé dormir hasta que se marcharon.

Al anochecer, la enfermera me trajo algunos diarios y yo busqué alguna noticia sobre Art. No había ninguna. Sólo algunas historias sensacionalistas sobre Angela Harding y Román Jones, pero nada más. Judith vino de nuevo por la noche y me dijo que Betty y los niños estaban bien, y que Art sería puesto en libertad al día siguiente.

Yo dije que esas sí eran buenas noticias y ella sonrió.

No se tiene noción del tiempo en un hospital. Un día sucede al otro; la rutina —la toma de temperatura, las comidas, la visita del médico, otra toma de temperatura, más comida— lo es todo. Sanderson vino a verme, y Fritz y algunos más. Y la policía; sólo que esta vez no pude hacerme el dormido. Les dije todo lo que sabía y ellos lo anotaron. Hacia el final del segundo día empecé a encontrarme mejor. Me sentía fuerte, con la cabeza despejada, y dormí mucho menos.

Se lo dije a Hammond y él no hizo más que sonreír y decir que esperara otro día.

Por la tarde vino a verme Art Lee. En su rostro seguía su vieja y retorcida sonrisa, pero parecía cansado. Y más viejo.

—Hola — dije —. ¿Qué tal te sientes fuera de la jaula? — Bien — contestó.

Me miró desde los pies de la cama y movió la cabeza. — ¿Duele mucho? — Ya no.

—Siento lo que sucedió.

—Ahora ya todo ha terminado. En cierto sentido, fue interesante. Es mi primer hematoma epidural.

Hice una pausa. Había una pregunta que quería hacerle. Había estado pensando en un montón de cosas, y recriminándome muchos errores. El peor había sido llamar al periodista para que acudiera a casa de los Lee aquella noche. Eso había estado muy mal. Pero había también otras cosas que no estaban bien. De manera que quería hacerle alguna pregunta.

En lugar de eso le dije:

—La policía debe tener ahora la historia completa, imagino.

El asintió.

—Román Jones era quien proporcionaba la droga a Angela. Él la obligó a provocar el aborto. Al fracasar y saber que estabas investigando por tu cuenta se dirigió a casa de Angela, probablemente para matarla. Se dio cuenta de que lo seguías y te golpeó. Traía una navaja; por eso tienes una herida en la frente.

—Vaya.

—Angela se enfrentó a él con un cuchillo de cocina. Le provocó algunos cortes. Debí de ser una escena muy agradable, él con una navaja y ella con un cuchillo de cocina. Finalmente, ella consiguió darle en la cabeza con una silla y arrojarle por la ventana.

—¿Lo contó ella?

—Sí, eso parece.

Asentí con la cabeza. Nos miramos durante un momento.

—Aprecio enormemente tu ayuda en todo esto.

—Cuando quieras, ya sabes. ¿Pero estás seguro de que fue una ayuda?

Sonrió.

—Ahora soy un hombre libre.

—No es eso lo que quiero decir.

Él se encogió de hombros y se sentó al borde de la cama.

—La publicidad no fue culpa tuya — dijo—. Además, ya estaba harto de esta ciudad. Necesitaba un cambio.

—¿Adonde irás?

—Volveré a California, supongo. Me gustaría vivir en Los Angeles. Quizá consiga asistir a los partos de las estrellas de cine.

—Las estrellas de cine no tienen hijos. Tienen agentes de publicidad.

Lee rió. Por un momento reconoció su antigua alegría, su satisfacción momentánea provocada por haber oído algo que le divertía. Estaba a punto de decir algo, pero cerró la boca y se quedó mirando al suelo. Dejó de reír.

—¿Has vuelto a la consulta? — pregunté.

—Sólo para cerrarla. Estoy preparando el traslado. — ¿Cuándo te marchas?

—La semana próxima.

—¿Tan pronto?

Él se encogió de hombros.

—No tengo ningunas ganas de quedarme.

—No, claro; lo comprendo.

Supongo que todo lo que sucedió después fue resultado de mi malestar. Ese era ya un asunto terminado, agua pasada, y debería haber dejado que muriera. No había necesidad de continuar con nada. Yo debía haberlo dejado y olvidarme de todo. Judith quería dar una fiesta de despedida para Art; yo le dije que no, que no le gustaría.

Eso también me puso de mal humor.

El tercer día de mi estancia en el hospital insistí tanto a Hammond para que me dejara marchar que finalmente accedió. Me dieron de alta a las tres y media de la tarde, y Judith me trajo algo de ropa y me llevó a casa en el coche. Por el camino, dije:

—En la próxima esquina, gira a la derecha.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer un recado.

—John...

—Vamos, Judith. Es un recado rápido.

Ella frunció el ceño, pero giró a la derecha. La dirigí hasta llegar a Beacon Hill, a la calle donde vivía Angela. Había un coche de la policía aparcado frente a la casa. Bajé del coche y subí al segundo piso. Un policía me detuvo en la puerta.

—Soy el doctor Berry, de los laboratorios Mallory — dije con tono oficial —. ¿Han tomado ya las muestras de sangre?

El policía pareció confuso.

—¿Muestras de sangre?

—Sí. Las que había que sacar de la habitación. Muestras secas. Para la determinación del factor veintiséis, ya sabe.

El policía movió la cabeza. No lo sabía.

—El doctor Lazare está preocupado por este asunto y quiere que lo compruebe personalmente.

—No sé nada de eso — dijo el policía—. Hubo aquí algunos médicos, ayer por la tarde. ¿Eran esos que usted dice?

—No — repuse —, éstos eran los de dermatología.

—Ah, ya. Es mejor que lo haga usted mismo. — Abrió la puerta—. Tenga cuidado de no tocar nada.

Entré en el apartamento. Estaba revuelto, con los muebles patas arriba; había manchas de sangre por todas partes. Había tres hombres trabajando con las huellas digitales. Primero sacaban el polvo cuidadosamente, después fotografiaban las huellas. Uno levantó la vista.

—¿Desea algo?

—Sí — contesté—, la silla...

—Allí — dijo, señalando la silla con el pulgar—, pero no la toque.

Me dirigí hacia allí y me quedé mirando la silla. No era muy original; una silla corriente de madera, de las que suelen tenerse en la cocina. Sólo que parecía muy pesada. Había un poco de sangre en una pata.

Me volví hacia los tres hombres.

—¿Le han sacado el polvo a esto ya?

—Sí, es curioso. Hay centenares de huellas en esta habitación. Docenas de personas. Tardaremos años en descifrarlas todas. Pero hay dos cosas en las que no pudimos encontrar ninguna huella: la silla y el pomo de la puerta de la entrada.

—¿Cómo es eso? — Fueron limpiados.

—¿Limpiados?

—Sí. Alguien los limpió. La silla y el pomo de la puerta. Por lo menos, eso es lo que parece. No puede ser más curioso. No limpiaron nada más, ni siquiera el cuchillo que ella utilizó para cortarse las venas.

—¿Vinieron ya los de la sangre? — pregunté.

—Sí. Vinieron y se fueron.

—Está bien — dije —. ¿Puedo hacer una llamada? Quiero comprobar lo del laboratorio.

Se encogió de hombros.

—Claro.

Me dirigí al teléfono, lo descolgué y llamé al número donde informan sobre el estado meteorológico. Cuando se oyó la voz, dije:

—Póngame con el doctor Lazare.

—...soleado y frío, con temperaturas elevadas al mediodía. Por la tarde, el cielo estará parcialmente cubierto...

—¿Fred? John Berry. Estoy en la habitación.

—...con un cincuenta por ciento de posibilidades de chubascos...

—Sí, me dijeron que habían tomado las muestras. ¿Todavía no las tienes?

—...mañana, buen tiempo, pero las temperaturas más bajas, excepto al mediodía...

—Ya comprendo. Está bien. Bien. Perfecto. Hasta la vista.

—...viento del este a veinticinco kilómetros por hora...

Colgué y me volví hacia los tres hombres:

—Muchas gracias — dije. — No hay de qué.

Nadie me prestó atención mientras me marchaba. A nadie le importaba en realidad. Los hombres que había allí estaban haciendo una labor de rutina. Habían hecho ese trabajo miles de veces anteriormente. Para ellos no era más que rutina.

LUNES, 17 DE OCTUBRE

Postdata

El lunes estaba de muy mal humor. Me pasé la mayor parte de la mañana sentado, tomando café y fumando, a pesar del mal sabor de boca. Me dije una y otra vez que podía dejarlo correr y que a nadie le importaría. Todo había terminado. Yo no podía ayudar a Art ni podía deshacer nada de lo hecho. Lo único que podía conseguir es que las cosas empeoraran.

Además, nada de eso había sido culpa de Weston. A pesar de que quería echar la culpa a alguien, no podía echársela a él. Y además era un anciano.

Era perder el tiempo. Bebí café y me dije a mí mismo, una y otra vez, que era perder el tiempo.

Pero, de todas maneras, lo hice.

Poco antes de mediodía, me dirigí al Mallory y caminé hasta el despacho de Weston. Estaba examinando algunas muestras en el microscopio y dictando su informe a una pequeña cinta magnetofónica. Se detuvo cuando entré.

—Hola, John. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Qué tal estás?

—¿Yo? —rió—. Estoy perfectamente. ¿Cómo estás tú? —dijo, señalando los vendajes de mi cabeza—. Oí lo que te sucedió.

—Estoy bien.

Le miré las manos. Las tenía en su regazo, debajo de la mesa. Las había escondido tan pronto como entré.

—¿Duelen mucho? —pregunté. — ¿El qué?

—Tus manos.

Me echó una mirada sorprendida, o al menos lo intentó. No lo consiguió. Señalé sus manos y él las levantó. Tenía vendados dos dedos de su mano izquierda.

—¿Fue un accidente?

—Sí. Por culpa de mi torpeza. Estaba picando una cebolla en casa, mientras ayudaba en la cocina, y me corté. Es sólo una herida superficial, pero es molesta. Pensarás que, después de tantos años, debería saber manejar un cuchillo, ¿no?

—¿Te curaste tú mismo?

—Sí. No fue más que un pequeño corte.

Me senté en la silla al otro lado de la mesa y encendí un cigarrillo, consciente de que me observaba. Lancé una bocanada de humo hacia el techo. Él mantuvo su rostro frío e inexpresivo; me lo hacía muy difícil. Pero estaba en su derecho; supongo que yo habría hecho lo mismo.

—¿Hay alguna otra cosa que desearas consultarme? — preguntó.

—Sí — dije.

Nos miramos durante un momento, y entonces Weston puso a un lado el microscopio y detuvo la cinta.

—¿Acaso se trata del diagnóstico patológico de Karen Randall? Oí decir que estabas interesado en él.

—Sí, lo estaba — dije.

—¿Te parecería mejor si alguien más lo revisara? ¿Sanderson, por ejemplo?

—No ahora — dije—. Ahora ya no tiene ninguna importancia legal.

—Supongo que tienes razón — dijo.

Nos miramos otra vez, y un largo silencio cayó entre nosotros. Sabía cómo atacar el asunto, pero el silencio me mataba.

—La silla fue limpiada — dije —. ¿Lo sabías?

Por un momento frunció el ceño, y yo pensé que se haría el ingenuo. Pero no lo hizo; por el contrario, asintió.

—Sí — contestó, ella me dijo que lo haría. — Y también el pomo de la puerta.

—Sí. Y el pomo de la puerta.

—¿Cuándo llegaste allí? Suspiró.

—Era tarde — dijo— ; había trabajado hasta muy tarde en el laboratorio y me dirigí a casa. Me detuve en el apartamento de Angela para ver qué tal estaba. Lo hacía a menudo. Entraba y charlaba un rato.

—¿Le tratabas su morfinomanía?

—¿Quieres decir si le proporcionaba la droga?

—Quise decir si la tratabas.

—No — dijo él —. Sabía que eso no me era posible. Lo consideré, desde luego, pero sabía que no podía hacerlo, e incluso podía empeorar las cosas. Le dije que buscara tratamiento, pero...

Se encogió de hombros.

—Pero en lugar de hacerlo la visitabas con frecuencia.

—Sólo para intentar ayudarla en los ratos difíciles. Era lo menos que podía hacer.

—¿Y el jueves por la noche?

—Él estaba allí cuando llegué. Oí golpes y chillidos, de manera que abrí la puerta y lo encontré con una navaja en la mano, y vi que iba tras ella. Ella tenía un cuchillo de cocina, un

cuchillo largo, de los que se usan para cortar pan, e intentaba defenderse. Él quería matarla porque era una testigo. Decía eso una y otra vez: «Eres una testigo, muñeca», en voz baja. No recuerdo exactamente lo que sucedió después. Yo siempre había querido mucho a Angela. Él me dijo algo, algunas palabras, y se me quedó mirando con la navaja en la mano. Tenía un aspecto horrible; Angela le había cortado ya, o al menos sus ropas...

—Y cogiste la silla.

—No. Retrocedí. Él fue tras Angela. Estaba frente a ella, lejos de mí. Fue entonces cuando... cogí la silla.

Señalé sus dedos.

—¿Y esos cortes?

—No lo recuerdo. Supongo que me los hizo él. También había un rasguño en la manga de la chaqueta cuando llegué a mi casa. Pero no recuerdo.

—Después de la silla...

—Cayó. Inconsciente. Simplemente se cayó.

—¿Qué hiciste entonces?

—Angela tenía miedo por mí. Me dijo que me marchara inmediatamente; que ella cuidaría de todo. Estaba aterrorizada, pensando en que podía verme envuelto. Y yo...

—Te fuiste.

Se miró las manos:

—Sí.

—¿Estaba muerto Román cuando te marchaste?

—No lo sé, en realidad. Había caído cerca de la ventana. Supongo que ella no hizo más que empujarle. Pero no puedo estar completamente seguro. No puedo.

Lo miré a la cara, a las arrugas de su rostro y a la blancura de sus cabellos, y recordé que había sido mi maestro; cómo me había animado y exigido; cómo le había respetado; cómo cada jueves nos había llevado a los residentes al bar de la esquina y nos había invitado a un trago mientras charlábamos; o su costumbre de traer cada año, el día de su aniversario, un pastel de cumpleaños para compartirlo con todos los que trabajábamos en el departamento. Todo eso me volvió a la memoria: los chistes, los momentos buenos, los momentos malos, las preguntas y las explicaciones, las largas horas pasadas en la sala de disección, las afirmaciones y las dudas.

—Bien — dijo él con una triste sonrisa —, eso es todo.

Encendí otro cigarrillo haciendo pantalla con las manos y agachando la cabeza, a pesar de que no soplabla la menor brisa en la habitación. El aire era caliente, como si estuviéramos en un invernadero de flores delicadas.

Weston no hizo ninguna pregunta. No tenía por qué hacerla.

—Podrías librarte — dije—, alegando defensa propia.

—Sí — repuso lentamente—, podría.

Fuera, un frío sol otoñal alumbraba las ramas desnudas de los árboles, a lo largo de la Massachusetts Avenue. Mientras bajaba las escaleras del Mallory, pasó una ambulancia hacia el servicio de urgencia del Boston City. Al pasar vi un rostro sobre una litera, con una máscara de oxígeno. No pude ver sus facciones; no habría podido decir siquiera si se trataba de un hombre o de una mujer.

Otras personas en la calle se habían detenido para mirar cómo pasaba la ambulancia. Sus expresiones habían quedado fijas en una actitud de inquietud, curiosidad o compasión. Pero todos se pararon durante un momento para mirar y para dejar correr sus propios pensamientos.

Parecían preguntarse quién sería la persona, y qué enfermedad tendría, y si esa persona volvería a salir alguna vez del hospital. No había forma de poder contestar a tales preguntas, pero se las hacían igualmente.

Esta ambulancia en concreto llevaba el foco encendido, pero la sirena no funcionaba, y se movía con lentitud. Eso quería decir que el paciente que llevaba no estaba muy grave.

O que ya estaba muerto. Y era imposible saber si era lo primero o lo segundo.

Durante un momento sentí una extraña e insostenible curiosidad, casi una necesidad de ir al servicio de urgencias para averiguar quién era el paciente y cuál era su diagnóstico.

Pero no lo hice. En lugar de eso, anduve por la calle hasta el coche y me fui a casa. Intenté olvidar la ambulancia, porque existen millones de ambulancias, y millones de personas, cada día en cada hospital. En un momento dado se me borró de la cabeza. Después ya no pensé más en ella.

APÉNDICES

APÉNDICE I

Fiambres de patólogo

Parte del trabajo de los patólogos consiste en la descripción de lo que ven de una forma concisa y rápida; un buen informe patológico debe permitir que el lector se imagine exactamente lo que el patólogo vio.

Para ello, muchos patólogos han tomado por costumbre describir algunos órganos enfermos como si fueran alimentos, de ahí el nombre de «fiambres de patólogo».

Otros patólogos sienten repugnancia por esa costumbre; deploran los informes patológicos que parecen minutas de restaurante. Pero es tan conveniente ese sistema y tan útil, que la mayor parte de los patólogos lo utiliza en un momento u otro.

Así pues, hay coágulos de jalea de grosella, y coágulos *postmortem* de grasa de pollo. Hay mucosas de frambuesa madura, o mucosas de fresa de la vesícula biliar, lo cual indica la presencia del colesterol. Existe el hígado de nuez moscada en los fallos cardíacos, y el endometrio de queso suizo en la hiperplasia. Incluso una cosa tan desagradable como el cáncer puede ser descrito como un alimento, como en el caso del grano de avena en el carcinoma de pulmón.

APÉNDICE II

Policías y médicos

Los médicos generalmente desconfían de la policía e intentan evitar todo tipo de relación con ella. Por una razón:

Un célebre residente del Hospital General fue sacado de la cama una noche para examinar a un borracho que había traído la policía. La policía sabe que hay ciertos trastornos — tales como el coma diabético— que pueden parecerse mucho a la embriaguez, incluyendo el aliento «alcohólico». Por lo tanto, esa situación era muy frecuente.

El hombre fue examinado, el médico le despidió y le metieron en la cárcel.

Murió durante la noche. En la autopsia se reveló que había muerto a causa de un desgarramiento del bazo. La familia acusó al residente de negligencia, y la policía hizo todo lo que pudo para ayudar a la familia en su acusación contra el médico. En el juicio, se decidió que el médico había pecado ciertamente de negligencia, pero que no había causado ningún daño.

Más tarde, ese mismo médico intentó obtener el certificado del departamento de estado de Virginia para ejercer allí, y se salió con la suya sólo después de muchas dificultades. Ese incidente le perseguiría durante el resto de su vida.

Aunque no es del todo imposible que él pasara por alto una inflamación o una ruptura del bazo, es bastante improbable que así fuera, considerando la naturaleza de la lesión y la reputación

del médico. La conclusión del personal del hospital fue que probablemente el hombre había recibido un buen golpe de algún policía en el estómago, después de salir del hospital.

Ese incidente desde luego, no prueba nada. Pero se han registrado muchos casos semejantes, de ahí que los médicos eviten toda relación con la policía.

APÉNDICE III

Campos de batalla y barberías

A lo largo de la historia, la cirugía y la guerra se han relacionado íntimamente. Incluso hoy, de entre todos los médicos, los jóvenes cirujanos son los que menos objeciones ponen a ser enviados a los campos de batalla. Ya que es allí donde tradicionalmente los cirujanos y la cirugía se han desarrollado, han madurado y se han renovado.

Los antiguos cirujanos no eran siquiera médicos: eran barberos. Su cirugía era primitiva, y consistía principalmente en amputaciones, sangrías y curas de heridas. Los barberos acompañaban a las tropas durante las batallas de importancia, y gradualmente fueron aprendiendo mucho de su arte restaurador. Sin embargo, tenían que luchar con la dificultad de la falta de anestesia; hasta 1890, la única anestesia de que se podía echar mano era un pañuelo entre los dientes de la víctima y un buen trago de whisky en el estómago. Los cirujanos eran siempre menospreciados por los médicos internistas, hombres que no se dignaban atender a sus pacientes con las manos sino con tratamientos que creían más razonables e intelectuales. Esta actitud persiste, hasta cierto punto, en nuestros días.

Ahora, desde luego, los cirujanos no son barberos, ni viceversa. Pero los barberos conservan el símbolo de su vieja ocupación: la tabla pintada en rojo y blanco, que representa los vendajes blancos y sangrientos de los campos de batalla.

No obstante, aunque los cirujanos ya no se dediquen a cortar los cabellos, aún tienen la costumbre de acompañar a los ejércitos. La guerra les proporciona una extensa experiencia en cuanto a traumas, heridas, aplastamientos y quemaduras; les permite también hacer innovaciones; la mayor parte de las técnicas relativas a la cirugía plástica o reconstructiva fueron desarrolladas durante la Segunda Guerra Mundial.

Esto no quiere decir que los cirujanos sean necesariamente belicosos o antipacifistas. Pero el pasado histórico de su profesión hace que los demás médicos los consideren como algo diferente.

APÉNDICE IV

Abreviaturas

A los médicos norteamericanos les encantan las abreviaturas, y probablemente no hay ninguna profesión importante que las utilice tanto. Las siglas representan un gran ahorro de tiempo, pero parecen poseer alguna finalidad más. Las abreviaturas, en efecto, constituyen una especie de clave, un lenguaje secreto e impenetrable, los símbolos cabalísticos de la sociedad médica.

Por ejemplo: «El PMI correspondiente al LBCD, fue localizado en la quinta ICS, a dos centímetros laterales del MCL.» Nada podría ser más misterioso para una persona extraña a la medicina que esa información.

La X es la letra más importante del alfabeto médico, porque se utiliza muy a menudo en las abreviaturas. Su empleo se extiende desde las tres vacunas poliomielíticas con el signo «Polio x3» hasta la expresión: «Descargado en el establo X», alusión al depósito de cadáveres. Pero hay muchas otras: *dx* significa diagnóstico, *tx* significa terapéutica; *sx*, síntomas; *bx*, historia; *mx*, metástasis; *fx*, fracturas.

Las abreviaturas son utilizadas muy particularmente en cardiología, y hay infinidad de usos para describir las dolencias del corazón: LVH, RVF, AS, MR... Pero hay otras especialidades que también tienen sus abreviaturas propias.

En ocasiones las abreviaturas se utilizan para hacer comentarios que uno no quiere escribir con todas las letras. Esto se debe a que cualquier ficha o gráfica de un paciente archivada en un hospital es un documento legal que alguna vez podría ser requerido ante un tribunal; por lo tanto, los médicos deben tener cuidado con lo que ponen de ahí que se haya establecido un vocabulario para una serie de expresiones. Por ejemplo, un paciente no es demente, sino que está «desorientado» o «seriamente confuso»; un paciente no miente, «tergiversa»; un paciente no es estúpido, sino «obtusos». Entre los cirujanos, una expresión favorita para sacarse de encima a un paciente que finge estar enfermo para obtener la baja en el trabajo es VPC, que significa: «Que vaya a poner el culo en otra parte.» Y entre los pediatras, la abreviatura más común es NAC, que significa: «Niño de aspecto curioso.»

APÉNDICE V

Blancos

Todo el mundo sabe que los médicos llevan uniformes blancos, y nadie, ni siquiera los médicos, saben por qué. Ciertamente la bata, como ellos lo llaman, es un distintivo, pero no tiene ninguna finalidad especial. Ni siquiera esta avalada por la tradición.

Por ejemplo, en la corte de Luis XIV, todos los médicos llevaban trajes negros; las largas y negras vestimentas eran tan chocantes y tan inspiradores de temor como las batas blancas que se utilizan hoy en día.

Los argumentos que modernamente se invocan a favor del blanco parecen ser la esterilización y la limpieza. Los médicos llevan batas blancas porque es un color «limpio». Los hospitales están pintados de blanco por la misma razón. Esto parece bastante razonable, hasta que uno se tropieza con un interno que ha estado de servicio durante treinta y seis horas seguidas, que ha dormido dos veces con la bata puesta y que ha visitado a docenas de pacientes. Su bata blanca está arrugada, sucia, manchada y, sin duda, cubierta de bacterias.

Los mismos cirujanos lo dicen. En los quirófanos es donde se libera la mayoría de los gérmenes. Aun así, son pocos los quirófanos que son blancos, y los mismos cirujanos no llevan uniformes blancos, sino verdes o azules, o incluso grises.

Así pues, uno debe considerar la bata blanca como un uniforme, sin más lógica, en cuanto al color, que el azul para el uniforme de la marina, o el verde para la infantería. La analogía es mucho más perfecta de lo que un simple observador podría creer, ya que el uniforme médico designa también el rango de todos los médicos que forman un equipo. Puede saberse quién es el interno, quién el estudiante y quién el enfermero, y sólo leyendo los pequeños detalles, igual que un militar lee en los galones de las charreteras y en las insignias de la solapa. Todo consiste en hacerse

preguntas como ésta: ¿Lleva un estetoscopio? ¿Lleva en el bolsillo una libreta de notas o no? ¿Gráficas unidas por un clip? ¿Lleva una cartera negra?

El proceso, incluso, puede extenderse para identificar la especialidad del médico. Por ejemplo, los neurólogos se identifican enseguida por los tres o cuatro alfileres que llevan en la solapa.

APÉNDICE VI

Consideraciones sobre el aborto

Generalmente se consideran seis argumentos a favor del aborto y seis en contra.

El primero considera la ley y la antropología. Puede demostrarse que muchas civilizaciones han practicado el aborto y el infanticidio, sin culpabilidades paternas ni destrucción de las fibras morales de su sociedad. Los ejemplos se sacan generalmente de sociedades marginales que viven en ambientes aún primitivos, tales como los pigmeos africanos o los hombres de Kalahari. O de sociedades que consideran meritorio tener muchos hijos varones, y detestable tener muchas hijas, como en Japón, actualmente la sexta potencia del mundo y una de las más industrializadas.

El argumento contrario dice que la sociedad occidental tiene muy poco en común con los pigmeos o los japoneses, y que lo que es bueno y aceptable para ellos no lo es para nosotros.

Los argumentos legales son parecidos. Puede demostrarse que las leyes modernas sobre el aborto no han existido siempre; han evolucionado a lo largo de los siglos, respondiendo a una serie de factores. Los defensores del aborto dicen que las leyes modernas son arbitrarias, necias e inoportunas. Exigen un sistema legal que refleje con más exactitud la tecnología del presente y no la del pasado.

Los argumentos en contra dicen que las leyes antiguas no son necesariamente malas y que cambiarlas sin estudiarlas a fondo es una invitación a la duda, que se añadiría a la incertidumbre que parece reinar sobre el mundo en lo que a la moral se refiere. Una norma menos rebuscada de discusión se opone al aborto simplemente porque es ilegal. Hasta hace muy poco, eran muchos los médicos que tomaban esta posición y se quedaban tan tranquilos. Sin embargo, en la actualidad el aborto es un tema de debate en muchos círculos, y este punto de vista tan simplista se hace insostenible.

El segundo argumento trata el aborto como una forma de control de la natalidad. Sus partidarios consideran el aborto como una de las formas más efectivas del control de la natalidad, y señalan su éxito en Japón, Hungría, Checoslovaquia y alguna otra parte. Para ellos no existe diferencia alguna entre prevenir la concepción y detener un proceso vital. En esencia, «lo que cuenta es la intención».

Los que no están de acuerdo trazan una línea entre prevención y corrección. Creen que una vez que ha tenido efecto la concepción, el feto tiene sus derechos y no puede matarse. Este punto de vista es defendido por muchos que ven con buenos ojos las medidas convencionales para el control de la natalidad, para esas personas, el problema de lo que hay que hacer si falla el control — como sucede en un tanto por ciento de los casos — es confuso.

El tercer argumento considera los factores sociales y psiquiátricos. Tiene sus variantes.

La primera dice que la salud física y mental de la madre siempre tiene preferencia sobre el niño aún no nacido. La madre, y *su* familia ya existente, puede sufrir emocional y económicamente por el nacimiento de otro niño, y, por lo tanto, en tales casos debería evitarse ese nacimiento.

La segunda afirma que es inmoral y criminal traer al mundo un hijo que no se desea. En nuestra sociedad cada vez más compleja, la educación apropiada de un niño requiere mucho tiempo y dinero, y exige una serie de atenciones maternas y de soporte económico paterno. Si una familia no puede proporcionar eso, hacen un mal servicio al niño. El caso extremo es obviamente el de la madre soltera, que con frecuencia no está preparada para educar al niño, ni desde un punto de vista emocional ni económico.

El argumento en contra es algo vago. Se habla de las madres que, inconscientemente, desean concebir; hablan del deseo instintivo de la madre de procrear; vagas afirmaciones que dicen que «nunca nació un niño que no hubiera sido deseado». O contemplan los hechos desde un punto de vista posterior: una vez haya nacido el niño, la familia se adaptará a la nueva situación.

El cuarto argumento afirma que una mujer no debería, bajo ninguna circunstancia, traer un hijo al mundo si no lo desea. El aborto debería ser un derecho para toda mujer, como el derecho a votar. Este es un argumento interesante, pero su eficacia queda contrarrestada por la actitud de muchas de sus defensoras, quienes a menudo adoptan la paranoica actitud de sostener que el mundo está dominado por hombres nada dispuestos a demostrar alguna clase de simpatía hacia el sexo opuesto.

Los que no están de acuerdo con este argumento señalan generalmente que una mujer moderna y emancipada no se queda embarazada si no lo desea. Hay una amplia variedad de métodos para controlar la natalidad y todos esos métodos están a su alcance, de ahí que el aborto no sea un sustituto del control de la natalidad. En caso de que éste falle o se dé un embarazo casual —tal como una violación—, difícilmente saben dar una solución.

El quinto argumento afirma que el aborto es seguro, fácil, simple y barato; así pues, no puede haber ninguna objeción práctica en cuanto a la terminación legal del embarazo.

El argumento en contra afirma que el aborto lleva consigo un riesgo de mortalidad, el cual, aunque sea pequeño, no deja de existir. Desgraciadamente para los que defienden esta opinión, en la actualidad se sabe que el aborto en un hospital es menos peligroso que el parto, en una proporción de un accidente entre seis a un accidente entre diez. Así pues, resulta más seguro abortar un niño que traerlo al mundo.

El sexto argumento es el más nuevo y el más ingenioso. Fue propuesto, en principio, por Barrett Hardin, y ataca el problema con una pregunta crucial: ¿Es el aborto un asesinato? Hardin dice que no. Dice que el embrión no se transforma en ser humano hasta después de haber nacido y de pasar por una serie de experiencias. Dice que el embrión no es otra cosa que la última consecuencia del DNA, encargado de transmitir la sustancia genética. Dice que esta transmisión no tiene ningún valor en sí; es como una maqueta. La maqueta de un edificio no tiene ningún valor; lo que lo tiene es el edificio de verdad. La maqueta puede destruirse con impunidad, porque fácilmente puede construirse otra, pero un edificio no puede destruirse sin una cuidadosa deliberación.

Éste es el rápido y supersimplificado resumen de su argumento. Hardin se educó como antropólogo y como biólogo, y su punto de vista es único. Es interesante, porque considera *cuándo* se es un ser humano y *qué* es un ser humano. Volviendo a la analogía que hace con una maqueta y un edificio, la maqueta especifica tamaño, forma y estructura en general, pero no determina si el edificio se erigirá en Nueva York o en Tokio; si será en un barrio desierto, o en otro edificado; si será utilizado de una forma útil, o si será abandonado e inutilizado. Hardin define a un ser humano

no sólo como un animal que camina sobre sus patas traseras y tiene un gran cerebro y un pulgar opuesto a los demás dedos; para completar la definición es necesario también un cuidado maternal suficiente y una educación, necesarios para hacer a una persona bien adaptada y que funcione como unidad dentro de un grupo social.

El argumento en contra afirma que Hardin considera que el DNA es una «copia» de transmisión, cuando, de hecho, es un esquema único. Todos los niños de un mismo padre y de una misma madre no son idénticos; por lo tanto el DNA no puede ser una copia repetible.

A esto, Hardin replica que nosotros — aunque sea por casualidad— seleccionamos sólo algunas de las combinaciones de los espermatozoides y los óvulos, y permitimos que éstos alcancen su maduración. Hace notar que la mayoría de las mujeres tienen treinta mil óvulos en sus ovarios, y que sólo unos pocos llegan a término. Los otros son destruidos de igual forma que si hubieran sido abortados. Y, añade, cualquiera de ellos podría haber llegado a ser un Beethoven.

El argumento de Hardin es todavía nuevo y sorprende a muchos. Pero sin duda es el primero de muchos nuevos argumentos, a favor y en contra del aborto, que proporcionará una base científica mayor para la discusión. Suyo es el comentario del hombre moderno que debe justificar su moralidad sobre las bases del mecanismo molecular que actúa dentro de una sola célula de su cuerpo.

Hay otros argumentos, pero en su mayor parte son evasivos y vagos. Existen argumentos económicos, que tratan del coste que representa convertir los hospitales en casas de abortos; hay argumentos sobre el libertinaje, argumentos similares a los que surgieron en ocasión a la introducción de los métodos anticonceptivos. Existen también los reflejos del pensamiento liberal, que defiende que todo lo que sea en favor de la libertad es un progreso, y los que dicen que entre las clases bajas no debería favorecerse la natalidad. No es oportuno discutir esos puntos de vista. Generalmente son defendidos por personas irreflexivas y fanáticas.

APÉNDICE VII

Moral médica

Hoy en día, en la medicina existen cuatro grandes cuestiones morales relacionadas con la práctica y la conducta del médico. Una de ellas es el aborto; otra es la eutanasia, la muerte provocada de un paciente que tiene una enfermedad incurable. La tercera se refiere a la responsabilidad social del médico de tener a su cuidado tantas personas como le sea posible. Y la cuarta se relaciona con la certificación de las defunciones.

Es interesante recordar que todos estos problemas son nuevos. Son producto de nuestras contradicciones legales, morales y tecnológicas, que han salido a la luz durante la última década, aproximadamente.

La eutanasia no fue en otros tiempos ningún problema grave. Cuando los médicos disponían de muy poca ayuda técnica, sin aparatos de respiración artificial, por ejemplo, y cuando el equilibrio de los electrolitos era algo desconocido, los pacientes con enfermedades mortales tenían tendencia a morir rápidamente. Ahora, en cambio, la medicina se encara con el hecho de que una persona puede ser mantenida viva por un período indefinido de tiempo, aunque no vaya a curarse nunca. Así pues, los médicos deben decidir el tratamiento y el tiempo que éste debe durar. Y es un problema, porque los médicos han tenido siempre el sentimiento, por tradición, de que sus pacientes

deben ser mantenidos vivos el máximo de tiempo posible, utilizando todos los medios de que dispongan. Actualmente se discute la moralidad, incluso la humanidad, de tal procedimiento.

He aquí el caso: cuando un paciente se encara con una enfermedad incurable tiene el derecho de rehusar la terapéutica que le permitiría seguir viviendo. Si un paciente se encara con semanas y meses de dolores que han de llevarle forzosamente a la muerte, tiene el derecho de pedir una muerte más fácil y menos cruel. Aunque un paciente se haya puesto en manos de un médico, todavía conserva su posibilidad de decidir sobre la vida y la muerte.

La responsabilidad social, en sus términos modernos — responsabilidad en cuanto a una comunidad y no en cuanto al individuo—, es algo bastante nuevo en la medicina. Antiguamente, los pacientes indigentes eran tratados por médicos con buena voluntad, o no eran tratados en absoluto. Hay un sentimiento creciente de que el cuidado médico es un derecho y no un privilegio. Hay también un número creciente de pacientes que antiguamente hubieran sido asistidos por caridad, y que ahora se ven sostenidos por los seguros o por un servicio sanitario estatal. El médico se ve obligado en la actualidad a reconsiderar su papel, no en términos de estos pacientes, que no pueden pagar su colaboración, sino en términos de todas las personas que forman la comunidad; relacionándolo con la importancia, cada vez mayor, de la medicina preventiva.

La muerte es un problema con una sola solución: el trasplante de órganos. A medida que los cirujanos se vuelven más hábiles en trasplantar partes de un cadáver a un ser vivo, la cuestión del momento en que un hombre muere se ha hecho crucial, porque el trasplante de los órganos debe realizarse con la máxima rapidez. Las antiguas indicaciones de la muerte, tales como la ausencia de pulso y de respiración, han sido sustituidas ahora por el electrocardiograma o el electroencefalograma, pero la cuestión está todavía por resolver, y quizá pasen muchos años antes de que se solucione.

Existe otro problema relacionado con la moral médica que afecta el vínculo existente entre el médico y los laboratorios farmacéuticos. Existe una lucha entre cuatro fuentes: el paciente, el médico, el gobierno y el fabricante de medicinas. Es una lucha todavía por resolver.